el reinado comienza

HEREDEROS AL TRONO



JULIA ROMERO

HEREDEROS AL TRONO

HEREDEROS AL TRONO
Copyright © 2025 Julia Romero
wwwjuliaromeroauthor.com

Primera edición, febrero 2025
Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.
Copyright Relations of the United Stated.
Register Code: 2502220944327

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibido, la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo del autor. Así como la distribución de ejemplares mediante el alquiler o préstamo públicos.

La licencia de uso de este libro es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo, compartirlo, ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estas leyendo y no lo compraste, ni te fue un obsequio para tu uso exclusivo, haz el favor de adquirir tu copia.

Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

Esta historia es completamente pura ficción. Sus personajes y las situaciones vividas son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, son nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre propiedad de ellos.

Edición y proofreading, Isabell Gómez.
Diseño de portada, Developing Dreams.

⚠ ADVERTENCIA ⚠

Este libro es exclusivamente para mayores de edad. Contiene escenas explícitas, intensidad emocional y una carga erótica que no es apta para todos los públicos.

Si disfrutas del romance sin censura, historias apasionadas y personajes que te llevan de la mano al deseo al límite, este libro es para ti.

Si no es tu estilo, no hay problema. Tengo otras historias que podrían encantarte AQUÍ.

Pero si decides seguir…

prepárate para sentir cada palabra.

Para mi Ben.

Nota de la autora

Mi Reina Bella, Si ya han leído El Juego y la serie Simplemente Amor, prepárense para algunas sorpresas en Herederos al Trono. Algunos personajes que ya conocen hacen su aparición en esta historia, trayendo consigo momentos que les sacarán más de una sonrisa o, cuando menos, algún suspiro.

¿Es necesario haber leído esos libros antes? No. Herederos al Trono puede disfrutarse por sí solo, pero... si los han leído antes, les aseguro que encontrarán detalles, cameos y guiños especiales que harán la experiencia aún más emocionante. Así que, si quieren sumergirse por completo en el mundo de El Reinado, ¡es el momento perfecto para volver a esas historias!

Con todo cariño,
Julia Romero.

Antes de sumergirte en esta historia…

Conoce a los protagonistas antes de que el destino los arrastre al fuego. Descubre su pasado.

Lee **El Origen** y entiende un poco qué los hizo ser quienes son.

Disponible GRATIS aquí: **EL ORIGEN**

PREFACIO

Desde la primera vez que la besé, supe que estaba jodido.

No fue un beso planeado, ni dulce, ni torpe como se supone que debería ser un primer beso. No. Fue algo más. Algo que, en el momento en que ocurrió, me dejó marcado con fuego.

Mackenzie Conn no era una chica para tomarse a la ligera. Desde que la conocí, lo supe. Algo en la forma en que me miraba, con esos ojos que parecían ver demasiado, me advertía que, si me acercaba, no habría vuelta atrás. Y, aun así, lo hice.

Fue en un pasillo oscuro, lejos de todo y de todos, donde el mundo parecía haberse reducido a la distancia que había entre su boca y la mía. El roce fue leve, casi un accidente, pero nos destruyó. Lo sentí en el escalofrío que recorrió su cuerpo. En la forma en que se quedó inmóvil un segundo, como si también supiera que acabábamos de cruzar una línea que no podríamos borrar.

Y entonces, me besó de vuelta.

Como si la vida se le fuera en ello.

Como si no importara el después, solo el ahora.

Nos perdimos el uno en el otro esa noche, y cuando nos separamos, jadeantes, con la boca hinchada y los latidos desbocados, supe que ya no había salida.

Mackenzie no era mi destino.

Era mi condena.

MI REINA.

Capítulo 1: Los Herederos

El tiempo que Estados Unidos ha existido es relativamente corto en comparación con otros países del mundo. Sin embargo, rápidamente se unió a la competencia de las corporaciones multinacionales más exitosas. A lo largo del mundo, empresas que van desde la industria alimentaria y de servicios hasta pioneras en nuevas tecnologías, o simplemente aquellas que ofrecen algo excepcional, han alcanzado el estatus de las mejores entre las mejores. Y las familias que las fundaron, son nuestras familias: un reflejo del esfuerzo humano compartido a nivel global, sin corazón y, muchas veces, sin humanidad.

Desde Hermes hasta Amazon, pasando por Grupo Carter, todas esas empresas son sinónimo de innovación y éxito. Lo mejor de lo mejor. Han sabido cómo obtener grandes beneficios atendiendo las necesidades de la gente común. Estas empresas, en su mayoría, suelen heredarse a los hijos: LOS HEREDEROS.

Incluso si no estás interesado en dirigirlas, recibes una generosa parte de la fortuna familiar. Mucho depende de la cantidad de hijos y, por supuesto, del nivel de locura de la familia.

Algunos herederos son reconocidos oficialmente: en redes sociales, en revistas y en los sitios más exclusivos de la alta sociedad. Sin embargo, nuestros nombres, aunque también éramos hijos biológicos, no aparecían en ninguna parte.

Nosotros, los trece, somos el desliz de los grandes innovadores, la vergüenza, el pecado que ensombrece sus perfectas vidas. Los Bastardos que se niegan a reconocer, incluso cuando llevan su apellido. Obviamente, nos mantienen en un perfil bajo: nanas, internados, apoyo económico condicionado, sin gota de atención, sin muestras de cariño, sin amor.

Lo que no contemplan nuestras ‘familias’ es que nosotros hemos creado nuestras propias reglas, forjado nuestro propio camino, elegido el poder y, lo más importante, encontrado a nuestra verdadera familia.

Vera y yo somos ‘la otra familia’, las culpables de que el imperio Conn apareciera en los titulares amarillistas en lugar de la sección de negocios. Yo no culpaba a mi madre; ella vivió la típica historia de la asistente que se enamora de su jefe. Guapa, sumisa, preparada académicamente, pero no emocionalmente. Después de que su hermoso rostro apareciera en las portadas de todo el mundo como ‘la mujer fácil’ que arruinó el perfecto matrimonio de los Conn, decidió tomar el camino fácil y saltar de un puente. Su cuerpo nunca fue encontrado, ni tampoco el amor por las gemelas que había dado a luz semanas antes.

Porque si hubiera tenido un poco de empatía por nosotras, dos bebés indefensas que quedaron a merced de un padre que nos veía como el error más grande de su vida y no como seres humanos, lo habría pensado dos veces. Habría resistido un poco más. Quién sabe, tal vez, en algún momento, incluso nos habría tenido cariño.

Por suerte para Vera y para mí, Conn tuvo la decencia de darnos su apellido y escondernos en *La Cour De Pierre*, un internado perdido en lo más profundo de Irlanda. Le costaba una pequeña fortuna, pero era un precio menor comparado con la vergüenza que representábamos para su mundo.

Con los años, su coraza se fue resquebrajando, sobre todo con Vera. Mi hermana era seis minutos más pequeña que yo. Esos seis minutos debieron ser cruciales para la formación de su carácter porque, mientras ella era callada y mesurada, yo tenía un temperamento de mil demonios. Vera siempre pensaba antes de hablar, contrario a mí, que decía lo primero que se me cruzaba por la mente, lanzándome al vacío sin pensar mucho en las consecuencias.

Tal vez, y solo tal vez, lo hacía por la vergüenza que sentía al querer encajar en los estándares de mi padre. Un hombre que, hiciera lo que hiciera, nunca iba a estar orgulloso de mí.

Todavía no podía creer lo que había permitido con Hass. Era una verdadera idiota, aunque trataba de ocultarlo con actitud de reina…

Afortunadamente, eso ya había quedado atrás.

Antes de que abrieras las puertas de cristal, el aire olía a flores muertas y mármol pulido.

No importaba cuántas veces hubiera pisado una funeraria en mi vida, el olor siempre me golpeaba igual: dulce, empalagoso, como un mal chiste del destino.

Tragué saliva y ajusté mi postura, sintiendo el peso de cada paso mientras cruzaba la puerta de cristal. Mi corazón latía en mi garganta, como si supiera antes que yo lo que estaba a punto de suceder.

Iba a ver a Ben.

Después de años.

Después de toda una jodida vida de pretender que él no era mi primera y última herida.

Vera caminaba a mi lado, su presencia firme, inquebrantable. No dijo nada, pero su mano rozó la mía, un recordatorio silencioso de que no estaba sola. Pero en este momento, así me sentía. Sola. Como si fuera la única persona en este maldito mundo que se estuviera ahogando con la memoria de un hombre que ni siquiera me pertenecía.

Mis ojos recorrieron el largo pasillo en su busca. Fue en la galería del segundo piso donde los encontré: Los Bastardos estaban allí. Felicia, Leo, Henry, Lucien, Eve, Amir, Kass y Regina. Cada uno de ellos vestido de negro, con los rostros endurecidos por la pérdida y la lealtad inquebrantable que compartíamos.

Y entonces lo vi.

Benjamín Baezas estaba de espaldas, con la postura rígida y las manos cubriendo lo que parecía una urna, dándole un último abrazo a su madre.

Incluso en su dolor, incluso con la carga de la muerte sobre sus hombros, seguía siendo el hombre que me jodió el alma. Sus hombros anchos, su cabello ligeramente revuelto, como si no hubiera dormido en días. Como si el peso del mundo le estuviera hundiendo el pecho.

Mi garganta se cerró.

Había pasado años manteniéndome lejos de él, pero nunca dejé de observarlo. De seguir sus pasos a la distancia, de conocer hasta el más ínfimo detalle de su vida sin que él supiera nada de la mía.

Y ahora estaba aquí.

Y no tenía idea de qué sucedería cuando él girara y sus ojos se encontrarán con los míos.

Joder.

Tal vez nunca había dejado de temerle.

Capítulo 2: Vuela alto…

El viento otoñal, suave y frío, entró por la ventana y despeinó mi cabello mientras me perdía en el horizonte. Sin ser del todo consciente, aferraba entre mis manos la delicada urna, colmado de ira. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, de pie en el umbral entre la realidad y el dolor, entre lo opulento y lo solitario.

El sol comenzaba a teñir el cielo de tonos anaranjados y violetas, pero yo solo veía los reflejos pálidos en el mármol bajo mis pies. Afortunadamente, estaba rodeado de mi tribu, mis amigos, aquellos que se convirtieron en mi familia en ausencia de una verdadera. Apenas y escuchaba sus murmullos; estaban allí, como siempre, apoyándome, pero todo se sentía tan lejano. No sabía si era el dolor, el peso de la urna entre mis manos, o simplemente la ausencia de algo que nunca había tenido del todo: una madre.

Clara Baezas fue una mujer con el anhelo de convertirse en chef en cruceros, un sueño que jamás cumplió y que siempre la frustró. Lo más que logró fue trabajar como ayudante de cocina dondequiera que el viento la llevara. Nunca permaneció el tiempo suficiente en un solo lugar como para hacer antigüedad.

Lo único en lo que era constante era en escribir su blog de recetas y deambular sin rumbo por Europa. Inteligente, creativa, sumamente atractiva, pero también algo perezosa y, sobre todo, estúpidamente impaciente.

De padres mexicanos, pero no muy cercana a ellos debido a su bisexualidad, Clara era una mujer espectacular: ojos ámbar, cabello oscuro, quebrado y largo. Alta, como pocas mujeres. Con mucha energía, quizás más de la que debía. Con un rostro y cuerpo espectacular. Libre. Pero lo que más recordaba de ella físicamente, era el tatuaje de una vaca lechera en la parte superior de su espalda, el mismo que yo llevaba en mi brazo derecho desde los diecisiete años.

Clara me tuvo demasiado joven, en un momento en que apenas estaba aprendiendo a ser. Criarme había sido un compromiso y, a la vez, un sacrificio para ella. Madre soltera, siempre con el pie puesto en otra vida, la vida que había querido y que, en el fondo, nunca dejó.

Con visitas esporádicas al internado, siempre sentí que formaba parte de una vida que no le pertenecía del todo, o al menos no por completo. Había pasado años convenciéndose de que esa distancia era lo mejor para ambos. Ahora, el eco de esa lejanía resonaba de forma punzante. Sobre todo, porque siempre prometió que, algún día, seríamos libres. Juntos. Que nos reencontraríamos cuando fuéramos mayores, sin responsabilidades ni resentimientos.

Ahora solo quedaban cenizas: una vida desvanecida en polvo frío, silencioso y cancerígeno.

—Ya llegaron —anunció Regina señalando con un movimiento de su rostro en direccion al pasillo principal.

Mackenzie y Vera Conn entraron rompiendo plaza. Las gemelas Conn eran deslumbrantes, cada una a su manera, pero Mack, para mí, era…

Antes de que mis pensamientos se desbocaran, Henry intervino:

—¿Ya se enteraron?

Los Bastardos eran especiales, todos medio adultos, la gran mayoría responsables. Los

conocía desde que tenía ocho años, algunos de ellos se conocían desde la cuna. Conocíamos nuestros más oscuros secretos, pero si alguien tenía noticias frescas, nos convertíamos en seres ridículos ansiosos de información.

Conocernos desde niños puede hacer eso; que el chisme se convierta en deporte.

─¿De qué Conn se resiste a darle un lugar en su empresa a Mack? Ya metió pelea con un abogado de por allá, ya está en proceso ─murmuró Felicia sin dejar de ver su celular. Feli era una mujer muy guapa, a pesar de las dos operaciones que ya llevaba. Algo en su interior no le dejaba ver su verdadero exterior.

─No, eso no ─insistió Henry acercando su cuerpo todavía más al grupo. El ansia lo estaba comiendo por dentro. Las noticias debían ser interesantes─. El compromiso de Mack se canceló. Ya no hay príncipe azul para la princesa.

El Jadeo fue unánime. Mack y Hass estaban comprometidos desde hacía tres años y, juntos, desde la universidad. Tristemente, ya tenía tiempo sabiendo que no era una mujer libre.

—Estás loco, no hay manera de que Hass la deje ir —aseguró Lucien, leyendo mis pensamientos.

¿Quién, en su sano juicio, dejaba ir a una mujer como Mackenzie Conn? Solo un imbécil como yo. Algo que ocurrió hace años, pero que aún dolía como si hubiera sido ayer.

Estúpido. Ese era yo.

Aun sin conocerlo en persona, sabía que Hass era un depredador, alguien que había trazado su futuro con Mack desde el momento en que ella aceptó la primera cita.

—Al parecer, el príncipe hizo algo que a Mack no le gustó y, como una bolita de nieve, el problema fue creciendo hasta que todo se rompió.

—¿Qué hizo? —preguntó Felicia, dejando su celular para centrarse en las palabras de Henry.

De hecho, todas las cabezas presentes estábamos muy atentas. Definitivamente, éramos una parvada de chismosos.

─No sé. Nadie sabe a ciencia cierta, solo sé que el compromiso se rompió y que ahora es territorio libre.

Consciente o inconscientemente, todas las miradas se dirigieron a mí. Yo me centré en la de Amir. Esa mirada decía más que mil palabras: *que gane el mejor*. Porque algo era seguro, esto se iba a convertir en una guerra con todas sus letras.

Amir nunca había ocultado su atracción por Mack, pero cuando ella comenzó a salir con Hass, alguien de su mismo país, estatus e incluso físico, su esperanza creció.

Hasta donde yo sabía, no había pasado nada entre ellos, pero nosotros éramos Los Bastardos… cualquier cosa podía suceder.

Mack era una mujer que valía su peso en oro, y no solo por su deslumbrante belleza, que era realmente extraordinaria, sino por el amor desinteresado que emanaba de ella. Había seis mujeres en nuestra tribu, todas hermosas, tanto por dentro como por fuera, pero Mack era especial, una de esas personas que irradian paz y belleza con cada paso que dan.

E iba a ser mía.

Otra vez.

—¿Quién te dio la información? —preguntó Amir, quien, por naturaleza, desconfiaba hasta de su propia sombra.

—Vera.

Se volvió a escuchar un jadeo generalizado. Vera era, sin duda, la más honesta del grupo. Callada, inteligente y extremadamente confiable. Si Vera lo decía, era información confirmada,

notariada y prácticamente legislada.

—¿Qué más te dijo? —insistió Amir, mostrando sus cartas con descaro.

Henry sonrió antes de soltar la bomba que daba luz verde a la competencia.

—Que el compromiso está roto desde hace tres meses y que Mack está lista para volver al ruedo.

En efecto, que gane el mejor.

Desafortunadamente, no me hallaba en mi mejor momento. Tenía en el pecho un hoyo negro, vacío, doloroso. No me sentía particularmente romántico por el momento.

Giré un poco, con la mirada fija en el largo pasillo, escuchando el eco de sus tacones retumbar sobre el fino mármol. La mujer que siempre había amado se acercaba con pasos firmes, regios. Su rostro, carente de expresión, no dejaba entrever nada. Llevaba tres años sin verla en persona, pero en mi memoria, era como si hubiera despertado a su lado esa misma mañana.

Y aunque estaba roto, volvió a surgir esa necesidad inconfesable que siempre me asaltaba cuando la tenía cerca, esa que nunca me atrevía a admitir.

Esa mujer era mi refugio, mi ancla en medio del naufragio que era mi vida. Recuerdos y despedidas que parecían no tener fin.

Respiré hondo, sintiendo una mezcla de calma y tormento, porque, aunque sabía que no estaba solo, la sombra de soledad que Clara me había dejado siempre estaría allí, al acecho en alguna parte.

En cuanto Vera entró, vino directamente a mis brazos. Era una gran mujer, siempre clara y honesta con sus emociones. Y precisamente por esa sinceridad que la definía, sus palabras me calaron aún más hondo.

—Lo siento tanto, Ben. Sé que la querías, aunque nunca estuvo para ti, y también sé que vas a estar bien. Este vacío que dejó —afirmó, palmando mi pecho—, pronto lo vas a llenar con los recuerdos que solo ustedes dos compartieron.

Resistí las lágrimas, porque a Clara no le habría gustado verme llorar. Pero el esfuerzo me cerró la garganta. Lo único que pude hacer fue aferrarme a la fuerza con la que Vera me abrazó. Era el abrazo más largo que había recibido de ella.

Abrí los ojos cuando, finalmente, me dejó ir.

—Gracias por venir —murmuré entre dientes.

—Al contrario, perdón por hacerlos esperar. El vuelo de Mack se atrasó y… ya sabes cómo es eso. Pero ya estamos aquí.

Sí, ya estaban aquí. Y la mujer a la que realmente había estado esperando saludaba a la tribu con toda la calma del mundo.

Mackenzie entró en la sala con esa calma que parecía inherente a ella, como si llevara consigo un aura de tranquilidad que lo llenaba todo. Saludó al grupo uno por uno, regalando un abrazo a cada persona.

Sus gestos eran naturales, cálidos, como si con cada abrazo envolviera a quien lo recibía en un manto de consuelo silencioso.

Y, entonces, llegó mí turno.

Abrió sus delicados brazos y me envolvió. Inmediatamente, algo dentro de mí se quebró.

Por un momento traté de mantenerme firme, pero fue un esfuerzo inútil. Las lágrimas comenzaron a rodar antes de que pudiera detenerlas, como una presa cediendo ante el torrente acumulado. Mi respiración se volvió entrecortada y, antes de que pudiera decir algo, sentí cómo me sostenía con más fuerza.

Sin decir una palabra, el resto del grupo entendió lo que ocurría. Uno a uno, comenzaron a

salir de la sala, dejándonos en silencio, solos en aquel espacio que, de repente, parecía contener todo el peso del mundo.

Como un niño, recargué mi frente en su hombro, sin vergüenza, sin pretender ser otra cosa más que lo que era en ese momento: un hombre roto buscando apoyo. Mack no dijo nada; no necesitaba hacerlo. Su presencia lo decía todo. La calidez de su abrazo, el leve roce de su mano en mi espalda, la caricia de la otra en mi cabello… eso era todo lo que necesitaba.

El tiempo se detuvo mientras las lágrimas seguían cayendo, un torrente de dolor que, al fin, encontró su salida. Y ella estaba ahí, como siempre: fuerte, inquebrantable, el ancla que necesitaba en medio de mi tormenta.

Finalmente, con un atisbo de vergüenza por haberme derrumbado de esa manera, me separé de ella.

—Gracias. Necesitaba… —me detuve, con las palabras atascadas en la garganta. «¿Qué necesitaba realmente?»

Clara no había sido una madre; se parecía más a una amiga. Pero el dolor que sentía era real. El vacío, oscuro e insondable.

—Ey, tú sabes que siempre voy a estar aquí, ¿verdad? No hace falta que digas nada.

El silencio fue mi única respuesta. No, no lo sabía. No estaba seguro de que siempre estuviera para mí.

Cuando ocurrió lo de Marco y Claudette, huyó como si todo hubiera sido su culpa. Después, solo aparecía cuando algún asunto de negocios lo ameritaba. Entonces, me regalaba una de esas noches que eran como un bálsamo, lo justo para darme el aliento necesario para coexistir.

Y luego llegó su compromiso con Hass.

Y con él, ni siquiera migajas.

Tomé su mano y salimos para encontrarnos con la tribu en el pasillo. La urna descansaba en mi brazo, bien sujeta contra mi cuerpo.

Y entonces caí en cuenta de algo: era la primera vez que mi madre pasaba tanto tiempo entre mis brazos.

Triste. Toda la situación era, simplemente… triste.

Guiados por uno de los encargados, avanzamos en silencio hasta llegar al último destino de Clara. Nadie dijo nada; porque no había nada que decir.

El silencio se volvió denso. Asfixiante. Como si cada paso hacia adelante añadiera un nuevo peso que todos debíamos cargar.

Hasta que Eve lo rompió:

—La muerte no es nada —murmuró—. Solo ha pasado a la habitación de al lado.

En cuanto reconocí las palabras, el hoyo en mi pecho se hizo más profundo, más negro, más doloroso. Sin embargo, con la voz entrecortada y apretando con fuerza la mano de Mack, las recité junto con ellos.

—Yo soy yo, ustedes son ustedes. Lo que somos unos para los otros seguimos siéndolo. Denme el nombre que siempre me han dado. Hablen de mí como siempre lo han hecho. Sigan riendo de lo que nos hacía reír juntos. Recen, sonrían, piensen en mí. Que mi nombre sea pronunciado como siempre lo ha sido, sin énfasis de ninguna clase, sin señal de sombra. La vida es lo que siempre ha sido. El hilo no se ha cortado. Todo está bien.

Los sollozos no eran solo míos. No me atreví a levantar la mirada; no quería ver quién más se había unido a mi dolor. Lo último que deseaba era causarles sufrimiento, aun así, agradecí profundamente que estuvieran conmigo en ese momento.

—No lloren si me aman —continuamos, mientras mi voz se rompía con cada palabra—. Si

conocieran el don de Dios y lo que es el Cielo… Si pudieran escuchar el cantar de los ángeles y verme en medio de ellos… Si pudieran ver con sus ojos los horizontes, los campos eternos y los nuevos senderos que atravieso… Si por un instante pudieran contemplar, como yo, la belleza ante la cual todas las bellezas palidecen. Créanme: cuando la muerte llegue a romper las ligaduras, como ha roto las que me encadenaban, cuando llegue el día que Dios ha fijado para que su alma se una a la mía, ese día volverán a ver que los amaba y que siempre los amaré. Volverán a verme, feliz, transfigurado, sin esperar la muerte, avanzando juntos por los senderos de la Luz y de la Vida, bebiendo y riendo a los pies de Dios un néctar que nunca se acabará.

Finalicé susurrando:

—Ya eres libre, mamá. Vuela alto…

Era un poema de San Agustín que Leo había modificado cuando enterramos a Marco y a Claudette. Habían pasado más de diez años desde entonces, pero lo recordé como si hubiera sido ayer: con el mismo fervor, la misma convicción y un dolor aún más profundo.

Capítulo 3: Un roce

El pasillo estaba oscuro, apenas iluminado por la tenue luz que se filtraba desde el comedor. Podía escuchar el murmullo de mis compañeros, risas ahogadas y el sonido de cubiertos chocando, pero aquí, en este rincón oculto, solo existía ella. Mackenzie.

Justo frente a mí, con su silueta recortada por la escasa luz, su perfume enredándose en mi cabeza como un maldito hechizo.

Un suspiro escapó de sus labios cuando di un paso más, el calor de su cuerpo envolviéndome antes siquiera de tocarla.

—Ben… —su voz era apenas un murmullo, una advertencia o una súplica, no lo sabía.

Mis dedos rozaron su cintura con suavidad, con ansia temblorosa. No quería asustarla. No quería joderlo. Pero el aire entre nosotros vibraba, denso, cargado de algo que no podía seguir ignorando.

Levantó la cabeza con los labios entreabiertos, su aliento fresco chocando contra mi boca. Fue imposible evitarlo. Un roce. Apenas un roce.

La punta de su nariz tocó la mía, un choque inocente que debería haber sido insignificante, pero que me dejó sin aire.

Y luego, sin pensarlo, la besé.

Fue suave al principio, inseguro. Al fin y al cabo, era mi primer beso. Pero, como si fuera lo más natural, mi boca atrapó la suya en un roce ligero, exploratorio. Tenía miedo de que se desvaneciera si presionaba demasiado. Solo que, en el instante en que la sentí, en el momento en que su aliento tembloroso se fundió con el mío, algo dentro de mí se liberó.

Ella gimió, bajito, casi un susurro contra mi boca, y la necesidad me atravesó con la fuerza de un puto huracán.

Mis manos la sujetaron con más firmeza, atrayéndola hacia mí hasta que su cuerpo quedó pegado al mío: suave, cálido, perfecto. Su boca se abrió un poco más, permitiéndome profundizar el beso. Deslicé mi lengua contra la suya en una caricia lenta, probablemente torpe, pero la desesperación que sentía por ella era asfixiante.

Todo mi cuerpo vibraba. La anhelaba con una desesperación casi animal. No solo sus labios, también sus abrazos, su calor, su cuerpo... cada parte de ella llamándome, exigiéndome, incendiándome.

Dios, tenía que controlarme.

Mack tembló en mis brazos, sus dedos enredándose en mi camisa, aferrándose a mí como si tampoco pudiera detenerse. El beso dejó de ser inocente, de ser suave, y se convirtió en algo más. En crudo deseo. En fuego. En infierno. En una necesidad desesperada que comenzó a consumirnos.

Me separé apenas, con la respiración entrecortada, mi frente apoyada en la suya.

—Dime que me detenga —murmuré, mi pulgar rozando la línea húmeda de su labio inferior.

Jadeó cuando mi pulgar rozó el interior de su boca, y casi pierdo el control cuando empezó

a succionarlo. Sus verdes pupilas estaban tan dilatadas que parecían negras. Su delicioso pecho subía y bajaba con fuerza, temblando con cada respiración.

—No puedo.

Mi sonrisa fue lenta. Por primera vez, la sentí peligrosa.

—Lo sé.

Y esta vez, cuando mis labios regresaron a los suyos, no quedó rastro de inocencia.

***

La lluvia golpeaba el parabrisas en un murmullo constante, como si el cielo mismo llorara lo que yo no podía. Mis manos apretaban el volante con fuerza, los nudillos blancos, rígidos.

Acababa de enterrar a mi madre.

Mi madre.

Joder.

El agujero en mi pecho era profundo, negro, un abismo de recuerdos y despedidas que jamás quise dar. Pero por más que intentara concentrarme en el dolor, en la pérdida, en la forma en que el fuego había consumido su cuerpo, todo en lo que podía pensar era en Mackenzie.

En su boca.

En cómo se sintió besarla en aquel oscuro pasillo. En el sonido entrecortado de su aliento cuando la tuve entre mis brazos. En el modo en que su lengua rozó la mía con esa mezcla de dulzura y hambre que ahora me tenía jodido hasta los huesos.

Respiré hondo, intentando controlar el temblor en mis manos. Mack estaba sentada a mi lado, en silencio, negándose a dejarme solo. No había dicho mucho desde que salimos del cementerio, pero su presencia lo decía todo. Ella no necesitaba palabras para sostenerme. Simplemente estaba aquí.

Giré la cabeza apenas, buscando su perfil en la penumbra del auto. La luz de los faros de otro coche iluminó su rostro por un instante. Su mandíbula apretada, su mirada fija en la carretera, sus labios...

Joder, sus labios.

Los mismos que me habían vuelto loco desde el primer roce.

Los mismos que ahora necesitaba con una desesperación que me hacía sentir culpable.

¿Cómo era posible que, después de haber dejado cenizas en su última morada, todo lo que quisiera fuera hundirme en Mack? En su calor, en su paz, en la única jodida cosa en el mundo que me hacía sentir algo más que vacío.

Suspiré, pasándome una mano por el rostro, intentando sacudir la niebla en mi cabeza.

—Ben… —dijo mi nombre con suavidad, pero había algo en su tono, en la manera en que su voz me envolvió, que hizo que todo dentro de mí se tensara.

Mis dedos apretaron el volante.

—Estoy bien —mentí.

No dijo nada. Solo giró su cuerpo hacia mí, lo suficiente para que el calor de su mirada quemara mi piel.

No estaba bien. No estaba ni cerca de estar bien.

Y lo peor era que mi jodida alma, en lugar de llorar, en lugar de hacer espacio para la tristeza, solo la quería a ella.

La Tavola Bella ya estaba a la vista. Sabía que Los Bastardos estarían adentro,

esperándonos, listos para lo que viniera.

Pero en este momento, no quería su apoyo.

Quería el de ella.

Y no sabía cuánto tiempo más lo tendría.

Capítulo 4: No hoy

Benjamín Baezas era el tipo de hombre que no pasaba desapercibido, por más que lo intentara. Incluso en una habitación llena de personas, su sola presencia irradiaba una mezcla de atracción y peligro, como si cada mirada y cada movimiento suyo fueran un desafío.

Con el tiempo, su cuerpo se convirtió en una obra maestra de fuerza y control. Atrás quedó el muchacho pachoncito que, con desesperación, devoró mi virginidad. Ahora era un hombre imponente, con una musculatura esculpida con precisión. No se trataba de simple vanidad, sino de años de disciplina que se reflejaban en cada línea de su cuerpo. Sus hombros amplios y su pecho firme eran un enorme escudo, y su piel bronceada tenía un tono cálido, como si el sol fuera su aliado constante.

Su rostro, ahora maduro, era la combinación perfecta entre dureza y belleza. Su mandíbula, fuerte y definida, podría cortar el aire mismo, mientras que sus pómulos altos y afilados le conferían un aire aristocrático. Sus labios, ligeramente curvados hacia abajo, tenían una sensualidad peligrosa, siempre atrapados en una expresión de misterio, entre el deseo y la amenaza. Pero cuando llegaba a sonreír…

Dios, esa sonrisa.

Lo que más atrapaba eran sus ojos, de un azul tormentoso, como el cielo justo antes de desatarse la tempestad. Intensos, penetrantes, siempre evaluando. Daban la impresión de atravesar cualquier mentira. Idénticos a los de su padre, para su desagrado. Cuando los fijaba en alguien, el mundo parecía detenerse. Sus cejas, gruesas y perfectamente arqueadas, enmarcaban esa mirada con una precisión casi hipnótica.

Su cabello castaño claro estaba cortado con un estilo intencionadamente desordenado, como un grito de libertad, aunque siempre impecable. Tan distinto a sus años en la Marina. Hoy, como pocas veces, la sombra de una barba cubría su mandíbula, añadiendo un toque salvaje que lo hacía ver aún más irresistible.

No era apropiado el deseo que sentía por él. No hoy.

Verlo así, tan vulnerable, me partía el alma. Ben, que siempre había sido tan fuerte, tan inquebrantable, ahora se desmoronaba frente a mí, y lo único que podía hacer era sostenerlo. Sentía su dolor como si fuera mío. La punzada constante de culpa en mi pecho, se acrecentó tan solo verlo.

¿Cómo no me había dado cuenta de cuánto me necesitaba? De como yo lo necesita a él. Justificar mi ausencia con excusas que ahora parecían tontas, era de cobardes. Cuando hui de él, fue convencida de que era lo mejor para ambos. Ahora me preguntaba si había sido una forma de protegerme de lo que no quería enfrentar.

Marco y Claudette. Sus muertes pesaban sobre mí como un ancla. Nunca lo había dicho en voz alta, pero una parte de mí siempre ha pensado que, si no fuera por mí, tal vez ellos seguirían aquí. Esa culpa era una sombra constante, y por eso me había mantenido a distancia. No quería arrastrar a Ben conmigo, no quería hundirlo en mi propia oscuridad.

Pero ahora que lo veía sufrir, me dolía más que cualquier otra cosa que hubiera imaginado.

Me dolía, porque yo no había estado para él. Porque había elegido mis miedos en lugar de elegirlo a él.

Mientras lo sostenía entre mis brazos, sintiendo cómo se rompía, quise decirle tantas cosas. Que lo sentía, que debería haber estado ahí, que no merecía estar solo en este momento ni en ninguno. Pero las palabras no salían, y me quedé en silencio, esperando que al menos mi presencia le diera algo de consuelo.

Me prometí en ese instante que no volvería a huir. No importaba cuánto me pesara la culpa, cuánto miedo tuviera. Él era mi hogar, mi refugio, y ahora sabía que lo había abandonado cuando más me necesitaba.

Culpa. Tan pesada. Tan sofocante. Se me incrustaba en el pecho como un hierro candente, quemándome con cada respiración. No importaba cuánto intentara justificar mis decisiones, cuánto me dijera que hice lo que creía correcto en su momento. Nada aliviaba el peso.

Lo veía roto, y no podía dejar de pensar en todas las veces que elegí alejarme, en todas las veces que lo dejé enfrentarse solo a la vida, al dolor. Yo, que debería haber sido su apoyo, su refugio, lo abandoné.

Tan… egoísta.

Porque, en el fondo, sabía que huir había sido por mí, no por él. Por mi incapacidad de enfrentar lo que pasó con Marco y Claudette, por mi terror de arrastrarlo a mi propia oscuridad. Me convencí de que lo hacía para protegerlo, pero la verdad era que me estaba protegiendo a mí misma.

Y ahora él estaba pagando el precio.

Quería hablar, decir algo que lo consolara, pero todo lo que se me ocurría sonaba vacío, sin sentido. Así que lo único que pude hacer fue apretar su mano con más fuerza, esperando que ese simple gesto le dijera lo que yo no podía: que estaba aquí, que no me iba a ir.

Aunque el peso de la culpa me hiciera querer desaparecer, no lo haría. No esta vez.

Después de dejar las cenizas de Clara en su última morada, nos dirigimos a *La Tavola Bella* -La Mesa Bella-, el restaurante que teníamos en la ciudad. Era un rincón que combinaba la calidez de la tradición italiana con la elegancia de un ambiente exclusivo. El pequeño restaurante, ubicado en una calle tranquila en medio del caos de la ciudad, parecía sacado de una postal de la Toscana. Regina y Lucien habían hecho un trabajo excelente con su diseño; la fachada, pintada en tonos suaves de crema con detalles en madera oscura, te trasladaban a Italia. Al cruzar la puerta, enseguida te envolvía una sensación de intimidad y sofisticación. Las mesas, hechas de madera oscura pulida, estaban cubiertas con manteles de lino blanco impecable. La iluminación era suave, proporcionada por lámparas colgantes de vidrio soplado y candelabros antiguos que proyectaban un brillo cálido y romántico.

El espacio era reducido, pero cuidadosamente diseñado para no sentirse abarrotado. Solo había trece mesas, un detalle en honor a los Bastardos, y lo que garantizaba una experiencia personalizada y exclusiva. Las paredes estaban decoradas con estanterías llenas de vinos finos y fotografías en blanco y negro de paisajes italianos hechas por Kassie, dando al lugar un toque auténtico y nostálgico.

En cuanto nos vieron entrar, el personal de inmediato se puso en acción; todos vestidos en negro y blanco nos atendieron con eficacia y discreción. Cerraron puertas y desaparecieron. Nos costaba un día de ganancias cerrarlo, pero *La Tavola Bella* era más que un restaurante; era uno de nuestros refugios.

En cuanto Ben se levantó para hablar con uno de los chicos de seguridad, Henry atacó:

—Tengo una propuesta, y necesito que me ayuden a convencerlo.

—Hoy no, Henry —respondí con reproche. Henry no se había dirigido a mí, pero sentí como si lo hubiera hecho. No iba a permitir que nada ni nadie molestara a Ben. No hoy.

—No creo que estés en posición de decir nada, Mackenzie. Tú no has estado para él, nosotros sí.

Lo dijo con el mismo reproche que yo sentía hacia mí misma. Tenía razón, por supuesto. Aun así…

—Me importa un carajo lo que…

Me interrumpí al verlo regresar a la mesa. Aun con el dolor reflejado en el rostro, se movía como si estuviera listo para el ataque. Sus pasos firmes y seguros daban la impresión de que siempre estaba en control, con un aire peligroso, una energía indomable, lista para estallar si alguien se atrevía a cruzar la línea.

Se sentó a mi lado y, de inmediato, se dio cuenta de que algo iba mal.

—¿De qué hablan?

Su voz, baja y rasposa, me provocó un escalofrío. No importaba lo que dijera, siempre sonaba como una promesa... o una amenaza.

Me encantaba.

Henry, como siempre, no desaprovechó la oportunidad.

—De negocios —respondió con una sonrisa de tiburón, inclinándose sobre la mesa como si estuviera a punto de contar un sucio secreto.

La Tavola Bella estaba en penumbra, con el aroma a ajo, vino y cuero impregnando el aire. Afuera seguía lloviendo, la tormenta repiqueteando contra los ventanales como un recordatorio de la jodida realidad: acabábamos de enterrar a la madre de Ben.

Pero aquí estaba Henry, con los ojos brillando de emoción, como si el funeral no hubiera pasado, como si el peso del luto no estuviera consumiendo a Ben.

—No es el momento —gruñó Ben, dándome la razón. Su voz baja, tensa, y su mandíbula marcada por el esfuerzo de no perder la paciencia.

Henry bufó:

—No hay mejor momento, hermano.

Se inclinó hacia él, pero su mirada me atrapó a mí primero, como si supiera que yo iba a ser la primera en detenerlo.

—Vamos a comprar *El Reinado*.

El silencio cayó sobre la mesa con el peso de una bomba.

Los Bastardos dejaron de moverse. Felicia alzó la ceja, expectante. Leo se quedó con el vaso a medio camino de su boca. Incluso Vera se reclinó en su silla, como si la conversación hubiera pasado de interesante a jodidamente importante en un solo segundo.

Ben soltó una carcajada seca, sin rastro de humor.

—Dime que estás bromeando.

Henry sonrió de lado, su mirada oscura como este día.

—¿Parezco el tipo de cabrón que bromea con esto?

La garganta se me secó. *El Reinado*. Había escuchado ese nombre antes, murmullos en los pasillos del poder, en las sombras de las élites más exclusivas. No era solo un club. Era *el* club. Un paraíso de excesos y secretos, un santuario para el 1% más poderoso del mundo. Si lo poseíamos… los tendríamos a todos en nuestras manos.

Ben exhaló por la nariz, su postura rígida, pero algo en sus ojos oscuros me dijo que estaba escuchando.

—No tengo toda la información —advirtió Henry, pero su sonrisa se ensanchó—. Pero

tengo lo suficiente. Es un negocio multimillonario. Una mina de oro. Poderosa. Y, lo más importante… es propiedad de tu familia. Los Carter.

Las palabras flotaron en el aire como un anzuelo en el agua.

Dinero.

Poder.

Los Carter.

Palabras que, para cualquiera de nosotros, representaban venganza. Monedas de cambio en nuestro jodido mundo.

Ben no dijo nada, pero su mano se cerró en un puño sobre la mesa. Sabía en qué estaba pensando. Sabía que la larga enfermedad de su madre aún pesaba sobre él y que esto no debería ser su prioridad, pero también sabía que no podía ignorarlo.

Nadie en esta mesa podía.

—Si lo compramos —intervino Lucien, con voz tranquila—, estamos hechos. No hay vuelta atrás.

Henry sonrió, esa sonrisa suya que siempre significaba problemas.

—Lo sé.

Ben cerró los ojos un segundo y exhaló lento. Luego, los abrió y me miró. Como si la respuesta estuviera en mí.

Joder.

—¿Qué piensas?

Ben me miró como si de verdad esperara que le diera una respuesta que cambiara algo. Pero no importaba lo que dijera. No importaba cuánto deseara que se alejara de esto.

—Que en estos momentos solo deberías estar centrado en el duelo.

Henry chasqueó la lengua y sonrió con la arrogancia de siempre.

—O en vengar lo que le hizo esa familia a Clara.

El golpe fue directo. Sin advertencia.

Ben ni siquiera parpadeó, pero lo sentí. Lo sentí en la forma en que su cuerpo se tensó, en el cambio sutil en su respiración, en la manera en que sus dedos se crisparon sobre la mesa.

Algo en la palabra *venganza* lo sacudió. Porque la sombra de dolor en sus ojos azules cambió, se transformó, y en su lugar apareció algo frío, algo afilado. Algo peligroso.

Lo conocía demasiado bien.

Y eso me jodía.

No quise escuchar más. No tenía que hacerlo. Sabía cuál iba a ser el resultado de esta conversación antes de que siquiera comenzara.

Y, aunque no me gustara, lo iba a seguir.

Siempre lo hacía, aunque él no lo supiera.

Me apoyé en la barandilla, con copa en mano. Una de las mejores decisiones que habíamos tomado en cada uno de los tres restaurantes fue mantener el techo privado, especialmente para nosotros.

Lo sentí antes de escucharlo.

Se acercó por detrás, dejando su copa en la misma barandilla donde yo estaba recargada. La vista de la ciudad no pudo distraerme de la electrizante sensación de tenerlo cerca.

Finalmente.

Después de tantas, y tantas noches sin él.

—¿Estas huyendo de mí, Mack?

Una risa amarga escapó de mis labios, reflejando lo que realmente sentía:

—Si estuviera huyendo de ti, no estaría aquí.

Se inclinó hacia mí, su voz baja, vibrando en mi cuello, en mis senos, en cada rincón de mi cuerpo:

—Entonces dime por qué seguimos pretendiendo que esto no nos está matando.

Giré el rostro para verlo de frente, sus ojos azules compitiendo con lo verde de los míos.

—Primero tú —ordené.

Sí, yo huí. Pero él también lo hizo. Sus años en la Marina no fueron un accidente, fueron un plan bien estructurado para escapar. Para olvidarse del mundo.

Para olvidarse de mí.

—Porque tú mereces algo más que una sombra —declaró, apretando la mandíbula, conteniendo ese carácter de mecha corta que siempre había tenido. Uno de mis pasatiempos favoritos mientras crecíamos era prender esa mecha y apagarla justo antes de que estallara—. ¿Y tú?

Tragué saliva antes de decir:

—Porque yo soy oscuridad. Conmigo, las sombras desaparecen.

El vacío se creó entre nosotros.

Oscuro. Denso.

Porque los dos lo sabíamos.

Sabíamos que, tanto él como yo, queríamos estar juntos.

Pero no podíamos.

Porque, poco a poco, nos destruíamos…

Capítulo 5: Los Carter

Por más que la deseara, parecía que Mack y yo estábamos destinados a estar separados. Sí, tenía años de no verla, pero retomamos nuestra relación como si el tiempo solo fuera polvo en el aire, justo donde la habíamos dejado, en el limbo.

El día del funeral de Clara, me acompañó hasta que caí, perdido, en mi habitación. El dolor, la bomba que dejó caer Henry, la frialdad de Mack al aceptar algo que yo ya sabía, pero que me negaba a reconocer…

Fue demasiado. Fue poco.

Fue lo necesario para querer que mi cerebro se apagara, para desear dejar de sentir. Para perderme en el alcohol como pocas veces lo había hecho en mi vida.

Ya habían pasado siete semanas desde aquel día, y todavía dolía no haber aprovechado la oportunidad de despertar junto a ella. De dormir con ella.

Con un gruñido, sacudí la frustración y me dirigí a mi destino.

La venganza.

El edificio era imponente, como era de esperarse. Aunque, debo admitir, mucho más imponente de lo que había imaginado. Sobre todo, por esas enormes letras doradas que brillaban arrogantes, deletreando el apellido que se me negó incluso antes de que diera mi primer llanto.

Nunca lo cuestioné demasiado, pero desde que Clara enfermó, me descubrí pensando en ello más de lo que estaba dispuesto a admitir.

¿Qué tan diferente habría sido mi vida, y la de ella, si Carter hubiera aceptado su responsabilidad en mi concepción? Ni siquiera era que quisiera su atención, solo un mínimo reconocimiento del hecho. Un *"sí, es mío"* para el acta de nacimiento.

Pero no. Ni mi madre ni yo corrimos con esa suerte.

Afortunadamente, Clara fue lo suficientemente fuerte como para mantenerme en mis primeros años. Y, cuando el abuelo apareció en nuestras vidas, me di cuenta de que realmente no era tan necesario. Esa pequeña parte de mí siempre iba a estar vacía. No era necesaria.

El abuelo Carter no fue precisamente la definición de hombre cariñoso ni paternal; solo fue una fuente de estabilidad y cultura. Aunque me arrancó de los cálidos y desordenados brazos de Clara para enviarme a un internado al otro lado del mundo, nunca le guardé rencor. No, porque su intervención nos salvó. Gracias a él, recibí una educación que solo el uno por ciento de la población podría soñar con pagar.

La Cour De Pierre me dio todo lo que Clara no pudo, aunque nada de eso evitó que extrañara los días en los que éramos solo nosotros dos, peleando contra el mundo con más amor que recursos.

Después de que el abuelo muriera, me prometí no volver a pensar en los Carter por el resto de mi vida.

Pero los negocios son negocios.

Además, ya era hora de que Carter aceptara su *donación de esperma*, aunque fuera solo por cumplir con la última petición de mi madre antes de morir.

—*Ve a verlo…*

El frenético ruido de la ciudad distorsionó el vago recuerdo de su voz, un eco que aún resonaba en lo más profundo de mi memoria.

Y ahora, aquí estaba.

Dispuesto a mirar a Carter a la cara y exigirle algo que ni siquiera quería para mí.

No.

Esto era por mi madre.

Que aceptara, al menos una vez, que yo no era un error que se podía dejar atrás. Que, aunque él no quisiera, yo era más que una simple donación biológica.

Y, claro, también tantear las aguas con respecto a la idea de Henry.

Porque, si algo aprendimos en el internado, era que nadie nos cerraba una puerta sin que nosotros intentáramos entrar por la ventana.

Y esta vez, la ventana tenía vistas al Reinado Carter.

El frenético ruido de la ciudad quedó atrás en cuanto las puertas de grueso cristal se cerraron tras de mí.

Dentro, el vestíbulo me recibió con una ola de energía que casi podía palparse. El lugar estaba a reventar.

Al parecer, Carter era un ejemplo viviente de esos videos motivacionales de YouTube: *"¿Quieres ser exitoso? Levántate temprano."* Aunque, sinceramente, siempre había imaginado que un hombre con sus recursos empezaba su día al mediodía.

Sin embargo, algo en los altos techos y el deslumbrante mármol me decía que mi percepción de la familia Carter distaba mucho de la realidad.

—Buenos días —saludé a la impecable mujer detrás del mostrador, que todavía no terminaba de sentarse.

Su cabello recogido y su traje perfectamente entallado me sugirieron eficiencia, pero no pude evitar ponerla a prueba.

Me recargué en el mostrador, dejando que mi sonrisa hiciera su magia.

Nunca fallaba.

Ella se sonrojó profundamente, dándome la razón.

—Creo que llegué un poco temprano a mi cita —añadí con tono casual mientras inclinaba mi cuerpo hacia ella—, quería saber si puedo esperar arriba… y no aquí.

Con un leve movimiento de cabeza, señalé la abarrotada sala de espera. Mi cabello cayó ligeramente sobre uno de mis ojos, un efecto que sabía manejar a la perfección. Con extrema lentitud, lo aparté mientras me humedecía los labios. Me acerqué aún más, bajando la voz solo para ella.

—¿Crees que sea posible?

Tardó unos segundos en responder, pero el sonrojo y la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración confirmaron mis sospechas: iba por buen camino. Debía ser un par de años mayor que yo, pero parecía estar viviendo un momento de incertidumbre emocional… algo que siempre me daba ventaja.

—¿Con quién es tu cita? —murmuró, acomodando un mechón de cabello tras su oreja.

Fue entonces que vi el anillo de matrimonio en su mano. Retrocedí un paso de inmediato. Salir, o siquiera coquetear con mujeres casadas no era parte de mi código personal.

—Con el señor Owen Carter —respondí, esta vez con un tono mucho más formal.

Su actitud cambió de golpe. Enderezó la espalda y me observó con más detenimiento. Algo en mí pareció alarmarla, porque sus ojos se agrandaron y, casi de forma instintiva, buscó al

personal de seguridad. No tardaron en aparecer dos hombres corpulentos que se acercaron con paso decidido.

Tuve que recordarme a mí mismo que, en el mundo civilizado, atacar sin razón no era aceptable, por mucho que mis instintos lo sugirieran.

—Su nombre, por favor —pidió ella, más tensa que antes.

—Benjamín Baezas —respondí, manteniendo la calma.

Sus dedos volaron sobre el teclado, y después de unos segundos asintió, visiblemente más seria. Ya no quedaba rastro de la mujer que se había sonrojado minutos antes.

—Señor Baezas, si gusta acompañar a los caballeros, por favor.

—Señor —saludó uno de los de seguridad con un tono de autoridad demasiado familiar.

Mientras caminábamos por un pasillo tan resplandeciente que parecía sacado de una película de ciencia ficción, no pude evitar preguntar:

—¿Ejército o Marina?

—Ejército —respondió el hombre a mi derecha, sin perder el ritmo.

—¿Usted? —me preguntó el de la izquierda.

—Marina —respondí, con una ligera sonrisa que él entendió perfectamente.

Hay códigos que nunca se olvidan, sin importar cuánto tiempo haya pasado desde que dejas de usar un uniforme. Los dos asintieron y, sin decir más palabras, me guiaron hasta lo más alto del edificio.

La sala de conferencias estaba ubicada en uno de los pisos más altos, con una vista panorámica que dominaba el horizonte de Chicago. Era un espacio diseñado tanto para impresionar como para funcionar con eficiencia, pero definitivamente no era la oficina de Owen Carter.

Tragándome la frustración, inspeccioné el espacio.

Las paredes no eran paredes, eran brillantes cristales. Una mesa, también de cristal, parecía flotar en el aire, ocupando el centro, rodeada de sillas ergonómicas de cuero negro, perfectamente alineadas, como si cada una esperara a alguien con un destino importante.

Una pantalla enorme dominaba una de las paredes. La iluminación era cálida, precisa, diseñada para evitar sombras y crear un ambiente de concentración absoluta.

Pequeños detalles hablaban de un lujo discreto: jarras de agua cristalina con rodajas de limón sobre bandejas de plata, tabletas de última generación en cada puesto y discretos paneles táctiles en las paredes para ajustar la temperatura o las persianas eléctricas que regulaban la entrada de luz natural.

El aire olía a éxito y poder, como si cada decisión tomada en esa sala estuviera destinada a cambiar el curso de algo importante. Pero lo más impresionante eran los ventanales que se extendían del suelo al techo, inundando el espacio con una luminosidad casi celestial.

—Los atardeceres deben ser espectaculares —murmuré, más para mí que para alguien más.

—Sobre todo cuando el cielo está despejado —respondió Viridiana Carter, su voz tan suave como segura, alcanzando mis pensamientos con una precisión inquietante.

La mujer parecía salida de un sueño.

La había visto antes en fotografías, por supuesto, pero la cámara no le hacía justicia. Su cabello era de un dorado etéreo, atrapando la luz como si estuviera hecho de hilos de sol. Su piel, impecable como porcelana. Su cuerpo, su rostro, incluso la caída perfecta de su ropa… todo en ella coqueteaba con lo irreal.

Yo no era un hombre que se intimidara fácilmente, mucho menos por el aspecto físico. Desde que entendí que el mío era más que agradable a los ojos de las mujeres, me había

aprovechado de ello con total descaro.

Pero Viridiana Carter…

Ella era otra cosa.

Se sabía hermosa, eso era evidente en la seguridad de sus pasos al entrar a la sala, en la forma en que su presencia llenó el espacio. Sin embargo, podía asegurar que no dependía de ello, no lo usaba como arma. Había algo más. Algo en su mirada, en el leve arco de sus cejas, en la forma elegante en que movía las manos. Realmente, parecía de fantasía. Algo que, por un momento, me hizo olvidar que estaba ahí por una razón.

Tomando una bocanada de aire, regresé a mí.

—Me parece que ha habido un error. Estoy esperando encontrarme con el señor Carter.

La mujer, hecha hada, no se inmutó ante mis palabras. Al contrario, entrecerró los ojos y comenzó a analizarme sin reparo, como si buscara algo que solo ella pudiera ver.

—¿Nos conocemos?

—No. Definitivamente no —respondí con firmeza, manteniendo mi postura—. Ahora, si…

Antes de que pudiera terminar, sus ojos se abrieron de golpe y, sin dudarlo, se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Llama a Kurt y a Sophie —ordenó a la asistente, quien seguía plantada en el umbral, observando todo con una mezcla de nervios y curiosidad.

Fue entonces cuando noté que los dos hombres de seguridad seguían flanqueando la entrada, mientras otra asistente caminaba apresurada por el largo pasillo y la primera permanecía inmóvil, obediente.

—Cuando lleguen mis hermanos, que nadie nos interrumpa —añadió Viridiana, esta vez con un tono que no admitía réplica.

La asistente asintió y cerró la puerta con precisión casi militar.

Viridiana no me dirigió ni una mirada más. Se trasladó a la cabeza de la mesa con la elegancia de alguien que nunca necesitó pedir permiso, tomó una de las tabletas que descansaban sobre la mesa y, con un par de movimientos rápidos, escarchó las paredes. En un instante, quedamos encerrados en una burbuja de total privacidad, donde ni siquiera el sonido del exterior parecía capaz de penetrar.

Con un gesto elegante, me invitó a sentarme justo antes de acomodarse frente a mí. Me observó detenidamente durante un par de segundos, como si estuviera sopesando algo que yo no alcanzaba a entender.

Luego, sonrió, negó con la cabeza y, finalmente, habló:

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Baezas?

Había muchas cosas que analizar en ese momento, pero lo primero que vino a mi mente fue su pronunciación impecable de mi apellido.

Tan perfecta que, a mi pesar, hizo que una mueca apareciera en mi rostro.

—Habla bien el español —pensé en voz alta, antes de poder contenerme.

—Y el portugués —añadió con calma, aunque su mirada brillaba con un destello de algo más—. ¿Usted habla algún otro idioma aparte del español?

No era la conversación que esperaba, pero me fue imposible interrumpirla.

—Francés —respondí—. Aunque no es tan bueno como mi español.

Su sonrisa se ensanchó, abierta y genuina, muy desconcertante, desarmándome más de lo que estaba dispuesto a admitir.

En ese momento, la puerta se abrió y entró otra mujer, tan guapa como Viridiana, o quizá incluso más.

Sophie Carter era una mujer que, muy a mi pesar, admiraba. Recordaba con precisión cada una de sus competencias de natación, especialmente la última. La imagen de Owen cargándola con orgullo, anunciándole al mundo que su hija era la mejor, estaba grabada en mi memoria como una daga difícil de ignorar.

Por instinto, me levanté y asentí a modo de saludo. Pero antes de que alguien pudiera decir algo, el verdadero espectáculo entró en escena:

—Viri, más vale que sea importante. Estoy en medio de una negociación.

El *"reclamo"* no era tal. Más bien sonó como una palmadita en la espalda, como si estuviera amonestando con cariño a una niña pequeña.

Sin embargo, el semblante tranquilo del hombre cambió en cuanto se percató de mi presencia. Sin ningún reparo, me midió de pies a cabeza. Y había mucho que medir.

Él era alto, pero yo lo era más. Además, mi constitución era el doble que la suya, y de inmediato lo percibió. Su descaro al analizarme no me incomodó; lo entendí como el reflejo instintivo de quien mide al rival antes de entrar en combate.

—Kurt, Sophie, permítanme presentarles al señor Baezas —anunció Viridiana con calma, rompiendo el incómodo silencio que se había instalado en la sala.

Capítulo 6: ¡Mierda!

—Un placer —respondió Sophie, con una sonrisa casi devoradora.

Su mirada me recorrió de pies a cabeza, lenta y calculadora, como un gato justo antes de comerse al pobre canario.

—Sophie —advirtió Kurt.

Por supuesto que conocía a los gemelos Northman-Carter. Había seguido su vida en secreto, especialmente durante mi adolescencia. Aunque hacía años que no buscaba noticias suyas, sabía perfectamente quiénes eran y lo inseparables que siempre habían sido.

—Disculpe la interrupción, señor Baezas. Ahora sí, ¿en qué podemos servirle?

La manera en que habló Viridiana puso en alerta a sus hermanos. Era evidente que aquello no era una simple reunión. Los gemelos se sentaron a cada lado de ella, como si flanquearan su lugar con una sincronización casi instintiva.

En silencio, saqué los tres sobres del interior de mi traje y los coloqué sobre la mesa frente a ellos.

—Como le mencioné antes, mi intención era ver al señor Carter…

El jadeo que me interrumpió no vino de Viridiana, sino de Sophie. Sus ojos, muy abiertos, se clavaron en los míos. A ciegas, y sin esperar a sus hermanos, tomó uno de los sobres y lo abrió.

Viridiana siguió su ejemplo, abriendo el segundo sobre con la misma calma imperturbable que había mostrado desde mi llegada.

Kurt, en cambio, sostenía el tercer sobre entre sus dedos, pero no lo abrió. Sus ojos estaban fijos en los míos, analizándome, como si intentara desentrañar algún secreto oculto detrás de mi expresión.

Sostuve su mirada sin amedrentarme; no tenía razón para hacerlo.

—Mierda —masculló Viridiana entre dientes, pasando a la segunda hoja del contrato que había firmado su padre.

El mismo contrato que amenazaba a mi madre con guardar silencio si no quería enfrentarse a una acusación de extorsión.

El que le ofrecía cincuenta mil dólares por desaparecer de su vida.

El que, explícitamente, exigía que no se le contactara bajo ninguna circunstancia.

No dije una sola palabra.

Los dejé leerlo.

Los dejé descubrir por sí mismos quién era realmente su padre.

El verdadero bastardo.

—Hay que hablarle a Kaira —susurró Sophie, casi en un murmullo, leyendo por encima del hombro de Viridiana.

Kurt, mientras tanto, había tomado el cheque de la mano de Sophie, quien no se inmutó por el gesto. Una expresión de extrañeza apareció en su entrecejo mientras lo leía con atención.

—Son los cincuenta mil dólares más los intereses de todos estos años —aclaré con

suficiente frialdad como para congelar la sala—. Mi madre ya no los necesita.

—Oh, cielos —jadeó Sophie, arrebatando el contrato de las manos de su hermana—. Mira quién firma.

Viridiana ya se levantaba con el teléfono en el oído cuando Kurt tomó el contrato. Sus ojos recorrieron rápidamente las páginas, pero cuando llegó a la parte inferior, donde estaba estampada la firma de Owen Carter, palideció.

—Mierda. Mierda. Mierda —bramó, cerrando los ojos con fuerza mientras su mandíbula se tensaba.

Eso. Que se dieran cuenta de la clase de hombre que era su padre.

Extrañamente, no sentí satisfacción. La hubiera esperado, después de todas las veces que fantaseé con romperles su pequeña burbuja de perfección. Pero... no era lo que veía en sus caras. No parecían con el corazón roto. Al contrario, parecían… ¿horrorizados?, ¿asustados? Realmente no podía describirlo.

Kurt sacó su teléfono y, mirándome directamente a los ojos, se levantó de golpe preguntando con crudeza a su interlocutor:

—Zibo, ¿dónde está Charles Carter?

Eso llamó mi atención de inmediato.

—Muerto —declaré, mirando a Sophie, que sostenía la prueba de ADN que el abuelo le había exigido a mi madre antes de enviarme a *La Cour de Pierre.*

Ella no levantó la vista, pero sus manos temblaron ligeramente mientras seguía leyendo el documento.

—El abuelo está muerto —repetí, más fuerte esta vez, para asegurarme de que todos lo escucharan.

Sophie fue la que, finalmente, levantó la mirada. Parpadeó un par de veces antes de soltar con absoluta claridad:

—Charles Carter, el padre de Owen Carter —aclaró—, está más vivo que tú y yo, malgastando el dinero que nunca trabajó.

Un enorme balde de agua helada se derramó sobre la estabilidad de mi vida.

—No, no puede ser.

Simplemente era imposible.

Toda mi existencia estaba cimentada en lo que dijo e hizo Charles Carter.

—¿Desde cuándo no tienes contacto con él?

—¿Por qué crees que está muerto?

—¿Siempre tuviste contacto con él?

Las preguntas llegaron al unísono, cargadas del mismo escepticismo con el que yo había llegado a esta reunión.

Algo había cambiado en los últimos minutos.

Los papeles se habían invertido.

Y ahora era yo, quien se sentía acusado.

—A mi madre le llegó una carta hace años —expliqué, esforzándome por mantener la calma—. Le decían que el abuelo había muerto, que había dejado mi educación en el internado pagada, pero que recordara el contrato. Que nunca debía contactar a Owen.

—¿Escuchaste eso? —preguntó Kurt a su interlocutor, apretando el teléfono con fuerza.

De repente, Viridiana dejó de hablar por teléfono y se dirigió a la cabecera de la mesa. Tomó la tableta con determinación y, con un par de movimientos rápidos, la nítida imagen de una mujer apareció en la enorme pantalla.

Kaira Jones.

En mi pubertad, justo cuando la inocencia de la infancia se desvanecía para dar paso a la inconsciencia de la adolescencia, estuve obsesionado con esta mujer.

Por un tiempo, la deseé muerta.

Estaba seguro de que, si ella no hubiera existido, Owen Carter habría querido a mi madre.

Me habría querido a mí.

Después, en una visita, Clara me explicó que lo de Owen y ella había sido muchos años antes de que Kaira apareciera en su vida.

Y lo dejé ir.

Aunque nunca dejé de preguntarme qué tenía ella, qué tenían sus hijos, para que Owen los eligiera.

Ni siquiera estaban casados, pero era bien sabido que mantenía una relación con ella.

—¡Mamá, Charles…!

—Lo sé, Sophie —respondió Kaira con una calma maternal que mi madre nunca tuvo.

«*¡Para!*» me regañé de inmediato.

Lo último que debía hacer era comparar a mi madre con Kaira.

No podía manchar su memoria con comparaciones.

Nunca.

—Si me permiten hablar con el señor Baezas, por favor.

Los tres guardaron silencio, asintieron, tomaron los papeles y salieron de la sala como buenos niños obedientes.

Pude escuchar órdenes antes de que la puerta se cerrara tras ellos, dejándome a merced de Kaira Jones.

—Benjamín —comenzó—, ¿te puedo llamar Benjamín? —Asentí, porque, de alguna manera, sentí que negarme sería un error—. Soy Kaira Jones. La mujer de Owen. La mamá de esos tres que acaban de salir. Y la vocera oficial de Grupo Carter.

Mi boca estaba seca, pero logré murmurar:

—Mucho gusto, yo soy el teniente Benjamín Baezas.

—Oh, gracias por tu servicio.

Volví a asentir.

Al parecer, yo también era un buen niño obediente.

—¿Me podrías hacer el favor de acercarte a la cámara?

Sí. Definitivamente, un buen niño obediente.

Lo confirmé cuando me levanté y me acerqué a la diminuta cámara instalada en la parte baja de la pantalla.

De repente, la pantalla se partió en dos, y mi imagen apareció en primer plano, con un *close-up* incómodo de mi rostro.

—¡Wow! Tienes los mismos ojos —aseguró Kaira con una sonrisa que no alcancé a descifrar—. Y la misma voz. —Por instinto, llevé mi mano a la garganta—. Eso fue lo que alertó a Viri: tu voz.

No lo había pensado antes, pero tenía razón. Desde el momento en que Viridiana me escuchó, la atmósfera en la reunión había cambiado, volviéndose seria de una manera que todavía no entendía en su totalidad.

—No quiero nada —aclaré por instinto. Lo último que deseaba era que me vieran como un cazafortunas.

—Por supuesto que no —aceptó la mujer con una calma que me desarmó.

No podía negar que era bellísima.

Mi madre también lo había sido, de una manera diferente, claro, pero igualmente impactante.

Al parecer, no solo compartía los ojos y la voz con Owen, sino también su buen gusto por las mujeres.

—Pero, si me pudieras hacer el favor de contarme tu historia desde el principio, te lo voy a agradecer.

Antes de que pudiera responder, una mujer entró en su oficina y le entregó un bonche de hojas.

La primera fue descartada de inmediato con un movimiento casi despreocupado. Supuse que era el cheque.

La segunda la leyó negando y sonriendo al mismo tiempo, como si no supiera si debía estar molesta o divertida.

Finalmente, llegó al contrato, y ahí se detuvo. Tomó más tiempo. Sus ojos recorrieron cada línea con una atención casi obsesiva.

Aproveché el momento para regresar a mi asiento. Mientras ella leía, me serví un vaso de agua y le di un par de tragos largos, tratando de calmarme y recuperar algo de control sobre mí mismo.

Terminó de leer con un largo y profundo suspiro, como si estuviera decidiendo cómo abordar el tema.

—No sé cómo decirte esto, pero este contrato —aclaró, removiéndolo entre sus manos— nunca ha pasado por las manos de Owen. Y él nunca ha sabido de su existencia. Te lo puedo asegurar, por la memoria de mi madre, que hace un mes nos dejó.

Oh, mierda.

Esto no pintaba bien.

—Esta firma no es de Owen, es la de Charles Carter. A través de los años, nos hemos encontrado con varios "contratos" firmados por él, usando el nombre de su hijo.

Hizo una pausa, observando mi reacción antes de soltar la siguiente bomba.

—Charles nunca ha tenido control sobre las empresas. Ni siquiera se apellida Carter.

Mis pensamientos quedaron en blanco.

—¿Cómo que no se apellida Carter? —pregunté, apenas logrando mantener mi voz firme.

—El *Carter* viene por parte de la madre de Owen. El verdadero abuelo Carter fue quien fundó las empresas. Charles se casó por el nombre. Pero no es un Carter. Nunca lo ha sido.

—¿Entonces quién pagó mi educación? ¿Quién sobornó a mi madre?

—No sabría decirte. No ahora. Mi equipo ya está buscando entre la telaraña de las finanzas de Charles —respondió, haciendo una pausa antes de preguntar con cautela—. ¿Podríamos hablar con tu mamá? Preguntarle con quién habló.

—Con Owen —contesté de inmediato, casi sin pensar.

—¿Seguro?

Ahora fui yo quien hizo una pausa.

Traté de buscar en mi memoria aquella conversación, el día en que mi madre me contó cómo ese maldito de Owen Carter minimizó la noche de mi concepción.

El día en que le negó su ayuda.

Su apellido.

Pero no la encontré.

Clara no hablaba mucho sobre él. A decir verdad, alguna vez me confesó que tuvo que

esperar a que yo naciera para saber quién era mi padre.

En la época en que me concibió, mi madre era… libre con su cuerpo, como ella misma decía. Pero también me contó que, en cuanto me vio abrir los ojos y descubrió el azul turquesa de mi mirada, supo que era de Owen. Sin embargo, fue hasta que el abuelo requirió una prueba de ADN que la paternidad se confirmó.

Ahora que lo pensaba, mi madre siempre hablaba del abuelo.

Nunca de Owen.

Poco a poco, los cimientos de mi vida, cada ladrillo, cada varilla, cada pilar, comenzó a desmoronarse.

Y entonces, empecé a hablar.

Desde el principio.

Desde mi primer recuerdo.

Hablé del día en que me di cuenta de que no teníamos dónde dormir, del miedo que sentí al mirar los ojos desesperados de mi madre.

Y luego hablé de lo que nunca antes había hablado.

Ni siquiera con Mack.

Hablé de la honestidad de mi madre.

Ella nunca mentía, ni siquiera cuando era necesario.

Había cosas sobre ella que yo no necesitaba saber, como el alivio que sintió cuando Charles apareció para arrebatarme de sus manos.

Para Kaira fue… perturbador. Incluso para mí.

Sobre todo, cuando, al hablar de fechas, nos dimos cuenta de que ocurrió justo cuando ella y Owen formalizaron su relación.

Al parecer, yo era una pequeña arma que Charles podía usar contra su hijo.

El secreto que siempre guardó, pero nunca utilizó.

¿Por qué no lo había hecho?

Fue una pregunta que ni ella ni yo, pudimos responder por el momento.

Capítulo 7: Reina Del Caos

El club completo vibraba con la música. El bajo se sentía hasta en los huesos, un latido sucio y primitivo que envolvía el ambiente con una carga eléctrica imposible de ignorar. Sombras y luces de neón pintaban la multitud en destellos de rojo y azul. La mezcla de perfume, sudor y lujuria saturaba el aire, envolviendo a todos en una niebla de deseo latente.

Desde mi posición en la parte más alta del club, acompañado por los Bastardos, con un vaso de whisky en la mano y la mirada fija en el centro de la pista, celebré mi cumpleaños número dieciocho.

Oficialmente, ya era un adulto.

Ya podían condenarme como uno, así que, en teoría, debía tener cuidado con mis impulsos. Controlarme. Jugar con inteligencia. Pero con Mackenzie Conn como mi maldita obsesión, era imposible.

Ahí estaba, moviéndose con la elegancia de una garza, y la sensualidad de una puta muy, muy cara. Si supiera exactamente lo que hacía conmigo. Si entendiera que, aunque el mundo entero podía observarla, yo era el único que realmente la veía.

Y joder… en este momento, la veía a fondo.

En el centro de la pista.

Brillando como una maldita estrella.

Su cuerpo se movía al ritmo de la música con una facilidad que no podía ser natural, como si no solo bailara, sino que creara la melodía con cada giro de cadera, con cada movimiento lento y calculado.

Obviamente, pronto dejo de estar sola.

Y eso me alertó.

Había un tipo cerca de ella. No lo suficiente como para tocarla, pero lo justo como para dejar claro que estaba siguiéndole el juego.

Y ella lo sabía.

Porque Mack lo miraba por encima del hombro, con esa sonrisa que no prometía nada, pero lo insinuaba todo. Su vestido era corto, rojo, pegado a ella como una maldita segunda piel. El sudor de los cuerpos alrededor de ella hacía que cada movimiento se sintiera más crudo, más sucio.

Y lo que más me jodió, no fue el hecho de que estaba bailando para alguien más, fue el hecho de que disfrutaba ser observada.

Y si ella disfrutaba, yo era feliz.

Eso… no me lo esperaba.

Apoyé el vaso en la barandilla sin apartar la vista.

Cada vez que sus manos recorrían su propio cuerpo, cada vez que su cadera se balanceaba en un ritmo deliberado, el tipo detrás de ella parecía más hipnotizado. Y Mackenzie lo absorbía todo.

Le gustaba la atención.

Le gustaba saber que la miraban, que la deseaban, que podían imaginarse tocándola, pero que nunca podrían hacerlo sin su permiso.

Y el mío.

Y lo más raro era que… A mí no me molestó.

Debería haberlo hecho. ¿Cierto?

Debería haber querido bajar, apartarla de la multitud, alejarla de las miradas que se clavaban en su piel como una promesa.

Pero en lugar de eso…

Me quedé mirando.

Queriendo ver hasta dónde iba a llegar. Hasta dónde estaba dispuesta a jugar antes de que decidiera dejar a su presa con la lengua colgando y se alejara, disfrutando su silenciosa victoria.

Mackenzie no solo era provocadora.

Era una maldita reina del caos.

Y por primera vez, entendí que lo que la excitaba no era tanto el contacto. Era el poder. El control absoluto sobre la tentación.

Me humedecí los labios, sintiendo el calor subir por mi cuello.

Sí. Definitivamente… esto me jodía de la mejor de las maneras.

***

Hay momentos que se quedan grabados en la memoria, como cicatrices invisibles que de vez en cuando arden, recordándote que siempre han estado ahí.

Este, era uno de esos momentos.

No tenía nada que ver con Mackenzie y, al mismo tiempo, tenía que ver con todo.

Mientras recordaba mi conversación con Kaira, reconociendo su impecable porte de matriarca, con la mirada afilada y la voz cargada de una calma estratégica, el recuerdo de aquella noche con Mackenzie me golpeó de lleno.

Porque la entendía.

Porque, aunque la situación fuera distinta, la esencia era la misma.

Owen Carter y Alexander Northman compartían algo más que un círculo de poder.

Compartían a la misma mujer.

Kaira Jones.

Y aunque nadie lo decía en voz alta, aunque las apariencias estuvieran tan bien cuidadas que apenas dejaban grietas por donde se filtrara la verdad, la tensión estaba ahí.

Latente.

Palpable.

—Owen me eligió —explicó Kaira—, o al menos eso quería que el mundo creyera.

Pero mientras me contaba esa parte de sus vidas, pude verlo con claridad.

Kaira nunca fue solo de Owen.

No de la manera en que un hombre como Charles Carter… o cualquier hombre común, lo habría querido.

Alexander Northman también aparecía en la ecuación.

Kaira también era de él.

Tal vez en distintos momentos.

Tal vez en la misma jodida habitación.

No lo sabía.

Ni quería saberlo.

Y de repente, el recuerdo de Mackenzie, bailando frente a mí con la seguridad de una reina, rodeada de miradas hambrientas, se sintió más cercano que nunca.

Porque ella tampoco le pertenecía realmente a nadie.

Porque el poder de Mackenzie no estaba en quién la tenía, sino en quién ella decidía que podía tenerla.

Y Kaira Jones…

Ella también había jugado ese juego.

La diferencia era que Mackenzie lo hacía por placer.

Kaira, en cambio, parecía haberlo hecho por amor.

Capítulo 8: Dite

Mi vida siempre se había distinguido por el control.

Desde pequeño entendí que era yo quien llevaba el timón de mi destino.

Sin guía, pero con una educación que pocos podían soñar, me convencí de que ese control era lo único que necesitaba.

Sin embargo, cuando salí del internado, me di cuenta de que requería algo más: *estructura.*

Porque, con Los Bastardos, había de todo menos orden.

La muerte de Marco y Claudette cambió algo en nuestra desbordada libertad.

Nos volvimos… erráticos.

Cada quien buscó su camino de distintas maneras.

El mío fue unirme a los Marines.

Control.

Orden.

En ese momento de mi vida, eso era lo que necesitaba.

Ahora, rumbo a una isla en medio de la nada, en un jet privado lleno de lujos que no me interesaban, pero que Kaira insistió en que aceptara, me di cuenta de algo:

El orden y el control que había construido en mi vida estaban a punto de cambiar para siempre.

Me gustaría decir que seguí mi plan al pie de la letra. Que fue sencillo humillar a Owen Carter y mandarlo al carajo con todo y su dinero.

Pronto entendí algo importante: con ellos, nada era sencillo.

Los hermanos Carter tomaron mi plan cuidadosamente trazado, lo deshicieron sin pestañear y lo tiraron a la basura con una facilidad insultante. Como hijo único, no entendí del todo la mecánica con la que operaron. Era una unión tácita e implacable que hacía imposible enfrentarlos uno a uno.

Algo que me recordó a los Bastardos.

Mi plan de vida, al menos hasta hace menos de veinticuatro horas, era sencillo: Respirar. Humillar a Owen Carter. Echarle un vistazo al negocio que Henry tanto insistió en que conociera. Y nada más.

Ni siquiera me perturbaba Mack. Entre ella y yo siempre había habido pausas, lagunas de tiempo donde nuestra historia quedaba suspendida.

No tenía planes a corto ni a largo plazo.

Tal vez trabajar un poco más en los restaurantes para honrar la memoria de Clara.

Quizás, en algún momento, buscar la manera de reproducirme… Bueno, eso es lo que a veces mi cerebro me llevaba a pensar.

Nunca había cuestionado mi destino, y de ninguna manera me lo tomaba demasiado en serio.

Al menos, no hasta esta mañana.

No tenía idea de que las cosas cambiarían de la forma en que lo hicieron.

Un asentimiento equivocado llevó a otro, y antes de que pudiera procesarlo, ya estaba en camino de conocer a Owen Carter.

Mi padre. El bastardo que se negó a reconocerme.

Aunque, por los acontecimientos del día, empezaba a cuestionarme la veracidad de cada una de las historias que el abuelo me contó. Él siempre insistió en que Owen nunca quiso conocerme, en que solo quería corregir los errores de su hijo.

Pero si fingió su muerte…

Bien pudo haber fingido todo lo demás.

Malditos Carter.

Los altavoces anunciaron que estábamos en descenso, y unos indeseables nervios recorrieron mi columna vertebral, dejando tras de sí una estela de sudor que no tenía nada de apropiado para alguien como yo.

Carajo.

¡Si yo era un marine!

Había combatido y vencido demonios en los desiertos más secos y despiadados del mundo, ¿por qué diablos estaba tan nervioso por conocer a alguien que me había abandonado?

No estaba precisamente nervioso… Más bien era…

¡¿A quién carajos quería engañar?!

¡Por supuesto que estaba nervioso!

Kaira se había comportado de una manera maternal que… me confundió.

Eso, sumado a la intervención huracanada de los hermanos Carter, había sido un infierno para mí.

La asistente de vuelo, una mujer guapísima con el uniforme perfectamente entallado, se acercó para retirar el trago que había acunado por horas sin probar. Lo último que necesitaba era el alcohol entorpeciendo mis pensamientos.

Bajo nosotros, el mar azul y cristalino brillaba casi de forma celestial. A medida que nos acercábamos, el lugar se volvía más paradisíaco, como si no pudiera decidir si era real o una alucinación. El aterrizaje fue suave, como mantequilla derritiéndose bajo el sol. Era inquietante lo impecable que había sido el vuelo; las nubes parecían haberse abierto ante nosotros para darnos paso.

—Gracias. Ha sido el viaje más tranquilo de mi vida —mencioné al piloto y a las tres personas que lo acompañaban.

—Un placer servirle, señor —respondió uno de ellos con una sonrisa profesional que no dejaba escapar ni un atisbo de información.

Intenté sonsacar algo más, pero cualquier intento quedó interrumpido al ver a una mujer acercarse desde la pista con una enorme sonrisa en el rostro.

—¡Señor Baezas! —gritó desde el pie de la escalerilla—. ¡Ya estamos listos!

El ruido que no le permitía hablar con moderación provenía de un helicóptero a unos cincuenta metros de distancia, ya encendido y listo para despegar.

—¿Eso es para mí? —pregunté en cuanto llegué a su lado.

—Sí, es un viaje corto. Quince minutos y estaremos en Dite.

Dite.

Un lugar especial del infierno.

Aunque no lo parecía, la isla era un paraíso en sí misma. Kilómetros enteros de vegetación en todos los colores y texturas se desplegaban bajo nosotros, como si alguien hubiera derramado una paleta de colores vivos sobre la tierra. Desde lo alto, solo se distinguía la forma

de "Y" que dibujaba la isla y un par de construcciones dispersas. Lo que sí era imposible pasar por alto eran las playas blanquecinas que abrazaban la costa y el intenso azul turquesa del mar que la enmarcaba con un brillo casi hipnótico.

Finalmente, el piloto hizo una maniobra en U, y ahí estaba: la construcción principal de la isla apareció frente a mí, majestuosa y desproporcionada. Una finca gigantesca, casi intimidante, con un helipuerto perfectamente ubicado en la parte trasera.

Como en el vuelo anterior, el aterrizaje fue impecable, tan suave que casi no se sentía el contacto con el suelo. Me encontré acomodando mi camisa y revisando mi atuendo casi por instinto.

Mierda.

Las puertas se abrieron y, a lo lejos, apareció la figura de una mujer. Kaira.

Tomé mi mochila y bajé de un salto, mis botas golpeando el suelo con más decisión de la que realmente sentía. Caminé hacia ella con pasos lentos, intentando proyectar una seguridad que estaba lejos de experimentar.

La mujer era guapa. Muy guapa. Su exuberante cabello, con un par de canas estratégicamente colocadas, le daba un aura de magnetismo intimidante. Apenas me llegaba a la cintura, pero no importaba. Su presencia llenaba el espacio de una manera que me hizo sentir diminuto.

Y luego estaba su mirada. Intensa. Implacable. De un verde esmeralda que, por un instante, me recordó a los de Mack. No era tan bella como Mackenzie. Ninguna mujer lo era. Pero sí compartía con ella algo que no me gustaba: podía sentir cómo atravesaba mis barreras con una facilidad que daba miedo.

Como si pudiera desmantelarme con un solo parpadeo.

—*Ah, merda, mas tu tens a mesma cara.*

—Lo siento, no hablo portugués —susurré, reconociendo el idioma gracias a Regina.

Ella no se inmutó.

En un movimiento rápido y decidido, tomó mi rostro entre sus manos y me miró directamente a los ojos.

Durante un par de segundos, todo se detuvo.

Y luego sonrió.

No era cualquier sonrisa. Era una sonrisa que nunca antes había recibido. Una que me reconocía. Una que me aceptaba. Y, de alguna manera inexplicable, me sentí en casa.

Oh, esto estaba muy, muy mal.

Traté de incorporarme, de retroceder, pero sus manos se aferraron a mi rostro con una fuerza que parecía desafiar la lógica.

Mi resistencia no la afectó en absoluto.

Cerró los ojos y, con una calma casi celestial, me dio un par de besos en cada mejilla.

Lentos.

Sentidos.

Cargados de algo que no entendía.

Cuando finalmente pareció satisfecha, me soltó, dejando un calor incómodo en mi piel.

—Vamos a conocer a tus padres —anunció con una alegría tan despreocupada que me desarmó.

Como si mi mundo no estuviera de cabeza.

Como si todo en lo que había basado mi vida no se estuviera yendo a la mierda.

—Dite es nuestro pequeño escondite del mundo —describió Kaira mientras me encontraba

frente a un majestuoso mar turquesa—. Es lo mejor de ambos mundos: está cerca del aeropuerto, pero lo suficientemente lejos de tierra firme como para tener toda la privacidad que necesitamos.

Asentí y la seguí en silencio.

Todo, absolutamente todo, reflejaba la opulencia de su mundo.

La finca era más bien un castillo en medio del Caribe. Una obra maestra arquitectónica que combinaba lujo y calidez, lo majestuoso con lo acogedor. Era un lugar que, aunque digno de la realeza, hacía que te sintieras como si hubieras llegado a casa.

El extenso terreno estaba rodeado de jardines tropicales diseñados con esmero. Palmeras altísimas, buganvilias en plena floración, y senderos de piedra natural conducían a una entrada imponente. Las enormes puertas de madera tallada, adornadas con detalles dorados, parecían susurrar una bienvenida a otro mundo.

—Bienvenido a casa —susurró Kaira, estirando la mano con una sonrisa cálida—. Oh, ni siquiera te di tiempo de empacar —menciono con una pequeña risa, como si se estuviera reprendiendo a ella misma y, con la misma ligereza, agregó—: No te preocupes. Aquí tenemos todo lo que necesitas.

No lo dudé. Este lugar parecía capaz de satisfacer cualquier necesidad antes incluso de que la sintieras.

El interior de la finca era simplemente impresionante. Techos altos dejaban entrar la brisa marina, y las paredes en tonos claros reflejaban la luz natural, amplificando la sensación de amplitud. Los ventanales, que iban del piso al techo, ofrecían vistas panorámicas del océano, haciendo que la casa pareciera fusionarse con la naturaleza que la rodeaba.

La sala principal tenía un aire majestuoso, pero acogedor: sofás tapizados en lino blanco rodeaban una chimenea de piedra coralina, mientras cojines en tonos vivos aportaban un contraste caribeño.

Aunque opulenta, la finca no abrumaba. Cada rincón estaba diseñado para evocar una sensación de hogar: cálido, íntimo y profundamente personal. La atención al detalle era impecable: desde los suaves aromas florales que flotaban en el aire, hasta la música relajante que parecía emanar de las paredes.

No era solo una casa, era un santuario en el paraíso.

De repente, un grito resonó en la distancia. No un grito cualquiera: un grito de furia que me puso en alerta al instante.

Sin pensarlo, detuve a Kaira por el hombro y me puse delante de ella, listo para lo que fuera.

—Oh, no te preocupes —dijo ella con una tranquilidad que me desconcertó—. Al parecer, ya encontraron a Charles.

Charles Carter. Había evitado pensar en el abuelo. Si todo lo que me habían contado era cierto, ese maldito había manipulado a mi madre y a mí como piezas en un maldito tablero de ajedrez, jugando con nuestras vidas como si fueran su entretenimiento personal.

Mientras caminábamos por un largo pasillo, el silencio entre nosotros era casi ensordecedor, roto solo por el eco de nuestros pasos sobre el mármol. Al llegar a una esquina privilegiada de la finca, con vistas directas al océano Caribe, entramos en una gran oficina.

Era un espacio luminoso y elegante, donde el lujo discreto se combinaba con detalles que transmitían una calidez engañosa. Un gran escritorio de madera dominaba la habitación, con bordes tallados a mano que mostraban intrincados diseños tropicales. Estaba colocado frente a un ventanal panorámico, que ofrecía una vista ininterrumpida del mar y de los jardines que se extendían como un paraíso imposible. Las cortinas, ligeras y en tonos crema, se movían

suavemente con la brisa marina, llenando el espacio con un aire de calma que no coincidía con lo acelerado de mi corazón.

Las estanterías estaban llenas de libros con lomos gastados, fotografías enmarcadas de viajes que nunca conocí y momentos familiares que no me incluían. Había plantas que llenaban el espacio de vida, sillones que parecían susurrar "siéntate y descansa," y tecnología integrada de manera tan discreta, que solo un ojo entrenado podría notar. Cada detalle estaba pensado para convertir la oficina en un refugio de tranquilidad y productividad.

Pero nada de eso importaba.

Mi atención se enfocó únicamente en los dos hombres de pie frente a un monitor gigante.

Y en ese monitor, Charles Carter se veía increíblemente vivo. Un poco más desfigurado por tantas cirugías plásticas, pero vivo al fin. Aunque su piel estaba más pálida de lo que recordaba.

—¡Eres un hijo de perra!

La voz resonó con tanta fuerza que me sobresaltó. Fue desconcertante escuchar mi propia voz gritando esas palabras cuando, hasta donde sabía, no había abierto la boca. En efecto, el tono de mi voz era exactamente igual a la de Owen.

Mierda.

—¡No voy a permitir que…! —La furia de Charles intentó abrirse paso, pero fue silenciada antes de que terminara su amenaza.

—Guarda silencio, Charles. —La voz que lo mandó callar era fría. Sin humanidad. Peligrosa. Cada palabra era un cuchillo que cortaba la tensión del aire—. No puedo creer que hayas hecho esto.

El silencio que siguió fue más pesado que cualquier grito.

Y yo, con el corazón en la garganta, supe que no solo acababa de entrar en un juego que no entendía del todo… Sino que ya lo estaba jugando.

Respiré hondo, tratando de evitar un ataque de ansiedad, cuando Kaira se inclinó hacia mí y susurró:

—El de la voz aterradora es Alex.

El otro hombre frente a la pantalla dejó caer las palmas abiertas sobre su rostro. Se las pasó lentamente por los ojos, como si intentara borrar la frustración que incluso yo podía sentir desde mi lugar.

Y, también, limpiar las lágrimas que brillaban en su rostro.

El gesto era tan humano.

Tan crudo.

Me dejó congelado.

Esa figura imponente, de voz grave y dominante, ahora parecía cargada de un peso que no podía sostener.

—Y ese es Owen.

No necesitaba que me lo indicara. Reconocería a Owen Carter en cualquier lugar.

Lo había soñado tantas noches.

Lo había maldecido tantas veces.

Pero verlo en persona me dejó paralizado.

Una ola de culpa, irracional y cruel, se instaló en mi pecho, silenciándome.

No era su culpa.

No podía rechazarme si no sabía de mi existencia.

No podía quererme si…

La voz de Alex cortó mis pensamientos como un cuchillo:

—Escúchame bien, Charles. —El tono era letal, frío y cargado de una ira contenida que prometía consecuencias definitivas—. Olvídate de todo: del dinero, de las cajas de seguridad, de las casas, de los viajes, de las tarjetas… Olvídate de todo lo que tienes y fue comprado con el dinero Carter. A partir de este momento, ya no eres nada.

—¡Alex, no me puedes hacer esto! —gritó Charles desde la pantalla, desesperado—. ¡Yo solo estaba tratando de protegerlos! ¿Tienes idea de cuántas perras querían un pedazo de ustedes? ¡Yo tenía que cuidar de ustedes! ¡Ustedes son mis hijos!

—¡NO! —El rugido de Alex resonó como un trueno—. Tú no eres mi padre. Y a partir de este momento, tampoco lo eres de Owen.

—¡Owen! —intentó Charles, con la voz rota y suplicante, buscando el rostro de su otro hijo.

La postura rígida de Owen y su mandíbula apretada lo decían todo:

—Ya estás muerto, Charles.

Su voz, aunque baja, estaba cargada de un dolor insoportable, mezclada con frustración y algo más que no pude descifrar.

—¡Tú! —Charles giró de pronto, apuntándome con un dedo tembloroso—. ¡Tú tienes la culpa de esto! —Su grito me atravesó como un rayo—. Después de todo lo que te di…

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cortadas por un chasquido seco. La pantalla se apagó, y con ello, Charles Carter desapareció de nuestras vidas.

El eco de sus últimas palabras quedó flotando en la oficina, pesado e imposible de ignorar. Mis manos temblaban, mi mente intentaba procesar lo que acababa de pasar, pero todo lo que sentía era una mezcla de confusión, rabia, y un miedo que no sabía de dónde provenía.

Alex se giró hacia mí con la mirada aún encendida por la furia. Owen no me miraba, pero el silencio que emanaba de él era más devastador que cualquier palabra. Y yo, atrapado entre ellos, supe que lo que fuera que había empezado ese día… estaba lejos de terminar.

No podía dejar de observarlo.

Owen Carter.

El hombre que, hasta hace unas horas, solo era un nombre en mis maldiciones nocturnas, ahora estaba frente a mí.

Tan real que me costaba respirar.

Sí, nos parecíamos. Era imposible no notarlo. El mismo tono de ojos azules. Aunque los suyos tenían un brillo diferente, uno que no sabía cómo descifrar:

Cansancio.

Culpa.

Algo más.

Mi piel, más apiñonada que la suya; mi altura, que lo superaba por muchos centímetros; y la solidez de mi cuerpo, más corpulento y robusto que el suyo, eran los únicos rasgos que no compartíamos.

Por lo demás, era como verme en un espejo distorsionado por el tiempo.

Finalmente, él también me vio. Y no de la forma que esperaba. No con duda. No con rechazo, como había imaginado tantas veces en mi cabeza.

Sino con algo que me dejó completamente sin palabras:

Reconocimiento.

—Tú… —su voz salió baja, casi un susurro, y dio un paso hacia mí. Sus ojos no se apartaban de los míos, como si tratara de encontrar en ellos la respuesta a una pregunta que no se atrevía a hacer—. Eres…

No terminó la frase. No tenía que hacerlo.

Lo sabía.

Y yo también.

Un nudo se formó en mi garganta, pero no fue suficiente para detenerme.

¿Cómo se atrevía?

¿Cómo podía mirarme como si este momento fuera significativo para él, cuando yo había pasado toda mi maldita vida cargando con el vacío de su ausencia?

—¿Sabes cuántos años tuve para imaginar este momento? —mi voz salió más baja de lo que esperaba, pero con una dureza que no pude disimular—. ¿Cuántas veces pensé en lo que te diría si te encontraba?

Sus hombros cayeron ligeramente, como si mis palabras lo hubieran golpeado físicamente.

No intentó defenderse.

Lo que, por alguna razón, solo me enfureció más.

—Pero nunca imaginé… —mi voz se quebró y apreté los dientes para mantenerme firme—. Nunca imaginé que me mirarías como si me conocieras. Porque no lo haces. ¡No sabes nada de mí!

Él cerró los ojos por un momento, llevándose una mano al cabello. Parecía buscar algo, cualquier cosa que pudiera decir. Pero cuando volvió a abrirlos, no había excusas.

Solo dolor.

—No lo sabía, Ben. —Su voz era tan baja que apenas la escuché, pero cada palabra estaba cargada de algo crudo, casi insoportable—. No sabía que existías.

Por un segundo, me quedé paralizado.

Había tantas cosas que quería decirle:

Que eso no era una excusa.

Que no lo hacía mejor.

Que…

Pero no pude.

Porque, en el fondo, sabía que decía la verdad.

—No me dejaste.

La declaración salió de mi boca antes de que pudiera detenerla, como si mi mente aún estuviera intentando comprenderla.

—Nunca me dejaste…

El silencio que siguió fue aplastante.

Lo vi tragar con dificultad, sus ojos buscándome como si pudiera encontrar en mí la forma de reparar décadas de dolor.

Pero ¿cómo se arregla algo que nunca debería haber estado roto?

A mi lado, Kaira y Alex no dijeron una palabra. Sabía que estaban allí, lo sentía, pero este momento no era de ellos.

Era nuestro.

De Owen y mío.

Me llevé una mano al pecho, intentando contener el torbellino que se desataba dentro de mí.

Había pasado toda mi vida pensando que no era suficiente, que nunca había sido suficiente para él.

Y ahora, frente a su mirada rota y llena de algo que parecía tan perdido como yo, me di cuenta de algo que no había considerado:

Él tampoco tuvo una oportunidad.

La oportunidad de conocerme.

De quererme…

Capítulo 9: Ojos ámbar

Kaira y Alex salieron de la oficina en silencio, tomados de la mano.

—Todo va a estar bien, bruja, no te preocupes —escuché que le decía Alex antes de que la puerta se cerrara tras ellos.

Owen no me tocó. Era como si ahora él fuera el que temiera mi rechazo. Solo me invitó a sentarme con un gesto de la mano y, sin preguntar, me pasó un vaso de whisky. Bebí con más entusiasmo del que debía. Él no lo criticó. Simplemente volvió a llenarlo antes de sentarse a mi lado.

La brisa del mar acompañó nuestro silencio que, sorprendentemente, no era incómodo.

—Solo tuve unas horas para tratar de desenredar toda la telaraña que Charles creó alrededor de ustedes —dijo, rompiendo el mutismo—. Pero, por lo que mencionó Kaira, tu mamá no tiene mucho de haber fallecido. Lo siento.

—¿Siquiera la recuerdas? —La pregunta salió más acusatoria de lo que pretendía, pero, en este momento, no podía controlarme.

Owen sostuvo mi mirada por un instante antes de cerrarlos y volver al pasado.

—Ojos ámbar. Cabello oscuro, quebrado y largo hasta la cintura. Alta, casi tan alta como yo. Con mucha energía, más de la que podía controlar. Vivaracha. Libre. Divertida. Con un rostro y cuerpo de amazona griega. —Hizo una pausa, dejando que cada palabra calara profundamente—. Sí, sí recuerdo a Clara Baezas. Aunque debo de reconocer que fue hasta esta mañana, que supe su apellido.

Su descripción me dejó sin aliento. No era solo precisa, era exacta. Había algo en su voz, una mezcla de melancolía y arrepentimiento, que hizo que el nudo en mi pecho se apretara aún más.

Mi garganta ardía, no solo por el whisky, sino por la marea de emociones que su descripción había despertado. Esa Clara que él describía, tan viva en sus palabras, era la misma que yo recordaba, pero escucharla a través de su voz, mi voz, en su perspectiva, era como verla desde un espejo lejano.

—La recuerdas, entonces. Sabías lo que había pasado y... ¿aun así no le creíste cuando fue a buscar tu ayuda? —La pregunta salió más baja de lo que esperaba, como si la fuerza que me había llevado hasta aquí se estuviera desmoronando.

Owen apretó los labios, su mirada fija en el vaso de whisky que giraba lentamente entre sus dedos:

—Nunca volví a ver a Clara. Nunca volví a cruzar palabra con ella. —Su voz era tensa, contenida, como si cada palabra se atorara en su garganta—. Sé que no tienes ninguna razón para creerme, pero no conoces a Charles. Siempre ha sido... manipulador. Crea sus propios mundos y jura que son reales. Para él, todo el mundo es oportunista. Incluso mi madre, la causante de que él llevara la vida de un magnate cuando solo es…

Rió.

Pero no había alegría en el sonido. Era vacío. Amargo. Como el sabor de una herida abierta.

—Charles siempre manipula la narrativa. Incluso, hoy en día, está convencido de que Alex y Kaira están conmigo por conveniencia, cuando son ellos los que han levantado el imperio que él estaba derrumbando. —Hizo una pausa, tomando un largo trago antes de continuar—. Fue fácil simplemente dejarlo ir. Le dábamos su gran mesada y nunca me detuve a cuestionar qué hacía con ella. No investigué. No busqué. No me importaba. Dejé que construyera sus castillos de aire porque... Era fácil. —Su voz se endureció, cargada de una rabia contenida que parecía dirigirse tanto a sí mismo como a Charles—. Y, por eso, estamos aquí ahora. Porque nunca le puse atención al malnacido y a su odio hacia nosotros.

Sus palabras flotaron en el aire como una nube pesada, cargada de culpa y arrepentimiento.

Era la verdad que había querido escuchar. Pero también la que dolía más de lo que podía admitir.

—¿Y qué va a pasar ahora? —pregunté, mi voz más estable de lo que esperaba.

Owen me miró directo a los ojos, y lo que vi en ellos no era arrogancia, sino una resolución firme, casi feroz.

—Todo lo que sea necesario para recuperar lo que él nos quitó.

Por un momento, el silencio regresó, pero no era incómodo. Era pesado, sí, pero también lleno de significado.

Quise odiarlo en ese instante.

Realmente lo intenté.

Pero al mirar sus ojos, los mismos que veía en el espejo cada mañana, me di cuenta de algo: Tal vez él también estaba buscando redimirse.

Y eso, por mucho que me resistiera a admitirlo, era el inicio de algo que ninguno de los dos entendía del todo todavía.

Pasamos horas hablando, solo interrumpidos por alguien del servicio que traía comida y se llevaba los platos vacíos. La madrugada nos atrapó entre confesiones y recuerdos, sumergidos en la compleja historia de su vida.

Me habló del amor compartido entre Alex, Kaira y él. Su versión fue un poco más ilustrativa que la de Kaira. Sí compartían cama. Algo que dejó claro es que Alex era parte del paquete, de su “matrimonio”.

Él estaba enamorado de Alex.

La noticia ni siquiera me hizo pestañear. No porque no fuera sorprendente. Sino porque así es el amor.

El amor verdadero; el que no juzga ni se esconde. Simplemente es.

También habló de sus tres hijos. Los herederos de un imperio multimillonario. Ninguno era biológico. Ni de él, ni de Alex.

Me contó los más oscuros secretos de su familia.

Como el hecho de que, precisamente porque Viri no era hija biológica de Alex, como él había creído por un tiempo, descubrieron que Alexander Northman, el gran magnate, no podía tener hijos.

Esa fue la razón por la que Owen decidió hacerse la vasectomía.

Y, justo en ese tiempo, fue cuando fui concebido.

—Antes de entrar al quirófano, entré en una racha de… disculpa mi francés… coger lo que se me atravesara.

A pesar de todo, no pude evitar soltar una risa.

No era tan diferente a lo que yo mismo había vivido antes de cada tour.

—Qué bueno que lo entiendes. Seguramente sabes que la abstinencia no es lo nuestro, ni

siquiera por salud. Así que, un par de semanas antes de operarme, desquité lo que no iba a poder hacer después. —Hizo una pausa, tomando un sorbo de whisky antes de continuar, con una honestidad desarmante—. No suena muy respetuoso, pero fue en una de esas noches cuando coincidí con Clara. Y, la verdad sea dicha, no estábamos solos ella y yo. Había otra mujer. Una amiga suya. No sé si lo sabías, pero tu mamá era bisexual.

Lo dijo con cierto tacto, casi tierno, como si estuviera cuidando mis emociones.

—Sí, lo sabía. Mi mamá no era precisamente discreta. Siempre fue muy abierta con sus relaciones.

Owen sonrió, casi con nostalgia.

—Me cayó bien. Era muy libre. Siempre es un placer conocer a alguien como ella.

Me quedé en silencio, dejándome llevar por sus palabras. Por primera vez, escuchaba algo sobre mi madre que no venía de ella misma. Algo real, despojado de adornos, contado por alguien que la había conocido de una manera que yo nunca podría.

Algo que era cierto es que Clara afirmó, con absoluta seguridad, que Owen la había tratado con respeto.

Que se preocupó por su placer y su seguridad.

Según ella, yo había sido casi un milagro, un accidente que tenía que suceder, porque, a pesar de que esa noche de tórrido romance se cuidaron por partida doble, el destino tenía otros planes.

El acuerdo había sido claro:

Una buena noche de sexo sin ningún tipo de ligaduras. *Te conozco, y si te vuelvo a ver, te recuerdo, pero nada más.*

Y ahora, después de haber tenido un poco de tiempo para pensar, me di cuenta de algo que nunca había cuestionado:

Clara nunca habló mal de Owen.

Nunca.

Era triste darme cuenta de que el villano de la historia siempre fue Charles. Desde el principio, él fue quien pintó a su hijo como poco menos que un desgraciado, alguien incapaz de asumir responsabilidad alguna. Y yo, resentido por haber sido dejado en un internado, compré cada una de sus mentiras sin cuestionarlo.

Lo menos que le debía a Owen ahora, era el beneficio de la duda razonable.

Y él a mí.

Porque, a pesar de que yo traía la prueba que Charles me había hecho, el contrato y mi rostro para comprobar que era su hijo…

El día siguiente fue una jodida pesadilla.

Lo supe desde el momento en que los helicópteros aterrizaron en la isla.

El personal médico descendió con precisión quirúrgica, vestidos con uniformes impecables, arrastrando maletas de equipos y portapapeles con expresiones demasiado serias. Parecían más un escuadrón de intervención táctica que un equipo de salud.

—Esto es una exageración. —bufé, viendo cómo uno de ellos desplegaba una estación portátil en medio de la sala.

Alex, por supuesto, no parecía afectado en lo más mínimo:

—No seas dramático, Ben.

—¿Dramático? —señalé a la enfermera que preparaba una jeringa del tamaño de mi paciencia—. Van a drenarme más sangre que en un sacrificio satánico.

Alex se encogió de hombros, completamente relajado en uno de los sillones.

—Solo estamos confirmando.

—¿Confirmando qué?

Él me miró con una sonrisa que decía que era un cabrón. No supe si debía reír o golpearlo.

—Que de verdad eres un Carter.

—¿En serio? Después de todo esto, ¿todavía dudan? —bufé con cierto deje de indignación, pero al mismo tiempo entendía su punto. No nos conocíamos, no realmente, era inteligente cubrir todas las bases.

Alex inclinó la cabeza, su expresión ahora mucho más analítica:

—No es para nosotros, es para el resto del mundo.

Una enfermera me hizo un gesto para que extendiera el brazo. No me gustaba esto. No me gustaba que me examinaran como si fuera un maldito experimento. Pero el problema real no era la sangre, era lo que significaba.

Porque si los resultados confirmaban lo que ya sabíamos…

Entonces ya no habría vuelta atrás.

Suspiré y extendí el brazo.

El pinchazo fue rápido, pero la incomodidad de todo esto no desapareció.

—¿Cuánto van a tardar los resultados?

—No lo sé, pero no te preocupes, no te vamos a vender en el mercado negro.

—No estaba preocupado por eso.

Alex sonrió de lado.

—Sí lo estabas.

—Yo…

«¡Vete a la mierda!», pensé, pero no me atreví a decirlo en voz alta.

Del trío más extraño que había conocido, Alex era el que más me intrigaba. Tenía un aire peligroso, calculador, como si pudiera arrancar la garganta de alguien con la misma facilidad con la que se servía una copa de whisky. Y, sin embargo… La forma en que interactuaba con Kaira, Owen, incluso con el personal de la finca, era diferente. Era cariñoso, respetuoso. Era un jodido enigma. No se sentía correcto contradecirlo, o discutir con él. Así que lo dejé pasar.

Los siguientes treinta minutos fueron una jodida tortura.

Me tomaron sangre.

Muestras de saliva.

Escaneos.

Incluso, y sin mi autorización, me insertaron un chip en el brazo.

Ahí sí brinqué, pero Alex eliminó mis protestas con un:

—Eres un Northman-Carter Jones, no puedes estar desprotegido.

Lo dijo con tal autoridad que, por primera vez, advertí lo que hubiera sido crecer con esta familia.

De inmediato, quise cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Qué sigue? ¿Una inspección rectal? —murmuré mientras me ponían, literalmente, un curita en el brazo.

—Podría ser. —Alex tomó un sorbo de su whisky—. Depende de qué tan en serio queramos esto.

Lo fulminé con la mirada.

—Dios bendiga a Kaira, porque entre Owen y tú… son insufribles.

Alex rió, apoyándose en el respaldo con esa maldita comodidad que parecía genética en todos los Carter.

—Acostúmbrate, hijo.
Ignoré el vuelco en mi pecho cuando lo dijo.
Porque, a pesar de la molestia.
A pesar de la incomodidad de todo esto…
No se escuchó tan mal.

Capítulo 10: Son… diferentes

Los días siguientes fueron… distintos.

Por primera vez en mi vida, me encontré rodeado de una familia que no solo me aceptaba, sino que parecía decidida a integrarme en su mundo sin reservas.

Pasé tiempo con cada uno de ellos.

A veces todos juntos.

A veces por separado.

Las mañanas eran nuestras. Sin excepción, los cuatro desayunábamos juntos, un ritual que, según me explicaron, era la única regla inquebrantable en su rutina. Y aunque al principio pensé que era un intento forzado de incluirme, pronto me di cuenta de que no era así.

Era *su* tiempo.

Un respiro antes del caos del día.

No había celulares en la mesa, ni llamadas, ni reuniones urgentes. Solo café, jugo de naranja recién exprimido, y deliciosa comida hecha por Conchita, una viejecilla adorada por los tres. Charlas y bromas que a veces se volvían profundas, otras tan absurdas que incluso yo terminaba riéndome.

Y fue ahí, en esos desayunos, que lo entendí.

Ellos tres se querían.

Se amaban de una manera que no necesitaba explicaciones ni etiquetas.

Darían la vida por el otro sin dudarlo.

Owen y Alex se sentaban uno frente al otro, con una sincronización que solo años de convivencia podían lograr. Kaira, por su parte, mantenía ese equilibrio perfecto entre la complicidad y el liderazgo silencioso.

Observándolos, no pude evitar compararlos con las familias de Los Bastardos.

Había crecido rodeado de riqueza, poder y las imponentes figuras de empresarios que parecían controlar el mundo con una sola llamada.

Pero esto era diferente.

Ellos *trabajaban*.

Más de lo que había visto en cualquier otra familia.

No eran solo nombres poderosos detrás de escritorios de caoba. No eran los herederos de un legado inmóvil. Eran los arquitectos de su propio imperio.

Y, de alguna manera que no esperaba, eso me hizo sentir orgullo.

Mi familia era *diferente.*

Los siguientes días pasaron entre reuniones, viajes relámpago y noches donde las luces de sus oficinas seguían encendidas mucho después de que el resto del mundo se apagaba.

Poco a poco, empecé a verlos por lo que eran.

A Owen, finalmente, lo vi con otros ojos.

Era un hombre increíblemente talentoso. Un artista en toda la extensión de la palabra. Y un humanitario. Un hombre con cicatrices invisibles, muchas de las cuales yo mismo cargaba sin

saberlo. Como el abandono. Pero, en términos generales, descubrí que aquel a quien durante años consideré un malnacido donador de esperma…

En realidad, era un hombre extraordinario.

Alexander… Que, por más que insistiera en que lo llamara Alex, me resistía.

Había algo en su presencia que exigía distancia. No porque él la impusiera, sino porque yo aún no sabía cómo derribarla. O tal vez porque, en el fondo, sentía que él y yo éramos más parecidos de lo que Owen y yo jamás seríamos. Era un hombre inteligente. Pragmático. Manejaba todo a su manera, con una calma inquebrantable.

Pero, con quien realmente sentía una conexión, era con Kaira.

Tal vez porque ella también había perdido a su madre por el cáncer. Y entendía el tipo de dolor que te cambia de forma permanente.

O tal vez porque, cuando hablaba con ella, no sentía la necesidad de demostrar nada.

No tenía que ser el marine, el hijo perdido, el Bastardo, el hombre que siempre tenía una respuesta afilada lista para cortar.

Solo era *yo*.

Y, por primera vez en mucho tiempo, eso no me incomodaba.

La arena aún estaba tibia bajo mis pies descalzos cuando nos sentamos en lo que parecía una terraza, justo frente al mar.

Ya nos esperaba todo un servicio.

Bandejas con fruta fresca, copas de vino, una jarra de agua helada con rodajas de limón, y hasta un par de toallas blancas perfectamente dobladas, como si alguien hubiera anticipado cada una de nuestras necesidades antes de que siquiera las pensáramos.

Definitivamente, tenía sus ventajas ser parte de esta familia.

Habíamos caminado un buen rato por la orilla, dejando que la brisa nocturna nos despeinara y el sonido rítmico de las olas llenara los silencios entre nosotros.

El aroma a sal y a madera húmeda impregnaba el aire, y la luna se reflejaba en la superficie del agua, extendiendo un sendero plateado hasta el horizonte.

Kaira tomó asiento a mi lado, con la misma elegancia desenfadada que la caracterizaba, y con un gesto casi instintivo, recogió su cabello en un moño alto.

—¿Por qué los Marines? —preguntó, su voz suave, pero con la misma curiosidad afilada de siempre.

—Siempre traté de ser centrado y disciplinado —respondí, evitando decir que Clara no lo era.

—Cuando hablé con mi madre para informarle que quería incorporarme al Cuerpo de Marines, ya estaba preparado.

Hice una pausa, dejando a un lado la verdadera razón: la muerte de Marco y Claudette.

Le lancé una concha a la marea, viéndola desaparecer bajo las olas antes de continuar.

—Se dio cuenta de inmediato de que hablaba en serio cuando le mostré la documentación del Programa de Prórroga de Ingreso. Ya había investigado todo. Estaba seguro, decidido. Eso era lo que quería hacer.

Kaira asintió ligeramente, dejándome continuar, mientras giraba la copa de vino entre sus dedos, observando el reflejo de la luna en el cristal.

—Mi madre lo único que hizo fue apoyarme. Lo aceptó con ahínco. Ni una sola vez se quejó ni me reprochó que no lo hablara con ella antes de tomar la decisión. Ni siquiera un poco de chantaje emocional. Mi madre me conocía. Sabía que cuando tomo una decisión, ya es un hecho.

Le lancé una mirada amenazante, un gesto casi automático, pero Kaira ni siquiera parpadeó.

—Mi reclutador fue impresionante —añadí, cambiando ligeramente el tono—. Ayudó a mi madre a prepararse para lo que venía. Le explicó lo que podía esperar, se mantuvo en contacto con ella y respondió a todas sus preguntas. El Cuerpo de Marines fue bueno para los dos.

Hice una pausa y sonreí con cierta ironía antes de soltar un pequeño detalle:

—Poco después, supe que habían tenido un pequeño romance.

Kaira dejó escapar una risa baja, pero no comentó nada.

—No quise ahondar en eso —admití, encogiéndome de hombros—. A mi madre siempre se le dio bien eso de los romances. Algo que, al parecer, heredé de ella. Y que, por lo visto, los genes de Owen reforzaron bastante.

—Oh, eso sí te lo puedo confirmar, tu papá era un gigoló.

Me uní a su risa como si fuera lo más natural del mundo.

Esta mujer era peligrosa, pero había algo en su forma de hablar que te hacía bajar la guardia.

Las olas rompieron contra las rocas cercanas, y una ráfaga de viento sacudió nuestro cabello.

Kaira tomó un sorbo de su vino antes de preguntar, ajena a mis pensamientos:

—¿Hablaban seguido?

—Los métodos para mantenerse en contacto varían de un servicio a otro. Mi madre recibió noticias mías poco después de mi llegada al entrenamiento para reclutas.

Hice una pausa, recordando el momento con precisión.

—Cuando llegas al campo de entrenamiento por primera vez, te permiten hacer una llamada, pero es muy breve. Solo puedes decir: *"Hola, ya llegué. Pronto vas a recibir una carta mía. Te quiero"*.

Miré a Kaira, quien asentía con atención, completamente inmersa en mis palabras.

—Fue hasta después de un largo mes que mi madre recibió la primera carta.

Me detuve un momento, reviviendo aquel recuerdo.

—Cuando hable con ella la siguiente vez, me platicó lo contenta que estaba cuando, finalmente, pudo leer algo mío. Pero por más cartas que le enviara, nada podía cambiar el hecho de que me extrañaba.

Solté un suspiro al recordar la angustia que veía en sus ojos cada vez que lográbamos hacer una videollamada.

—De niño no fue muy maternal, pero mientras más crecía, más se preocupaba por mí. En realidad, Clara era creyente de que las guerras solo son un negocio que beneficia a unos cuantos. Siempre trataba de ocultarlo con valentía. Pero el miedo por mí siempre estuvo ahí.

Kaira permanecía en silencio, escuchándome con una fascinación difícil de ignorar.

—Pasa mucho tiempo antes de que los familiares se adapten a la situación, sobre todo porque el contacto es escaso. Pero una vez que supo la dirección a la que podía escribirme, las cartas comenzaron a llegar. Tres por semana. Sin falta. Según ella, era para que tuviera algo que leer en mi tiempo de inactividad. Pero en realidad… Era para sentirse cerca de mí.

Kaira no apartaba la mirada.

No desviaba ni un segundo su atención, como si cada palabra que decía tuviera un peso especial.

Poco a poco, algo cálido empezó a instalarse en mi pecho.

Un extraño orgullo por tenerla ahí, escuchándome, realmente *escuchándome.*

—Estoy segura de que se sentía muy orgullosa de ti —dijo, su voz baja, cargada de convicción.

Con una sonrisa, asentí.

—*"Mi niño ya es un hombre. Puedo ver tu aplomo."* Eso fue lo primero que dijo cuando me gradué.

Hice una pausa y agregué con pesar:

—*"Cada vez te pareces más a tu papá."* Lo susurró. Pero vi su sonrisa. El orgullo en sus ojos al decirlo. A decir verdad, nunca lo entendí. ¿Cómo podía sonreír al recordar a Owen, sabiendo que nos abandonó?

Guardé silencio, reorganizando mis pensamientos.

—Por lo que ha pasado en los últimos días, creo que mi mamá siempre supo. O tal vez, en el fondo, sentía que todo era una estafa de Charles.

Kaira asintió lentamente, con una sonrisa que reflejaba complicidad, como si hubiera conocido a mi madre.

—Sí, no lo dudo. El instinto maternal es algo que no se puede explicar. Pero es algo que se tiene, aunque no se quiera.

Era perturbador lo cómodo que me sentía con ella. Siempre pensé que la rama de mi padre estaba podrida.

Que todo lo malo en mí provenía de él.

Pero ahora…

Todos ellos eran tan extraordinarios que ese rencor, que creí inamovible, desaparecía cuando estaba en presencia de cualquiera de ellos.

—¿Qué pasó luego de la graduación? —preguntó Kaira, completamente absorta en la conversación.

—Proseguí con el Entrenamiento de Combate para Marines y empecé a trabajar en inteligencia en Camp Lejeune. Hice dos tours…

—¡Cielos! No quiero imaginarme su angustia.

—Sí, fueron momentos difíciles para ella —reconocí, suspirando—. Especialmente cada vez que veía los noticieros. Aunque creo que ayudó que supiera que ese era mi trabajo. Que nos entrenaban para eso. Que sabíamos lo que teníamos que hacer.

—Aun así… —murmuró Kaira, apretando mi mano con fuerza.

—Sí, aun así —admití con un pequeño asentimiento—. Afortunadamente, cuando me movilicé, mi mamá pudo recurrir a otras madres de Marines. Eso fue excelente para ella. Entre familiares se apoyan mucho. Supongo que es diferente cuando hablas con alguien que realmente entiende lo que estás pasando o que está pasando por lo mismo.

—Por supuesto —aseguró, soltando mi mano para darle un trago a su vino.

Hice una pausa, tragando aire para no dejar que la culpa me ahogara.

—A veces… la culpa por los momentos que perdí con ella es demasiado.

Kaira volvió a tomar mi mano.

Y, como si fuera magia, mi cuerpo se relajó al instante.

—Ey, estoy segura de que tu mamá estaba feliz de saber que su hijo se convirtió en un hombre como tú: profesional y seguro de lo que quiere hacer de su vida.

Si ella supiera…

No fue hasta que estuve lejos, con la muerte acechando en cada instante, que Clara mostró un verdadero interés en mí.

—Probablemente —murmuré.

—¿Y cómo es que dejaste el servicio? Por lo que me has dicho, parecías feliz de servir al país.

—Y orgulloso —enfaticé—. Pero Clara enfermó...

Justo en ese momento, su compostura decayó.

Tal vez por la reciente muerte de su propia madre.

Tal vez porque entendía lo que significaba enfrentar una lucha sabiendo que las estadísticas dicen que vas a perder.

—Esa enfermedad… —El resentimiento en su voz era el mismo que yo sentía por dentro—. Es despiadada.

Solo alcancé a asentir.

En mi mente, no existía nada más inhumano que esa enfermedad.

Ver apagarse a la persona que te dio la vida…

A esa hermosísima mujer, siempre tan llena de energía…

Verla luchar con uñas y dientes todos los días, solo para que, sin importar su esfuerzo, se extinguiera lentamente…

Fue…

¡Mierda!

—Pensé que las experiencias sirviendo a mi país durante años era lo más difícil que iba a vivir. Estaba equivocado. Ver apagarse la luz de Clara fue, por mucho, lo peor que he vivido. Y el peso de no haber estado para ella desde el principio… —Tragué aire—. Es… me está comiendo por dentro.

Con disimulo, froté mis ojos antes de que el cosquilleo se convirtiera en lágrimas.

Kaira no lo logró.

Dos pesadas gotas se escaparon de sus expresivos ojos y se unieron en su barbilla antes de caer.

—Perdón. Se supone que debo ser la fuerte, y soy la que está llorando…

Su voz tembló apenas, pero su mirada permaneció firme.

—Mi mamá ya era grande, ya había vencido la enfermedad tres veces. ¡Tres veces!

Negó con la cabeza, como si todavía no pudiera creerlo.

—Mi mamá no era una mujer débil. Pero esta vez… fue tan rápido. No me dio tiempo de… nada.

Tomó una bocanada de aire antes de continuar, como si necesitara valor para enfrentar sus propios recuerdos.

—Cuando me embaracé de los mellizos, era muy joven. A mi mamá no le gustó. Nos distanciamos por más de siete años.

Me miró con una sonrisa rota.

—¿Te imaginas? Dejar de ver a la mujer que te dio la vida por algo que…

Sacudió la cabeza.

—Bueno, después de reencontrarnos, traté de no volver a perder el tiempo. La disfruté. Me disfrutó. Disfrutó a sus nietos, a sus bisnietos. A su familia.

Otro par de lágrimas se derramaron por su rostro, haciéndola aún más bella.

—Aun así.

—Aun así —coincidí.

El silencio se extendió entre nosotros, solo interrumpido por el sonido de las olas rompiéndose contra la orilla y el canto de los grillos en la distancia.

Después de un momento, decidí compartir con ella un pedacito de los Bastardos:

—Si conocieran el don de Dios y lo que es el Cielo. Si pudieran escuchar el cantar de los ángeles y verme en medio de ellos. Si pudieran ver con sus ojos los horizontes, los campos

eternos y los nuevos senderos que atravieso.

Me detuve un instante.

Tuve que aclarar mi garganta antes de continuar.

—Si por un instante pudieran contemplar, como yo, la belleza ante la cual todas las bellezas palidecen…

Apreté su mano con suavidad y concluí en voz baja:

—Ellas, tu mamá y la mía, solo ven belleza. Solo ven amor. Sin una pizca de dolor. Están bien.

Nos quedamos en silencio, dejando que el peso de la ausencia se acomodara entre nosotros.

Después de unos segundos, Kaira rompió el momento con algo que por años había evitado pensar, algo que había esquivado como a la más mortal de las plagas, pero que cada día se volvía más evidente.

—Te pareces tanto a tu padre.

La miré, un poco incómodo, pero no la corregí.

—Cuando lo conocí, parecía que no le importaba nadie, a veces ni él mismo. Pero en el interior, es la persona más leal y sensible que conozco.

Puso su mano sobre mi pecho, justo encima de mi corazón, y continuó con una voz suave, pero llena de certeza:

—Aquí dentro… debajo de esa dura coraza, te pareces mucho a él.

Capítulo 11: Te tengo

El cumpleaños de Henry siempre era un evento por todo lo alto.

No porque hubiera una lista interminable de invitados ni espectáculos elaborados, sino porque Henry tenía una capacidad sobrehumana para excederse.

Con la bebida.

Con la comida.

Y, por supuesto, con los recuerdos que dejaba en la memoria, y a veces en la piel, de los asistentes.

Aunque se tratara de los mismos once Bastardos de siempre, cada año encontraba la manera de sorprendernos.

La suite del hotel en la que nos encontrábamos era un claro ejemplo de su estilo. Ocupábamos todo el piso superior de uno de los hoteles más exclusivos de Èze, en Francia. La sala principal, con techos altos y ventanales que ofrecían una vista panorámica de la ciudad medieval enclavada en lo más alto de una montaña, nos regalaba un paisaje impresionante del Mediterráneo. Las luces de la costa titilaban en la distancia, y el sonido del oleaje llegaba amortiguado hasta nosotros.

El interior del lugar no tenía nada de medieval.

Sofás de cuero blanco rodeaban la habitación, estratégicamente acomodados alrededor de mesas bajas con detalles dorados, como si esperaran a que alguien se desplomara en ellos después de demasiados tragos.

Bandejas con bocadillos gourmet—caviar, prosciutto, quesos añejos—y botellas de los licores más finos estaban distribuidas por toda la habitación, al alcance de la mano de cualquier invitado en busca de placer instantáneo.

Una iluminación cálida, casi sensual, creaba un ambiente íntimo y relajado, mientras una playlist cuidadosamente seleccionada mantenía la atmósfera viva y festiva.

El problema era que nadie sabía cuánto tardaría Henry en pasarse de copas y hacer una de sus locuras.

Yo, en cambio, estaba en un rincón, absorto en la tableta de última generación que Henry nos había dejado en cada habitación.

Una semana de vacaciones no era suficiente para que mis sentidos dejaran de estar en alerta.

Así que, cuando escuché un jadeo repentino, mi instinto militar se activó y, en un par de zancadas, ya estaba protegiendo a Mack con mi cuerpo, listo para atacar lo que fuera que la amenazara.

—Ey, Rambo, fue Eve —se burló Leo desde el otro lado de la sala, cómodamente recargado en el sofá con una copa en la mano.

Me giré lentamente.

Eve, anonadada, miraba la pantalla de su propia tableta. Sus ojos estaban muy abiertos, su expresión era una mezcla de sorpresa y malicia.

—Eres un pervertido, Henry —se rió Kassie desde el otro lado de la habitación, sin despegar los ojos de su pantalla.

Solo entonces me relajé, aceptando que Mack estaba completamente segura. Traté de retroceder, pero sentí sus delicados brazos rodear mi cintura.

—Gracias, Ben —susurró, y el suave roce de sus labios contra mi espalda encendió un fuego lento, sigiloso… pero imparable.

El deseo me recorrió como una ola cálida, despertando cada célula que había adormecido en el campo de batalla. Sin querer separarme de ella, atrapé sus manos con las mías, entrelazando nuestros dedos mientras la acercaba aún más a mi cuerpo.

Su respiración era pausada, pero podía sentir su pulso acelerado al mismo ritmo que el mío. Sus senos se presionaron suavemente contra mi espalda, y cada recuerdo de ellos en mis manos, en mi boca, en mi piel, regresó con una intensidad dolorosamente placentera.

Joder.

No era el momento.

Pero mi cuerpo tenía otros planes.

—¿Ya vieron lo que cargó el pervertido de Henry en las tabletas? —preguntó Vera, acercándose con una sonrisa divertida.

Ni Mack ni yo hicimos el menor esfuerzo por separarnos.

Vera se inclinó hacia nosotros, casi metiendo la tableta entre nuestras caras.

En la pantalla, se reproducía un video explícito de hombres y mujeres intercambiando fluidos corporales en una sincronización perfecta de pasión, creatividad y elasticidad digna de una coreografía de alto nivel.

Mack se rió suavemente, recargando su frente contra mi brazo mientras espiaba la pantalla por el lado de mi hombro.

—Eso es... explícito incluso para Henry —murmuró entre risas, su aliento cálido rozando mi piel.

Su maldito calor.

Yo, por mi parte, me debatía entre soltar una carcajada o encontrar la manera de sacarnos de ahí antes de hacer una escena que haría que el video en la tableta pareciera apto para todo público.

Yo no necesitaba imágenes ni videos para lograr lo que Henry, obviamente, buscaba como regalo de cumpleaños.

Mi deseo estaba encapsulado en la mujer que tenía apoyada en mí, con sus pulgares dibujando círculos lentos sobre el dorso de mi mano y su frente descansando justo en la base de mi cuello.

El calor de su aliento acariciaba mi piel, su risa vibraba en mi espalda atravesándome hasta el pecho, y su perfume—un maldito hechizo de jazmín y vainilla—nublaba mi juicio.

—Henry, no podías ser más sutil, ¿verdad? —gritó Leo, estallando en carcajadas mientras agarraba una botella de champán y la descorchaba con un estruendo.

La espuma voló por los aires, salpicando a Kassie y Regina, quienes se quejaron entre risas y fingidos gritos de indignación.

—¿Sutilidad? ¿Conoces a Henry? —respondió Vera, con una sonrisa que delataba cuánto disfrutaba de la escena.

Mientras los demás reían, bebían y compartían bromas cargadas de doble sentido, sentí a Mack relajarse completamente contra mí.

Su risa se mezclaba con la de los demás, pero su cuerpo seguía pegado al mío, como si no

quisiera dejarme ir.

Y yo…

Yo tampoco quería que lo hiciera.

La noche estaba llena de risas, pero en cada mirada, en cada roce, se sentía la chispa de ese algo.

Ese algo más profundo, más carnal, más inevitable que siempre había estado ahí, latiendo debajo de la superficie entre nosotros. Era como un fuego lento, constante, que nadie podía apagar, solo avivar con la proximidad y el roce de nuestra compañía.

Y esa electricidad en el aire se confirmó cuando Vera, siempre perceptiva, murmuró con una sonrisa maliciosa:

—Lucien tiene en su radar a Eve. Esta es la segunda vez que lo veo en su acecho.

En efecto.

Lucien apareció detrás de Eve con la precisión de un depredador.

Se inclinó hacia su cuello, besándola primero con una delicadeza casi táctil, como midiendo el terreno… y luego, con una intensidad que hizo que Eve soltara un jadeo audible.

Lucien tenía un gusto por lo brutal, demasiado para mi preferencia, pero a varias de las presentes parecía encantarles.

Mack observó de reojo.

Sus ojos delataron una mezcla de curiosidad y nerviosismo, pero de inmediato se escondió detrás de mi espalda, como si buscar refugio en mí pudiera protegerla de su deseo por lo erótico de la escena.

—No seas tímida —susurré, girándome ligeramente para verla de frente. —Acerqué mi boca a su oído, disfrutando del leve temblor de su cuerpo al sentir mi aliento en su piel—. Sé que te gusta mirar.

Ella no respondió.

Pero su respiración, ya agitada, me dio la confirmación que buscaba. No quise incomodarla ni presionarla más de la cuenta. Simplemente giré su cuerpo entre mis brazos, envolviéndola con facilidad, hasta que quedó recargada en mi pecho.

Con movimientos suaves, pero firmes, di media vuelta y nos acomodé en uno de los amplios sillones que rodeaban la habitación. Su espalda encajó perfectamente contra mi pecho, como si su cuerpo hubiera sido diseñado para amoldarse al mío.

Siempre había sido así.

Siempre.

No importaba el nuevo noviecito. Un imbécil de su universidad llamado Hass.

Ella era mía.

El calor en la habitación se volvió incómodamente palpable. Las risas, los murmullos y los gemidos suaves de Eve flotaban en el aire, pero mi atención estaba completamente anclada en Mack.

Mi Mack.

Su cuello estaba inclinado ligeramente hacia un lado, dejando al descubierto una línea de piel que rogaba por ser tocada.

Mi mano recorrió su costado, lenta, deliberadamente, mientras mis labios se acercaban a la unión de su cuello con el hombro.

—Te tengo —murmuré contra su piel.

Sentí cómo sus músculos se relajaban bajo mi toque, aunque su respiración seguía siendo irregular.

Ella asintió, casi imperceptiblemente, y su mano alcanzó la mía, entrelazando nuestros dedos. El ruido de la habitación pareció desvanecerse a nuestro alrededor.

En ese momento, nada más importaba.

No los Bastardos.

No las risas.

No las miradas ajenas.

Solo Mack.

Y el fuego que siempre ardía cada vez que estaba cerca de ella.

Esperando.

Siempre esperando el momento perfecto para volverse incontrolable.

Mi lengua recorrió su cuello, lenta, húmeda, marcando cada centímetro de su piel con una promesa silenciosa. Un estremecimiento la recorrió entera, desde la base del cuello hasta las piernas.

Y entonces, como si mi toque fuera un llamado, las cimas de sus senos aparecieron para saludarme. No las hice esperar. Llené mis manos de ellas, de la abundante carne que encajaba tan jodidamente bien entre mis palmas.

Su jadeo compitió con los de Eve, sus uñas arañaron la parte interna de mi muñeca, como si intentara detenerme… o pedirme más. Empecé a desabrochar su blusa con cruda ansia de volver a descubrir esa piel tersa, ardiente, esperando por mí…

***

Cuando el teléfono me despertó…

¡Mierda!

Mi cuerpo aún ardía con los restos de un sueño demasiado vívido, demasiado real.

Mack. Su piel caliente bajo mis manos, su respiración entrecortada en mi oído, su cuerpo enredado en el mío.

Me removí en la cama, tratando de aferrarme a los últimos retazos del sueño antes de que se desvanecieran por completo, pero el maldito teléfono insistía, vibrando con una urgencia que me crispó los nervios.

Me pasé una mano por la cara antes de alcanzar el dispositivo en la mesita de noche.

Henry.

Por supuesto.

Me había estado llamando durante días, sin pausa, sin descanso, como un cabrón con una misión. Pero la verdad era que yo no quería contestar. No quería escuchar su tono burlón, ni su insistencia en que me dejara de “mamadas sentimentales” y me enfocara en el negocio.

Porque para Henry, todo se trataba de eso.

Un negocio.

Para él, mi acercamiento con los Carter no tenía nada que ver con mi historia, con mis heridas, con la verdad de quién era.

No, para Henry, esto solo era una jugada más en el tablero, una transacción fría que podía explotarse para nuestro beneficio.

No importaba lo que yo sintiera.

No importaba que, por primera vez en mi vida, estuviera empezando a entender quién era fuera de los Bastardos.

Y por eso había evitado sus llamadas.

Por eso había ignorado sus mensajes, sus notas llenas de sarcasmo y exigencias veladas.

Porque en Dite, en esta isla de opulencia y secretos, había entrado en una burbuja.

Una burbuja que cada día se hacía más gruesa.

Porque Kaira tenía razón. Desde el momento en que puse un pie en esta isla, todo lo que humanamente podía necesitar, llegó a mí como por arte de magia.

Y no era cualquier magia.

Mi ropa ya no era la de un exmilitar con un estilo funcional. Ahora, en mi armario, me esperaban camisas de lino de Brunello Cucinelli y Tom Ford, perfectamente ligeras y transpirables, ideales para el calor caribeño.

Los pantalones cortos y chinos de Orlebar Brown y Loro Piana, en tonos neutros y tierra, estaban estratégicamente colgados junto a una colección de camisas de manga corta de Zegna, con telas tan suaves que parecían acariciar la piel.

Para las tardes en la playa, había sandalias de Hermès y alpargatas de Castañer, sin olvidar los trajes de baño de Vilebrequin, ajustados y elegantes, pero lo suficientemente discretos como para no parecer un turista en Miami.

Sin embargo, en esta isla, el verdadero lujo no estaba en los accesorios, sino en el estilo de vida.

Las batas de baño de Frette, ligeras como una segunda piel. Los perfumes de Creed y Acqua di Parma, con notas cítricas y amaderadas que combinaban con el aire salado y el calor sofocante. Un par de gafas de sol Persol y Jacques Marie Mage, que eran mis favoritas, para cuando la luz del sol era demasiado intensa y necesitaba ocultar algo más que mis ojos.

Y luego estaban las cosas más personales, las que realmente me hicieron sentir que no solo me estaban abasteciendo, sino que me estaban conociendo.

Mi crema de afeitar favorita, Acqua di Parma Barbiere, colocada justo al lado de un juego de brochas de afeitar de Truefitt & Hill, como si alguien supiera que jamás iba a usar espuma de supermercado.

Hasta los pequeños lujos como mi cepillo de dientes suizo de diseño minimalista, porque claro, si iba a cepillarme los dientes, tenía que ser con estilo.

Todo estaba aquí.

Todo.

Cada objeto, cada prenda, cada pequeño lujo, me decía lo mismo:

"Perteneces aquí. Estás en casa."

Y tal vez por eso, la burbuja se hizo más gruesa.

Tal vez por eso, por primera vez en mi vida, no quise salir corriendo.

Porque aquí, en Dite, no había presión de ser un Bastardo.

No tenía que dar explicaciones.

No tenía que luchar por un lugar.

Todo lo que tenía que hacer… era ser.

Y Henry jamás entendería eso.

Con un gruñido, apagué la pantalla y dejé caer el teléfono sobre la cama.

Hoy no, cabrón.

Todavía no.

Capítulo 12: Todos

Hasta que empezó el circo.

Sabía que iba a ser un maldito circo, pero esto superaba cualquier expectativa.

La noticia de los resultados había sido suficiente para hacer que todo el maldito clan Carter desembarcara en Dite como si fuera un jodido evento real.

Desde el momento en que el primer helicóptero aterrizó en la pista privada, supe que la paz estaba oficialmente muerta.

—¿Cuántos vienen exactamente? —pregunté, viendo cómo el personal de la finca corría de un lado a otro como si se prepararan para un ataque enemigo.

Alex, completamente imperturbable, bebió de su copa con la elegancia de un aristócrata despreocupado y sonrió.

—Todos.

Mi ojo empezó a temblar.

—Define "todos".

—Kurt y BB, con Tani. Sophie con su zoológico personal. Viri con su camada. —Tomó otro sorbo de su copa—. Te daría todos los nombres, pero algo me dice que saldrías huyendo antes de llegar al tercero.

Sentí un tic en la ceja.

—¿Y nadie pensó en preguntarme si estaba preparado para recibir a todo un ejército?

Alex se encogió de hombros con una indiferencia irritante.

—Si te hubiéramos preguntado, estaríamos muertos antes de recibir una respuesta.

Otro helicóptero apareció en el cielo.

—Son muchos helicópteros. —señalé con un gesto de disgusto.

—Sí.

—¿Faltan más?

—Van tres, hasta ahora.

—¿Hasta ahora?

Alex sonrió con una expresión que claramente significaba "ya te jodiste".

—Falta el yate.

Cerré los ojos, inhalando profundo para no ahorcarlo en ese mismo instante.

—Por supuesto que hay un yate.

Y en efecto, tan pronto como los helicópteros aterrizaron, una jodida embarcación apareció en la bahía.

Dite se había convertido, oficialmente, en un maldito circo.

Los primeros en bajar fueron Kurt y la que supuse era BB. Belize estaba pesadamente embarazada y, aun así, lucía impecable, como si estuviera en una maldita campaña publicitaria de maternidad.

—¡Ben! —Kurt me saludó como si fuéramos íntimos y no dos cabrones que apenas se habían visto.

De repente, una melena rojiza y rizada apareció corriendo hacia mí.

La pequeña se estampó contra mis piernas con la energía de un torpedo humano.

—Tío Ben, mi papá dice que eres mi nuevo tío.

Asentí, porque qué más podía hacer.

—También dice que tengo que pedir permiso antes de treparme a la gente. —Me miró con ojos enormes y brillantes—. ¿Te puedo trepar?

La miré, midiendo posibilidades de no terminar en el suelo.

—Primero dime cuántos kilos pesas.

—¡Menos que un caballo!

Antes de que pudiera procesar esa lógica infantil, BB me rodeó con un abrazo cálido y firme, como si llevara años conociéndome.

—Si intentas huir, me encargaré personalmente de atraparte.

—Oh, fantástico.

El siguiente helicóptero escupió a Sophie, y los que suponía, eran Luca y Bruno.

Uno de ellos traía a un bebé en los brazos, cargándolo con tanto cuidado que daba miedo acercarse, como si en cualquier momento alguien pudiera provocar una catástrofe.

—¡Míralo! —Sophie levantó los brazos como si estuviéramos celebrando un campeonato mundial de fútbol—. Ya está confirmado.

La miré, frunciendo el ceño.

—¿El qué? ¿Que saben aterrizar un helicóptero sin matar a nadie?

—Que eres oficialmente mi hermanito.

Bufé, cruzándome de brazos.

—¿Un hermanito que necesitaba un test de ADN para aceptarme?

Sophie me dedicó una sonrisa condescendiente, como si estuviera explicándole matemáticas a un niño de cinco años.

¡Oh, mierda, realmente me veía como su hermano pequeño!

—No, pero nos gusta ser precisos.

—¿Precisos como traer bebés en helicópteros?

—Sí.

Por supuesto.

El tercer helicóptero trajo a Viri y a Gordón con sus tres hijos.

Antes de que pudiera procesar el número creciente de Carter en la isla, Alex se inclinó y me susurró en tono de conspiración:

—Yaco, su esposo, está en Europa, pero ya viene en camino.

Ah, claro. Porque no era suficiente con tres nuevos hermanos y un ejército de cuñados, también debía sumarle un esposo en tránsito internacional.

Los niños descendieron del helicóptero como si acabaran de llegar a la alfombra roja de Cannes. El niño más grande llevaba gafas de sol ridículamente grandes, como si fuera una celebridad escondiéndose de los paparazzi. El más pequeño tenía una espada de juguete, moviéndola en todas direcciones con la intensidad de un gladiador en plena arena.

Y la bebé, que ya se veía crecidita, simplemente babeaba en el hombro de Gordón, sin importarle el caos que lo rodeaba.

Intenté no hiperventilar.

Porque, para cerrar con broche de oro, también venían tres enormes perros. Perros que, por el tamaño, podrían haber traído en un maldito tanque militar.

Froté mis sienes.

—Viri, ¿en serio trajiste a los perros?

Viri no se inmutó. Sonrió como si el tono grave de su padre fuera un cariñito y nada más.

—Por supuesto, papá, no podía dejarlos en casa solos.

Alex negó con la cabeza, al mismo tiempo que la envolvía en un abrazo.

Este hombre adoraba a sus hijos.

Era desconcertante, pero también…

Joder.

Un poco admirable.

—¿No era más seguro traerlos en yate? —intentó razonar Alex.

—¿Y privarlos de la emoción?

Cerré los ojos.

No iba a sobrevivir este fin de semana.

El personal de la finca iba y venía, acomodando maletas, ofreciendo copas de vino, asegurándose de que cada Northman-Carter Jones tuviera exactamente lo que necesitaba antes de siquiera pedirlo.

Era caótico, derrochador, y confuso…

Y tan jodidamente natural, que no sabía si reír o encerrarme en mi habitación hasta que se fueran.

Pero entonces vi a Owen acercarse y, detrás de él, Kaira con una sonrisa suave.

Y, joder…

Algo dentro de mí dejó de resistirse.

Owen no dijo nada al principio.

Solo se detuvo frente a mí, como si me estuviera midiendo.

Y luego extendió sus brazos.

También lo hizo Kaira.

Y Alex.

Y, sin que supiera cómo había pasado, me vi envuelto en un abrazo. Con seis malditos brazos sosteniéndome como si yo fuera un niño pequeño.

Tal vez lo era, por la manera en que me sentí.

Un nudo se formó en mi garganta.

—Bienvenido a la familia, hijo.

Mi estómago se apretó.

No porque no lo hubiera sabido ya.

No porque los resultados del ADN fueran una sorpresa.

Sino porque, en ese momento, con todo el maldito caos alrededor…

Con niños gritando.

Con perros ladrando.

Con helicópteros aterrizando y yates anclando en la bahía.

Supe que no había escapatoria.

Así que, simplemente…

Lo acepté.

Y, aunque no lo admitiera en voz alta…

Se sintió bien.

Capítulo 13: ¿Quieres que te peine?

La mesa estaba abarrotada de comida. Y no cualquier comida.

Platos enormes de mariscos frescos, cortes de carne perfectamente sellados, pastas rebosantes de salsas cremosas, ensaladas decoradas como si fueran parte de una maldita exhibición de arte.

Y eso sin contar las botellas de vino, los cócteles coloridos, y las charolas de postres que seguían apareciendo como si el fin del mundo estuviera programado para mañana y tuviéramos que asegurarnos de morir satisfechos.

Pero no era la cantidad de comida lo que me abrumaba.

Era el caos.

—¡Mamá, dile a Yayo que su bebida sabe a perfume! —gritó uno de los niños, inclinándose sobre la mesa con la boca llena.

—Yayo —tradujo Viri a Owen, con una sonrisa demasiado inocente—, Otto dice que tu bebida sabe a perfume.

¿Yayo?

¿Qué carajos era "Yayo"?

Miré a Owen, esperando verlo igual de confundido, pero ni se inmutó.

—No sabe a perfume, mocoso ingrato. Es el toque de maracuyá.

—Sabe a perfume.

—Tu paladar es una tragedia.

"Yayo."

El apodo rebotaba en mi cabeza con la misma intensidad que la conversación absurda frente a mí.

Volteé a ver a Alex en busca de respuestas, pero el cabrón solo se encogió de hombros, disfrutando de su copa como si esto fuera lo más normal del mundo.

Definitivamente, no iba a sobrevivir esta cena.

Mientras tanto, dos perros se habían escabullido bajo la mesa, claramente conspirando para robarse una langosta.

Uno de los bebés lanzó su cuchara con la precisión de un francotirador, golpeando a su padre en la frente.

Sophie estaba debatiendo sobre inversiones con un niño que apenas tenía edad para multiplicar, y Kaira, sin inmutarse por el alboroto, reía mientras pelaba un camarón con una elegancia absurda.

—Ben, pásame el vino.

Me giré hacia Kurt, pero antes de que pudiera moverme, Tani ya estaba trepada en mi regazo como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Tío Ben, ¿quieres que te peine?

—¿Qué?

—Tengo un peine en mi bolso.

—¿Por qué?

—Por si alguien lo necesita.

Sophie asintió con aprobación.

—Buena niña, la preparación es clave en la vida.

No iba a sobrevivir esto.

Apenas terminé de comer, hice lo único sensato: hui.

El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte, tiñendo el cielo con matices púrpuras que se reflejaban en el océano. La brisa marina traía consigo el aroma salado y la calma propia de la isla…

Pero yo no podía relajarme.

No con Alex que se sentó frente a mí, con una copa en la mano y esa maldita sonrisa de saberlo todo.

—¿Cuándo vas a dejar de mirarme como si fueras mi maldito terapeuta? —bufé, cruzándome de brazos.

Alex dejó su copa en la mesa y se acomodó con una tranquilidad perturbadora.

—¿Y cómo quieres que te mire? Eres parte de la familia, Ben.

Rodé los ojos y llevé la botella de whisky a mis labios.

No necesitaba otro discurso de aceptación. Ya tenía suficiente con Owen y Kaira intentando incluirme en cada maldita conversación. Pero Alex no se movió, ni se inmutó. Solo giró la copa en su mano, observando el reflejo del sol en el cristal.

Y luego, con su tono tranquilo de siempre, soltó:

—¿Sabes, Ben? Owen y yo también estuvimos en un internado.

Me detuve a medio trago.

—¿Qué?

Alex siguió observando su copa como si hablara del clima.

—Charles también nos dejó por allí, entre frías paredes e impersonal trato.

El whisky se me fue por el lado equivocado. Tosí, golpeándome el pecho mientras intentaba procesar lo que acababa de escuchar.

—Espera, espera… ¿Qué?

Alex, imperturbable, se limitó a encogerse de hombros.

—Lo que escuchaste.

Me incliné hacia adelante, el ceño fruncido, sintiendo que me estaba perdiendo de algo grande.

—¿Me estás diciendo que ese cabrón también los abandonó?

—Sí.

Alex levantó su copa, como si brindara por la jodida ironía.

Me quedé en silencio, dejando que el peso de la revelación se asentara en mi cabeza. Siempre imaginé a Owen y Alex como intocables, poderosos, el epítome de la familia perfecta.

Pero no lo eran.

Charles Carter también los había dejado atrás. Un vacío inesperado se instaló en mi pecho.

—Pero… ¿cómo salieron de ahí?

Alex sonrió de lado al decir el nombre:

—Gamble.

Fruncí el ceño.

—¿Quién?

—Mi padre. El de Owen. —Su voz se volvió más firme—. El abuelo de mis hijos. Tu

verdadero abuelo.

Sin titubear, sacó su billetera y extrajo una foto gastada. Doblada en las esquinas, con el papel marchitado, como si la hubiera llevado consigo toda su vida.

Sin decir nada, me la pasó.

La tomé, sintiendo el peso del tiempo en ese pequeño pedazo de papel. Era un hombre afroamericano mayor, con el cabello canoso y una mirada dura, pero al mismo tiempo amable.

En la imagen, tenía a un par de jóvenes: Owen de un lado, Alex del otro. Y estaban sonriendo.

No posando.

No fingiendo.

Sonriendo.

Un nudo se formó en mi garganta.

—Nos encontró cuando éramos unos mocosos que no sabían lo que significaba una familia.

Su voz se suavizó apenas. No era nostalgia. Era algo más profundo. Algo que nunca había escuchado en su tono antes.

—Nos enseñó lo que era un padre. Lo que significaba ser amado sin condiciones.

Mi dedo pasó por el borde de la foto sin darme cuenta. La idea de que Owen y Alex también supieran lo que era crecer sin un padre…

Me jodió más de lo que esperaba.

—Owen no lo ha mencionado.

—Porque lo extraña demasiado. —Alex me miró—. Tú también lo harías si hubieras conocido a un hombre como Gamble.

Le devolví la foto y Alex la guardó con la misma reverencia con la que yo guardaba la de Clara conmigo en brazos.

Con los minutos, llegó el silencio.

El tipo de silencio que pesa.

El tipo de silencio donde las palabras ya no son necesarias, pero el peso de la historia sigue flotando en el aire.

Alex bebió un gran sorbo de su whisky antes de romperlo.

—Te voy a platicar algo que muy pocas personas conocen.

Su tono era formal, medido, como si estuviera a punto de dar su testimonio en un juicio.

—Viri, mi preciosa hada, no tiene mis genes.

No le mencioné que Owen ya me lo había dicho. No era por lealtad. Solo que…

Esta familia era un maldito rompecabezas, y por más que intentara darle sentido, cada vez aparecían más piezas sueltas.

Me incliné un poco hacia adelante, tratando de ordenar la información en mi cabeza.

—Pensé que Viri era tuya y que Kaira la había adoptado.

Alex dejó su copa sobre la mesa con calma.

—Viri, Sophie, Kurt… incluso tú, son míos. —Su voz era firme. No era una declaración abierta a discusión. Era un hecho. Una verdad inquebrantable—. Legalmente, todos son míos, pero ninguno lleva mis genes.

Los siguientes minutos fueron una jodida revelación. Kurt y Sophie eran hijos biológicos de Kaira, adoptados por Alex. Porque era él, quien estaba casado legalmente con Kaira.

Pero Viri…

Viri era otra historia completamente distinta.

Alex tomó un respiro antes de hablar.

—La madre de Viri… —Ni siquiera mencionó su nombre.

Y eso me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Me hizo creer que era mi hija biológica durante años. —Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Qué clase de persona hace algo así? —Me sacó dinero, propiedades… y cuando se cansó de jugar conmigo, me quitó a mi hija.

El whisky en mi boca supo más amargo.

—¿Cómo la recuperaste?

Su respuesta llegó rápido.

—Kaira. Ella la trajo de vuelta a la familia. Y cuando esa mujer murió… Kaira la adoptó.

Así, sin más.

Como si el amor fuera un vínculo más fuerte que la sangre.

Y, para esta familia, lo era…

Tragué en seco. De alguna manera, lo que acababa de escuchar era tanto revelador como perturbador. Durante años les guardé rencor a tres chiquillos que, al final, también habían sufrido como yo. También fueron abandonados. También tuvieron que encontrar su propio camino en una familia hecha de sombras y segundas oportunidades.

Los nombres oficiales de los herederos del multimillonario grupo Carter eran Northman-Carter Jones.

De pronto, el apellido Carter no parecía extraño.

—Ojalá que algún día puedas sentir eso, Ben. —Su mirada se encontró con la mía, su voz más seria de lo normal—. Ojalá que algún día nos puedas ver de la misma manera en que nosotros ya te vemos a ti. Kaira y Viri te reconocieron desde el primer momento. Los demás seguimos sorprendidos, incluso admirados por ti. Pero ya eres parte de nosotros. Ya eres parte de esto… —afirmó, señalando el tatuaje de la familia.

Todos, y cuando decía todos, era literal —desde Owen hasta el bebé de Sophie— llevaban consigo el símbolo del amor celta.

Una triqueta.

Una conexión entre el cuerpo, la mente, el espíritu y la eternidad. Una línea infinita de amor, respeto y honor.

La tinta en su piel no era solo un adorno.

Era un juramento.

Tragué en seco. Por primera vez, me pregunté si alguna vez estaría listo para llevarlo también.

Exhalé despacio, levantando mi copa.

—Es mucho…

Alex sonrió con sorna:

—Si, tú, ellos, nosotros somos mucho.

Chocamos las copas, sin decir nada más.

Y, por primera vez en mi vida, empecé a sentir que necesitaba refuerzos.

Capítulo 14: Buena chica

El comedor de la casa Conn siempre había sido frío.

No importaba cuántas lámparas de cristal colgaran del techo, cuántas botellas de vino decoraran la enorme mesa de caoba o cuán impecable estuviera el mantel blanco que la esposa de mi padre insistía en colocar cada vez que, las gemelas, cenaban en casa.

El frío estaba en la ausencia de amor.

Y en la forma en que mi padre me miraba.

—Hass Cattan va a entrar a tu universidad —soltó sin rodeos, cortando su filete con la misma facilidad con la que cortaba cualquier atisbo de oposición.

Ni siquiera levanté la vista de mi plato.

Sabía exactamente a dónde iba esto.

—Y… —Mi voz fue neutra, perfectamente medida.

—Y quiero que salgas con él. —Dejó el cuchillo y el tenedor con precisión quirúrgica sobre el plato—. Quiero que lo mantengas contento.

Me reí, no porque fuera gracioso, simplemente porque era una jodida burla.

—¿Contento? —Repetí la palabra como si fuera un chiste que no entendía—. ¿Qué soy? ¿Un payaso?

Mi padre entrecerró los ojos, con su mandíbula apretada en una línea delgada.

No le gustaban mis respuestas.

Nunca le habían gustado.

—Escúchame bien, Mackenzie —su tono se volvió tan cortante que el aire pareció enfriarse todavía más—. Esta es una oportunidad para nuestra familia. El padre de Hass es un socio valioso. No quiero que haya problemas.

Apreté los puños bajo la mesa.

Vera, sentada a mi lado, me dio una leve patada bajo la mesa.

Pero ya era demasiado tarde.

—No me interesa —solté, encogiéndome de hombros—. Si lo quieres contento, sal tú con él.

El silencio fue absoluto.

Vera se quedó completamente quieta, esperando la reacción del bastardo.

Que no tardo.

El golpe llegó antes de que pudiera procesarlo.

La fuerza con la que su mano impactó contra mi rostro hizo que mi cabeza girara bruscamente hacia un lado, mi mejilla ardiendo por el impacto. Escuché el sonido seco de la bofetada, el eco que quedó flotando en la habitación como un castigo divino.

El mundo pareció quedarse en suspenso.

Mi respiración era entrecortada, mi corazón golpeando contra mis costillas como si intentara escapar.

Y luego, su voz: Baja. Cruel. Letal.

—¡Eres una mujer, Mackenzie! ¡Para lo único que sirves es para abrir las piernas!

Vera ahogó un grito.

Yo, en cambio, no reaccioné.

No lloré.

No grité.

Solo respiré.

El aire entró en mis pulmones de manera lenta, calculada. Y, cuando volví a levantar la cabeza, supe exactamente lo que tenía que hacer.

Asentí.

Lenta y pausadamente.

—Está bien —murmuré, con la voz controlada, sin emoción—. Saldré con el tal Hass.

Mi padre me observó unos segundos más, buscando algo en mi expresión. Tal vez esperaba odio, rabia, cualquier cosa que le diera la satisfacción de saber que me había roto.

Pero no le di nada.

Solo vacío.

—Buena chica —dijo finalmente, tomando su copa de vino y llevándola a sus labios con una calma insoportable.

Como si no hubiera pasado nada.

Vera no se movió.

Yo tampoco.

Solo dejé que el veneno se hundiera en mi piel, en mi sangre, en mi alma.

Porque, al final, no importaba cuánto lo odiara.

Todavía quería que estuviera orgulloso de mí.

Y ese, era el peor castigo de todos.

***

¡Mierda!

Mi corazón todavía no se recuperaba de la discusión que había tenido con mi padre hacía ya tantos años, cuando el sonido de mi teléfono volvió a interrumpir el silencio de la habitación.

Ah, bendito teléfono y millones de orgasmos para quien estuviera llamando.

A tientas, lo busqué entre el enredo de sábanas. Mi cuerpo estaba frio, aún con el calor de la cama. Era de madrugada, no esperaba llamadas a esta hora. Menos de él. Su nombre brilló en la pantalla y, de inmediato, mi pulso volvió a tropezar.

Un latido.

Dos.

Para cuando deslicé el dedo sobre la pantalla, mi respiración ya se había compasado.

—Ben, ¿todo bien?

Mi voz salió más suave de lo que pretendía. Su llamada era una grata sorpresa, pero… también era rara. Nos manteníamos al día en el grupo de WhatsApp que teníamos con los Bastardos. Era lo más directo que llegábamos a ser.

Él no llamaba.

No sin razón.

Y si lo estaba haciendo ahora, significaba algo.

Su voz, grave y con ese tono bajo que me volvía loca, me acarició el oído como un maldito

veneno:

—Hola, cariño.

Cerré los ojos un segundo.

Ese maldito "cariño" suyo.

Siempre tan casual.

Siempre tan devastador.

—¿Estás bien?

Ben no respondió de inmediato. Lo escuché exhalar por la línea:

—Te extraño.

Mierda.

Me mordí el labio, sintiendo una punzada en el pecho. Apreté el teléfono contra mi oído, tratando de leerlo a través de la línea.

—¿Dónde estás?

—Aquí, con los Carter. En Dite, su isla.

Ah.

Ahora entendía porque sonaba tan… perdido.

—¿Qué necesitas?

—Verte.

Lo dijo sin rodeos.

Sin filtro.

Y eso, más que cualquier otra cosa, me inquietó. Lo conocía. Lo había conocido de todas las maneras en las que se puede conocer a un hombre. Y Ben no era alguien que pidiera ayuda fácilmente.

—¿Quieres que vaya sola, llevo a Vera o a todos los Bastardos?

Dejé caer la pregunta con toda la intención del mundo. Porque si esto era una trampa emocional, no iba a ir sin refuerzos.

Él soltó una risa baja:

—No es necesario. Tengo todo lo que necesito aquí. —Pausó. Un maldito segundo que duró demasiado—. Solo me haces falta tú.

Joder.

Me pasé la lengua por los labios secos, mi estómago se apretó y mi vientre empezó a clamarlo.

El hijo de puta sabía exactamente qué decir.

No necesitaba verlo para saber que su mandíbula estaba tensa, que sus ojos azules estaban fijos en algún punto de la nada, esperando mi respuesta.

—Envíame tu ubicación. Yo llego.

Lo escuché exhalar. Como si descansara con mi respuesta.

—Mis… supongo que debo decir mis hermanos, y sus familias llegaron por la mañana. —Hizo una pausa—. Vas a tener que tomar vuelos comerciales.

—No te preocupes por nada.

Me moví en la cama, sentándome con las piernas dobladas, mi mente ya calculando rutas y opciones.

—Yo llego.

Ben guardó silencio un momento:

—Gracias.

—¿Algo más en lo que pueda ayudar?

No me respondió de inmediato. Pude sentir su duda a través del teléfono.

Hasta que, finalmente, su voz volvió a susurrar a través de la línea:

—No. Solo llega. —Otra pausa. Y un puto susurro que me heló y me incendió al mismo tiempo—. Te extraño.

Cerré los ojos. No porque me molestara. Sino porque era demasiado.

Él era demasiado.

Cuando hablé, mi voz salió más baja de lo que pretendía.

—Te veo pronto.

Corté la llamada antes de que pudiera decir algo más. Antes de que pudiera hacerme cambiar de opinión. El teléfono quedó en mi regazo, mientras mi respiración volvía a la normalidad.

No tenía sentido pensar demasiado en esto.

Solo era un viaje.

Solo era Ben.

El problema era que él, nunca había sido solo Ben.

Capítulo 15: Por todas partes

Ben me recibió como siempre.

Su boca estaba en la mía un segundo después de que el helicóptero aterrizó, devorándome con esa urgencia que parecía no agotarse nunca.

Y, como siempre, me derretí contra él.

Siempre que me besaba, podía sentirlo todo. Su calor, su hambre, su brutal masculinidad envolviéndome como una tormenta imposible de resistir. Su entrepierna se clavó en mi vientre, dura, gruesa, enorme. Ben era un hombre grande. Muy grande. Por todas partes.

El aire era espeso, cargado del aroma del mar y el perfume salado del mar caribe. Desde el helipuerto privado, la vista era deslumbrante: playas de arena blanca se extendían hasta donde alcanzaba la vista, rodeadas de acantilados coronados con exuberante vegetación. Más allá, una enorme finca de lujo con piscina infinita y terrazas abiertas parecían esculpidas dentro del paisaje, un testimonio de la opulencia silenciosa en la que se movían los Carter.

Todo en la isla exudaba poder, exclusividad… y peligro.

Todavía tenía su mano en mi cabello, sus dedos enredados en las largas hebras, cuando alguien carraspeó.

Nos separamos lentamente, pero Ben no se alejó del todo. Su cuerpo seguía cubriéndome, como si no le importara quién nos miraba.

Lo primero que vi, fue a una versión más adulta de Ben. Owen Carter.

Lo conocía por revistas, blogs, por las incontables fotos en artículos sobre su imperio. Pero en persona, el parecido con Ben era innegable. Los mismos ojos, el mismo mentón, la misma boca. Solo que Owen era el reflejo de un hombre curtido por el tiempo y el poder. Ben era su versión más joven, más oscura, más cruda.

Pero lo que realmente me impactó, fue lo obvio que se volvía ahora: Ben lo superaba en todo.

Más alto. Más fuerte. Más dominante. Tranquilamente le llevaba una cabeza y medio cuerpo de músculo a su padre. Por alguna extraña razón, eso me llenó de orgullo.

Porque Ben no necesitaba ni su dinero, ni su apellido.

Ben era más que sus genes.

Owen entrecerró los ojos levemente, su mirada afilada recorriendo la forma en que Ben me mantenía pegada a su cuerpo, la forma en que mis dedos aún se aferraban a su camisa como si no quisiera soltarlo.

Y no iba a soltarlo.

Me enderecé sutilmente, alineando mis hombros con los de Ben, sin apartar la mirada de Owen.

No sé si fue un instinto primitivo, una advertencia silenciosa o simplemente el eco de todo lo que había aprendido en mi vida, pero lo supe en ese instante: nadie, ni siquiera Owen Carter, iba a intentar hacerle daño a Ben sin enfrentarse a mí primero.

—Mackenzie, ¿cierto?

Oh, mierda. ¡Tenían la misma voz!

Iba a necesitar horas y horas con mi psicóloga para deshacerme de las fantasías que se estaban creando en mi mente con esa maldita voz.

—La misma.

Alejé la mano de la camisa de Ben y tomé la de Owen. No podía negar que era un hombre atractivo, ni que tenía un carisma arrollador. Su sonrisa llegaba a sus ojos, resaltando el azul divinamente. Ben no tenía ese tipo de sonrisa.

Bien. Ya había diferencias.

—Permite que te presente a mi mujer. ¡Bruja! —llamó con cariño a una mujer que se mantenía en la parte trasera, junto con un hombre aún más alto y más rubio que Owen.

Todos atractivos.

Todos poderosos.

—Mack. —La mujer me saludó, como si me conociera, ignorando el apretón de manos y yendo directamente a depositar un par de besos en mis mejillas.

—Y esté es mi hermano, Alex.

El apretón que me dio fue mucho más fuerte que el de Owen. Venía con muchas más advertencias.

Le devolví el gesto con la misma intensidad. Que se enteraran de una vez: Ben y yo éramos parte de los Bastardos. Con nosotros no debían meterse.

Para mi sorpresa, cuando soltó mi mano, sonrió y asintió. Como si acabara de darme su visto bueno.

Raros.

Así describiría al trío que presidía el grupo Carter.

Unos jodidos raros.

Nos dirigimos a la finca siguiendo al trío que, durante años, atormentó los sueños de mi Sombra.

Su postura era rígida, tensa. Sus pasos eran firmes, pero su agarre en mi mano me decía otra cosa.

—¿Estás bien? —susurré, acercándome más a él.

Asintió, dejando ir mi mano solo para rodearme por los hombros. Su cuerpo contra el mío era un muro de calor, pero la manera en que se aferraba a mí… no me gustó.

Ben era un hombre fuerte. Siempre firme. Siempre listo para el ataque. Pero ahora…

Ahora parecía estar sosteniéndose en mí para mantenerse en pie.

—No ha sido lo que esperaba.

Su voz era baja, como si todavía estuviera procesando la situación.

Me confundió.

—¿A qué te refieres?

Se detuvo de golpe y, con sus manos aún en mis hombros, me giró para verlo de frente.

Lo noté en sus ojos antes de que lo dijera. Algo cambió.

—Owen no sabía que yo existía.

Parpadeé, tratando de procesar lo que acababa de decir. ¿Qué? ¿Cómo?

Mi confusión debió notarse, porque Ben continuó de inmediato.

—¿Recuerdas el contrato y el dinero?

Asentí sin dudar. Recordaba perfectamente la devastación en su voz cuando me lo contó hacía años.

—Owen no lo firmó. Él no le dio dinero a mi madre. —El golpe de la noticia cayó sobre mí

como un mazo—. Fue Charles Carter.

El mundo pareció detenerse por un instante.

—¿Tu abuelo?

Recordaba a su abuelo. Un hombre prepotente, con una actitud de divinidad que seguramente nadie soportaba, pero era la única figura paterna que Ben había tenido y, solo por eso, era tolerable. Si mal no recordaba, había muerto hacia más de una década.

Ben soltó una risa sin humor:

—Me ocultó de Owen. Supongo que con la esperanza de tener un as bajo la manga. No lo sé. Lo que sí sé, es que me mintió. Le mintió a mi madre. Le mintió a su hijo. —El aire se volvió espeso. Sentí que mi piel se erizaba antes de que él soltara la última bomba—. Ni siquiera está muerto.

Mi jadeo fue audible.

No lo vi venir. No lo vi venir en absoluto.

Bastardo. Maldito bastardo.

Ben me miró y asintió.

—Lo sé. —Su voz fue un eco de mi propio asombro—. Ya te contaré los detalles después.

Exhalé lentamente, intentando calmar el torbellino dentro de mí.

—Ahora ven a conocer a mis… hermanos.

Lo dijo con sarcasmo, pero debajo de su tono seco había algo más. Algo peligrosamente parecido a… la alegría.

Mierda.

No había manera de perderse.

El bullicio que salía de la finca era caótico, pero no del tipo de caos que asfixia. Era el caos del hogar; risas, niños corriendo, voces que hablaban sobre otras voces en una competencia por ser escuchadas.

Ben se detuvo en seco junto a mí. Yo no era la única incómoda. Su mandíbula estaba tensa, sus manos en los bolsillos como si todo esto fuera solo un trámite más, pero yo lo conocía demasiado bien. No estaba acostumbrado a esto: A tanto ruido. A tanta gente. A tanta familia.

—No pareces listo para esto —susurré, inclinándome hacia él.

Ben bufó, pero no lo negó.

Antes de que pudiera responder, una voz masculina retumbó desde el centro del salón.

—¡Míralo, ahí está!

Un hombre alto, de cabello oscuro y con una sonrisa deslumbrante, levantó una copa y se acercó como si conociera a Ben de toda la vida.

—¿Por qué te has estado escondiendo?

Antes de que Ben pudiera responder, una mujer se adelantó y le dio un leve codazo en las costillas.

—Bruno, no seas dramático.

—¿Dramático yo? —La sonrisa del hombre se ensanchó—. Solo soy una persona expresiva, Princesa.

—Eres un dolor de cabeza —interrumpió otra mujer, tomando la copa de la primera y bebiéndosela sin vergüenza. Debo decirlo, ambas eran muy atractivas.

Ben se tensó aún más a mi lado.

—¿Quiénes…?

Pero antes de que pudiera terminar la pregunta, otro hombre, uno muy atractivo y con un aire de líder natural, se acercó a ellos.

—Bruno, deja de intimidarlos.

Ben frunció el ceño.

—¿Y tú eres…? —finalmente intervine. Si no ponía orden, yo también iba a necesitar apoyo.

—Yaco Cavalcanti.

Otro nombre desconocido para mí, pero aparentemente no para Ben.

Él asintió, midiendo al hombre. Yo me crucé de brazos, intentando procesar la interacción. Era como ver un espectáculo sin entender el guion.

—Todos tienen un aire como de mafiosos... Aunque atractivos, debo aclarar —intenté bromear.

Todos los hombres sonrieron.

Uy, a mis Bastardas les encantaría esto.

—Así son los Gardner y los Caval. Y los muy idiotas, siempre lo tratan de usan a su favor —interrumpió la segunda mujer—. Los normales somos nosotros, los Northman-Carter Jones. ¿Cierto, Ben?

Y, para mi agravio, le dio un manotazo en el pecho a Ben.

Este pedazo de mujer estaba firmando su sentencia de muerte.

Interrumpió mis planes de asesinato presentándose:

—Soy Viri, por cierto. Mucho gusto.

Acepté su mano con mucha más fuerza de la que usé para presentarme a sus padres.

—Encantada.

—Ah, cierto, yo soy Sophie, la hermana de Ben.

Oh, eso no me gustó nada. Nada de nada. Lo dijo como si Ben fuera de ellos y no mío.

—¿Es la hora de las presentaciones? —Otra voz se unió a la conversación.

Un hombre llegó con una niña en brazos, que jugaba con el cuello de su camisa como si fuera su juguete personal.

—Gordón Gardner —dijo, como si eso bastara para presentarse.

Antes de que pudiera procesarlo, alguien más intervino:

—Tienes razón, hablemos de cosas importantes.

La nueva voz venía de otro hombre, alto, rubio oscuro y muy, muy atractivo, que se inclinó para besar la frente de una pelirroja embarazada que estaba sentada con los pies en alto.

—Como de la competencia de "¿Quién puede cargar más niños sin que se le caiga uno?"

—¡Yo gané la última vez! —gritó Sophie como si fuera un campeonato.

—Porque hicieron trampa. —Viri cruzó los brazos—. ¡Y yo tenía al bebé!

—¡Aquí! —Un niño de unos seis años se lanzó contra los brazos de Bruno, quien lo atrapó con la facilidad de alguien acostumbrado a ser un parque de diversiones humano.

—Dios, son como monos salvajes. —murmuró Ben, justo cuando otra niña, un poco más grande, corrió hacia Kurt y se trepó por su espalda.

La niña en los brazos de Gordón comenzó a reír a carcajadas.

Yo traté de mantenerme en silencio, observando todo sin saber exactamente cómo encajar en este cuadro.

Pero Ben…

Ben no era el mismo.

Lo miré de reojo y vi el momento exacto en que su expresión cambió. Entre el ruido, el escándalo, las risas… algo en su coraza se resquebrajó.

Porque esta no era solo una reunión.

Era una familia.

Y estaban intentando hacerlo parte de ella.

Owen pasó a su lado y le dio una palmada en el hombro.

—Ya no tienes escapatoria, hijo.

Yo contuve el aliento.

Ben lo soltó lentamente.

Y, aunque no dijo una palabra, sus hombros se relajaron ligeramente.

Solo un poco.

Lo suficiente.

Me alejé unos pasos observando la escena frente a mí.

Las risas, las conversaciones entrecruzadas, los gestos fáciles y despreocupados. El tipo de dinámica que solo una familia real, de esas que se eligen sin condiciones, puede tener.

La suya.

No como la mía.

La sensación se enroscó en mi pecho, amarga y familiar. Era estúpido resentirlos, lo sabía. No era su culpa. No tenían idea de quién había sido yo para él, de cuánto habíamos significado el uno para el otro en el pasado, pero eso no evitaba que una parte de mí se sintiera fuera de lugar.

Antes, Ben solo era mío.

Ahora, les pertenecía a ellos también.

Mi instinto fue alejarme, poner distancia antes de que algo dentro de mí se fracturara del todo, pero entonces lo vi; de pie, con su expresión más relajada, como si por primera vez en su vida no estuviera cargando con el peso de un mundo que no le correspondía.

Parecía… en paz.

Y por más que mi ego intentara decirme que este cambio significaba que yo ya no era su refugio, la verdad era que él nunca debió necesitar uno en primer lugar.

Ben tenía a su familia ahora.

Y parecía que, por fin, tenía la que siempre mereció. Así que, por esta vez, dejé que la amargura se esfumara, porque si alguien merecía encontrar su lugar en este mundo, era él.

Capítulo 16: ¿Te gusta mirar?

Después de una copiosa cena, pláticas interminables y risas ensordecedoras, nos dirigimos a su habitación. No había manera de pedir una para mí sola, ya lo sabía. Todo el camino me vine repitiendo que iba a dormir bajo el mismo techo que Ben.

Tal vez bajo las mismas sábanas.

Y, obviamente, mi cuerpo estaba en modo guerra total.

Cada poro, cada célula, cada pensamiento lo anhelaba dentro de mí. Lo quería sentir, quería perderme en él como tantas veces antes. Pero mi maldito corazón roto se resistía, aferrado a la primicia del dolor.

Ben se desabrochó los primeros botones de la camisa, revelando un atisbo de su piel dorada, firme, caliente.

Maldito.

Sabía lo que hacía. Sabía cómo tentarme.

—No tienes que dormir en el sillón, Mack.

Porque, obviamente, ya me había instalado en el enorme sillón junto a la ventana. Él no podía dormir ahí. Era demasiado grande para el pobre sillón.

Me reí, pero fue una risa sin humor.

—Sabemos cómo termina cuando compartimos una cama, Ben.

Su mirada se tornó oscura, arrastrándose sobre mi piel como un roce invisible. Me observó por un largo momento antes de hablar, su voz baja, grave, deslizándose por mi espina dorsal como un susurro pecaminoso.

—He estado pensando… ¿Por qué nunca me lo has dicho?

Mi estómago se contrajo.

—¿Decirte qué? —pregunté con un tono que no sonó tan firme como quería.

Él dio un paso hacia mí, acercándose lo suficiente para que pudiera impregnarme de su aroma: limpio, masculino, con un toque de algo amaderado que me tenía enloquecida.

—Que me amas.

Me congelé.

No porque no fuera cierto.

Sino porque decirlo en voz alta lo haría real.

—Porque si alguna vez lo digo, no me vas a dejar ir —susurré, sintiendo la verdad abrirse paso a través de mis labios antes de poder detenerla.

Lo vi inhalar con fuerza, su rostro desencajado.

—¿Y eso no es lo que quieres?

Exhalé, sintiendo el ardor en mi pecho. Porque la verdad siempre había sido una maldita espina clavada en mi piel.

—No.

Cerró los ojos, como si mi negativa lo hiriera físicamente.

Tal vez lo hacía.

Tal vez, finalmente, él estaba sintiendo lo que yo había sentido durante años.

El peso de una herida que nunca dejó de sangrar.

***

La habitación del hotel estaba bañada en luz tenue, el reflejo del skyline de la ciudad dibujándose en las paredes con el resplandor del neón, creando una energía peligrosa, decadente.

Todo en este lugar estaba diseñado para la perdición: Sábanas de satén que prometían pecados. El aroma sutil de madera y cuero, envolvente, íntimo. El eco amortiguado de la música, vibrando desde los pisos inferiores, como un latido constante, una invitación al exceso.

Pero ahora…

La única energía que importaba era la que flotaba entre Ben y yo.

Ben solo tenía un día de descanso. Tuve que mover cielo y tierra para llegar a él. Pero no había nada en este mundo que pudiera interponerse si él quería verme.

Aunque solo fuera una noche…

Estaba sentado en una silla de piel negra, justo frente a la cama.

Su postura era relajada… solo en apariencia; piernas separadas. Codos apoyados en los reposabrazos. Espalda hundida con una falsa despreocupación. Pero yo lo conocía, demasiado bien.

La marina lo había cambiado. No solo en su manera de comportarse… también en lo físico. Ben siempre había sido grande, pero ahora era impresionante. Músculos duros y definidos, de una fuerza que no parecía real. Sus hombros se ensancharon. Cada centímetro de su piel estaba tensa sobre cada línea de su cuerpo.

¡Y joder, le sentaba tan bien!

Su presencia era imponente, dominante… irresistible.

Llegó al hotel con aire de suficiencia, con esa maldita seguridad con la que caminaba, como si el mundo entero le perteneciera.

Y claro… Yo me dispuse a recordarle que eso no era así.

Que no se le olvidara que era un Bastardo.

Mi Bastardo.

Al principio pareció no importarle, pero yo lo conocía demasiado bien. El deseo estaba ahí. Se delataba en sus manos cerradas, en el ligero apretón de su mandíbula, en la forma en que sus ojos me devoraban sin disimulo.

Y me encantaba jugar con eso.

Mi pantalón yacía en el suelo, un charco de tela olvidada. La lencería negra que aún cubría mi piel era apenas una excusa, una burla de barrera.

Sabía que le gustaba, que lo estaba volviendo loco.

Pero lo que más disfrutaba, era el desafío en sus ojos. La jodida necesidad de tocarme. De reclamar lo que él sabía que era suyo.

Pero no iba a dejarlo.

Aún no.

Me acomodé en la cama, dejando que mi cuerpo se deslizara lentamente contra las sábanas, con movimientos deliberadamente suaves. Mis manos recorrieron mis muslos con

lentitud, subiendo por mi abdomen, disfrutando la expectación en sus ojos.

Y luego, mi mano bajó.

Su reacción fue inmediata. Su cuerpo se tensó, su espalda dejó de estar apoyada por completo contra la silla.

No desvió la mirada.

No podía.

El azul turquesa de sus ojos ahora era un profundo hoyo negro de necesidad.

Podría haberme dado miedo.

Ben era un hombre grande, alto, fuerte. De un solo manotazo, podría dejarme inconsciente sin esfuerzo. Su presencia por sí sola era imponente, una fuerza de la naturaleza contenida en músculos tensos y una energía oscura que podía devorar a cualquiera. Pero si había alguien en quien confiaba mi seguridad, era en él.

En ese hombre enorme que, con todas sus sombras, con todo su peligro, jamás me haría daño. Porque, aunque su mirada me quemara, aunque la tensión vibrara entre nosotros con la intensidad de un trueno a punto de caer, yo sabía una verdad absoluta:

Benjamín Baezas, siempre me iba a atrapar, antes de que mi cabello rozara el sucio suelo.

Mis dedos se movieron contra la tela húmeda de mi ropa interior, presionando justo donde el placer latía con fuerza. Un jadeo suave escapó de mis labios, apenas un sonido, pero suficiente para provocarlo.

Lo observé a través de mis pestañas, con una sonrisa lenta, oscura.

—¿Te gusta mirar, Ben?

Su risa fue baja, grave.

—No es precisamente solo eso, lo que me gustaría hacer.

Mi dedo se deslizó más profundo, arqueé la espalda con la sensación. Con el infinito placer de saberme observada por él.

—Lo sé.

Él inhaló fuerte.

Me deleité en la forma en que su mirada ardía, en cómo sus nudillos se tornaron blancos al apretar los reposabrazos de la silla.

Así se veía hermoso; Frustrado. Privado del control que tanto le gustaba.

Sabía que, si fuera otro momento, ya habría cruzado la distancia entre nosotros, me habría arrancado la ropa, me hubiera hecho rogar por algo que, en este momento, no estaba dispuesta a darle.

Pero esta vez, yo marcaba las reglas.

Sus ojos no se apartaron de la unión de mis piernas, mientras mis dedos se movían en círculos suaves y lentos, mientras mi otra mano subía por mi torso, rozando mis senos, pellizcando suavemente una cima, la otra, demostrando con delicados jadeos el placer que recorría mi cuerpo en ondas largas e intensas.

Mis labios se separaron en un gemido entrecortado cuando la tensión de mi vientre aumentó.

—¿Me estas castigando? —gruñó enfadado.

Mi respiración se cortó.

Parpadeé, tratando de procesar su pregunta, pero él continuó, su tono bajo, provocador, jodidamente calculado.

—¿Por qué no me dejas tocarte, Mack?

No respondí de inmediato.

Porque, aunque me resistía expresarlo en palabras, él sabía. Sabía por qué lo hacía. Sabía que este juego, era más que simple placer. Era poder. Era control absoluto sobre mi cuerpo, mi cabeza, mis decisiones.

Porque si lo dejaba tocarme…

Si lo dejaba tomar el mando…

Ya no sería mi juego.

Lo miré a los ojos, mi cuerpo sacudido por el deseo de acabar, por la cruda necesidad. Tal vez por ello, lo acepté en voz alta:

—Porque no estoy lista para ceder este poder.

Ben se humedeció los labios, su mirada oscureciéndose aún más.

—Entonces dime, reina… ¿qué necesitas para estar lista?

Mi pecho subió y bajó con fuerza. La velocidad de mis dedos aumentó, la intensidad de mis músculos incrementó, sabía la respuesta, pero aún no estaba lista para decirla.

Así que solo sonreí, dejando que la necesidad colgara entre nosotros, y dejé que la tensión siguiera creciendo, más y más, envolviéndonos en una tormenta apenas contenida.

En un maldito juego que ninguno de los dos estaba dispuesto a perder…

En un juego que bien podía durar por años.

O, tal vez, no tenía fin…

Y justo pensando en la eternidad con él, exploté.

****

Cuando abrí los ojos, aún podía sentir el calor del sueño recorriendo mi piel.

Mi respiración era errática, mi pulso acelerado. La sensación seguía fresca, ardiente, impregnada en mi mente como tinta indeleble.

Ben. Sus manos. Su cuerpo. Su deseo.

Me removí bajo las sábanas, incómoda con la húmeda necesidad entre mis piernas. Joder.

Me cubrí el rostro con una mano, esperando que el torbellino en mi interior se disipara, que mi cuerpo dejara de traicionarme de la forma más descarada.

—¿Dulces sueños, Mack?

El tono de su voz era pura malicia.

La cama se hundió levemente a mi lado, y fue entonces cuando mi cerebro terminó de procesar la situación. No estaba sola.

Abrí los ojos de golpe y lo vi, apoyado en un codo, mirándome con una intensidad que volvió a errar mi respiración. Su cabello despeinado, su piel desnuda salvo por la ligera sábana que cubría la muy prominente erección, sus ojos… jodidamente hambrientos.

Se veía demasiado cómodo, demasiado seguro, demasiado Ben.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz sonó como un susurro ahogado.

—Yo vivo aquí. Tú eres la intrusa —respondió con una media sonrisa, pero sus ojos decían otra cosa. Decían que sabía.

No solo que había soñado con él, no solo que me había despertado con el cuerpo hirviendo de deseo. Sabía que, si en este momento me tocaba, no pondría ni una sola resistencia.

Y el muy bastardo… no lo hizo.

Se limitó a mirarme.

A dejarme sentir su presencia.

A hacerme consciente de la maldita distancia que había entre nosotros.

—Vuelve a dormir, Mack —dijo, con la voz baja, casi en un murmullo hipnótico.

Me removí, intentando sentarme, pero su brazo se extendió con facilidad y me empujó de vuelta a la almohada, atrapándome sin esfuerzo.

—Ben…

Yo no respiraba, yo jadeaba.

—No.

No necesitaba explicarlo. No iba a tocarme. No iba a besarme. No iba a hacerme suya.

—Voy a dormir. Tú vas a dormir. Y si vuelves a soñar conmigo, asegúrate de hacerlo bien —susurró, con una sonrisa cruel.

Cerré los ojos con fuerza, maldiciéndolo, odiándolo, deseándolo. Y entonces, cuando creí que me dejaría en paz, su aliento rozó mi oído.

—No voy a volver a tocarte, Mackenzie Conn… aunque me ruegues.

Mi cuerpo entero se tensó tanto, que por poco tengo un orgasmo.

Él se acomodó en la cama como si nada, su respiración relajada, su cuerpo sólido y cálido a mi lado.

Y yo…

Yo me quedé despierta, odiando lo mucho que me gustaba rogarle.

Capítulo 17: No te conocen

La arena estaba tibia bajo nuestros pies, el sol estaba por todo lo alto, tiñendo el mar de un azul turquesa tan bello, casi como los ojos de Ben. El sonido de las olas chocando contra la orilla se mezclaba con gritos, risas y un constante "¡Vamos, vamos!" que resonaba desde la cancha improvisada de vóley en la playa.

—No sé tú, pero yo quiero ver esto de cerca —murmuré, entrelazando mis dedos con los suyos mientras nos acercábamos.

Había aprovechado cualquier maldita oportunidad para restregarme contra él, cada roce "casual", cada mirada, cada pequeño juego con mi lengua cuando hablaba. Pero el muy bastardo solo se reía de mis intentos, con esa sonrisa arrogante que me decía que no iba a ceder.

Que veía exactamente lo que estaba haciendo.

Y aun así… siguió con su día como si yo fuera una chiquilla jugando a la seducción.

Pero no lo era.

Y tenía todo un fin de semana para recordárselo.

Mientras tanto, el partido ya estaba en su punto más alto. Luca y Sophie estaban de un lado de la red, sudando bajo el sol con sonrisas desafiantes, mientras que Viri y Gordón hacían lo posible por mantenerse en la pelea.

—¡Maldita sea, Gordón, concéntrate! —gritó Viri, lanzando su cuerpo hacia la arena en un intento desesperado por alcanzar la pelota.

—Estoy concentrado, solo que ustedes dos están malditamente locas.

—Eso ya lo sabías antes de entrar a la cancha. —Luca sonrió con aire de suficiencia antes de rematar la pelota con una fuerza brutal.

La arena se levantó en una nube fina cuando la pelota rebotó con fuerza en el suelo del equipo contrario.

—¡Punto para nosotros! —gritó Sophie, chocando los cinco con Luca y riendo victoriosa.

Gordón sacudió la cabeza, rindiéndose.

—Lo siento, pero yo ya no juego más.

—¡Cobarde! —se burló Sophie, estirando los brazos en señal de triunfo.

—Necesito un compañero que no se dé por vencido. —Viri puso los brazos en la cintura y, tras unos segundos de contemplación, giró la cabeza hacia Ben—. Tú.

Ben arqueó una ceja.

—¿Yo?

—Sí. Juega conmigo.

Kurt, que estaba sentado junto a BB, su esposa, se rió entre dientes.

—Espero que seas rápido, Ben. Sophie es un demonio cuando compite.

Yo no pude hacer otra cosa más que cruzar los brazos y sonreír.

—Eso no es problema. Ustedes no conocen a Ben.

Las palabras quedaron flotando en el aire cuando Ben se quitó la camisa.

Y entonces… el mundo se detuvo.

Los músculos de su torso eran una maldita obra de arte. Cada fibra, cada línea marcada, parecía haber sido esculpida con precisión quirúrgica. El sol bañaba su piel dorada por el bronceado, resaltando el contraste entre sus tatuajes y la perfección de su abdomen.

Hubo un silencio colectivo.

Las miradas femeninas se desviaron sin disimulo, algunas bocas se entreabrieron y Viri, literalmente, aplaudió.

—¡Eso es, hermanito! ¡Vamos a aplastar a esos dos!

Sophie parpadeó varias veces, recomponiéndose del shock.

—Eso no te va a ayudar, Viri. Sigues perdiendo.

—Ya veremos, Princesa, ya veremos.

Y entonces, comenzó la verdadera competencia.

El partido pasó de ser un juego amistoso, a una guerra sin piedad.

Ben era rápido, letal y preciso, devolviendo cada saque con una facilidad irritante. Sophie gruñía cada vez que no lograba contraatacar con éxito, mientras que Luca corría por toda la cancha, tratando de cubrir los espacios vacíos.

Viri reía como una niña endemoniada, celebrando cada punto que sumaban con saltitos y aplausos.

—SÍ, BEN, ¡ASÍ SE HACE! ¡DALE EN LA SUYA, DALE EN LA SUYAAAA!

Luca bufó, exhausto, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Tu entusiasmo es aterrador, Viri.

—Gracias, cariño. Ahora concéntrate en perder.

El partido se volvió un duelo a muerte.

Los cuerpos sudorosos brillaban bajo el sol, los músculos se tensaban con cada movimiento, la arena caliente se adhería a la piel… y la tensión entre todos era palpable.

Hasta que, finalmente, con un remate certero, Ben selló la victoria.

—¡NOOOOO! —el grito de Sophie resonó por toda la playa. Se dejó caer dramáticamente en la arena, como si la hubieran derrotado en combate.

Viri, en cambio, explotó en júbilo.

—¡GANAMOS, BEN, GANAMOS! ¡SOMOS LOS MEJORES, SOMOS LOS DIOSES DEL VOLLEYBALL! —gritó, saltando a su alrededor como una pequeña hada emocionada, con los brazos en alto y una risa contagiosa.

Ben solo la observaba divertido.

—¿Siempre eres así cuando ganas?

—No, solo cuando le gano a la pequeña Princesa.

Sophie se incorporó lentamente, con el ceño fruncido, lanzando una mirada asesina.

—Esto… no ha terminado.

—Lo que tú digas, Princesa. —Viri le revolvió el cabello como si tuviera cinco años—. En este momento, soy la campeona. Y ustedes son unos tristes y patéticos perdedores.

Hasta donde yo sabía, ni tristes ni patéticos perdedores. Sophie había ganado competencias internacionales, y Luca tenía varias medallas olímpicas.

Solo que Ben… era Ben.

Un bendito marine que nunca se daba por vencido.

Sophie bufó, pero sonrió de lado.

Ben se sacudió la arena mientras se dirigía hacia mí con una sonrisa satisfecha en los labios.

—¿Lo ves? No te conocen.

Ben, aún sin camisa, con el sudor resbalando por su pecho y el cabello despeinado por la

brisa marina, me sostuvo la mirada.

—¿Y tú, cariño? ¿Todavía me conoces?

Mi sonrisa se desvaneció poco a poco.

Porque la respuesta era más complicada de lo que quería admitir.

—No lo puedo creer, le ganaste a Sophie.

Kurt, que ahora sabía que era el gemelo de Sophie, estaba cómicamente anonadado.

Ben rió, pero no con burla, sino con una risa poco común, una que sonaba ligera, casi infantil. Como un niño que acababa de hacer una travesura.

Una que no le conocía.

Me removí incómoda. Esta visita no me estaba gustando nada. Tal vez era la isla. El clima tropical, la brisa cálida, la arena suave que se deslizaba entre mis dedos, como si el maldito lugar quisiera arrastrarlo todo consigo.

—En mis años de internado, siempre jugué rugby hasta que llegué a ser capitán del equipo. —Su voz tenía un matiz relajado, casi nostálgico—. Las competencias y los jugadores salvajes no me son extraños.

Y con eso, la conversación tomó un rumbo que no esperaba.

Por los siguientes minutos, que bien pudieron ser horas, Ben, por voluntad propia, comenzó a narrar sus años en el internado.

No la soledad, ni el abandono.

No la parte en la que pasábamos noches enteras mirando el techo, preguntándonos si alguna vez alguien nos buscaría.

No las cicatrices invisibles que nos dejó ser tratados como responsabilidades en vez de como hijos.

Sino lo bueno.

Porque, aunque era un internado en medio de la nada, *La Cour De Pierre* era un internado de lujo y renombre.

Mal, no vivíamos.

Habitaciones impecables, profesores exigentes, instalaciones que parecían sacadas de una maldita película. Comida servida en vajillas de porcelana, jardines tan perfectos que daban miedo.

Un paraíso dorado para niños olvidados.

Y mi Ben —porque sí, aún me aferraba a la idea de que me pertenecía, aunque sabía que no debía— estaba compartiendo todo eso con ellos.

Su nueva familia lo escuchaba con atención genuina, con la emoción de quien descubre a alguien fascinante.

El personal de la finca se movía en las sombras, casi invisibles. Camareros vestidos de lino blanco servían bebidas frías en vasos de cristal impecable. Bajo una cabaña de madera, mesas con bocadillos cuidadosamente dispuestos esperaban a que alguien les prestara atención. Más allá, reposeras de diseño estaban listas para recibir cuerpos bronceados, y el sonido del agua filtrándose en una piscina infinita se mezclaba con el murmullo de las olas.

Todo era perfecto. Demasiado perfecto. Pero yo solo podía ver cómo se alejaba de mí.

Ben estaba cambiando.

No es que antes fuera infeliz, pero había una ligereza en su mirada que nunca vi en Irlanda.

Allá, la tormenta siempre lo habitaba.

Aquí, parecía que estaba aprendiendo a vivir sin ella.

Sin ella.

Y sin mí.

No supe si sentirme aliviada o completamente aterrada.

Ya en la habitación, el sonido del agua corriendo era lo único que rompía el silencio. Me detuve frente a la puerta del baño, con la respiración contenida, el corazón latiéndome fuerte en el pecho.

No lo estaba perdiendo. No podía estarlo perdiendo. Pero lo sentía. Como arena deslizándose entre mis dedos.

Ben estaba cambiando, estaba encajando con ellos, con este lugar, con esta familia.

Y yo… yo estaba en el mismo sitio de siempre.

Él era mi refugio. Mi hogar.

Y ahora, por primera vez, sentía que podía quedarse en algún otro lugar que no fuera a mi lado. Ni siquiera con el compromiso de Hass lo sentí tan… lejano.

El vapor escapaba por la rendija de la puerta entreabierta. No lo pensé demasiado. No podía. Simplemente la empujé con suavidad y entré.

El calor me envolvió de inmediato. La ducha era amplia, con paredes de mármol oscuro y una iluminación tenue que hacía que todo se viera más íntimo. Más peligroso.

Él estaba de espaldas, con el agua cayéndole sobre los hombros, resbalando por su espalda ancha, recorriendo cada línea de su cuerpo. Tan grande, tan fuerte.

Tan mío.

Se giró levemente, como si hubiera sentido mi presencia antes de que yo siquiera dijera algo.

Nuestros ojos se encontraron a través del vapor. Los suyos eran intensos, oscuros, expectantes.

No me preguntó qué hacía allí. No era necesario.

No dije nada. Con el deseo ardiendo en mi piel, me deshice de mi ropa, crucé la distancia y lo toqué. Mis manos se deslizaron sobre su piel caliente, sobre los músculos tensos de su pecho, sobre los latidos fuertes en su cuello. No se movió al principio.

No respiré. No iba a soportar un rechazo.

Y entonces, exhaló.

No como si me estuviera dando permiso. Sino como si hubiera estado esperando esto tanto como yo.

—Mack…

Mi nombre en su boca fue un susurro rasposo, como si le costara pronunciarlo.

Me pegué más a él, sintiendo la presión de su cuerpo húmedo contra el mío, la manera en que su calor se mezclaba con la tibia agua que nos rodeaba.

—No quiero perderte. —Mi voz salió rota, más frágil de lo que esperaba.

Ben cerró los ojos un segundo, como si mis palabras hubieran tocado algo profundo en él.

—No me estás perdiendo.

Pero lo estaba.

Porque yo lo conocía demasiado bien.

Así que hice lo único que podía hacer en este momento.

Le rogué.

Mis labios chocaron contra los suyos con una fuerza dolorosa. Y Ben… Ben me besó de vuelta como si se estuviera ahogando y yo fuera el aire.

Su boca era todo. Hambre, desesperación, reconocimiento.

Reclamo.

Me levantó con facilidad, sujetándome como si no hubiera otra opción, como si soltarme fuera impensable. El agua nos rodeaba, el vapor se mezclaba con el calor de nuestra piel, con la forma en que nos tocábamos como si intentáramos recordar quiénes éramos el uno para el otro.

No hubo prisa.

No hubo distancia.

Solo nosotros.

Solo la necesidad de volver a ser un solo cuerpo, aunque fuera solo por otra vez.

Hasta que alguien llamó repetidamente a la puerta…

¡Maldita familia de mierda!

Capítulo 18: Catania Northman-Carter Ball

La invitación de Tani había llegado en el momento justo.

Mack siempre había sido mi refugio, mi paz. La única constante en mi vida. Con ella, el mundo era más tolerable, más fácil de navegar. Como si todo lo que no encajaba, todo lo que me jodía, de repente tuviera sentido con solo sentir su presencia.

Pero ya no éramos unos niños.

Ya no podíamos seguir jugando al gato y al ratón, dejándonos llevar por las pausas, por los silencios que lo decían todo sin que ninguno de los dos se atreviera a hablar.

Ella estaba libre.

Yo estaba libre.

Si nuestro destino era estar juntos, entonces que así fuera. Si no…

El viento soplaba suavemente mientras subíamos por la principal montaña de Dite. El lugar era el paraíso, no se podía negar. La vista era espectacular y los únicos sonidos que se escuchaban era el de la naturaleza viviendo a nuestro alrededor y el crujir de nuestras botas sobre la tierra seca. Todo parecía tranquilo, hasta que un leve silbido rompió el aire.

Al principio, no le presté mucha atención. Pensé que era el viento colándose entre las rocas, pero luego lo escuché de nuevo, más fuerte, más irregular. Me giré justo a tiempo para ver a Tani detenerse y llevarse una mano al pecho.

—¿Estás bien? —preguntó Kurt de inmediato, su voz tensa, alerta.

Tani asintió con rapidez, aunque su rostro decía lo contrario.

—Estoy bien… —murmuró, pero el silbido en su respiración contaba otra historia.

—Tani —insistió Kurt, inclinándose hacia ella—, vamos a regresar. Ya empezaste a sonar como perro. ¿Te disparaste antes de salir?

Tani asintió rápidamente, pero la duda en sus ojos la delató.

—¡Catania Northman-Carter Ball, no me mientas! —espetó Kurt, su voz cargada de preocupación—. Vamos de regreso.

Intentó levantarla entre sus brazos, pero Tani se resistió de inmediato, retrocediendo un paso mientras negaba con la cabeza.

—No, papá, estoy bien. No hace falta que… —replicó con más fuerza de la que pensé que podía reunir, aunque el esfuerzo le arrancó una tos seca que nos hizo a ambos tensarnos.

Kurt miró hacia su mochila con desesperación, abriéndola con movimientos torpes.

—El inhalador, ¿dónde está? —murmuraba, casi para sí mismo, mientras revolvía el contenido de la mochila con creciente frenesí.

Yo me acerqué, tratando de mantener la calma, pero el sonido del silbido que salía de Tani me llenó de preocupación. Su rostro estaba empezando a enrojecer, y su respiración se hacía más superficial con cada segundo que pasaba.

—¡No está aquí! —exclamó Kurt, la desesperación en su voz era palpable.

—Kurt, cálmate —dije, aunque por dentro sentía el mismo pánico. Miré a Tani, que ahora se sostenía del brazo de su padre, luchando por cada bocanada de aire.

No podíamos quedarnos aquí. La finca estaba demasiado lejos para que pudiera resistir sin ayuda.

De repente, recordé algo que había visto hacer a un compañero durante mi primer tour. Tenía años sin un ataque, pero el desierto es traicionero y no perdona.

—Tani, escucha —le dije, poniéndome frente a ella y hablando suavemente, aunque con firmeza—. Necesito que confíes en mí. ¿Puedes hacerlo?

Ella asintió débilmente, sus ojos brillando de miedo.

—Kurt, sostenla —ordené, señalándole que la apoyara mientras buscaba en mi mochila. Encontré el pañuelo y lo enrollé con rapidez.

—Tani, quiero que inhales por la nariz y exhales lentamente por la boca, como si estuvieras soplando una vela. Esto va a ayudar a que el aire entre más despacio.

Ella me miró con duda, pero hizo lo que le pedí. Coloqué el pañuelo frente a su boca para que filtrara el aire y evitara que el polvo de la montaña empeorara la situación.

Kurt se inclinó junto a ella, susurrando palabras de aliento mientras yo me aseguraba de que su respiración se estabilizara un poco. El silbido seguía ahí, pero ya no era tan fuerte.

—Así, Tani, sigue así. Lo estás haciendo muy bien —le dije, aunque mi corazón martillaba en mi pecho.

Los ataques de asma pueden variar en gravedad, pero los más severos son potencialmente mortales. Y, por el rostro de pánico de Kurt, estaba claro que los de Tani eran de esos: graves, de los que dejan a cualquiera al borde del colapso solo con mirar.

Después de unos minutos que se sintieron como una eternidad, su respiración empezó a mejorar. No era perfecta, pero al menos no estaba luchando desesperadamente por aire.

—Tenemos que regresar ahora —le dije a Kurt, y esta vez no hubo discusión.

—Sí —murmuró él, todavía con el miedo reflejado en su rostro.

Levanté a Tani en mis brazos, sin darle oportunidad de protestar, y comenzamos el descenso. Cada paso era lento, cuidadoso, pero ahora teníamos un objetivo claro: llegar a casa y darle su medicina.

A medida que avanzábamos, sentí que Tani relajaba un poco su cuerpo contra mí. Estaba agotada, pero su pequeño susurro me dio un poco de esperanza:

—Gracias, tío Ben…

—Siempre, Tani. Siempre —respondí, apretándola un poco más contra mi pecho mientras seguíamos avanzando.

En cuanto la finca apareció a la vista, me di cuenta del séquito que nos esperaba. Entre ellos, una figura en particular captó mi atención. Apenas nos vio, salió corriendo hacia nosotros con una mascarilla en mano.

—Tani… —El gemido fue agonizante.

Zibo, el jefe de seguridad de Kurt, era un hombre imponente, un afroamericano de mediana edad, pero con la energía y el vigor de alguien mucho más joven. Su velocidad al alcanzarnos fue impresionante, casi ridícula. En un abrir y cerrar de ojos, ya me había quitado a Tani de los brazos con una facilidad que dejaba en claro que estaba en una forma física impecable.

Nos dejó atrás a Kurt y a mí, jadeando mientras intentábamos recuperar el aliento.

—Zibo perdió a sus hijas cuando eran pequeñas —susurró Kurt cuando estuvimos fuera del alcance de su oído—. Le tiene mucho cariño a Tani.

Observé cómo Zibo desaparecía con Tani en brazos, cuidándola como si fuera de cristal.

La familia de mi padre no se parecía en nada a las de los Bastardos, las únicas familias que yo conocía hasta ahora.

Para empezar, todos aquí parecían tener relaciones de tres o más personas. La excepción era Kurt, pero por algunos comentarios descuidados que había oído aquí y allá, dudaba que su relación fuera del todo monógama.

Otra diferencia era cómo trataban a su personal. Sabían el nombre de cada uno, desde el mayordomo hasta la mucama, y los llamaban con una familiaridad desconcertante. No era algo que fingieran; parecía genuino. Y el personal, a cambio, les era leal hasta los huesos.

Zibo era un claro ejemplo de ello.

Y luego estaba Conchita, que nos había preparado el desayuno todas las mañanas. Hoy, por ejemplo, mientras cocinaba le dio un manazo a Kurt como si fuera un niño pequeño por intentar meter la mano en la comida antes de tiempo.

La escena me sacó una sonrisa. Este mundo no era lo que esperaba, y cuanto más veía, más me costaba clasificarlo.

Después del susto de Tani, volvió la calma.

Mientras admiraba el escultural cuerpo de Mack deslizándose sobre el agua cristalina de la piscina infinita, BB se sentó a mi lado. Su embarazo ya comenzaba a mostrar señales de incomodidad.

—Con este calor, me voy a hinchar como elefante.

No llegaba a tanto, sobre todo porque llevaba un pequeño ventilador personal en la mano, que apuntaba directamente a su sudoroso rostro.

—Te ves muy bien. Todavía falta mucho para que parezcas elefante —bromeé, alcanzando una silla para que alzara los pies.

—Muchas gracias. —El agradecimiento iba por partida doble: para mí y para la mucama que llegó con un vaso que más bien parecía una jarra, llena de agua con rodajas de naranja fresca flotando dentro.

—Es extraño cómo aparecen las cosas de la nada aquí —comenté mientras giraba la botella de cerveza en mis manos—. Creo que llevo tres cervezas, pero no he terminado ninguna. Aparecen antes de que alcance a vaciarlas.

No era una queja, solo una observación de alguien que, aunque había crecido entre lujos, nunca había estado en un lugar como este.

—Sí —dijo BB, recostándose con un suspiro—, Kurt creció con privilegios que la mayoría de los mortales no tenemos. Pero eso no desmerita su esfuerzo.

Hizo una pausa, como esperando alguna reacción de mi parte, pero al no obtenerla, continuó:

—No puedo hablar por Sophie o Viri, pero ser hijo de los presidentes de Grupo Carter abre muchas puertas. Kurt siempre tuvo el camino pavimentado, pero él fue quien decidió caminarlo.

Observé cómo Mack emergía del agua, su precioso cabello pegándose a su espalda mientras se apartaba el agua del rostro con ambas manos. La luz del sol resaltaba cada curva de su cuerpo, y por un momento, olvidé que estábamos hablando de Kurt.

BB notó mi distracción y rió suavemente.

—Ella es tu punto débil, ¿verdad?

No contesté. No hacía falta.

—Bueno, lo que iba diciendo —retomó, enderezándose un poco—, es que no importa cuántas puertas tengas abiertas. Hay que tener el valor para atravesarlas. Y Kurt, Sophie y Viri lo tienen.

No me atreví a discutirlo.

—Kurt es inversionista desde antes de salir de la universidad. Tiene inversiones de lo más

intrigantes: desde clubes y bienes raíces hasta líneas aéreas. Ha sido nominado a varios premios. No que los fuera a aceptar, pero debe ser... impresionante tener ese tipo de reconocimiento, ¿no crees?

No respondí, así que continuó alabando a su esposo, claramente disfrutando el momento.

—Kurt, Sophie y Viri fueron nombrados en la lista de "Hermanos más influyentes" de TIME, exclusivamente por su cuenta bancaria. ¿Te imaginas lo que dirían si supieran de todas sus contribuciones a la sociedad? Pudieron ser de esos que se la pasan viajando y perdiendo el tiempo en las redes sociales, como los famosos *socialites*. En cambio, los tres terminaron sus carreras y empezaron a trabajar desde abajo. Nada de años sabáticos, nada de perder el tiempo.

Tomó aire antes de continuar:

—Porque ayudar, eso sí lo hacían desde mucho antes, sobre todo Viri. —Noté que su gesto se endureció al mencionarla, la emoción que tenía al hablar de Kurt o Sophie no estaba ahí—. Ella comenzó a trabajar con la fundación desde muy niña, junto con tu papá.

Mi estómago se revolvió al escuchar esa palabra. "Papá". Todavía no me acostumbraba a ella por completo, y por la opresión en mi pecho, era dudoso que algún día lo hiciera.

—Para Kurt, fue diferente. No empezó con inversiones hasta que ganó su propio dinero. ¿Te imaginas lo fácil que hubiera sido para él pedirles dinero a sus padres para financiar sus proyectos? —Sus ojos brillaron con absoluta adoración—. Pero no lo hizo. El éxito que tienen en sus carreras es completamente por mérito propio. Que no te quepa duda.

La miré, procesando cada palabra que había dicho. Y, muy a mi pesar, llegué a la conclusión inevitable de que vine buscando cobre, y encontré oro.

Capítulo 19: Como tu hermana

La vista era asombrosa.

Desde la cima del Montparnasse, en París, el mundo se veía insignificante, las luces de la ciudad parpadeando como si fueran solo piezas de un tablero donde los poderosos movían los hilos. Pero dentro de la oficina, el mundo no parecía tan grande.

El espacio era lujoso, dominado por un enorme escritorio de madera oscura y cristal, perfectamente ordenado, como si el caos nunca se permitiera entrar aquí. Los ventanales cubrían toda la pared detrás del escritorio, dejando entrar la luz de la ciudad, reflejándose en los suelos de mármol negro. Una biblioteca con estanterías de caoba flanqueaba un bar con botellas de whisky y coñac añejado, el aroma a cuero y madera impregnaba el aire, dándole un aire de poder incuestionable.

Lo único malo era que él estaba aquí: mi padre, el hombre que había construido este imperio con la misma frialdad con la que me miraba ahora. Atractivo para su edad, con el cabello perfectamente peinado, un traje impecable que hablaba de riqueza sin esfuerzo y esa expresión de decepción permanente que se había convertido en su sello personal conmigo.

—¿Por qué no puedes ser como tu hermana?

Esa pregunta la había escuchado toda mi vida. Pero esta vez me dolió de una manera diferente. Como un cuchillo que se retuerce lentamente en la herida que nunca termina de cerrar. Por primera vez, realmente desee ser más como Vera.

—Papá —intenté razonar por millonésima vez, manteniendo mi voz firme, aunque por dentro me temblaba el alma—, no puedo aceptar un compromiso con un hombre que apenas conozco.

—¿Por qué no? Así se hacen los buenos negocios.

Su tono era cortante, como si estuviera explicándome algo tan básico que resultaba absurdo discutirlo.

—Pero no las familias —repliqué, rompiendo el acuerdo silencioso que tenía conmigo misma de no enfrentarme nuevamente a él.

Su risa fue sardónica, vacía. Me mató un poco más por dentro.

—No seas ridícula, Mackenzie. ¿Qué más quieres? Ya te di estudios, techo, ¡mi apellido! —enfatizó con un desprecio que hizo que mi piel se erizara—. Ya es hora de que cumplas tu deber con esta familia.

Mi deber.

—¿Mi deber es abrir las piernas al mejor postor? —Las palabras salieron de mi boca como veneno, sin que pudiera detenerlas—. Porque eso es lo que quieres de mí, ¿no? Que me venda…

El golpe llegó antes de que pudiera terminar la frase.

***

La sensación de la bofetada me despertó del mal recuerdo. De la pesadilla recurrente que era mi relación con mi padre.

Un escalofrío me recorrió la piel, pero antes de que pudiera caer completamente en ese abismo, una voz grave y familiar me ancló al presente.

—Mack.

Cerré los ojos un segundo antes de girarme. Me conocía demasiado bien como para fingir que seguía dormida.

Ben estaba apoyado contra la pared, observándome con esa mirada que siempre parecía ver demasiado, como si pudiera leer cada pensamiento que intentaba ocultar. Era una mirada peligrosa, yo lo sabía bien, era la misma que seguía prometiendo que no me iba a dejar escapar.

—¿Tu papá? —preguntó en voz baja, sin apartar los ojos de los míos.

—No es nada. —Intenté sonar despreocupada, pero no funcionó.

Nunca funcionaba con él.

Ben exhaló despacio, como si contuviera algo. Tal vez frustración, tal vez algo más.

—Odio cuando haces eso.

—¿Hacer qué?

—Tratar de cargarlo todo tú sola.

Su proximidad me hizo girar para mirar el techo, tratar de desaparecer, pero no sirvió de nada. Él avanzó lentamente, cerrando la distancia entre nosotros con una ferocidad que me erizó la piel.

—Ben…

—Dime que no lo ves —susurró, inclinándose apenas, lo suficiente para que su mentolado aliento rozara mi mejilla—. Dime que no sientes esto.

Mi pulso se aceleró. Esto. Lo de siempre. El fuego que ardía entre nosotros, que nunca se apagaba, solo esperaba el momento oportuno para devorarnos.

—No voy a hacer esto contigo ahora —susurré, sin apartarme.

Ben sonrió, esa sonrisa arrogante que sabía exactamente lo que hacía conmigo.

—¿No? —Su mano subió lentamente hasta rozar mi muñeca, apenas un roce, pero lo sentí como una corriente eléctrica recorriéndome todo el cuerpo—. ¿Y cuándo, Mack? ¿Cuánto tiempo más piensas seguir corriendo de esto?

Intenté reír, pero el sonido salió entrecortado.

—Tal vez cuando dejes de disfrutar tanto de perseguirme.

Ben se inclinó aún más, hasta que su boca quedó a un susurro de la mía.

—No es la persecución lo que disfruto, Mack.

El aire entre nosotros se volvió pesado, cargado de algo denso y peligroso. Me negué a mirarlo a los labios. Sabía que, si lo hacía, perdería. Pero él no necesitaba que lo hiciera.

Él ya me tenía.

El sonido de una puerta abriéndose rompió el momento, y ambos nos alejamos como si acabáramos de jugar con fuego y hubiéramos sentido la quemadura.

Ben sonrió de lado, su mirada brillando con algo oscuro, algo satisfecho.

—Tic-tac, Mack. —Su voz fue un murmullo lleno de promesas—. No puedes huir para siempre.

El problema era… que no quería hacerlo.

Afortunadamente, su necesidad de ejercicio lo sacó de la habitación. Yo intenté regresar a los brazos de Morfeo, pero la pesadilla ya había hecho su trabajo y no lo permitió.

Era demasiado temprano para desayunar, así que abrí mi laptop para revisar mi correo. Gran

error. Mi padre, para variar, arruinaba el día, aunque yo estuviera en el paraíso.

El mensaje era breve, pero conciso:

Tienes que regresar con Hass.

Mi respuesta fue aún más corta:

Vete al infierno.

Cerré la laptop con más fuerza de la necesaria. Mi padre seguía tratándome como si fuera una niña. Finalmente, había aceptado que nunca lo iba a satisfacer. Ya había perdido años tratando de complacerlo.

Había sido fiel a Hass, al compromiso que odié desde el primer día, a las noches —pocas, esparcidas, furtivas, pero que valían su tiempo en oro— con Ben. Todo para que él siguiera negándome mi lugar en su amada empresa.

Que se fuera al diablo.

Él y Hass podían arder en el mismísimo infierno por lo que a mí respectaba.

Afortunadamente, los restaurantes estaban funcionando bien y, con mis ahorros, podía darme el lujo de vivir sin su tarjeta de crédito. Ahora solo faltaba deshacerme de esa sensación incómoda que punzaba en mi pecho de vez en cuando.

«¿Por qué sigo deseando su aceptación cuando siempre ha sido un patán conmigo?»

Frustrada conmigo misma, me di una ducha y salí en busca de alimento.

La finca era de ensueño, lujosa y, al mismo tiempo, familiar. Un hogar.

Encontré la cocina guiándome por el ruido de puertas y trastes. Si tenía suerte, podría desayunar con el personal y, de paso, sacar un poco de información. Los Carter, hasta el momento, se habían comportado de lo más civilizados, pero, por el bien de Ben, no confiaba por completo en ellos.

Conchita, la nana de la familia, supervisaba al personal desde la barra mientras tomaba café en la inmensa isla de la cocina. En cuanto me vio, intentó levantarse.

—No, por favor, no se levante.

Asintió con una sonrisa. La mujer tenía un aire muy… maternal. Algo desconocido para mí.

—¿Puedo sentarme con usted?

—Sírvele un café a la niña —ordenó como respuesta—. Y un pan, ya que el desayuno todavía no está —reprochó con suavidad.

—Gracias —susurré al recibir la taza.

El aroma era exquisito. Café, canela y algo más. Le di un sorbo y todos mis sentidos se avivaron. Era el mejor café que había probado en toda mi vida.

—¿Qué es ese sabor? —pregunté, maravillada, dando otro sorbo.

—Piloncillo —anunció orgullosa—. La familia prefiere el té por el abuelo Gamble, en gloria esté, pero nadie sabe que Gamble se tomaba un cafecito conmigo todas las mañanas.

La nostalgia en su voz me comprimió el pecho. Hablaba de familia, de amistad, de un hogar que Ben nunca tuvo.

Discernía en cómo empezar la conversación cuando Viri y Kurt entraron a la cocina, hablando animadamente de un torso desnudo.

—Es que no es normal, Kurt, esos abdominales no son normales. No pueden ser reales.

—Por Dios, Viri, deja de babear, pensé que ya habíamos superado lo del incesto.

Los dos rieron, pero en cuanto me vieron, el sonido se cortó de golpe. Sus miradas prometían sangre. Y mucho me temía que era la mía.

Viri cruzó los brazos sobre su pecho y se recargó en la isla de la cocina, mirándome con aire despreocupado que solo hacía que su peligro se sintiera más evidente. Kurt se sentó frente a mí,

con los codos apoyados en la mesa y los dedos entrelazados bajo su barbilla.

Ambos estaban demasiado calmados.

Lo que solo podía significar problemas para mí.

—Así que… —Viri fue la primera en romper el silencio, arrastrando las palabras—. ¿Qué se siente entrar en la telenovela que es la vida de uno de los competidores de tu padre?

—¿Perdón? —parpadeé, confundida.

Kurt suspiró con fingida paciencia.

—No nos hagamos tontos, Mackenzie Conn. No con nosotros.

Mi espalda se tensó. Bien. No se andaban con rodeos.

—Si me van a interrogar, al menos sírvanse un café.

Kurt chasqueó la lengua, pero se puso de pie para servirse una taza, como si fuera una última cortesía antes de la ejecución. Conchita había desaparecido, de hecho, todo el personal desapareció. Algo que no me tranquilizó en absoluto.

—Queremos respuestas —declaró Viri con calma, pero su mirada me advertía que, si no las conseguía, haría su propia investigación—. Queremos saber qué piensas hacer con Ben.

—Pensé que iban sobre la empresa de mi padre —respondí, tratando de evadir la respuesta.

—Los Conn no lo han hecho tan mal, pero no son una verdadera competencia —desechó Kurt sin miramientos.

Era cierto. Incluso en el 1% hay niveles, y los Carter estaban en el ranking más alto.

—No, lo que realmente nos interesa es Ben —aseguró Viri, con una firmeza que no reflejaba en su expresión.

La taza apenas tocó la mesa antes de que Kurt se inclinara en mi dirección.

—Más importante aún… —su voz baja, peligrosa—, queremos saber qué tan fácil puedes destruir su corazón.

Ellos no estaban aquí por grupo Carter. Ni por dinero. Ni por mi silencio respecto a su familia. Estaban aquí por él.

Por su hermano pequeño.

Tragué saliva y sostuve sus miradas, entendiendo perfectamente el mensaje. Era una advertencia disfrazada de charla amistosa.

—Yo soy la última persona que dañaría a Ben —repliqué con seriedad.

—Eso aún está por verse —murmuró Kurt, dándole un sorbo a su café.

—No nos malinterpretes, Mack. —Viri inclinó la cabeza y su tono se suavizó apenas—. Nos caes bien. Es obvio que adoras a Ben. Y, si siguen juntos, probablemente terminemos llevándonos bien.

—Pero Ben… —Kurt hizo una pausa, como si buscara la mejor forma de decirlo—. Ben ha pasado por suficiente mierda en su vida.

—Y si lo lastimas —Viri sonrió, pero no fue una sonrisa amable—, nos aseguraremos de que te arrepientas.

El aire en la cocina se volvió denso. Muy denso.

Podía sentir su lealtad, un cariño feroz por su recién estrenado hermano. Era su familia. Y aunque no lo dijeran con palabras, lo dejaban claro: Si me atrevía a dañarlo, ellos serían las primeros en recoger los pedazos… y después vendrían por mí.

Respiré hondo y, por primera vez en mucho tiempo, elegí abrirme.

—Mi plan, nunca va a ser lastimarlo. Ben es… todo.

Viri me sostuvo la mirada, analizando mis palabras con una intensidad que casi me hizo desviar la vista.

Finalmente, Kurt dejó escapar un suspiro y tomó un pan del plato en el centro de la mesa.

—Bien —dijo, dándole un mordisco—. Ahora que ya quedó claro, cuéntanos… ¿cómo era Ben en la escuela?

Y así, sin previo aviso, la tensión desapareció.

Suspiré, tomando la taza de café con ambas manos, y acepté mi destino.

—Van a necesitar más café.

Capítulo 20: Tengo una confesión

En la madrugada, solo puedes hacer tres cosas: dormir, hacer ejercicio o sobrepensar. Y yo estaba sobrepensando en grande.

Me separé despacio del acogedor cuerpo de Mack y me dirigí al baño. Después de una rápida rutina de limpieza, busqué lo necesario para salir a correr. Salí de la habitación en completo silencio. Era estúpido dejar el calor de Mack, pero la guerra en mi cabeza no me dejaba pensar con claridad.

Odiaba que no fuera honesta conmigo. Que no aceptara qué la atormentaba. Si no me lo decía, ¿cómo lo iba a resolver? Pensé en llamar a Vera…

Pero… después.

La luz de la luna todavía alumbraba el camino rumbo a la playa. Este lugar era un verdadero paraíso, y antes de perder la cordura, pensaba disfrutarlo. Dejé los tenis abandonados en cuanto mis pies tocaron la arena. Necesitaba ese contacto directo con la naturaleza, ese pequeño ancla que me recordara que aún era humano.

Fue ahí cuando la vi.

La silueta curvilínea de una mujer se recortaba contra la tenue luz del amanecer. Alta, con el cabello recogido en lo más alto de su cabeza, parecía una estatua esculpida por los dioses.

Dios… se suponía que era mi hermana, pero la mujer que tenía frente a mí era una diosa.

—Buenos días.

Incluso en las sombras del amanecer, su sonrisa resplandeció, tan parecida a la de Kaira que me dejó atónito.

—¿No me digas que vienes por la revancha? —dijo con un tono burlón, cruzándose de brazos—. Es demasiado temprano para volver a perder.

Eso me sacó una sonrisa. La mujer era competitiva como pocas. Muy de mi estilo.

—Tú lo sabes bien —contesté, devolviéndole el mismo tono que había usado.

Bufó, pero no era de enojo. Era ese tipo de bufido de “mira este hombre, ¿quién se cree?”. Y, un tanto a mi pesar, era algo muy de hermanos.

—¿Nadas?

—No como tú —admití. La mujer tenía más trofeos de los que yo podía contar, mientras que yo solo tenía balas disparadas como logro.

—Pocos nadan como yo —respondió con una pequeña sonrisa, pero un deje de nostalgia se instaló en su rostro. Duró apenas un momento, antes de ser reemplazado por algo más… honesto —. Si hubiéramos crecido juntos… Nada, tuve una época muy buena nadando. Tal vez tú hubieras podido ser profesional del rugby.

—Yo mencioné que jugaba, nunca dije nada de ser profesional.

—Mack.

Fue la corta respuesta. Por supuesto. Era muy de Mack ponerme en lo alto, incluso cuando yo no lo merecía.

—Tengo una confesión que hacerte.

Sophie sonrió, con esa sonrisa segura y un tanto enigmática que parecía haber heredado de Kaira. Antes de que pudiera decir nada más, tomó mi mano y me jaló hacia el mar.

—Ven, tengo el lugar perfecto para que te puedas confesar.

Nadé junto a ella, que parecía tener un GPS integrado en cada brazada. Era evidente que iba despacio a mí consideración. Aunque sabía nadar y estaba en buena forma física, tuve que detenerme a mitad del camino para tomar un descanso antes de seguirle el paso hasta una plataforma en medio de la nada.

—¿Cómo diablos puedes orientarte? No se ve nada —jadeé mientras subía con esfuerzo a la plataforma. Era oficial, necesitaba con urgencia hacer más ejercicio si pensaba convivir con ella.

—Ya es instinto. Puedo encontrar la plataforma en lo más oscuro de la noche.

Algo me decía que lo hacía con regularidad.

—Mira —me advirtió con un pequeño golpe en el brazo.

Yo seguía boca arriba, tratando de que el oxígeno llegara a mis pulmones, pero su tono llamó mi atención. Con trabajo me senté a su lado y, junto a ella, presencié el milagro de un nuevo día.

Los tonos del cielo comenzaron a transformarse lentamente. Del gris oscuro pasaron a un morado profundo, que a su vez se difuminó en un púrpura suave que iluminó el horizonte y se reflejó en el mar.

Un milagro.

Por un momento, giré para verla, y fue entonces cuando lo noté. Una sola lágrima recorrió sus ojos enmielados, deslizándose por su mejilla con una mezcla de melancolía y paz.

Insisto, un milagro.

De la nada, y sin que lo esperara, entrelazó su brazo con el mío y recargó su cabeza en mi hombro.

—Sé que realmente no nos conocemos. Que probablemente todavía no sabes qué pensar de nosotros. Pero… sé que un día, vas a despertar y, sin que te des cuenta, vas a pensar en nosotros como tu familia. —Muy, muy a mi pesar, sentí cómo mis ojos ardían hasta que un par de lágrimas aliviaron la presión—. Tú también lo sientes, ¿verdad?

No pude hablar. Si lo hacía, sabía que me iba a quebrar por completo. Lo único que hice, con las defensas destruidas y el corazón hecho pedazos, fue asentir. Porque sí, sí lo sentía.

En silencio, observamos el inicio de un nuevo día y, seguramente, también el de nuestra relación.

Fue hasta que el sol estuvo en lo más alto cuando preguntó:

—¿Cuál era la confesión?

Con un poco de esfuerzo, acepté mi obsesión con su carrera cuando era un adolescente. Le confesé mis celos al verla en los brazos de Owen, elevada por todo lo alto como si fuera el mayor orgullo de su vida.

Ella no lo tomó a mal. Al contrario, sonrió y comenzó a compartir recuerdos, anécdotas que nunca se publicaron y que solo su familia conocía. Me habló de cómo luchó para recuperarse después del accidente. De cuánto le dolió no volver a competir. De los años que ella y Luka perdieron por orgullo y cómo, a pesar de todo, lo recuperaron con Bruno.

Era… diferente. Su relación con ellos no se parecía a nada de lo que yo conocía. Quizá, por eso, me dio esperanza.

Me llenó de ilusión, de la posibilidad de encontrar a una familia que no sabía que había perdido. Y, más importante aún, me dio confianza.

Confianza de que mi relación con Mack no solo podía funcionar, sino que podía ser algo

extraordinario.

Capítulo 21: ¡Muérdelo fuerte!

Al parecer, esto de la fogata era toda una tradición. Pero no cualquier tradición. Una maldita tradición épica digna de documental.

Había mesas repletas con todo lo necesario para una fiesta de otro mundo: botellas de todos los licores imaginables, comida de todos los colores y sabores, y tres hieleras llenas hasta el tope con cervezas. Todo dispuesto alrededor de una fogata tan grande que seguramente podía verse desde el espacio.

Lo más curioso era la falta de personal de servicio. Aquí nadie era demasiado millonario como para servirse solo. Solo éramos diez adultos pretendiendo ser niños otra vez.

Y lo hacían bien.

Empezaron con lo más básico: jugando *tag*, correteándose unos a otros y tomando un *shot* cuando alguien perdía. Pero, poco a poco, el tono de los juegos empezó a subir. Y cuando digo subir, me refiero a que, de repente, el castigo no era solo un shot… eran un par de nalgadas.

Sí. Nalgadas.

Lo más desconcertante no fue eso, sino que a nadie parecía incomodarle. Los únicos que no se tocaban de forma "inapropiada" eran Kurt, Sophie y Viri. Al parecer, ellos no se compartían, pero todos los demás... era zona libre. Como si fuera completamente normal dormir unos con otros, sin importar si eran familia política o no.

Lo más extraño no era eso, sino el cariño y respeto evidente que había entre todos.

Yaco, con una risa cómplice, le dio una buena nalgada a Sophie. Ella brincó como un resorte y, riendo, se le fue a la yugular subiéndose a su espalda. Llevaba un pareo blanco casi transparente que apenas dejaba algo a la imaginación. El diminuto bikini debajo era prácticamente inexistente. Sus senos se restregaban contra la espalda desnuda de Yaco mientras ambos reían como niños.

Viri, la esposa de Yaco, gritó con total abandono:

—¡Muérdelo! ¡Muérdelo fuerte!

Todos se doblaban de risa mientras Luca y Bruno, las parejas de Sophie, observaban la escena tranquilamente, bebiendo cerveza y sonriendo con orgullo.

Mack y yo observábamos el espectáculo como turistas en un zoológico de especies exóticas.

—¿Estás bien? —pregunté, rozando mi pie con el suyo sobre la fina arena. Bueno, eso y las enormes murallas que habíamos construido entre nosotros durante años.

—Son… raros —susurró, dando un trago al vino que mantenía firme en su mano, como si fuera un ancla.

—Sí, ya lo había notado.

—Pero… para bien —reflexionó, moviendo la copa en círculos sobre la arena—. En la mañana, Viri y Kurt me arrinconaron para preguntarme qué tan serios somos tú y yo.

Eso captó toda mi atención.

—¿Y qué les dijiste?

—Obviamente, les dije que mucho.

Mantuve la expresión neutra, pero por dentro me estaba riendo. Con Mack siempre era así: ‘No me puedo entregar por completo, pero, de todos modos, que el mundo entero sepa que eres solo mío.’

Y joder, me encantaba.

—Pero la manera en que me miraron, la forma en que hablaron… era protectora, como advirtiéndome que tuviera cuidado si llegaba a lastimarte. Muy raro.

Me quedé en silencio un momento. Algo cálido y, ciertamente raro, se instaló en mi pecho. Algo muy parecido al orgullo.

—¿Fueron groseros?

—No, no. Más bien estaban... indagando qué intenciones tenía yo con su hermanito.

Lo último lo dijo con una sonrisa. No de burla, sino de reconocimiento. Yo era el menor. El más pequeño de los Northman-Carter Jones.

La risa de BB resonó en el aire mientras se levantaba con la elegancia imposible de una mujer en sus últimos meses de embarazo. Se acomodó la túnica suelta que apenas disimulaba su vientre redondeado y agitó los dedos en dirección a Mack.

—Acompáñame al baño.

Mack la miró como si le hubiera pedido que la ayudara a robar un banco.

—¿Por qué necesito ir contigo?

BB puso los ojos en blanco y se dio un golpecito en la cadera con una sonrisa de superioridad.

—Porque soy una mujer embarazada y eso me da derecho a compañía obligatoria.

Mack bufó, pero se levantó. Al parecer, era imposible negarse a BB cuando se lo proponía.

—Volvemos en un momento —avisó BB con una sonrisa demasiado inocente mientras se alejaba aferrada del brazo de Mack que, seguramente, iba refunfuñando.

Apenas desaparecieron entre las sombras, Kurt, con la precisión de un francotirador, se dejó caer en la arena justo a mi lado.

—No sé qué me asusta más —comentó con una media sonrisa—, si mi esposa con esa mirada de conspiración o el hecho de que Mack la siga.

Suspiré, recargando los antebrazos en mis rodillas.

—Definitivamente tu esposa. Mack es… Mack.

Kurt dejó escapar una risa baja.

—Sí, es verdad.

Nos quedamos en silencio por un momento, observando la fogata y el espectáculo de los demás, que parecían competir en quién le daba la mejor nalgada a quién.

Kurt removió la arena entre sus dedos antes de hablar.

—¿Entonces?

Levanté una ceja.

—¿Entonces qué?

Giró la cabeza hacia mí con la paciencia de quien ya sabía la respuesta, pero igual quería escucharme decirlo.

—¿Cuál es el asunto con Mack?

Resoplé, pasándome una mano por el rostro.

—¿Siempre son así de entrometidos?

Kurt sonrió con absoluta satisfacción:

—Oh, sí. Bienvenido a la familia.

Quise gruñir, pero en lugar de eso, me reí. Porque, joder… se sentía bien reírse con un

her… con Kurt.

Él me observaba con una calma exasperante, como si ya supiera la respuesta y solo estuviera esperando a que yo tuviera los pantalones para decirla.

Chasqueé la lengua y desvié la mirada hacia la fogata.

—No lo sé.

—Sí lo sabes —me corrigió sin prisa—, solo no quieres decirlo.

Exhalé con frustración.

—Tal vez porque yo quiero una cosa y ella otra. Y no quiero, o no puedo, hacerla cambiar de opinión.

Kurt se recargó en la arena, cruzando los brazos detrás de la cabeza.

—Eso tampoco es cierto. Eres un hombre práctico, Ben. Estoy seguro de que siempre vas tras un objetivo, aunque jures que no.

Fruncí el ceño.

—¿Eres psicoanalista o qué?

Kurt rió suavemente.

— Soy un hombre al que le enseñaron a leer a los demás. Todas las familias tienen grietas, ninguna es perfecta, Ben. Pero la diferencia entre los demás y nosotros, es que nosotros las aceptamos.

Guardé silencio ante la punzada de saber que nadie me enseñó nada. Solo, junto con los Bastardos, aprendimos a vivir. O a sobrevivir… según se vea.

—Yo también crecí sin un padre, ¿sabes? Bueno, no —se corrigió—. Yo crecí con dos maravillosos padres, pero quien dono su esperma, era un bueno para nada. Como Charles —enfatizó. No quería saber que pensaban hacer con Charles, pero no pintaba bien si su voz era un indicio—. En fin, por mucho tiempo, me repetí que no me importaba. Que no lo necesitaba. Pero la verdad es que... —Hizo una pausa, exhalando despacio antes de continuar—. Sí lo necesitaba. Sí me importaba.

Me removí incómodo.

—Yo no vine por eso.

Kurt ladeó la cabeza, mirándome con una expresión de quien ya ha pasado por la misma batalla interna.

—Tal vez no. Pero eso no significa que no lo necesitabas.

Joder.

Odiaba admitir que tenía razón.

—No tenía expectativas con Owen —murmuré, pasándome una mano por la nuca—. Pero… cuando lo vi, cuando vi su reacción, cómo se veía jodidamente destruido…

—Fue más fácil dejar de odiarlo.

Lo miré de reojo.

—Eso te pasó con tu padre.

Kurt negó enfáticamente.

—No. Al contrario, lo soporte por muchos años con la esperanza de que iba a cambiar, pero en realidad odiándolo en secreto. Al final, me di cuenta de que el odio solo me estaba jodiendo a mí, no a él. Así que lo deje ir.

Suspiré, dejando caer la cabeza hacia atrás, mirando el cielo estrellado.

—¿Cómo lo superaste?

—No lo superé —se encogió de hombros—. Pero aprendí a seguir adelante. A construir algo mejor. A dejarlo ir.

Nos quedamos en silencio un rato. Hasta que Kurt, con toda su maldita tranquilidad, dijo:

—¿Eso es lo que quieres hacer con Mack? ¿Dejarla ir?

Tuve que resoplar:

—Esto no es lo mismo.

—No —concedió—, esto es peor. Porque la amas.

Lo miré de reojo, sin molestia esta vez. Solo con resignación.

—¿Siempre eres tan entrometido?

Kurt sonrió de lado.

—Solo con la familia.

Me reí.

Porque, por más molesto que fuera admitirlo…

Yo ya era parte de ella.

—Está bien, no me digas qué tan enamorado estás de Mack, al fin y al cabo, es evidente. Mejor dime, ¿por qué decidiste buscar a Owen?

—¿Qué?

—No creo que haya sido para iniciar una relación con él. Tampoco fue para devolver el dinero. Si hubieras querido evitar una confrontación —señaló el barullo que había a nuestro alrededor—, lo habrías mandado por correo. Pero no. Algo quieres.

No lo voy a aceptar, pero, por un jodido segundo, entré en pánico.

—Mi mamá quería que los buscara.

Kurt no se inmutó.

—Y seguramente hubieras honrado su memoria más adelante. Cuando su muerte no estuviera tan reciente. No ahora.

Apreté la mandíbula. ¿Para qué carajos me metí en una familia de personas que eran tan jodidamente perspicaces?

Finalmente, me di por vencido y decidí seguir la ruta que tomé con Sophie: ser honesto.

Le expliqué mi relación con los Bastardos, cómo habíamos emprendido el negocio de los restaurantes, algo que él ya sabía. También le conté sobre Henry y su obsesión con "El Reinado", cómo sabía que Kurt era uno de los dueños y que el club estaba en la cuerda floja tras un altercado que casi lo hunde.

Pero también reafirmé algo que, en los últimos días, me había carcomido más que cualquier otra cosa: las mentiras de Charles. Que mi relación con toda la familia Carter no había sido un plan. Que, en toda esta jodida historia, lo único en lo que había sido completamente honesto… era en ser yo mismo.

Kurt guardó silencio.

Por un momento, pensé que todo el avance que habíamos hecho se había esfumado. Hasta que, sin cambiar su expresión, se sacudió la arena de las manos y dijo, con la tranquilidad de quien acaba de cerrar un trato sin necesidad de palabras:

—Está bien. —Se puso de pie y se sacudió la arena del pantalón—. Cuando regreses a la civilización, lo podemos platicar.

Y sin más, se alejó, dejándome con la sensación de que, por primera vez en mi vida, alguien me había leído como un maldito libro abierto.

Capítulo 22: Hasta el fondo

La cabaña de Leo era todo lo que habíamos imaginado: acogedora, escondida entre el susurro de los árboles, con el calor de la madera impregnando cada rincón. Todos estábamos allí, los trece, riendo, bebiendo y dejando que la noche nos abrazara con la promesa de un refugio compartido.

Sin embargo, por más que tratara de involucrarme en la conversación o reírme de las bromas, mi atención siempre regresaba a él.

A Ben.

Estaba a un par de metros, sentado en el brazo del sofá, su postura relajada, su risa baja y grave resonando con las de los demás. Pero yo no podía evitar cómo mis ojos se detenían en el movimiento de su mandíbula cuando hablaba, o en la manera en que el fuego de la chimenea iluminaba sus rasgos.

—¿Qué tanto le miras? —susurró una voz a mi lado.

Vera, siempre perceptiva. La miré de reojo, pero su traviesa sonrisa ya lo decía todo.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí. Lo miras como si quisieras devorarlo, Mack.

No respondí. ¿Para qué? Ella ya sabía lo que yo sentía por él, y mi silencio solo la alentó.

—Si lo quieres, ve por él.

—¿Cómo? —murmuré, bajando la voz aún más mientras mis ojos volvían, casi por instinto, a él.

—Solo tienes que provocarlo un poquito —susurró Vera, inclinándose hacia mí con esa sonrisa de quien sabe demasiado—. Un roce, una mirada… Solo necesitas algo sutil. Créeme, Ben no es de los que se resiste cuando algo le interesa.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunté, intentando que mi tono sonara casual, aunque un ligero toque de celos se coló en mi voz.

A nadie quería más que a mi hermana, pero la idea de que pudiera interesarse en Ben me encendía por dentro. En el grupo era común intercambiar besos, caricias, incluso algo más, pero si Vera estaba interesada en él…

Afortunadamente, noté cómo su mirada se desvió, aunque solo por un instante, hacia Leo, quien estaba reclinado contra la pared.

Él la observaba como si fuera la única persona en la habitación.

—Digamos que conozco la teoría —respondió Vera, con una sonrisa que me dejó claro quién era su verdadera presa.

Antes de que pudiera decir algo más, Vera se levantó y caminó hacia Leo. Su andar era ligero, pero había algo en su movimiento, algo deliberado, que hizo que él enderezara la postura de inmediato, como si un imán lo empujara hacia ella.

Decidí imitarla, a mi manera.

Me acerqué al sillón donde estaba Ben, pasando por detrás de él. Al rozar "por accidente" su espalda con mis dedos, fue como si le hubiera dado una descarga eléctrica. De inmediato, su

cuerpo se tensó, como si cada fibra estuviera lista para reaccionar.

Me moví con calma hacia la mesa, fingiendo buscar algo entre las botellas de vino. Mi mano volvió a rozar "accidentalmente" la suya, un contacto tan breve que cualquiera habría pensado que fue un descuido. Pero no lo fue. Y, definitivamente, no pasó desapercibido.

Sus ojos se encontraron con los míos, y, como por arte de magia, todo el ruido de la habitación desapareció.

No dije nada. Tampoco lo hizo él. Pero en ese silencio, algo ardió. Algo que siempre había estado ahí, escondido entre bromas, miradas furtivas y silencios compartidos.

—¿Quieres tomar un poco de aire? —preguntó, señalando con un leve gesto de la cabeza hacia la cocina.

Perfecto. El patio trasero era el lugar ideal para un poco de intimidad.

Respondí asintiendo, disfrutando el delicioso calor que subía por mi cuello.

Me aparté un paso, dándole espacio para que pasara junto a mí. Y cuando lo hizo, su brazo rozó apenas el mío. Fue un contacto tan leve que nadie más en la habitación lo habría notado, pero fue suficiente para que mi piel se erizara y mi corazón comenzara a latir más rápido.

Salimos en silencio, dejando atrás el calor de la chimenea y las risas apagadas de los demás. El frío viento nos dio la bienvenida, despejando la cabeza, pero avivando algo más profundo.

La sombra de los árboles cubría el patio, bloqueando la luz de la luna. Era como si el mundo entero hubiera desaparecido, dejándonos solos a él y a mí.

En cuanto la puerta se cerró, me vi aprisionada entre la pared de la cabaña y su enorme, y poderoso cuerpo. Su mano se deslizó con firmeza por mi cuello, cubriendo mi nuca y bajando hasta mi mandíbula, rozando mis labios con el pulgar. Era tan grande, tan intimidante… y tan condenadamente irresistible.

—Te voy a besar, Mack —susurró, su voz baja y cargada de una promesa que hacía vibrar todo mi cuerpo.

Respondí cerrando los ojos y levantando ligeramente la cabeza, ofreciéndome a él sin reservas.

Sus labios cubrieron los míos de una manera exquisita, encajando perfectamente, como si hubieran sido hechos para encontrarse. El beso comenzó despacio, como tanteando el terreno, una danza suave que apenas tocaba la superficie de lo que éramos capaces. Pero, como siempre, ese delicado equilibrio no tardó en romperse.

El caos tomó el control. La necesidad. El doloroso deseo de más.

Mis manos, ansiosas, se colaron bajo su ropa, buscando desesperadamente el calor de su piel. Y cuando lo encontré, me perdí en él. Adoraba su torso. Apenas se alcanzaba a ver la definición, algo que a él le molestaba, aunque a mí me encantaba. Se sentía tan... rico. Tan… pachoncito. Para mí, era una obra maestra que respondía ávidamente a mi toque.

Mis dedos, convertidos en garras, arañaron despacio cada músculo, cada línea de su abdomen que se contraía bajo mis caricias. El temblor de su cuerpo contra el mío era una declaración de lo que ambos sentíamos: un hambre implacable, un fuego que ninguno de los dos quería apagar.

Él tampoco perdió el tiempo. Mientras una de sus manos dirigía mi cabeza con autoridad, guiando cada movimiento de mis labios al ritmo de los suyos, la otra descendió con determinación hasta encontrar mi seno.

—Mack, ¿por qué me haces esto? —murmuró contra mis labios, su voz cargada de deseo, pero también de algo más profundo, algo que me atravesó como un rayo.

Ya habíamos perdido demasiado tiempo. Las palabras sobraban. Era hora de dar el siguiente paso, de cruzar esa línea que siempre habíamos dejado suspendida entre nosotros.

Y, mi falta de ropa interior cuando acarició mi seno, se encargó de anunciarlo con una elocuencia que ninguna palabra hubiera podido igualar.

—Vamos a la habitación —sollocé contra su cuello, dejando besos desesperados mientras mi cuerpo se rendía al suyo. Él apretó mi cima con esa mezcla de fuerza y delicadeza que me arrancó un gemido, y un torrente de líquido deseo.

—Por favor, Ben. Te…

—Necesito. Sí, yo también. Yo más —interrumpió. Su voz ronca, cargada de una necesidad que reflejaba la mía.

Giró la cabeza hacia la puerta, como sopesando nuestras opciones. Pero el ceño fruncido que apareció en su rostro me dejó claro que ninguna le gustó.

—Quiero estar contigo. Pero solo contigo —aclaró con firmeza, tomando mi mano. Antes de que pudiera protestar, me llevó hacia el bosque.

No me encantaba la idea de encontrarme con algún animal en medio de la noche, pero la posibilidad de no seguirlo era simplemente imposible.

Lo seguí en silencio, dejando que mi mano descansara en la suya, cálida y segura. Nos adentramos lo suficiente como para que el ruido de la cabaña quedara atrás, reemplazado por el suave crujido de las hojas bajo nuestros pies y el susurro del viento entre las ramas.

De repente, un rayo de luz se coló entre los árboles, iluminando un gran tronco que se alzaba frente a nosotros, majestuoso, como si la naturaleza misma hubiera decidido bendecir nuestro refugio.

Se quitó la chamarra con un movimiento rápido y la acomodó sobre la tierra, cubriendo un buen pedazo. Lo hizo con cuidado, asegurándose de que fuera lo suficientemente amplia como para que mis rodillas, cuando me sentara sobre él, no se lastimaran.

Nos convertimos en manos, en necesidad, en pura desesperación. Mi piel, pronto fue acariciada por el frío viento, ardiendo bajo el roce de sus manos y el calor de sus labios.

Su playera no resistió las mías. El inconfundible sonido de la tela rasgándose se unió a nuestros jadeos, creando una sinfonía cruda y urgente que solo nosotros podíamos crear.

—Quítate el pantalón —ordenó, jalando mi cabello hacia atrás. Su respiración rápida y jadeante se mezclaba con la mía, como un coro que nos envolvía.

—Quiero estar dentro de ti. ¿Me quieres dentro?

Asentí desesperada, jadeando mientras el delicado dolor en mi cuero cabelludo encendía algo más profundo.

—Dilo.

—Adentro… muy adentro de mí. Te quiero hasta el fondo.

—Mía —proclamó con voz ronca, subiendo sus caderas para encontrarse conmigo.

Ben no era pequeño, en ningún sentido.

Un escalofrío de cruda ansia me siguió cuando me levanté para remover mi pantalón. Él hizo lo propio, y en ese instante confirmé lo sabido.

Nop, no había nada pequeño en Ben.

Al contrario, Ben era… enorme.

—Ben, no estoy segura de que…

—Ven acá —dijo, riendo suavemente, como si mi repentina timidez le resultara divertida.

Con un movimiento seguro, me abrazó por la cintura y me acomodó entre sus piernas. Su sonrisa tranquila y despreocupada contrastaba con el caos en mi mente. Había una calma en su

mirada que pocas veces dejaba ver, como si no estuviéramos desnudos en medio del bosque, envueltos en la oscuridad, sino en el lugar más seguro del mundo.

—Te quiero.

Clara y sencilla, así fue su declaración. Sin motivos ni condiciones ocultas, solo una verdad simple y contundente.

—Yo también te quiero —respondí, aunque mi voz cargaba un matiz de algo más: miedo.

Porque, aunque era un hecho, la experiencia me había enseñado que el amor nunca venía sin condiciones.

Y Ben lo percibió.

—Si quieres esperar, o no estás segura, está bien. Yo no tengo ninguna prisa.

—Pero yo sí —pensé en voz alta, sin darme cuenta hasta que sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Por qué tienes prisa?

Se formaron dos líneas en su entrecejo, líneas que de inmediato quise borrar con mis labios.

No sé si fue la tiniebla de la noche o la emoción de finalmente tener un momento a solas con él, pero, por primera vez, me dejé vencer. Fui sincera.

—Porque te vas a ir. Porque me vas a dejar aquí. Quiero tenerte antes de que te vayas.

—No me v...

—Sí, sí te vas a ir. Dices que solo es una idea, pero yo sé que te vas a ir.

Su silencio lo confirmó.

Y en ese momento supe que tenía razón.

En lugar de echarme a llorar, como mis ojos lo pedían, lo besé. Lo besé y lo acaricié hasta que su cuerpo, como el mío, se rindió por completo.

Sus manos estaban por todas partes, cada roce encendiendo mi piel como una hoguera que ardía sin control. Y cuando uno de sus largos dedos me penetró, mi respiración se quebró en un gemido silencioso. No era la primera vez que llegábamos hasta aquí, pero esta vez… esta vez era diferente.

Mi mano descendió por su abdomen hasta que encontré su enormidad. La sensación de su piel contra la mía, la dureza de su deseo en la palma de mi mano, la manera en que su respiración se entrecortó cuando empecé a moverla… Me tenía obsesionada.

Introdujo otro dedo, y yo me perdí.

—Ben… —supliqué, mi voz una mezcla de ruego y desesperación. De hambre cruda por él.

Pero, de repente, paró.

—Si duele mucho o quieres parar, solo dímelo.

—No quiero parar —afirmé, guiando su dureza a la entrada de mi cuerpo.

Una ráfaga de viento chocó contra nuestros cuerpos, despejando por un segundo la niebla de la lujuria. Un momento de claridad. De duda. Tal vez este no era el mejor lugar…

Pero entonces su boca atrapó una cima de mi pecho y la mordisqueó con ternura.

Y todo pensamiento coherente, se evaporó.

Mi humedad se mezcló con la suya y, sin esfuerzo, empezó a deslizarse dentro de mí.

Oh, esto se sentía bien. Muy bien. Hasta que dejó de ser placentero y empezó a sentirse… incómodo.

—No pienses —gruñó contra mi cuello, su voz rasposa de deseo, como si la orden fuera más para él que para mí.

Y, como si su voz tuviera algún tipo de poder sobre mi cuerpo, me abracé a su cuello y traté

que mi peso hiciera el resto.

Pero, sin motivo aparente, él simplemente tomó el control.

Enredó su mano en mi cabello, arqueó mi cuerpo hacia atrás y, de un solo y largo empujón, entró hasta el fondo de mi cuerpo.

No sé si fue mi grito, pero en algún lugar de la cabaña, se escuchó una puerta abrirse. Y cualquier atisbo de dolor, desapareció con el pensamiento de que alguien nos viera.

—Ben… —jadeé, con los ojos cerrados, el aliento entrecortado—. Ben…

Fui yo quien comenzó a moverse, a contonearse, a disfrutar la dolorosa y placentera sensación de sentirme completamente llena. Entera. Como si mi cuerpo, por fin, entendiera que era suyo. Que no solo me pertenecía a mí, sino también a él.

Me llenó hasta el límite de mi cuerpo.

Me sentía tan… completa.

La sensación era abrumadora, diferente, intensa.

El calor de su cuerpo, de sus besos, los sonidos que surgían desde lo más profundo de su pecho, la desesperación con la que me sujetaba, como si temiera que desapareciera… Todo lo grabé en mi memoria, con meticulosa precisión, como si cada detalle fuera un tesoro que debía guardar.

Porque sabía, con una certeza casi dolorosa, que esta maravilla solo la iba a tener con él.

—Cariño… —mordió mi cuello, con voz entrecortada—. Necesito que acabes. Ordéñame —suplicó, empujando mi cuerpo hacia atrás.

Mis manos encontraron el suelo, y antes de que pudiera decir algo, sus dedos descendieron y comenzaron a hacer pequeños círculos en la parte más sensible de mi cuerpo.

Solo que esta vez, él estaba dentro de mí.

Estábamos unidos.

Y la sensación era mil veces mejor.

—Oh, mierda… —gemí, sintiendo mi cuerpo descontrolarse por completo.

Mis caderas comenzaron a moverse más rápido, su mano presionó con más intensidad, y cuando aceleró la fricción, una ola de delicioso placer me azotó con tanta fuerza que sentí que mi cuerpo se rompía en mil pedazos.

Mi grito se perdió en la noche, probablemente se escuchó en la cabaña, en el internado y, si tenía suerte, en la maldita cabeza de mi padre.

Y cuando las sacudidas de mi orgasmo lo envolvieron, Ben soltó un gruñido ahogado y se aferró a mi cuerpo con desesperación, vaciándose dentro de mí con una última embestida.

Cálida.

Profunda.

Perfecto.

Una maldita maravilla.

A la cual, era oficialmente adicta.

Mucho más tarde, cuando regresamos a la cabaña, con las luces apagadas y los murmullos debilitándose, nos acurrucamos en un rincón para dormir.

Pero yo me quedé despierta.

Me quedé despierta preguntándome si ese pequeño vacío que sentía en el pecho era normal.

Y, sobre todo, si algún día tendría el valor de afrontarlo.

Capítulo 23: Gracias

El sonido de las olas rompiendo contra la orilla era un eco lejano, un murmullo constante que me envolvía mientras permanecía en la terraza, mirando hacia el jardín. La brisa nocturna acariciaba mi piel, despejando el calor que el recuerdo de nuestra primera vez había dejado en mi cuerpo.

Suspiré y apoyé los brazos en la baranda, obligándome a volver al presente. Abajo, Ben estaba con Owen, Alex y Kaira, y la imagen me golpeó con una fuerza inesperada.

Era tan jodidamente natural.

Después de despedir a sus hermanos y sus respectivas familias, se instaló la calma. Se veía relajado, sentado en una de las sillas de mimbre, con los pies descalzos sobre el césped. En algún punto, se había deshecho de la camiseta, y la brisa jugaba con su cabello despeinado mientras reía con esa carcajada grave y profunda que me estremeció hasta los huesos. Owen le daba un manazo en el hombro, como si llevaran años compartiendo bromas privadas, mientras Alex negaba con la cabeza con una media sonrisa. Kaira, siempre elegante y etérea, se inclinó hacia él con la gracia de una reina, diciendo algo en voz baja que hizo que Ben sonriera de lado, con ese gesto encantador y arrogante que tanto me volvía loca.

La calma los tenía atrapados, envolviéndolos en una burbuja de calidez familiar. Una que nunca imaginé que él podría tener.

Sentí un nudo formarse en mi garganta.

Ben… encajaba.

Con ellos. Con su nueva familia. Con una facilidad que me resultaba injusta. Como si siempre hubiera sido parte de su mundo.

Y no era que no me alegrara por él. Dios, sabía lo mucho que había anhelado un lugar donde pertenecer. Un sitio donde no tuviera que ser solo el marine, el Bastardo, el hombre que cargaba el mundo sobre sus hombros. Ahora, lo veía siendo solo Ben. Bromeando con su padre, discutiendo con Alex con una competitividad que parecía genética, y dejando que Kaira lo regañara con dulzura mientras él fingía hacerle caso.

Era hermoso. Era perfecto.

Y me dieron celos.

No de ellos. No de lo que tenía con su familia.

Sino porque con nosotros nunca había podido tener esto. Siempre habíamos sido nosotros contra el mundo, pero nunca habíamos tenido algo tan simple como un hogar donde pudiera descansar sin tener que estar alerta. Incluso ahora, que ya no dependíamos de la caridad de nuestras familias, ninguno de los Bastardos tenía una casa que se pudiera llamar hogar. Teníamos propiedades, pero no esto…

Lo peor es que, conmigo, nunca ha tenido la paz que, claramente, había encontrado aquí.

Me froté los brazos, no por el frío, sino porque la sensación de pérdida se instaló en mi pecho de una manera inquietante.

Ben no era mío. Nunca lo había sido del todo. Y ahora, mientras lo veía reír con su familia,

supe con certeza que, tarde o temprano, él se daría cuenta de lo mismo.

Desde la terraza, lo observé despedirse de Owen, Alex y Kaira. No fue una despedida formal ni con demasiadas palabras, más bien, fueron gestos silenciosos, de esos que dicen más que un simple adiós. Un apretón de manos con Owen que se transformó en un abrazo fuerte, casi fraternal. Un asentimiento de cabeza con Alex, acompañado de una media sonrisa que solo los dos parecían entender. Y con Kaira… con ella fue diferente.

Ella lo abrazó como si no quisiera soltarlo, como si en ese contacto silencioso pudiera transmitirle algo que las palabras no alcanzaran. Le susurró algo al oído y él asintió con los ojos cerrados por un instante. No supe qué le dijo, pero fuera lo que fuera, lo dejó con una expresión más serena cuando se separaron.

Lo vi caminar hacia la finca, con la postura relajada, los hombros menos tensos de lo que los había visto en mucho tiempo. Como si por fin hubiera encontrado un lugar al que pertenecer.

Pero no me iba a quedar colgada de ese pensamiento. No cuando mi cuerpo seguía encendido, latiendo con el recuerdo de nuestra primera vez. Todavía sentía su calor, su cuerpo bajo el mío, la manera en que me llenó con todo su ser.

Si tenía que rogar, que así fuera.

Me metí a la habitación con un solo objetivo: esperarlo en la cama. Me quité la ropa con calma, dejando solo mi ropa interior, si lo iba a convencer de que me tomara, al menos debía darle un incentivo. Me acomodé sobre las sábanas, con el cuerpo relajado, latiendo por él.

El sonido de la puerta abriéndose hizo que el aire se espesara.

Ben entró, cerrando la puerta tras él, pero en lugar de devorarme con la mirada, su expresión era serena.

—Gracias —dijo con una voz que me desarmó por completo.

Fruncí el ceño, incorporándome ligeramente sobre un codo.

—¿Por qué?

—Por venir. —Se pasó una mano por el cabello, exhalando hondo—. Por responder mi llamada. Por quedarte conmigo todo el fin de semana.

Me enderecé por completo, confundida por su tono.

—Ben…

—Sin ti, no lo habría logrado, Mack. —Su mirada era intensa, sincera—. No sé cómo lo hiciste, pero lo hiciste. Me mantuviste cuerdo. Me diste algo a lo que aferrarme.

Mi garganta se apretó. No era lo que esperaba escuchar. Había entrado en esta cama dispuesta a provocarlo, a desafiarlo, pero él acababa de derribar todas mis defensas con un simple “gracias”.

Y, joder, si no lo amaba antes, ahora lo hacía con una desesperación que me aterrorizó.

La brisa salada se coló por las puertas francesas abiertas, trayendo consigo el murmullo de las olas y el suave vaivén de las cortinas. El aire era cálido, aun así, Ben se dirigió a cerrarlas. Después, se apoyó en el marco de la puerta, observándome.

Ese maldito hábito suyo. Siempre mirándome como si me viera por primera vez. Como si aún estuviera tratando de descifrar lo que yo misma no entendía.

—¿Alguna razón en particular por la que estás en la cama en ropa interior? —Ya había encontrado a su familia, pero seguía siendo un bastardo. Su mueca lo delataba.

—Estaba empacando.

Obviamente era una mentira, pero traté de fingir demencia levantándome de la cama para ir a mi equipaje. Ben dejó escapar una risa baja, esa que siempre me ponía los nervios de punta y me hacía querer golpearlo y besarlo al mismo tiempo.

—¿Empacando? —repitió con una ceja arqueada, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Ajá. —Asentí con firmeza, tirando de la maleta como si realmente tuviera intenciones de meter algo dentro.

Él no se movió. No tenía que hacerlo. Su maldita presencia llenaba la habitación por completo.

—¿Y acostarte en ropa interior formaba parte del proceso de organización?

Me encogí de hombros, fingiendo no notar cómo su mirada recorría mi cuerpo, deteniéndose por un instante en la curva de mi cadera antes de volver a mis ojos.

—Me estaba tomando un descanso.

—Ah, ¿sí?

Soltó un bufido y se apartó de la puerta con la pereza de un depredador que ya sabe que su presa no tiene escapatoria.

Mi pulso se aceleró cuando llegó hasta donde estaba, pero no hizo lo que esperaba. No me tocó, no me presionó contra la cama, no reclamó lo que sabía que era suyo.

En su lugar, tomó mi maleta y la cerró de un solo movimiento, sacudiendo la cabeza con diversión.

—Déjalo. Mañana empacas.

Me mordí el interior de la mejilla, intentando controlar el torbellino que su cercanía provocaba en mí.

—¿Y qué quieres que haga en lugar de eso?

Su sonrisa se ensanchó, y, joder, ya sabía que había caído en la trampa.

—Dormir.

—¿D-dormir? —parpadeé, sin poder disimular mi sorpresa.

Él asintió con total seriedad, como si no tuviera ni la más mínima intención de seguir el camino al que esta conversación debería llevarnos.

—Sí, dormir. Te necesito descansada para que viajes mañana.

Lo fulminé con la mirada.

—No sé si te das cuenta, pero estoy casi desnuda en tu cama.

—Sí, lo noté.

—¿Y no vas a hacer nada al respecto?

Ben sonrió y me tomó por la muñeca, jalándome con facilidad hasta que terminé sentada en la cama de nuevo.

—No.

—¡Ben!

—Te dije que no te tocaría hasta que me rogaras, Mack.

La sangre se me fue a la cara.

Él apagó la luz y se metió en la cama con la confianza de alguien que sabía que ya tenía la victoria asegurada.

Y lo peor de todo… era que tenía razón.

Rogar por él siempre había sido una de mis actividades favoritas.

¡Bastardo!

Empecé con un brazo.

Adoraba sus brazos, había una vena en particular que me volvía loca. La recorrí con mi lengua desde su muñeca hasta lo más voluptuoso de su bíceps. Una, dos veces.

—No estoy escuchando ningún ruego, Mack.

Aunque su tono tenía un tinte de burla, el deseo estaba ahí, palpable, vibrando en su voz. Y

cuando subí mi mano por su pierna hasta encontrarme con la dura y caliente protuberancia entre sus piernas, lo confirmé.

Su respiración cambió, su mandíbula se tensó, y sus ojos se oscurecieron de la manera que tanto me gustaba. Me tenía donde quería, pero yo también lo tenía a él.

Me incliné, dejando un reguero de besos por todo su pecho hasta alcanzar su cuello. Él se quedó completamente inmóvil, esperando. Su control era una maldita obra de arte. Pero yo lo conocía demasiado bien.

Solté una risa suave contra su piel antes de deslizar mi lengua sobre la línea de su mandíbula.

—¿Sabes cuál es el defecto que más disfruto de ti, Baezas? —murmuré, moviendo mi mano con lentitud sobre la línea de su erección— es que eres demasiado orgulloso para pedir lo que quieres.

Sus manos cayeron sobre mi cadera en un agarre firme, pero sin apresurarme.

—Y lo que me gusta de ti, Conn… —gimió cuando mi boca atrapó su pezón— es que, al final del día, siempre terminas rogando.

Mis dientes se hundieron en su piel.

Ben rió, pero el sonido se transformó en un gruñido cuando desabroché su bermuda y lo liberé.

Me perdí en él.

En su sabor, en la forma en que su cuerpo reaccionaba a mi boca. En sus gemidos bajos cuando seguí las venas con mi lengua, succionando. En sus maldiciones cuando abrí la garganta y me lo tragué todo.

Se estaba controlando.

Hasta que no pudo más.

En un solo movimiento, me tomó por los hombros y me colocó debajo de él. El calor de su cuerpo me envolvió, su piel contra la mía, su aliento contra mi boca.

—No sabes cuánto te he extrañado así —susurró contra mis labios antes de deslizarse dentro de mí, lento, profundo, con esa maldita paciencia que solo él tenía.

Mi espalda se arqueó al instante, y un grito ahogado escapó de mis labios.

Esto. La maravilla de tenerlo dentro. Hacía la vida tolerable.

Me aferré a sus hombros mientras se movía dentro de mí con precisión, con experiencia, con el único objetivo de hacerme estallar. Su cadera marcó un ritmo lento al principio, como si quisiera saborearme, como si quisiera memorizar cada estremecimiento, cada jadeo.

Hasta que no pude más.

Hasta que el placer me arrastró a un punto de no retorno.

Mi orgasmo explotó como un relámpago, rápido y abrasador, sacudiéndome desde la cabeza hasta los pies.

Ben dejó caer su peso sobre mí, cubriéndome con su calor mientras seguía moviéndose, buscando más, exigiéndome más.

—¿Qué pasa? —preguntó al mismo tiempo que empuñaba mi cabello. Jaló mi cabeza hacia atrás y empezó a apuñalarme con más ahínco—. ¿Qué tienes?

Odiaba que me conociera tan bien.

Giré mi cabeza y mordí su antebrazo, para después lamer las pequeñas marcas de mis dientes. Entraba y salía de mi cuerpo con una fuerza que, si hubiera sido otro, me habría asustado. Con Ben, levanté más la cadera, impulsándome con ambos pies.

El segundo orgasmo llegó con la misma intensidad, pero algo dentro de mí seguía rígido.

Mi cuerpo estaba con él.

Pero mi mente… no estaba ahí.

Y él lo sintió.

Lo supe en el instante en que se detuvo.

Se quedó quieto dentro de mí, su respiración pesada, su frente apoyada en la mía.

—Mack… —susurró, con voz rasposa, grave.

Pero no podía mirarlo.

No podía enfrentar lo que veía en sus ojos.

—No te detengas —susurré contra su cuello, besándolo, mordiéndolo, intentando distraerlo.

Ben se quedó en silencio.

Y entonces, con una lentitud devastadora, salió de mí.

Me quedé helada.

Él no hizo ningún movimiento por alejarse. Simplemente se quedó ahí, sobre mí, mirándome con esos ojos azules que siempre parecían ver demasiado.

—No puedo.

Su voz fue baja, llena de algo que no quise identificar.

No. No. No.

—¿Por qué te detienes? —Mi voz no sonó segura. Sonó frágil.

Ben llevó una mano a mi rostro, rozando mi mejilla con el pulgar.

—Porque tu cuerpo está aquí, pero tú no.

Sentí que el aire me abandonaba.

—Ben…

—No —me interrumpió con suavidad—. No voy a tocarte otra vez hasta que realmente estés aquí conmigo.

Mi corazón se partió.

No estaba jugando.

No era un reto.

No era una amenaza.

Era una promesa.

—O me digas qué carajos está pasando por tu cabeza.

Capítulo 24: Tú eres una reina

La cama estaba caliente, la brisa de la noche colándose por una ventana abierta. Ben estaba acostado a mi lado, con un brazo doblado bajo su cabeza, observándome con esa intensidad que me hacía querer decirle todo.

Pero no podía.

No debía.

No quería.

No tenía sentido remover el pasado. Y el presente.

Excepto que sí lo tenía.

Ben deslizó un dedo por mi clavícula, lento, distraído.

—¿Cuánto tiempo vas a evitar mi pregunta, Mack?

Cerré los ojos por un segundo.

—No lo estoy evitando.

—Sí lo estás.

Maldito.

Abrí los ojos y me encontré con su mirada fija en mí. Esperando. Sin prisa. Como si supiera que no tenía escapatoria.

Susurré, casi sin darme cuenta:

—Porque no quiero que me mires diferente.

Ben frunció el ceño, incorporándose levemente sobre un codo.

—¿Por qué te miraría diferente? ¿Cómo crees que te voy a mirar?

«No lo sé. Como si fuera estúpida, tal vez. Porque lo fui. Porque dejé que pasara.»

Exhalé despacio. Mis defensas estaban bajas. Después de dos orgasmos, era de esperarse.

—Terminé en el mismo círculo del que tanto renegué. En la misma puta situación que mi madre.

No dijo nada, pero su atención se afiló.

Tuve que tragar saliva para continuar:

—Hass es exactamente como mi padre.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Ben no se movió.

Solo esperó.

El calor de su cuerpo contra el mío era reconfortante, pero no suficiente.

La confesión me quemaba la lengua, pero me resistía a soltarla. Porque si lo hacía, Ben lo iba a tomar personal. Y yo lo conocía demasiado bien. No se iba a quedar de brazos cruzados. Pero mi silencio no era suficiente para engañarlo. No a él.

—¿Y?

Su voz era un susurro rasposo en la oscuridad.

Me removí ligeramente, tratando de encontrar una excusa en mi propio cuerpo inquieto. Pero Ben no me dejó escapar. Me giró hacia él con facilidad, obligándome a mirarlo.

—Mack.

Su mirada lo decía todo. No iba a dejarlo pasar.

Cerré los ojos por un instante. Y entonces, dejé de resistirme:

—Mi padre me "sugirió" que Hass era un buen partido.

Sentí a Ben tensarse antes de que siquiera procesara mis palabras. Lo miré directamente, sabiendo que no podía endulzar esto.

—Más que una sugerencia, fue un trato.

El músculo en su mandíbula se marcó.

—¿Trato?

—La familia de Hass y mi padre hacen negocios juntos. —Respiré hondo—. Llevan años haciéndolo.

Ben no parpadeó.

—Y tú eras la fianza.

No lo dijo con sorpresa. Solo con desprecio.

—Para él, casarme con Hass consolidaría la relación comercial. Y yo lo acepté.

«Y me odiaba por eso.»

—¿Por qué? —preguntó, sin suavizar su tono.

Solté una risa amarga.

—Porque mi padre nunca me había mirado con orgullo. Porque, por primera vez, no era una decepción.

Ben exhaló fuerte, pasándose la mano por la cara.

—Así que te vendió.

Me incorporé levemente, apoyándome en el codo.

—No lo vi así en ese momento. —No quería verlo así—. En un principio, Hass me trataba como una princesa. —Mi voz sonó hueca—. Viajábamos en jets privados, vivíamos en palacios, tenía seguridad personal, ropa de diseñador… era el sueño de cualquier mujer.

—Excepto, que eso nunca ha sido lo tuyo.

Lo miré, mordiendo mi labio.

—Al principio, no lo sentí como una jaula. —Ben no dijo nada—. Me mudé a su país. —Suspiré—. Por tres años, viví como la prometida del príncipe Hassan.

—Tres años… —murmuró con incredulidad, como si apenas lo estuviera procesando.

—Fue después cuando todo cambió. Cuando los pequeños detalles se volvieron órdenes. Cuando hablar en reuniones de negocios fue visto como insolencia. Cuando tener opiniones fue considerado una provocación. Cuando mi voluntad se volvió un inconveniente.

—Pero algo te detenía…

Le sostuve la mirada.

—Mi estúpido padre. —Ben se tensó aún más—. Si rompía el compromiso, volvería a decepcionarlo.

Los recuerdos pasaron por mi mente como un látigo.

La forma en que mi padre me felicitaba cada vez que Hass decía lo perfecta que era.

"Así se debe comportar una esposa, Mackenzie. Hiciste bien en crecer."

—Y después, llegó la bofetada. La mirada insensible. Mi propio reflejo en el cristal, la huella roja en mi mejilla ardiendo como un recordatorio de mi fracaso.

Ben se movió tan rápido que apenas pude detenerlo. Su cuerpo rígido, la respiración acelerada. Sus ojos brillaban de furia contenida.

Me levanté y tomé su rostro entre mis manos, forzándolo a mirarme.

—No hagas nada.

Sus labios se apretaron.

—Mack…

—¡No!

—Dime qué hiciste.

Lo solté y sonreí. No una sonrisa amable. Una cargada de satisfacción cruel.

—Le dejé el anillo donde lo encontrara la gente de servicio. —Ben esperó—. Y le dejé una nota indicándole exactamente a dónde podía irse.

Sus labios se curvaron apenas.

—Eso debió haber sido un espectáculo.

—Oh, sí, todo mundo se enteró. Pero no terminó ahí. Como era de esperarse, Hass corrió con mi padre.

Ben asintió, sin sorpresa.

—Y tú…

—Le dije exactamente lo mismo.

Su sonrisa se ensanchó.

—Por supuesto que lo hiciste.

Pero no había terminado.

—El problema es que ellos tienen recursos. Y yo… era la maldita prometida del príncipe Hassan.

Ben frunció el ceño.

—¿Qué pasó, Mack?

—Intentaron evitar que me fuera. Con la excusa de la seguridad, me habían implantado un GPS en el brazo.

Ben se alejó de golpe.

—¡Con un carajo!

Asentí, recordándolo con un escalofrío.

—No iba a ser fácil desaparecer. Así que recurrí a Vera. Ya conoces a mi hermana, tiene plan A, B y Z para todo. —Ben parpadeó muy lento—. Mi hermana no iba a dejar que me quedara en esa jaula.

—¿Cómo saliste?

—Amir.

Ben se quedó inmóvil. Ese nombre no le gusto.

—¿Amir?

Asentí.

—Era la única persona que conocía lo suficiente ese mundo para ayudarme. Él fue quien me retiró el GPS.

Ben me miró fijamente. Y entonces, se inclinó sobre mí. Su boca rozó mi oído, su voz baja, oscura.

—Con Hass eras una princesa. —Su aliento se deslizó por mi cuello—. Pero tú no eres una princesa. —Mi piel se erizó—. Tú eres una reina.

Y supe, en ese instante, que Ben no iba a dejar esto así.

Capítulo 25: Multiplicado por cien

La luz tenue de la madrugada se filtraba por la ventana, iluminando apenas el borde de la cama donde Mack seguía dormida cuando el teléfono vibró en mi mano, la pantalla iluminando el nombre de Amir.

Yo sabía que ese cabrón no dormía y que iba a contestar mi texto de inmediato.

Me levanté en silencio, asegurándome de que la sábana siguiera cubriendo a Mack antes de deslizarme fuera de la habitación. El pasillo estaba en penumbra.

Respondí en cuanto cerré la puerta detrás de mí:

—Amir.

—Ben. —Su tono era tan neutral como siempre, pero yo lo conocía.

—Si me estás llamando para disculparte, te aviso que no me interesa.

Amir rió bajo, como si la idea misma le resultara ridícula:

—¿Disculparme? ¿Por qué?

Me apoyé contra la pared, cerrando los ojos un segundo:

—Por ayudar a Mack a escapar y no decirme una mierda.

—¿Y eso te molesta?

El muy bastardo sabía que había cometido un grave error al no decirme nada. Abrí los ojos lentamente:

—Hazlo de nuevo y te meto una puta bala en una pierna mientras te rompo la otra.

Silencio. Y luego, otra risa baja.

—Parece que no perdiste tu lado violento con los Carter.

—¿De verdad creíste que lo haría?

—No.

De nuevo, silencio. Pero con Amir, los silencios decían tanto como las palabras.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté pasando una mano por mi nuca.

Su respuesta fue simple:

—Porque no necesitabas saberlo en ese momento.

—Yo decido qué necesito saber —lo desafié con la mandíbula ya tensa.

—No cuando se trata de ella.

Bastardo.

—Habría movido cielo y tierra para encontrarla y sacarla de allí.

—Lo sé.

—Habría matado a quien fuera necesario.

—También lo sé.

Me froté los ojos con los dedos, exhalando lentamente:

—¿Y creíste que era buena idea mantenerme fuera de esto?

—Creí que lo mejor era sacarla de allí en silencio, antes de que la situación escalara a un punto en el que no pudiera salir viva.

Hijo de puta. Tenía razón. No se lo iba a decir en voz alta, pero tenía razón.

—Debiste habérmelo dicho.

—No estabas en posición de hacer nada en ese momento.

Mierda. No estaba en posición de hacer nada, porque estaba luchando junto con Clara en medio del infierno. Porque en ese momento, ni siquiera tenía la certeza de quién era. Porque si me lo hubiera dicho, habría corrido hacia ella sin pensar en nadie más.

Y Amir lo sabía.

—Te odio, cabrón.

—Sí, sí, pero aun así estás a punto de aceptar mi ayuda.

Puto ególatra.

—Depende.

—De qué.

—De qué tan creativos sean tus planes.

—Ah, Benji, hermano mío… —La voz de Amir bajó un tono, con esa mezcla de letalidad y placer retorcido que solo él podía manejar—. ¿No me tienes fe?

Solté una risa seca:

—Ilumíname.

—Tengo tres ideas principales. —Por supuesto que las tenía—. La primera involucra su dinero.

—Aburrido.

—La segunda su reputación.

—Cliché.

Hubo una pausa.

—Y la tercera es más… personal.

Eso llamó mi atención:

—Define ‘personal’.

—Digamos que quiero ver si sigue siendo tan imponente cuando le cortemos el mundo debajo de los pies.

Mi piel se erizó levemente, porque Amir no hablaba en metáforas. Nunca hablaba en metáforas. Hubo un silencio largo. El bastardo me estaba dejando procesarlo.

Me mojé los labios, mirando la puerta de la habitación, sabiendo que Mackenzie estaba dormida al otro lado. Sabiendo que ella no querría que hiciera esto.

Cuando hablé, mi voz fue baja:

—Haz, lo que tengas que hacer, multiplicado por cien.

Silencio. Y luego, la risa de Amir, oscura y satisfecha:

—Sabía que ibas a decir eso.

Por supuesto que lo sabía. Porque yo podía guardar la calma al manejar armas, al manejar mi cuerpo, incluso negociar un jodido imperio… Pero cuando alguien tocaba lo que era mío, sin mi permiso, yo quemaba el mundo entero.

De repente, recordé su insistencia en saber qué había pasado con ella y Hass en el funeral de Clara.

—Nunca has tenido interés en Mack, ¿verdad? En el funeral de Clara solo querías saber qué tanto se sabía.

Con una risa ronca, contestó:

—Vamos, Ben. Todos sabemos, desde que éramos niños, que para Mack solo existes tú. ¿Para qué me meto en aguas turbias cuando hay tanto pescadito libre por ahí?

—Eres un imbécil.

—Gracias —aceptó sin más.

Fue fácil regresar al objetivo de la llamada:

—Avísame cuándo y dónde.

—Te envío los detalles cuando tenga todo bajo control.

—Amir.

—¿Sí?

—De verdad, gracias.

Porque, aunque me jodiera admitirlo… Sin él, Mackenzie no estaría aquí. Y eso era suficiente para agradecerle de por vida.

Hubo una pausa breve antes de que Amir hablara:

—Somos Bastardos, Ben. Siempre nos cubrimos las espaldas.

Y antes de que pudiera responder, colgó.

Bastardo hijo de puta.

Miré el teléfono por un segundo, con una mezcla de cansancio y satisfacción oscura en el pecho.

Volví a la habitación en silencio, deslizándome bajo las sábanas sin hacer ruido. Mack se removió levemente en sueños, su piel cálida contra la mía. Deslicé una mano por su espalda desnuda y cerré los ojos.

Hass iba a pagar.

No con dinero.

No con su reputación.

Con algo mucho más valioso.

Y ni siquiera lo iba a ver venir…

Capítulo 26: No tiene que terminar así

El sol estaba por todo lo alto cuando Mackenzie bajó del jeep y se detuvo en el muelle. Despedirse de Dite estaba resultando más difícil de lo que esperábamos.

El viento salado revolvió su cabello, pero ella no hizo ningún intento por acomodarlo. Su mirada estaba fija en el yate que la llevaría lejos de la isla.

Lejos de mí.

No la había tocado desde que salimos de la finca. Ni siquiera cuando se despidió de los demás, cuando Kaira le pidió que se cuidara, cuando Owen bromeó sobre cuánto tardaría en volver.

Porque yo sabía.

Sabía que si la tocaba…

No la dejaría ir.

Mack ajustó la correa de su bolso sobre el hombro y tomó aire antes de enfrentarme.

—Esto… —dijo, sin terminar la frase.

Porque ¿cómo se le ponía un nombre a algo que nunca tuvo uno?

No aparté los ojos de ella. Su postura era tensa, controlada, pero la mandíbula apretada y el músculo palpitante en su cuello la delataban.

—Esto no tiene que terminar así, Mack.

Se cruzó de brazos, porque, estaba seguro, era eso o dejar que sus manos me buscaran.

—¿Y cómo tiene que terminar, Ben?

Avancé solo un paso.

—Contigo entre mis brazos. Siempre.

—Ben…

La simpleza de mis palabras fue un golpe directo a su pecho, pero no respondió como yo hubiera querido.

Soltó una risa rota y sacudió la cabeza.

—¿Sabes qué es lo peor?

Esperé en silencio.

Ella tragó saliva.

Podía ver sus ojos arder.

—Que una parte de mí sí quiere quedarse.

El aire se volvió espeso entre nosotros.

Demasiado denso.

Mis ojos ardieron como si acabara de recibir un disparo. Porque si ella lo admitía, si lo decía en voz alta, entonces era real.

—Entonces quédate.

Fue una súplica disfrazada de orden.

Un maldito recordatorio de que nunca había sido de los que pedían cosas.

Pero ella… Ella parecía no poder complacerme.

Negó con la cabeza y yo sentí, físicamente, a mi pobre corazón astillarse.

—Porque si me quedo, Ben, si realmente me quedo… perdería todo.

Mi respiración se detuvo.

—Y eso es lo que nunca has entendido.

Su voz era baja, temblorosa, pero firme.

—Tú eres fuerte. Siempre has sido fuerte.

Sus palabras eran un susurro, un recordatorio cruel de la diferencia entre nosotros.

—Y mientras tú ibas y luchabas contra el mundo después de aquello, yo aprendí a sobrevivir sola.

Cada sílaba fue un golpe directo a mi orgullo.

—No me pidas que me quede sin paracaídas, sin salida, sin plan de escape.

Su respiración tropezó.

—No puedo.

Cerré los ojos, inhalando hondo. Sometiendo mi propia desesperación en un solo respiro. Intentando entenderla. Pero ¿cómo entender algo que simplemente no quería aceptar?

Mi mandíbula se tensó.

—¿No puedes o no quieres?

Mackenzie sostuvo mi mirada.

Y entonces lo dijo:

—No puedo.

Y con esas palabras, se obligó a dar un paso atrás.

Y yo me obligué a no tocarla.

No besarla.

Porque si lo hacía…

En efecto, no la iba a dejar ir.

Así que no la detuve. No porque no quisiera. Sino porque sabía que, si lo hacía, ninguno de los dos sobreviviría a lo que vendría después.

Mackenzie subió al yate sin mirar atrás.

El motor rugió.

El agua se removió.

El yate se hizo pequeño.

Y con él, todo lo que pudo ser.

El rugido constante del helicóptero llenaba la cabina, amortiguando cualquier intento de pensamiento coherente. A través de la ventana, vi cómo Dite se hacía cada vez más pequeña, una hermosa joya en medio del océano, un refugio que, por primera vez en mi vida, me había dado paz.

No sentía la urgencia de escapar, ni la ansiedad de dejar algo atrás, como siempre me había pasado cuando me alejaba de un lugar que no sentía mío. Esta vez era diferente. Me iba en calma. Me iba… agradecido.

Aún extrañaba a Clara, eso nunca iba a cambiar. Pero el dolor ya no era tan agudo, ya no tenía el filo de una herida recién abierta. Seguía ahí, pero como un recuerdo cálido, un eco de lo que fue y de lo que nunca dejaría de ser.

Me recargué en el asiento, cruzando los brazos sobre mi pecho mientras miraba el horizonte. Pensé en lo que me había llevado hasta aquí. Si Clara no me hubiera insistido en buscar a Owen… si no me hubiera dejado esa última petición… nunca habría encontrado a mi familia.

Mi madre me había negado y dado muchas cosas, pero este, este era su regalo más grande. Un lazo que, a pesar de todo el caos, se sentía irrompible.

Sonreí, porque, por primera vez en mucho tiempo, no me sentía solo.

Incluso estaba contento por la llamada de Kurt, que había susurrado los detalles del viaje como si se tratara de una jodida misión secreta. El Reinado. A lo mejor si era una misión secreta. Y, aunque no me imaginé sintiéndome emocionado por algo así, lo estaba. No solo por la oportunidad de conocer el misterioso negocio, sino porque, de alguna manera, hacerlo junto a él se sentía… correcto.

Dite se desvaneció en el horizonte, y con ella, la persona que era antes de llegar.

Ahora venía lo interesante.

Aunque antes…

La oficina de Alex era exactamente lo que esperaba de un hombre con su nivel de poder: amplias ventanas con vistas a la ciudad, paredes en tonos oscuros, estanterías de madera fina y un escritorio que probablemente costaba más que un automóvil de lujo, pero lo que realmente destacaba, era la falta de ostentación innecesaria.

Todo en el espacio era práctico, elegante y eficiente. Me gustaba. Lo que no me gustaba, era la puta carpeta con mi nombre en el escritorio.

—¿Qué es esto? —pregunté, sin siquiera intentar ocultar mi malestar.

Owen, sentado detrás del escritorio, entrelazó los dedos y me sostuvo la mirada con esa calma que me estaba empezando a irritar.

—Es lo que te corresponde.

Mi ceja se arqueó automáticamente:

—No tengo idea de qué estás hablando.

Lo sabía, pero no me gustaba la idea, ni que me hubieran acorralado sin que yo lo notara. Algo que no se iba a repetir. También era muestra de que mi guardia con ellos había bajado.

Mierda.

Alex, que estaba apoyado contra la pared con los brazos cruzados, parecía incómodo. Lo que no era buena señal. Y mi padre… bueno, mi padre parecía satisfecho consigo mismo, lo que lo convertía en la peor persona de la habitación.

Owen soltó un suspiro como si estuviera preparándose para la discusión.

—Como parte de la familia Northman-Carter Jones, tienes derecho a una parte de los activos y beneficios generacionales.

Mis dientes se apretaron. Si esto era un intento de comprarme. De que guardara silencio…

—Yo no soy uno de ustedes.

Mi padre bufó:

—Tienes nuestra sangre, pronto nuestro apellido. Acéptalo, Ben, eres uno de nosotros.

—Yo no pedí nada de eso —declaré señalando la maldita carpeta.

Owen levantó las manos en un gesto pacificador. No, no me iba a engañar.

—Y tampoco voy a abrir la boca, no me…

—Ben, esto no es un intento de manipulación —intentó argumentar Alex, pero…

—Oh, claro que lo es —afirmé al mismo tiempo que soltaba una risa baja.

Se les olvidó con quién estaban hablando. Ya me habían vendido antes, no iba a pasar de nuevo.

Mis ojos fueron directamente a la carpeta sobre la mesa. No tenía idea de cuánto dinero había ahí, y tampoco me importaba. Extendí la mano y, antes de que Owen pudiera decir algo, la tomé y la arrojé directamente al cesto de basura.

Silencio.

Uno muy, muy largo, hasta que Alex silbó bajito.

—Mierda.

Owen cerró los ojos por un segundo:

—No puedes simplemente rechazarlo.

Me incliné hacia adelante, apoyando las manos en el escritorio.

—Escúchame bien. —Mi voz fue baja, firme—. Si vuelves a intentar darme dinero que no me gané, si vuelves a tratar de meterme en esta familia a la fuerza, no solo voy a rechazarlo. Voy a cortar toda relación con ustedes.

La amenaza fue sin dudar y muy en serio. Y ellos lo sabían; Owen endureció la mandíbula, Alex se tensó visiblemente.

Mi padre... Bueno, por primera vez en su maldita vida, parecía sorprendido.

—Ben… —intentó razonar, pero lo interrumpí.

—No, Owen. No lo hagas.

No me iban a convencer. No con lógica. No con sentimentalismo.

Alex exhaló y se pasó la mano por la nuca:

—Bien, bien. No vamos a insistir. —Owen le lanzó una mirada afilada. Alex se encogió de hombros—. No me veas así. Es obvio que el cabrón lo dice en serio.

Le sostuve la mirada a Owen, esperando. Después de un momento, el hombre cedió.

—De acuerdo, dinero no.

—Gracias.

Por alguna extraña razón, no lo sentí como una victoria, sino como un compromiso, un nuevo respeto entre nosotros. Mi cuerpo se relajó un poco, aunque una parte de mi lo rechazara, yo formaba parte de ellos.

Un silencio incómodo cayó entre nosotros, hasta que Alex habló con, lo que suponía, era su tono más casual:

—Bien, ahora que nos rechazaste de la peor manera posible, ¿qué sí quieres?

Mi boca se abrió, la respuesta estuvo en la punta de mi lengua.

El Reinado.

Podrían ayudarme. Sería tan fácil decirlo…, pero no lo hice. Porque el Reinado era de los Bastardos. Porque aún no estaba listo.

Así que me encogí de hombros.

—Nada.

—Por Dios, eres más berrinchudo que Owen —resopló Alex.

Owen frunció el ceño:

—Yo no soy así.

—Sí lo eres. —Alex y yo lo dijimos al mismo tiempo.

Y, así de fácil, el pesado ambiente se relajó.

Desde Dite, fue obvio que me sentía más cómodo con Alex. Él no presionaba tanto como Owen. Nos parecíamos más; En carácter, en actitud. Físicamente, era obvio que era hijo de Owen, pero en esencia, había más de Alex en mí de lo que quería admitir. Al fin y al cabo, también llevaba un par de gotas de su sangre.

Owen se masajeó las sienes, dándonos la razón, estaba tratando de controlar un berrinche.

—Está bien, no vamos a insistir con el dinero, pero si alguna vez necesitas algo, lo que sea… solo tienes que pedirlo.

No respondí de inmediato.

Había tanto que podía pedir. Podía pedir que destruyeran a toda la familia de Hass. Con los contactos que tenían los Carter, hubiera sido fácil. Demasiado fácil. Podría haber dicho su nombre y en cuestión de semanas su reputación estaría en ruinas, su poder desmoronándose, su mundo reducido a cenizas, pero yo nunca me iba por lo fácil.

Finalmente, asentí una vez.

—Lo tendré en cuenta.

Alex sonrió con suficiencia:

—Eso es lo más cercano a un "gracias" que vamos a conseguir, ¿verdad?

Me encogí de hombros dándole la razón. Alex se relajó visiblemente. Mi padre, en cambio, no dijo nada.

Me dirigí a la puerta, listo para irme, pero antes de salir, me giré hacia ellos.

—Por favor, no vuelvan a intentarlo.

Alex levantó las manos en señal de rendición. Owen asintió con una expresión que no supe leer. No me importó. Cerré la puerta detrás de mí, sin mirar atrás.

Capítulo 27: El Reinado

Kurt.

Todavía no estaba seguro si debía llamarlo mi hermano. Todavía no sabía cómo sentirme al respecto. En realidad, no estaba seguro de nada. Y no me avergonzaba admitirlo. Últimamente, la confusión era mi compañera constante desde que ellos me recibieron con los brazos abiertos.

Esa aceptación tan genuina, tan inesperada, fue lo que me llevó a mi posición actual.

El Reinado.

¿Qué era El Reinado? ¿Qué secretos escondía en su interior como para que Kurt insistiera en que tenía que descubrirlos en persona?

Las preguntas plagaron mi mente durante todo el vuelo.

Soy un hombre práctico, medianamente educado en cuestiones de sexualidad. Sé cómo satisfacer a una mujer, de eso no tenía dudas. Pero también sé que el mundo es inmenso, con prácticas tan variadas como la gente misma.

Y, sin embargo, las imágenes que inundaban mi cabeza me atormentaban; cuerdas enrolladas alrededor de cuerpos inertes. Piel marcada con sangre. Instrumentos que parecían diseñados para infligir dolor, pero que arrancaban gemidos de placer un instante después. Una mujer con medias negras, arrodillada a los pies de un hombre. Él sujetaba una correa con su mano poderosa, el extremo conectado a un collar alrededor de su cuello.

Pero lo que más me confundía no eran las escenas en sí, sino las expresiones.

Rostros llenos de alegría. De pura felicidad. De cruda satisfacción.

Bueno, era el internet. ¿Qué podía esperar de una búsqueda rápida de San Google?

Maldito Henry.

O bendito.

De eso tampoco estaba seguro. Lo que si era seguro es que, si no fuera por él, no estaría aquí.

Cuando las luces de París aparecieron en el horizonte, me armé de valor. Había decidido darle un voto de confianza a Kurt y buscar respuestas a las preguntas que se negaba a responder. Yo no era un hombre que se acobardara. Además, siempre he pensado que el conocimiento es importante. Había un anhelo dentro de mí, algo primitivo, de saber, de explorar cosas… diferentes.

El auto avanzó por las calles de la vieja ciudad, serpenteando entre su historia y su elegancia hasta que, finalmente, llegamos a nuestro destino.

No había luces llamativas, ningún letrero que anunciara lo que mi imaginación había convertido en una guarida de depravaciones. Solo era un edificio discreto, ubicado detrás de un gran hotel, con acceso a un estacionamiento subterráneo.

—Esto es importante. Nadie debe saber quién entra o sale de El Reinado —me informó Kurt mientras salíamos del auto.

Asentí como si esa información realmente importara para mí. Respiré hondo una vez más, fortaleciendo mi determinación.

Era ahora o nunca.

¿Era un Carter o no?

¿Pertenecía con ellos o no?

La familia de Owen era diferente a cualquier cosa que hubiera imaginado en mi niñez. Eran… diferentes. Abiertos. Inteligentes. Capaces. No había un ogro ni una bruja, como mi defensa infantil había invocado cada vez que el rechazo aparecía.

Me había negado a creer que necesitaba un padre, que necesitaba una familia más allá de los Bastardos. Pero, al parecer… sí la deseaba.

Entré al edificio, sintiendo mi corazón martillar contra mi pecho con cada paso que daba.

No había nada llamativo.

Las luces eran brillantes, las paredes pintadas en un gris claro que le daba una sensación casi clínica. La entrada era sencilla, rústica incluso, aunque, por los murmullos y sonidos que venían de más adelante, estaba claro que era una noche concurrida.

—*¡Bienvenue, chéri!* —saludó una mujer con tono alegre desde el fondo del recibidor.

—Es Annette —susurró Kurt solo para mí—. Ten cuidado, te puede comer de un solo mordisco.

Alcancé a procesar sus palabras justo cuando la mujer llegó a nosotros.

—*Madame*…

Kurt y Annette intercambiaron besos en las mejillas, como si fueran viejos amigos. Pero en cuanto sus ojos cayeron sobre mí, sentí cómo me devoraba con la mirada.

—¡Oh, me trajiste un presente! —gimió, guiñándome un ojo con descaro.

—Annette, compórtate.

El "regaño" de Kurt no era exactamente firme. Era más una advertencia envuelta en confianza, algo que solo usas con alguien en quien confías plenamente. En ese momento supe que Annette era una persona importante para él.

—Permite que te presente a mi hermano, Benjamín Carter.

¡Mierda!

Caí al vacío sin red de protección. Era la primera vez que Kurt se refería a mí como su hermano, y que me llevara el diablo si no sentí que tocaba el cielo.

—*Merde, chéri*, no sabía. —La sorpresa de Annette reflejaba la mía. Traté de disfrazarla con una sonrisa, aunque no estaba seguro de haberlo logrado—. Oh, lo puedo ver. Es Owen. Tiene los mismos ojos.

El deseo en los suyos no disminuyó. Al contrario, me sentí aún más desnudo bajo su escrutinio.

—No hagas caso. Annette se excita solo con respirar.

Su cabello caía en largos rizos brillantes, y dos pequeñas piedras decoraban su rostro en forma de hoyuelos perfectos.

—Podría ofenderme, pero es cierto —reiteró con una risa suave.

—Un placer, *madame* —saludé, tomando su mano y llevándola a mis labios.

—*¡Fuck me!* —gimió, recibiendo el beso con teatralidad—. Tienes la voz de tu padre.

—Así parece —admití a regañadientes, soltando su mano.

Pero ella no lo hizo. Cerró sus dedos sobre los míos con más fuerza de la que esperaba, tuvo que interceder Kurt con un gesto firme para romper el contacto.

Annette sonrió como si nada hubiera pasado y continuó hablando:

—Entonces, ¿qué los trae por aquí esta noche? ¿Aparte de contar las bajas? —preguntó con un deje de amargura.

—Hace un par de meses tuvimos un incidente muy desafortunado en una de las galas —me explicó Kurt mientras comenzábamos a caminar.

De repente, sentí una punzada de culpa. Yo sabía de ese "incidente". Era el motivo por el que estaba aquí. Dejé ir la punzada, porque Kurt siguió explicando:

—Estamos replanteando si seguimos con… ¿cómo podríamos llamarlo, Annette?

—Casa. Hogar. Refugio. Ni siquiera sé cómo voy a sobrevivir sin El Reinado —suspiró Annette, la tristeza teñía cada palabra.

—¿Qué pasó? —pregunté, intrigado por conocer su versión de los hechos mientras lo seguía de cerca.

—No quisiera repetir los detalles —respondió Annette con voz ahogada. Por un momento, pareció que iba a romper en llanto.

Kurt, sintiendo la tormenta tanto como yo, intercedió con rapidez.

—¿Cómo van las cosas por aquí?

—De maravilla —contestó Annette, pero su atención estaba fija en una mujer que esperaba al final del pasillo, vistiendo lo que parecía un corsé negro con medias a juego.

O al menos eso pensé.

En realidad, estaba completamente desnuda, su cuerpo camuflado con pintura negra.

¡Cielos! Mi entrepierna empezó a exigir atención.

—¡Tenemos un recién llegado! —anunció la mujer de corsé negro, corriendo hacia mí con una energía casi infantil. No voy a mentir. El bamboleo fue muy erótico—. ¿Puedo hacer el gran tour con él? —rogó emocionada, mirando a Kurt.

—¿Por qué siento que debería tener miedo? —murmuré.

—Porque, obviamente, eres un hombre inteligente —rió Kurt, negando su petición con un gesto firme—. Lo siento, chiquita, pero este tour es mío. No quiero que lo perviertan en el camino.

Annette y la mujer de corsé gruñeron al unísono, claramente desairadas, mientras Kurt me instaba a caminar.

—¿Perviertan?

—¡Oh, no parezcas tan asustado! Solo estoy bromeando. El tour es de lo más inocente.

No creía ni una sola palabra.

Kurt no tenía un pelo de inocencia.

Era el tipo de hombre que dominaba una habitación con su sola presencia y, sin embargo, esa sonrisa suya tenía la capacidad de desarmar hasta al más desconfiado.

Yo no era puritano. Probablemente, todo lo contrario. Pero nunca había presenciado lo que, para Kurt, parecía algo de todos los días.

A medida que avanzábamos, me sentí cada vez más fuera de lugar. No tenía idea de lo que estaba haciendo, un sentimiento desconocido y profundamente inquietante.

Con los Bastardos había experimentado cosas, pero después de... aquello, cada quien tomó su rumbo. Viajé, presencié cosas en países exóticos, solo que allí no estaba Mack y, sin ella, realmente no me interesó nada más allá de un orgasmo. Y, por supuesto, dar placer como agradecimiento. No era novato ni inocente, simplemente no era experto en… esto.

Y, así como en la familia, parecía que no había nada "normal" en este lugar.

—Parece que va a empezar una escena —anunció Kurt mientras unas puertas se cerraban tras nosotros.

—¿Una escena? —pregunté, cada vez más confundido y, con cada minuto que pasaba, un poco más irritado.

Kurt pareció sorprendido por mi pregunta, pero se recuperó rápidamente, con una expresión que no supe cómo interpretar.

—Así que eres realmente novato en… un poco de perversión —afirmó, como si eso resolviera algo. Su rostro pasó a una comprensión que no compartía.

—Debo ser honesto. No sé lo que está pasando en este puto momento. Siento como si estuviéramos hablando dos idiomas diferentes —admití con franqueza.

La honestidad, después de todo, es la forma más rápida de evitar que un error se convierta en un fracaso.

—Una escena —explicó, con una neutralidad que agradecí—. Es algo que puedes elegir experimentar aquí o dentro de una comunidad… diferente. No quiero asumir, así que voy a preguntar directamente. ¿Sabes qué es el SDMS?

Su tono era cauteloso, pero no condescendiente.

—Pensaba que sí. Pero, en los últimos quince minutos, me he dado cuenta de que no sé nada en absoluto —respondí.

Hablar con Kurt era… fácil. Demasiado fácil. No había rastro de sarcasmo, reproche o altivez en su tono, algo a lo que no estaba acostumbrado cuando trataba con gente de su clase.

—Definitivamente, puede ser abrumador. Sobre todo, cuando no sabes qué eres.

—¿Qué eres?

—Eres hijo de Owen Carter. Créeme, eres algo.

No lo acepté, pero sabía que tenía razón. Siempre había sentido… algo diferente en mi pecho, algo que no podía explicar. Sobre todo, cuando estaba en presencia de cierta mujer. Pero no tenía caso pensar en eso ahora.

—Bueno, entonces entremos de lleno —dijo Kurt, deteniéndose y girándose hacia mí—. Annette, Lorenzo, Ewan y yo nos conocimos en la universidad e iniciamos este excelente proyecto. Me gustaría decir que la dirigimos sin problemas, pero, como en cualquier negocio, siempre hay algo que resolver o corregir.

Hizo una pausa antes de agregar, con algo de pesar:

—Desafortunadamente, hace poco tuvimos un problema grave de seguridad.

Lo miré, esperando más detalles.

—Y temo decir que fue mi responsabilidad —admitió con honestidad—. Tenía a alguien encargado de la seguridad del lugar, obviamente, ya no trabaja para mí. Ya que, aunque no fue del todo su culpa, no cumplió con su trabajo. Al final, la responsabilidad era mía. Solo que, últimamente, mi atención no ha estado en El Reinado. Con el embarazo de BB, mi cabeza no ha estado en el juego.

Algo en la dulzura con la que mencionó a BB, me recordó la seguridad que sentía cuando estábamos todos los Bastardos juntos. Es como sentirse en casa, algo que es profundamente tranquilizador. Por un momento, sentí la ansiedad disminuir, aunque fuera solo un poco.

Pero entonces, empezó la escena y, ¡bum!, el cielo se abrió.

Era una escena sobre una cruz: dolor, placer, sangre, intercambio de fluidos. Sumamente estimulante. Pero lo que más llamó mi atención no fue la culminación del acto, sino la plena satisfacción, la paz, la sensación de pertenencia reflejada en los rostros de las tres personas involucradas.

Eso… eso era sentirse pleno.

El lugar no era simplemente un club; era verdaderamente un reino. Un santuario donde quienes cruzaban sus puertas buscaban más que entretenimiento: buscaban libertad. Aquí, las reglas de la sociedad no existían. Este era un espacio donde la gente venía a perderse en la

decadencia, a redescubrir esa naturaleza instintiva que las normas han intentado por todos los medios reprimir.

Esa naturaleza que nos hace más animales que *Homo Sapiens*.

Kurt me explicó que los miembros formaban una sociedad exclusiva en sí misma: líderes de industria, artistas visionarios y, los más peligrosos de todos, políticos. Todos ellos unidos por un deseo en común: vivir sin ataduras y explorar los límites del deseo, la discreción y el poder. Aunque fuera solo por unas horas.

La regla era simple y absoluta: lo que ocurriera en El Reinado, se quedaba en El Reinado. Sin juicios. Sin preguntas. Solo el pacto implícito de preservar la opulencia y la confidencialidad en cada encuentro.

No podía negarlo. El bastardo de Kurt y sus amigos eran unos malditos genios.

Pero, desde mi punto de vista, habían cometido un gran error. En el lugar solo se encontraba la clase alta, los privilegiados. Sin embargo, en un Reinado también existen los caballeros, los guerreros, los ciudadanos. Gente común con las mismas necesidades que el 1% de la sociedad.

Ahora veía el negocio que llamó la atención de Henry, pero definitivamente esto no era solo un negocio... este era mi lugar.

Capítulo 28: Es tu decisión

El edificio Carter seguía siendo imponente. Nada había cambiado desde la última vez que estuve aquí, pero esta vez, algo era diferente.

El frenético ruido de la ciudad se desvaneció en cuanto las puertas de grueso cristal se cerraron tras de mí. Dentro, el vestíbulo me recibió con la misma oleada de energía vibrante, como si el aire estuviera cargado de ambición y urgencia. Gente en trajes impecables caminaba con precisión calculada, asistentes con auriculares murmuraban instrucciones en voz baja y ejecutivos se movían con prisa, como si cada segundo contara.

Pero lo que más me sorprendió fue que parecía que me reconocían. Las miradas que deberían ser indiferentes, ahora eran sutiles asentimientos de respeto. Un guardia en la entrada me dedicó una leve inclinación de cabeza, apenas perceptible, pero imposible de ignorar.

Me acerqué al mostrador, esperando que pidieran mi nombre, mi cita, que confirmaran que tenía permiso de subir. Pero antes de que pudiera abrir la boca, una de las recepcionistas —la misma de la vez pasada, con su impecable cabello recogido y su traje perfectamente entallado— me dedicó una sonrisa profesional y dijo:

—Señor Baezas, ya no necesita registrarse. Puede tomar los elevadores privados.

Me quedé en silencio un segundo, sintiendo un ligero déjà vu.

La última vez que estuve aquí, tuve que presentarme, explicar por qué estaba allí, soportar miradas escrutadoras. Ahora… ahora simplemente pasaba.

—¿Algo más en lo que podamos ayudarlo? —preguntó otra de las recepcionistas con una sonrisa cortés.

—No. Gracias.

Me giré y caminé hacia los elevadores, sintiendo el peso de este nuevo reconocimiento. No había cambiado nada en el edificio, pero todo había cambiado para mí.

Los ascensores privados se abrieron con un suave pitido y entré sin dudar. Mientras ascendía, pensé en la primera vez que estuve aquí. En la rabia, la incertidumbre, la sensación de que este lugar era el infierno.

Hoy, el apellido Carter seguía brillando en enormes letras doradas. Solo que esta vez, ya no sentía que estuviera tratando de entrar por la fuerza.

Esta vez, sabía que pertenecía aquí.

Cuando las puertas se abrieron, Kurt ya estaba esperándome en la sala de conferencias.

—Te tomaste tu tiempo —comentó, echándose hacia atrás en su asiento con esa maldita tranquilidad que parecía genética en esta familia.

—No sabía que ya no tenía que registrarme como un visitante cualquiera —repliqué, cruzando los brazos mientras me acercaba.

Con una sonrisa preguntó:

—¿Cuándo te vas a cambiar el apellido? Créeme, te facilitarías la vida.

—Alex quiere que lo cambie a Northman, Kaira a Jones, y Owen insiste en que debería ser

Carter-Northman Jones Baezas. Parece un jodido trabalenguas. —Negué con la cabeza, pero en realidad, se sentía bien que todos quisieran una parte de ti.

—Haz lo que nosotros. Legalmente, todos somos Northman-Carter Jones, pero solo manejamos un apellido. Viri es Carter, Sophie es Jones y yo soy Northman. Tú puedes ser Baezas y simplemente cambiarlo legalmente. Pero, de alguna manera, tienes que ligarte a nosotros. Ya estás en el testamento.

No respondí.

No quería saber.

Pero…

—Estás bromeando, ¿cierto?

Tomó una carpeta de la mesa y la deslizó hacia mí con una sonrisa de suficiencia que me irritó.

—Ben, quieras o no, vas a heredar. Aquí tienes.

Fruncí el ceño antes de abrirla.

Lo que vi dentro me dejó helado.

—¿Qué carajos es esto?

—Los documentos de transferencia —dijo con naturalidad—. Todos los derechos de 'El Reinado' ahora son tuyos.

Mi mirada subió de golpe a la suya.

—¿Qué?

—Lo que oíste. Firmé la cesión de derechos esta mañana. Solo falta tu firma. Ahora eres el dueño.

La risa que salió de mi boca fue involuntaria.

—¿Me estás diciendo que estas dos semanas, que todo este maldito tiempo, toda esta jodida negociación, era para que terminaras dándomelo?

Kurt sonrió con algo que casi parecía orgullo.

—No te lo estoy dando. Te lo están heredando.

Pasé una mano por mi rostro, exhalando despacio.

—¿Owen y Alex lo compraron?

— No, Ben. Esto es parte de tu herencia. Es un lío legal, pero dentro de cien años, cuando Owen muera, mi cuenta bancaria va a aumentar un par de ceros. Mientras tanto, tú recibes esto hoy.

No reaccioné.

Era mucho.

Era todo.

—Es tu decisión. —Kurt se encogió de hombros—. No lo tomes si no quieres. Pero si lo haces… es completamente tuyo.

Cerré la carpeta y la sostuve entre mis manos sintiendo su peso.

Era mi decisión.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que tenía el control de algo más grande que yo.

El peso de las llaves en mi bolsillo era ridículo en comparación con lo que representaban. Apenas unas piezas de metal, insignificantes en apariencia, pero yo sabía la que valían.

Estas llaves, eran una jodida corona.

Giré el volante con facilidad mientras me incorporaba a la autopista, dejando atrás las luces del centro de Chicago.

Kurt estaba feliz.

Jodidamente feliz.

En cuanto firme los papeles sobre la mesa, no dudó en entregarme las llaves y, al parecer, volver a respirar.

Kurt se acomodó en el sillón de su oficina con la misma tranquilidad con la que alguien podría hablar del clima. Pero ya lo conocía lo suficiente como para notar la tensión en su mandíbula, la ligera rigidez en sus hombros.

—El Reinado viene con mucho placer, Ben… pero también con muchos problemas.

Solté una risa seca.

—No esperaba menos.

Inclinó la cabeza, observándome con esa mirada calculadora que ya me había dedicado más de una vez.

—No tienes idea.

Se recargó en el respaldo y tomó un documento que estaba sobre su escritorio. Lo giró hacia mí con un movimiento casual, aunque ya sabía que todo en Kurt era meticulosamente calculado.

—¿Sabes cuál fue el incidente que nos metió en esta jodida crisis?

Me encogí de hombros.

—Asumí que era algo relacionado con impuestos o lavado de dinero. Algo financiero.

Kurt soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Ojalá hubiera sido tan fácil.

Deslizó el documento un poco más hacia mí.

—La cámara de un teléfono. Eso fue todo lo que se necesitó para meternos en este desastre.

Fruncí el ceño, tomando el documento, pero Kurt no me dejó leerlo.

—Alguien, no sabemos quién, grabó una escena muy explícita de un senador lamiendo las botas a Annette.

Parpadeé.

—¿Las botas?

—Sí, Ben. Sus malditas botas rojas de cuero hasta la rodilla.

Mi ceja se arqueó, pero Kurt continuó antes de que pudiera hacer preguntas innecesarias.

—Ese video llegó a las manos equivocadas. Específicamente, a las de la esposa del senador en cuestión.

Chasquee la lengua.

—Déjame adivinar…

—Conservadora de mierda —confirmó Kurt, rodando los ojos—. Se hizo un escándalo tan monumental que nuestros miembros empezaron a entrar en pánico. Los más poderosos cortaron lazos inmediatamente. La confianza se derrumbó, los ingresos se desplomaron y nuestros dos socios, que al principio pensaban que podríamos evadir la tormenta, decidieron tirar la toalla.

Me incliné hacia adelante.

—¿Y tú también querías salirte?

Kurt sostuvo mi mirada un par de segundos antes de responder.

—Sí.

Me enderecé en el asiento, pero él continuó antes de que pudiera decir nada.

—Mira, Ben, sé que El Reinado es más que un negocio. Es una experiencia, una comunidad… una maldita obra de arte para algunos. Pero no puedes dirigir algo así, sin un escudo de protección casi impenetrable. Y cuando el escándalo explotó, se volvió obvio que el nuestro tenía grietas.

Asentí lentamente.

—Pero Annette no quería dejarlo morir.

—No. Annette fue la única que no tiró la toalla.

Kurt suspiró y apoyó los codos en la mesa.

—El problema es que, sin inversión, sin los contactos que aseguraban que nadie se metiera demasiado en lo que ocurría dentro de esas paredes, El Reinado dejó de ser viable.

Me froté la mandíbula, sintiendo que cada pieza del rompecabezas comenzaba a encajar.

—Y ahora me lo estás heredando.

Kurt sonrió, ladeando la cabeza.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo, Ben?

—Ilumíname.

—Yo siempre lo vi como un negocio. Como un lugar a donde ir a jugar. Tú… —hizo una pausa, como si eligiera bien sus palabras—. Tú lo viste como algo más.

Mi silencio fue suficiente respuesta.

Kurt se encogió de hombros y se levantó de su asiento.

—Haz lo que quieras con él. Pero si decides reconstruirlo… prepárate para lo que viene. Porque esto —señaló los papeles frente a mí— es solo el principio.

El Reino es tuyo.

***

Palabras simples, con un significado monumental. No había dudas. No había advertencias. Kurt había querido ceder el poder, y yo estaba feliz de aceptarlo.

Y ahora, El Reinado me pertenecía.

Mi teléfono vibró sobre el asiento del copiloto, deslicé el pulgar sobre el manos libres.

—Ben. —La voz de Leo resonó en los altavoces—. ¿Tu puto hermano ya cedió?

Sonreí levemente:

—Ya tengo las llaves.

—¡No! Que viva el puto rey, ¡al fin!

—Al fin.

Apreté el volante. El peso de lo que estaba a punto de construir me golpeó de lleno. No iba a ser solo un club. No iba a ser un simple refugio para la élite sexual. Iba a ser un imperio. Un lugar donde el deseo no tuviera límites. Un terreno donde la mente y el cuerpo se encontrarían en su forma más pura.

Donde las reglas las dictáramos nosotros.

Mis reglas.

Mis Bastardos.

Mi reino.

—¿Los demás ya saben? —preguntó Leo.

—Todavía no. —Ahora, era momento de darles sus coronas—. Necesitamos reunirnos.

—Dime dónde y cuándo.

Apreté la mandíbula, mi mente ya organizando el tablero.

—Primero necesito asegurarme de que todo esté en orden.

Leo no preguntó qué significaba eso.

Sabía que iba a inspeccionar cada rincón, cada cuenta bancaria, cada resquicio del sistema de seguridad, porque nadie iba interferir en mi reino, sin mi permiso.

—Te aviso cuando aterrice.

—Esperó el texto.

Y colgó sin más.

El camino al aeropuerto se redujo a luces pasando fugazmente frente a mí, pero mi mente ya estaba en otro lugar.

Ya estaba dentro de castillo.

Incluso ya sabía el nombre que iba a llevar:

Château de Silling.

El *Château*. El hogar de El Reinado. Ubicado en la costa este, a kilómetros de cualquier otro edificio, aislado en su propio dominio. Según Kurt, había sido una fortaleza construida en la era dorada de la mafia, un refugio de placer para aquellos con suficiente poder para desaparecer del mundo por una noche.

Era el único edificio que realmente pertenecía a El Reinado ya que, en Paris, Londres, incluso Venecia, donde el paso su luna de miel, eran edificios que rentaban por una o dos semanas.

Pero no mi *Château*, un rincón perdido entre Rhode Island y Boston, ahí sería el corazón de El Reinado.

Un lugar donde el control solo se rendiría ante el deseo. Donde la llave fuera la libertad.

Por las fotos, el edificio principal era majestuoso, de piedra oscura y ventanales altos, rodeado de jardines perfectamente cuidados y caminos que llevaban a áreas más privadas.

Pero el interior…

El interior sería una jodida obra maestra. Podía imaginar sin problema su estructura. Aunque lo primero, era la selección de la Corte.

Los Bastardos.

Eran los únicos que podían ayudarme a construir esto. Cada uno era clave para que fuera un éxito: Vera, Leo, Henry, Amir, Kassie, Regina, Lucien, Eve, Felicia, y Mack…

Mack iba a ser mi reina.

La pieza clave. La mujer que lo iba a reinar todo a mi lado.

No había vuelta atrás.

No lo permitiría.

Giré hacia la rampa del aeropuerto privado, la pista de aterrizaje extendiéndose frente a mí como una promesa.

Un imperio estaba naciendo.

Mi imperio.

Y estaba a punto de tomar su primer aliento.

Capítulo 29: Legado de mi familia

—Henry…

Ben intentó interrumpirlo de nuevo, pero Henry estaba en plena efervescencia y, cuando salía su vena de abogado, era prácticamente imparable.

Caminaba de un lado a otro frente a una de las mesas de *La Tavola Bella*, con el rostro enrojecido y las manos enfatizando elocuentemente cada punto. Al no encontrar *feedback*, se dejó caer en la silla y simplemente admiró la vista. Poco a poco, su irritación comenzó a disiparse.

De repente, giró y miró fijamente a Ben.

—¿Por qué sonríes? ¿No estamos peleando?

Ben se encogió de hombros de esa manera tan despreocupada que a veces mostraba y, con toda calma, anunció:

—Sí, lo estamos, pero estabas mostrando tal magnificencia que decidí morderme la lengua y guardar mis argumentos para cuando realmente estés escuchando.

—¿No te importa nuestro futuro?

—Henry, no estamos discutiendo el futuro de nadie. Aún estamos en una edad en la que, si cometemos un error, podemos solucionarlo. Cambiar. Incluso reparar. Justo por ello, ahora es el momento de crear.

—Lo sé. —Henry reanudó su paseo, las mangas de su camisa de seda azul tensándose por la fuerza de su enojo—. Pero siempre nos hemos mantenido juntos, y me temo que tú ya no lo estás haciendo.

—¿Porque no coincido contigo en el manejo de El Reinado? —Ben se levantó de golpe, y su vena tranquila se evaporó—. Soy perfectamente capaz de dirigir un negocio y obtener ganancias para todos, Henry.

—No lo dudo, pero…

Vi claramente cómo el enorme y maravilloso cuerpo de Ben se tensó.

—No estoy seguro de que comprendas realmente la esencia del lugar.

—¿La esencia? —Henry se burló con una carcajada seca—. No importa cómo elijas llamarlo, Benjamín, El Reinado es poco más que un burdel de clase alta y, aunque no dudo que podrías dirigirlo con los ojos vendados, no estoy de acuerdo en que solo seas tú quien tome las decisiones. ¡Fue mi idea!

La reunión empezó con la chispa de siempre, esa energía que solo nosotros, los Bastardos, podíamos crear cuando estábamos juntos. Pero pronto, esa chispa se convirtió en una llama cuando Ben se levantó y nos miró como si estuviera a punto de dar una conferencia militar, lo cual no sería raro considerando su pasado.

—Pero no es solo un negocio. Hay un arte detrás… un elemento personal, del que me temo, tú careces.

Ben tenía esa manera de hablar que te hacía sentir que cada palabra pesaba una tonelada. Su voz grave resonó en la sala mientras delineaba los planes para El Reinado, un legado que él

nunca esperó, ni siquiera imaginó, pero que llegó a sus manos como pago por los años perdidos entre su padre y sus nuevos hermanos.

Yo, como todos, lo escuchaba con atención, aunque no podía evitar distraerme observándolo. Había algo fascinante en cómo se movía, cómo se plantaba frente a nosotros, como si fuera una roca que nada ni nadie podría mover.

—Mi visión es simple —empezó Ben, en un tono tan firme como siempre—. No quiero que sea solo un negocio. Quiero que sea una experiencia. Un lugar donde la gente pueda explorar sin juicios, sin miedos.

La sala estaba en completo silencio, algo raro para nosotros. Ni siquiera Henry, que siempre tenía algo que decir, interrumpió.

—Quiero que quienes crucen esas puertas sientan anticipación, libertad... y, lo más importante, seguridad. —Ben hizo una pausa, y pude notar cómo su mirada se movía hacia cada uno de nosotros, deteniéndose un poco más en Henry—. Este es el legado de mi familia, pero ahora también es mío. Quiero que sea de nosotros, pero si lo hacemos, será a mi manera.

La tensión creció. Podía sentirlo en el aire, especialmente cuando Henry finalmente se levantó.

—¿Tu manera? —preguntó Henry, cruzando los brazos y mirándolo con un deje de incredulidad—. Ben, ¿estás seguro de que entiendes realmente lo que es El Reinado?

Mi cuerpo se tensó al ver cómo el ambiente se volvía más denso. Henry tenía esa forma de cuestionar que podía hacer que cualquiera se sintiera como un estudiante frente al profesor más severo. Pero Ben no era cualquiera.

—Lo entiendo más de lo que crees, Henry —respondió Ben, y su tono era como una daga de acero cortando el aire—. Y por eso sé que, si lo manejamos como hasta ahora, no vamos a llegar a nada.

El resto de nosotros nos miramos entre sí, tratando de medir la situación. Habíamos tenido peleas antes, pero esta se sentía diferente. Personal.

—¿Y cuál es exactamente tu manera, Ben? —continuó Henry, desafiándolo directamente.

—Mi manera es enfocarnos en lo que El Reinado realmente puede ser: un lugar donde cada persona que entre pueda experimentar algo único, algo que no pueda tener en ningún otro lugar, sin importar su cuenta de banco. Pero, sobre todo, un lugar donde nadie sienta miedo de ser quien realmente es.

Ese último comentario dejó a todos en silencio. Incluso Henry parecía estar reconsiderando sus palabras. Ben no perdió tiempo. Dio un paso hacia adelante, como si marcara el punto final de la conversación.

—Pueden estar de acuerdo o no, pero este es mi plan. Este es mi lugar. Y si no están conmigo, podemos buscar otro negocio.

La declaración cayó como una bomba. Por un momento, pensé que Henry iba a responder, pero, sorprendentemente, se quedó en silencio. Ben no solo había hablado como líder. Había hablado como un verdadero rey. Un rey con nombre y apellido.

Lo miré y constante que seguía tan imponente como siempre. Y aunque la discusión estaba dejando una marca en todos nosotros, no podía evitar sentir orgullo al verlo ahí, tan seguro de sí mismo.

«Este es un hombre de verdad» pensé con adoración.

Uno que no solo enfrentaba sus demonios, sino que también estaba dispuesto a construir algo más grande que él mismo.

Acaricié suavemente su brazo cuando se sentó junto a mí, dejando que mi toque le recordara

que, pasara lo que pasara, yo estaba de su lado. Y aunque el ambiente seguía tenso, su mirada hacia mí era todo lo que necesitaba para saber que estábamos en esto juntos.

—Solo imaginen: un lugar donde podamos ser… como realmente somos —declaró Ben con esa voz suya, grave y segura, que siempre parecía llenar cada rincón de la habitación.

Lo miré desde mi lugar, intentando descifrar las emociones que pasaban por su rostro. Su expresión era intensa, como si esas palabras fueran más que un discurso; como si fueran una parte de su alma expuesta ante nosotros. El Reinado no era solo un negocio para él. Era un símbolo, una oportunidad de redimirse, de construir algo que hablara de quién era realmente, no de lo que había heredado.

Henry bufó desde el otro lado de la sala, su ceja levantada en una mezcla de escepticismo y desafío. Lo conocía lo suficiente para saber que no iba a quedarse callado.

—¿Y qué pasa con las reglas, Ben? ¿Con la exclusividad? ¿Con mantener la élite en la cima? —preguntó Henry, cruzando los brazos mientras lo miraba fijamente.

—Las reglas se mantienen donde importan, Henry —respondió Ben sin pestañear, devolviéndole la mirada como si fueran dos gladiadores en una arena—. Pero exclusividad no significa excluir. ¿Cómo construyes algo duradero si limitas su alcance solo a los que ya tienen todo? ¿Cómo logras algo realmente transformador si solo unes a los que ya están en la cima?

El silencio que siguió fue palpable, como si las paredes mismas estuvieran conteniendo el aliento. Los demás Bastardos nos mirábamos unos a otros, no del todo seguros de hacia dónde iba esto, pero incapaces de apartar la vista.

—Lo que yo quiero —continuó Ben, y su voz pareció bajar de tono, más íntima, más cargada de emociones—, es un lugar donde cualquiera que cruce esas puertas se sienta... libre. Sin miedo. Donde puedan descubrir cosas de ellos mismos que jamás se atrevieron a explorar. Si alguien quiere lujo, se lo damos. Si alguien quiere anonimato, también lo tienen. Si alguien quiere una experiencia que cambie su vida, quiero que El Reinado sea ese lugar.

En ese momento, mis ojos se encontraron con los suyos. Había algo en su mirada que me hizo estremecerme, como si cada palabra no fuera solo para los demás, sino también para mí. Él no solo estaba hablando de un negocio. Estaba hablando de una promesa, de algo más profundo, más personal.

—Y si no estás de acuerdo... —Ben hizo una pausa, su mirada fija en Henry, antes de alzar una ceja y sonreír con ese aire desafiante que lo hacía tan suyo—. Bueno, siempre puedes abrir tu propio lugar.

Una risa nerviosa salió de mi boca antes de que pudiera detenerla. Henry frunció el ceño, y por un momento, pensé que iba a explotar. Pero, en cambio, se dejó caer en el sillón más cercano con un suspiro de frustración.

—Eres un idiota —gruñó Henry, aunque en el fondo, sabía que ya estaba convencido.

Era una conversación tensa, sí, pero no podía evitar sonreír mientras observaba a los hombres que más quería en el mundo. Esta era nuestra dinámica: el choque, el desafío, y al final, el entendimiento. Aunque, claro, no sin un poco de drama en el camino.

—¿Bueno, y nosotros formamos parte de ese plan? —rompió el silencio Kassie, con ese tono despreocupado que siempre usaba cuando en realidad quería una respuesta seria.

—Por supuesto que sí —respondió Ben, casi con indignación, como si la pregunta misma le hubiera ofendido—. Ustedes son mi familia. Siempre lo serán.

—Pues no parece —rezongó Henry desde su rincón, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa.

Fue en ese momento cuando lo entendí. Lo vi claramente, como si un velo se levantara ante

mis ojos: Henry estaba celoso. No de El Reinado, no de los planes de Ben, sino de los Carter. Probablemente de Kurt, en particular. Hasta hace poco, Ben solo nos había tenido a nosotros, a los Bastardos. Éramos su única familia, su único refugio. Ahora, tenía un hermano biológico. Y no cualquier hermano: Kurt Northman, quien no solo lo había aceptado, sino que le había heredado un negocio exclusivo, muy, muy rentable.

Henry no era fácil de leer, pero el resentimiento estaba ahí, vibrando en cada palabra que decía.

—¿Por qué no parece, Henry? —preguntó Ben, cruzando los brazos y ladeando la cabeza con esa mezcla de autoridad y paciencia que siempre lo hacía ver más imponente.

—Porque todo esto, todo lo que estás diciendo, parece más sobre ellos que sobre nosotros —respondió Henry, señalando al aire como si los Carter estuvieran flotando alrededor de la habitación—. Pasaste años con nosotros, construyendo esta familia, y ahora, ¿qué? ¿Ellos aparecen y de repente todo cambia?

—No todo cambia —replicó Ben, su voz baja, pero firme—. Es cierto que conocí a los Carter hace poco, pero no por eso ustedes dejan de ser importantes. No por eso dejan de ser mi familia.

—Ah, ¿sí? —Henry se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando con desafío—. ¿Entonces por qué parece que todo gira en torno a ellos?

El silencio que siguió fue denso, pesado, como una tormenta acumulándose. No sabía qué era peor, si la tensión en el aire o el hecho de que Henry tenía un punto. Lo entendía. En su lugar, probablemente habría sentido lo mismo. De hecho, lo sentí.

—Porque me heredaron algo que no pedí. —Ben rompió el silencio, su voz cargada de una emoción que rara vez dejaba ver—. No es como si hubiera planeado esto, Henry. No pedí un padre, ni unos hermanos, ni un legado. Pero aquí estamos. ¿Qué quieres que haga? ¿Que los rechace solo para que tú te sientas mejor? Como bien dijiste, esto fue tu idea.

El golpe fue certero, y por el cambio en la expresión de Henry, supo que había dado en el blanco.

—No se trata de rechazarlo —murmuró Kassie, tratando de suavizar la conversación—. Pero entiendo a Henry. Esto es un gran cambio, y a veces es difícil no sentir que estamos perdiendo algo en el proceso.

Ben suspiró, pasándose una mano por el cabello. Parecía cansado, aunque no derrotado.

—No están perdiendo nada —aseguró, mirando a cada uno de nosotros, como si quisiera que sus palabras se imprimieran en nuestras mentes—. Si algo, estoy tratando de construir algo que nos incluya a todos. Porque si algo tengo claro, es que ustedes siempre serán mi familia. Siempre.

El silencio que siguió fue menos tenso, más reflexivo. Incluso Henry pareció relajar los hombros un poco. A veces, las familias tienen que enfrentarse a estos momentos incómodos para encontrar un nuevo equilibrio. Y aunque sabía que esta conversación no solucionaría todo de inmediato, también sabía que, al final, encontraríamos la manera de seguir adelante. Porque eso hacíamos los Bastardos. Y porque, aunque a veces no lo pareciera, todos sabíamos que Ben estaba de lado de nosotros. Siempre lo había estado.

—Muy bien, pues ya habló el rey —decretó Felicia con una teatralidad que hizo que todos soltáramos una mueca. Se inclinó como si estuviera frente a un monarca, agitando una mano al aire con exageración—. Ahora dinos en dónde nos quieres, porque yo, definitivamente, quiero ser parte de la corte real, sobre todo si voy a andar por ahí desnuda.

La carcajada de Kassie fue la primera en estallar, seguida por la de Vera, que trató de

ocultarla detrás de su copa de vino sin mucho éxito. Incluso Henry, todavía medio enojado, dejó escapar una risa a regañadientes. Yo me limité a sonreír, porque, por supuesto, solo Felicia podía tomar una discusión seria y convertirla en un espectáculo digno de aplausos.

Ben no se rió, pero la sonrisa que curvó sus labios lo delató. Se pasó una mano por todo lo largo de su cara, un típico gesto cuando trataba de encontrar una respuesta lo suficientemente ingeniosa como para mantenernos a raya.

—Parte de la corte real, ¿eh? —respondió finalmente—. Bueno, Feli, eso depende. ¿Estás dispuesta a trabajar? Porque, ya sabes, la vida en la corte no es solo vino y fiestas.

Felicia fingió pensarlo por un momento, llevándose la mano al pecho.

—¿Trabajo? —repitió con fingida indignación—. ¿En serio? Pensé que esto era más un asunto de pasearme como una cortesana por los pasillos, lucir mi deslumbrante cuerpo y beber champaña todo el día.

—Oh, definitivamente puedes hacer eso —intervino Kassie con una sonrisa—. Pero, según lo que dijo nuestro rey, parece que también tienes que saber cómo mantener las cosas… interesantes.

La insinuación en su voz fue suficiente para arrancar una risa ahogada de Vera y un carraspeo incómodo de Lucien, que se había mantenido en silencio hasta ahora. Feli, sin embargo, no se dejó intimidar. Levantó su copa de vino y la sostuvo en el aire como si estuviera brindando.

—¡Por mantener las cosas interesantes! —exclamó.

Todos alzamos nuestras copas automáticamente.

Ben sacudió la cabeza, pero sus ojos brillaban con diversión. Se acercó a Feli, que seguía sosteniendo su copa como si estuviera presidiendo una reunión del consejo.

—Te tomaré la palabra —dijo con una sonrisa que, aunque tranquila, tenía un filo que no pasaba desapercibido—. Si quieres ser parte de la corte real, más te vale estar lista. Porque en mi reino, Felicia, todos tienen un papel importante que jugar.

Le dio un piquito en los labios que dejo una chispa en los ojos de Feli, como si hubiera estado esperando exactamente esas palabras y el beso.

—Rey Benji, solo dime dónde, cuándo y cómo. Ya estoy más que lista.

La sala estalló en risas y aplausos, y por primera vez en toda la noche, el ambiente se sintió más ligero, más unido. Y aunque el título de "rey" era claramente una broma, no podía evitar pensar que, en cierto modo, Ben realmente lo era. No solo porque tenía un reino que manejar, sino porque, de alguna manera, siempre encontraba la forma de mantenernos juntos y protegidos. Incluso cuando las cosas se complicaban.

Capítulo 30: Mackenzie Conn

El restaurante tenía el ambiente de siempre, una combinación de sutil lujo y funcionalidad, diseñado para ofrecer la experiencia de exclusividad sin la ostentación vacía de los lugares pretenciosos. Un santuario para nosotros, los Bastardos.

Mi anuncio, aunque con baches, fue un éxito. Ahora cada uno entendía el alcance del poder que ahora teníamos y lo que debíamos construir.

Con nosotros, El Reinado iba a ser una fortaleza.

Y, aun así, aún con todo lo logrado, la única batalla que realmente me importaba seguía sin resolverse.

Mackenzie Conn.

La observé mientras tomaba los tragos de la barra. La vi titubear. Solo un segundo. Un instante en el que calculó su próximo movimiento, buscando la salida más fácil. Planeando su escapada. Lo más sencillo hubiera sido que me diera el trago a mí y luego a Amir, el único Bastardo que quedaba. Y me urgía que se largara. Pero Vera llevaba veinte minutos en la cocina hablando con el personal y, conociendo a Amir, no se iría hasta que la tuviera en sus garras.

No lo podía culpar.

Las gemelas Conn eran un lujo. Un placer para todos los sentidos. Pero a diferencia de Vera y esa aura tranquila que la rodeaba, Mack era otra historia.

Era fuego.

Hermosa de una forma en la que pocas mujeres podían serlo. No solo por su sedosa piel y ese cabello rubio cenizo que tan bien se enredaba en mis manos, sino por la actitud que daba en cada paso.

Su vestido negro, ceñido a esas interminables curvas, elegante, sin esfuerzo. De tela suave que insinuaban más de lo que mostraban. Tacones peligrosos que bien podrían perforarme el pie si me atrevía a meterme en su camino. Apostaba lo que fuera, a que su ropa interior era de encaje: Negra. Fina. Atrevida. No porque la hubiera visto. Sino porque ella no era de medias tintas. Si iba a tentar, lo hacía bien.

Apreté la mandíbula, tratando de controlar el deseo que se encendía con cada uno de sus movimientos.

—Mi hermana no aparece, ¿verdad?

Amir bufó a mi lado. Mackenzie ni siquiera lo miró.

Como la reina que era, no dejó que su ansiedad se reflejara en su andar. Sus pasos fueron firmes cuando dejó un trago frente a él.

—Gracias. —Amir lo tomó sin prestar atención.

Toda su concentración estaba en la puerta de la cocina, esperando a Vera.

Mackenzie tomó aire profundamente antes de dejar otro trago frente a mí.

—El que te gusta —susurró.

Uno que me recorrió la piel. Pero antes de que pudiera responder, hizo el intento de tomar su bolsa.

Mala idea.

Mi mano atrapó su muñeca antes de que pudiera tocarla. Firme, controlada. Ella era tan delicada. Un solo movimiento y podría romperle el brazo entero. Pero lo único que yo deseaba era venerarla.

Ella lo supo en el instante en que la toqué. Su cuerpo se tensó. No de miedo. No de dolor. Simplemente de reconocimiento. Sus ojos subieron lentamente hasta encontrarse con los míos. Oscuros, desafiantes.

Pero bajo toda esa fachada… la vi.

La mujer que siempre esperaba ser reemplazada. Desechable. No por mí. Nunca por mí.

Mi pulgar se deslizó lentamente sobre su muñeca, sintiendo el pulso acelerado bajo mi tacto.

—Si crees que te vas a ir sin hablar conmigo, Mack… —Mi voz fue baja, calmada—. Estás subestimándome.

Ella no parpadeó. No retrocedió. Tampoco lo negó.

Mi mandíbula se tensó. Ese era su problema, huía antes de ser desechada. A desaparecer antes de que alguien le recordara que no era suficiente.

Excepto que ella sí lo era.

Ella era todo.

Mi reina.

Deslicé mi mano por su muñeca, trazando un lento camino hasta su palma antes de entrelazar mis dedos con los suyos como un ancla, una advertencia.

—No te vas a ir.

No era una amenaza. Era una promesa. Y ella lo sabía.

Porque Mackenzie Conn podía intentar engañarse a sí misma, pero a mí, jamás.

Vera salió de la cocina con una mezcla de satisfacción y cansancio en su expresión, como si hubiera encontrado la manera perfecta de deshacerse de Amir, pero al mismo tiempo supiera que el muy Bastardo esperaría por ella.

—Nos vamos —anunció sin preámbulos, inmediatamente Amir se levantó con una sonrisa de suficiencia. Sí, el plan del muy cabrón funcionó—. El personal ya está cerrando —añadió Vera con un tono casual, pero sus ojos se deslizaron sutilmente entre Mack y yo antes de desaparecer por la puerta principal.

Como si supiera que esto no había terminado. Y no lo había. Mackenzie tampoco se movió de inmediato. Esperó a que la puerta se cerrara, esperó a que el restaurante quedara vacío, esperó… como si alargar el momento pudiera evitar lo inevitable.

Pero yo no iba a dejarla escapar esta vez.

—Caminemos.

Ella no discutió, solo se ajustó el bolso en el hombro y salió conmigo a la calle. La ciudad de noche era un escenario distinto. Las resplandecientes luces iluminaban las aceras de piedra, los reflejos se deslizaban sobre los escaparates, el aire era fresco y vibrante.

Y, aun así, lo único de lo que estaba consiente, era de ella; Su perfume, su cercanía, la forma en que su vestido se ajustaba a su cuerpo mientras caminaba junto a mí.

—Sabes lo que quiero, Mack.

No era una pregunta. Ella siguió mirando al frente, su mandíbula apretada.

—Vamos a fingir que no sé a qué te refieres.

Sonreí. Dios, era buena con las evasivas.

—Quiero que seas mi reina.

Se giró lentamente hacia mí, sus ojos verdes brillando bajo la luz de la noche.

—No soy material de reina, Ben.

Dejó escapar una risa breve, como si la idea le resultara tan absurda que ni siquiera valiera la pena discutirla.

Algo previsto, yo realmente la conocía, sabía lo que estaba haciendo.

—El Reinado necesita más que solo un hombre en la cima. —Di un paso hacia ella—. Necesita equilibrio.

Se cruzó de brazos, esa pose defensiva que usaba cada vez que no quería escuchar, admitir que yo tenía razón.

—¿Y qué te hace pensar que yo serviría para eso?

—Porque no hay nadie más.

Arqueó su delicada ceja con la intención de mostrar fastidio, pero lo único que causo es que se viera más regia.

—Eres un romántico, ¿sabías?

Sonreí, pero no respondí a su sarcasmo.

—Necesito que estés a mi lado. —Mi voz bajó un tono—. Que administremos juntos. Que crezcamos juntos. Que nos equivoquemos juntos. Que estemos juntos.

Su respiración se volvió más lenta. Y ahí estaba; El miedo.

No a mí. A la vida. A sí misma.

Sus labios se separaron levemente, como si quisiera decir algo, pero las palabras se atascaron en su garganta.

—No puedo.

Una negación tan simple. Tan absoluta.

—¿No puedes o no quieres?

Tragó saliva antes de murmurar:

—No puedo quererlo.

Ahí estaba la diferencia, no es que no lo deseara. Es que no creía que lo mereciera.

—Mack…

Ella negó con la cabeza y retrocedió un paso. Un jodido paso. Uno solo para lograr que mi cuerpo entero se tensara.

—Si estuviéramos juntos, te destruiría —susurró.

—Ya es tarde para eso.

El aire entre nosotros se volvió denso. Tardó un par de segundos en recuperar su máscara de indiferencia. Y luego sonrió. Maldita sea.

—Nos vemos, Ben.

Giró sobre sus tacones y cruzó la calle.

Yo me quedé ahí, con el eco de su negativa golpeándome el pecho. Fue en ese momento que noté las luces, un coche negro dobló en la esquina con precisión calculada y se detuvo frente a ella. Mackenzie no dudó, abrió la puerta y subió sin mirar atrás. Un Uber. Jodida mujer, lo planeó bien. Mis dientes se apretaron hasta que mi mandíbula dolió, pero si ella creía que podía escaparse de mí…

Estaba equivocada.

Y yo se lo iba a demostrar.

Capítulo 31: Porque es un hombre

Abrir una cadena de restaurantes no había sido fácil. Nos habíamos enfrentado a obstáculos, fracasos y muchas noches sin dormir, pero lo logramos. Y no solo eso, lo hicimos juntos. La Tavola Bella era nuestro primer bebé, el proyecto en el que vertimos todo lo que habíamos aprendido después de salir del internado y establecernos en Boston. Era el lugar donde la mayoría de nosotros habíamos estudiado la universidad, así que tenía sentido empezar allí.

El nombre fue en honor a Marco. Él siempre decía que la comida italiana era la más rica del mundo y, aunque más de uno en el grupo tenía una opinión diferente, no hubo discusión cuando se trató de elegirlo. Desde el primer día, *La Tavola Bella* se convirtió en un éxito. Tal vez porque estábamos en una ciudad con buen gusto, o tal vez porque la pasión con la que lo construimos se reflejaba en cada plato que salía de la cocina.

Después vino Portugal. Regina había decidido establecerse allí y, conociéndola, no había manera de que no tuviera un plan. Cuando nos propuso expandirnos, la idea sonó descabellada al principio, pero luego tuvo sentido. Portugal tenía una rica tradición gastronómica y un flujo de turistas que buscaban experiencias auténticas. Nos aventuramos y abrimos nuestra segunda sede, y aunque al principio fue un reto adaptarnos a las diferencias culturales y de mercado, la conexión de Regina con el lugar nos permitió encontrar el camino correcto.

Finalmente, estaba Canadá. Un país con una diversidad impresionante, un clima que nos obligó a adaptar nuestros menús y un mercado competitivo que no nos la puso fácil. Pero nos encantaban los retos. Nos establecimos allí con la misma filosofía: calidad impecable, un ambiente acogedor y una carta que combinaba tradición con innovación.

Ahora, con toda nuestra atención enfocada en El Reinado, tomamos una decisión estratégica. Nos dividimos. Las chicas nos dirigimos a Portugal, para asegurarnos de que todo siguiera funcionando a la perfección, mientras que ellos se dirigieron a Canadá. Un vistazo, una evaluación. No podíamos perder de vista lo que construimos, pero también sabíamos que era momento de mirar hacia adelante. Porque lo que venía ahora, era grande.

Y, así como con los restaurantes, no íbamos a fallar.

La brisa marina acariciaba mi piel, mezclándose con el aroma del vino y la risa de mujeres que, pese a todo, siempre encontraban el camino de regreso unas a otras. De regreso a casa. La azotea de la sucursal de *La Tavola Bella* en Portugal era, en este momento, el hogar que necesitaba.

La botella de vino se balanceó peligrosamente cuando Felicia la inclinó demasiado al servir su copa, sacándome de mi divagar.

—¡Mujer, contrólate! —regañó Kassie, apartando su vaso a tiempo.

—Relájate, mamá Kass, —bufó Felicia—. ¿No estamos aquí para emborracharnos y pretender que nuestras vidas no son un jodido caos?

—No, estamos aquí para asegurarnos de que nadie se caiga de esta azotea. —Regina tomó su copa y le dio un largo trago, su tono cargado de sarcasmo. —Sobre todo tú, Feli.

Felicia se llevó la mano al pecho, fingiendo indignación:

—¿Por qué siempre asumen que soy la más imprudente?

Silencio. Un gran silencio. Todas intercambiamos una mirada antes de fijarnos en ella.

—¡Váyanse al carajo!

Las carcajadas estallaron en el aire, resonando entre los muros del edificio y filtrándose en la noche de Lisboa. Era un sonido familiar, uno que había faltado por mucho tiempo.

Porque sí, siempre nos manteníamos en contacto, pero pocas veces así; con copas de vino en la mano, con los tacones olvidados bajo la mesa, y el alma completamente desnuda.

Cerré los ojos por un segundo, disfrutando la sensación de seguridad que solo ellas podían darme.

Kassie fue la primera en notar mi silencio. Siempre lo hacía.

—Ok, ¿quién va a ser la primera en abrir el maldito corazón para que el resto pueda burlarse de ella? —anunció, con su mejor tono maternal—. Mack, te toca.

—No.

Felicia se acomodó a mi lado, con una sonrisa de demonio:

—Sí, Mack, hace mucho que no abres ese corazoncito tuyo para dejarnos ver a Ben.

Vera, que hasta ese momento había estado tranquilamente bebiendo, se limitó a asentir.

No tuve más remedio que soltar un pesado suspiro y ceder:

—Son una bola de insoportables.

—Sí, pero nos amas —aceptó Regina con una sonrisa y alzando su copa.

Eve, que había estado más callada de lo habitual, se inclinó un poco hacia mí, con una mirada comprensiva:

—Ben te lo está poniendo difícil, ¿verdad?

El sonido de los cubiertos chocando contra los platos se detuvo. Todo el mundo esperó. Con mi vista fija en la copa de vino entre mis manos, asentí lentamente.

—Estoy tan enamorada del tipo que… —Me dieron un momento para reponerme. Ellas sabían, desde siempre, lo mucho que me dolía el tema Benjamín Baezas, ahora Carter.

—Realmente me gustaría estar con él permanentemente.

Las palabras salieron con más dificultad de la que esperaba.

—Y él siempre ha querido estar contigo —aseguró Vera.

—Eso no significa que vaya a funcionar.

—¿Por qué no funcionaría? —preguntó Kass, con el tono de alguien que ya tenía la respuesta, pero quería que lo dijeras en voz alta.

Solté una risa breve y amarga.

—Porque es un hombre.

Felicia alzó la mano aceptando la maldición:

—Apoyo el argumento.

Eve se limitó a voltear los ojos:

—Mack…

—Tengo miedo de que me deje.

Dicho en voz alta, sonó peor de lo que se sentía en mi cabeza. Se sintió cruel, porque Ben nunca me había dado una sola razón para pensar que me dejaría.

Siempre me había aceptado.

Siempre había estado ahí, para mí.

Y, aun así, el miedo también estaba ahí.

El mismo miedo con el que había crecido. El mismo miedo que mi padre me inculcó cada vez que me hizo saber que el amor se basaba en condiciones.

El viento frío acarició nuestra piel expuesta. Nadie habló de inmediato. Fue Regina, la primera en romper el silencio:

—Si alguien puede lidiar contigo, es él.

—Eso no lo hace menos difícil —bufé.

Vera inclinó la cabeza, como siempre, pensativa:

—¿Es solo miedo a que te deje? ¿O hay algo más?

«¿Algo más?», inmediatamente sentí mi pulso acelerarse. Porque sí, había más. Porque con Ben, siempre había más.

—A veces creo que soy demasiado para él —confesé con la mirada baja.

Felicia soltó una gran carcajada:

—¿Demasiado? ¿Para un hombre que ha pasado por el infierno y ha salido caminando?

—No me refiero a eso.

Kassie lo entendió primero:

—Mack… ¿te refieres a lo que te gusta?

Mi piel se calentó. Porque sí, me refería a eso.

A mis deseos.

A lo que realmente me excitaba.

A la necesidad de exhibirme, de ser vista, de ser deseada en los ojos de otros, no solo en los de él.

A la forma en que siempre se había sentido libre con Ben… pero al mismo tiempo, contenida.

¿Hasta dónde me soportaría? ¿Hasta dónde me querría?

Eve se inclinó más cerca:

—Ben siempre te ha aceptado como eres.

—Sí, pero…

—Pero nada —bufó Regina.

Felicia chasqueó la lengua:

—Cariño, si hay algo que aprendimos juntas, es que el sexo y el deseo no son cosas de las que debamos avergonzarnos.

—Es un reflejo de lo que somos —decretó mi hermana alzando su copa muy en alto.

Kassie tomó aire, con una expresión más seria:

—El problema no es que seas "demasiado", Mackenzie. —Levanté la mirada y me encontré con la de ella—. El problema es que nos hicieron creer que el amor tiene límites.

El aire se volvió denso.

Sentí el impacto de sus palabras muy en el fondo de mi pecho.

Feli fue la que rompió la tensión:

—¡Bien! Momento emocional terminado. Brindemos porque todas somos unas perras bastardas.

La risa explotó de nuevo, llenando la noche con su sonido.

Y por un momento, creí en lo que decían. Después de todo, yo era una fantástica perra bastarda.

Tal vez sí podía ser amada sin condiciones.

Tal vez, solo tal vez…

Si Ben me veía entera.

Y le gustaba lo que veía.

Se quedará.

Capítulo 32: Por los Bastardos

La Tavola Bella de Canadá, era el más exclusivo de nuestra cadena, con ventanales que daban vista al río, luces cálidas y una barra privada donde nosotros, teníamos nuestro refugio

El vaso golpeó la barra con más fuerza de la necesaria.

—No chingues, ¿de verdad estamos haciendo esto? —Henry se recargó en su asiento, cruzando los brazos con una expresión de fastidio mal fingido.

—Es una intervención, ¿verdad? —Leo alzó una ceja con su clásica sonrisa de cabrón—. Porque si es así, avísenme para estar en mi mejor estado de negación.

Lucien se pasó la mano por la cara, claramente resignado.

—No es una intervención, es solo una maldita cena.

—Claro, una cena con un ambiente de velorio. —Henry hizo rodar los ojos y se sirvió más whisky.

Amir, que hasta ese momento había estado en silencio, se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Dime la verdad, Ben. —Su voz fue baja, pero con ese filo cortante que nunca desaparecía del todo. —¿Sientes que nos debes una explicación?

Exhalé lentamente, pasándome la lengua por los dientes antes de responder:

—Creo que la última vez que hablamos, la conversación no terminó del todo bien.

Porque no lo hizo. La última vez que nos reunimos, les dije que *El Reinado* iba a ser mío. Algo que yo sabía que no les había encantado. A las chicas les importaba un carajo, pero a ellos no.

Ninguno de los Bastardos tenía carácter débil o, en el mejor de los casos, dócil. Todos eran unos cabrones protectores. Como ejemplo: las chicas. Durante años, nos habíamos hecho cargo de su seguridad, protegiéndolas dentro de nuestras posibilidades. Mientras Henry era bueno peleando batallas legales, Leo era el mejor escuchando.

Si algo nos dejó Marco, fue justo eso: *"Nosotros tenemos que cuidar de ellas, porque nadie más lo hace"*. Y él lo hizo hasta la muerte.

No quería que quedara duda de dónde estaba mi corazón. Sí, ahora tenía a los Carter, pero los Bastardos siempre me tendrían a mí.

El jodido silencio pesó más que cualquier palabra.

Lucien se inclinó hacia atrás en su asiento, más relajado que el resto.

—Estamos aquí, ¿no?

—Sí, pero…

—No hay peros, cabrón. —Leo agitó una mano con total desdén—. Sabemos quién eres. Sabemos lo que significamos el uno para el otro.

—Pero encontraste a tu familia biológica. —Henry me sostuvo la mirada.

Ahí estaba. El puto elefante en la habitación.

Apreté la mandíbula, antes de contestar:

—¿Y eso cambia lo que somos?

Amir chasqueó la lengua, negando con la cabeza:

—Sabía que esto se iba a poner sentimental.

—Si quieres, podemos meterte un puñetazo para que te sientas más hombre. —Leo sonrió con falsa dulzura.

—Idiota.

Lucien se inclinó sobre la mesa, con tono tranquilo:

—Lo que creo que Henry intenta decir, es que tu apellido nunca fue importante para nosotros.

—Lo que Lucien realmente intenta decir —interrumpió Leo—, es que tu familia siempre hemos sino nosotros, cabrón. —Y alzó su vaso—. Aunque nos caigas en los huevos la mitad del tiempo.

Me quedé en silencio por un momento, dejando que las palabras se asentaran en mi pecho.

Esto era lo que necesitaba.

Porque yo nunca dudé de ellos. Pero, tal vez ellos, sí dudaron de mí.

Me aclaré la garganta, para que mi voz saliera firme:

—Nunca será una elección. —Los miré a cada uno—. Los Carter pueden ser mi familia de sangre, pero ustedes… ustedes son mi jodida vida.

Amir sonrió apenas, algo oscuro en su mirada:

—Qué bonito, pero si vuelves a dudar de eso, te rompo la cara.

Leo soltó una carcajada.

—Si hablamos de romperle la cara a alguien, ¿puedo poner a Henry en la lista?

Henry le hizo una seña con el dedo sin molestarse en levantar la cabeza de su vaso:

—Vete a la mierda.

—¿Podemos pasar a la parte donde bebemos como los hombres funcionales que fingimos ser? —suspiró pesadamente, Amir.

—Estoy de acuerdo. —Tomé mi copa y la levanté—. Un brindis, pues.

Henry giró su vaso antes de alzarlo también.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Leo.

Los observé a los cuatro. A los hombres que me vieron embarrado en mierda. Hombres que me sostuvieron cuando no tenía a nadie. Hombres que, sin importar lo que pasara, seguirían a mi lado.

Sonreí, como pocas veces lo hacía:

—Por los Bastardos.

—¡Por los Bastardos, cabrones!

Los vasos chocaron. Y el sonido fue más fuerte que cualquier duda, porque nosotros éramos los Bastardos. Y eso nunca iba a cambiar.

El alcohol ya estaba taladrando mi cabeza, cuando sentí una sombra a mi lado. No tuve que mirar para saber quién era. Amir tenía esa presencia silenciosa e imponente que se sentía antes de que llegara.

—¿Listo para finiquitar el asunto del príncipe?

Su voz era baja, apenas un murmullo entre el ruido del restaurante, pero suficiente para despejar cualquier rastro de alcohol de mi sistema.

Mi mandíbula se tensó. Por un segundo, observé a los Bastardos riendo y brindando, ajenos a la conversación que se desarrollaba en este rincón. Ellos sabían lo que esto significaba. Lo que estábamos a punto de hacer. Y, aunque ninguno lo decía en voz alta, si algo salía mal, ellos nos cubrían las espaldas.

—Vamos —dije simplemente, dejando mi copa vacía sobre la mesa.

No le avisamos a nadie. No necesitábamos hacerlo. Amir y yo salimos del restaurante con la calma de dos amigos que se iban a tomar otro trago en otro lado. Pero no era un trago lo que íbamos a buscar.

El auto ya nos esperaba, el motor encendido, el conductor sin hacer preguntas. Así funcionan estas cosas. Nos deslizamos dentro y nos dirigimos al aeropuerto.

No hablamos mucho durante el trayecto. No hacía falta. Amir sacó su teléfono, revisó algo en la pantalla y luego me lo mostró.

—Llegó esta mañana. Está en la residencia privada de su familia. Seguridad reducida.

Solo asentí.

La ciudad pasó de largo en un parpadeo, las luces destellando a través de las ventanas mientras la tensión en el auto crecía. No era miedo. No era duda. Era la certeza de que, al final de esta noche, Hass aprendería que meterse con los Bastardos tenía consecuencias. Graves.

Lo que le íbamos a hacer… bueno, eso quedaría entre nosotros.

Capítulo 33: Una triqueta

Golpes en la puerta me separaron de mi laptop.

No esperaba a nadie.

Me debatí entre ignorarlo o abrir, pero la insistencia era demasiado específica como para ser algún vecino o desconocido.

—Vamos, Ben, sé que estás ahí, ¡abre!

Rodé los ojos sin poder evitarlo. Sophie.

Abrí la puerta y, ahí estaba, con una bolsa de compras en una mano y un café ridículamente decorado en la otra.

—Espero que hayas traído algo para mí.

—Por supuesto que sí. —Entró sin ser invitada, su mirada recorriendo el lugar con la intensidad de un crítico de arquitectura—. Esperaba algo más de tu lugar… Algo menos… varonil.

—¿Varonil?

Cerré la puerta mientras ella dejaba sus cosas en la isla de la cocina.

—Sí. —Se giró sobre sus tacones, haciendo un barrido visual del espacio—. Uy, demasiado negro, demasiado acero, demasiadas ventanas… Y, definitivamente, muy pocas plantas.

Fruncí el ceño con su descripción. A mí me gustaba el espacio, era funcional.

—¿Quieres que ponga flores o algo así?

—Un poco de vida no te mataría, Benji.

Ignoré el maldito apodo y me dirigí a la sala.

El departamento era amplio, moderno, con ventanales de piso a techo que mostraban la ciudad de Boston a lo lejos en todo su esplendor. Pocos muebles, pero todos de primera línea.

Un gran sofá de cuero negro, una mesa de centro con libros desde diseño hasta derecho internacional, que ya sabía de memoria, y una estantería con botellas de whisky más caras de lo que cualquiera debería gastar en alcohol.

Minimalista. Funcional. Casi clínico.

Y, como bien había señalado Sophie, demasiado oscuro.

Tomó asiento, cruzando las piernas con elegancia antes de sacar una pequeña tarjeta negra y dejarla sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

—Tu nueva tarjeta de crédito.

—¿Qué? Tú no, Sophie. ¿Por qué todos insisten en darme dinero?

Sophie me miró como si le hubiera preguntado cuántos dedos tenía en la mano.

—Pensamos que te sería útil.

—¿Quién pensó? —cuestioné cruzándome de brazos.

—Quien más, Kurt, Viri, y yo.

—Ya tengo dinero, Sophie. Como ya le dije a Kaira, que trato malamente de hacerme un reproche emocional ayer mientras hablábamos por teléfono. Como ya le dije a Owen y Alex.

Incluso a Kurt. Yo ya tengo dinero.

—Sí, pero no dinero Carter.

—Sophie… —Levantó una mano para detenerme—. Antes de que empieces con un ridículo discurso de independencia financiera y demás, quiero que sepas que es solo una herramienta. Si no la quieres, tírala. Aunque sería estúpido no usarla, cuando tienes un crédito infinito.

La miré en silencio. Después de este tiempo, ya sabía algo de los mellizos, Sophie traía algo entre manos.

—¿Por qué estás realmente aquí? Está no es tu ciudad —recalqué como si no lo supiera.

Suspiró y se recargó en el sofá, dándome la razón, dándose un momento antes de responder.

—Quería saber dos cosas. Una, si el abuelo Charles ha intentado contactarte.

—¿Para qué?

—Para pedirte dinero, obviamente.

La idea me revolvió el estómago.

—No.

—Bien. —Su tono se relajó un poco—. Solo quería advertirte que, si lo hace, no le des nada. Ni un centavo.

Me pasé una mano por el rostro, sintiendo la tensión acumulándose en mi nuca.

—¿Él te ha buscado a ti?

Sophie soltó una risa sin humor.

—No. Él sabe que con ninguno de nosotros tres tiene oportunidad, Owen y Alex se lo recalcaron hace mucho tiempo. —Su expresión cambió. Se volvió más reflexiva—. Sé que Kurt te mencionó algo sobre nuestro padre biológico, pero no sé si te comentó que, hace unos años, intentó secuestrarme.

Mi atención se afiló.

—¿Qué?

—Pensó que era la manera “correcta” de exigir lo que le correspondía, ya que mi mamá tenía tanto... —Su risa fue amarga, con un deje de nostalgia y resignación—. Kurt le daba dinero a escondidas, una pequeña mesada que lo mantenía. Pero las personas como él, como Charles, siempre quieren más.

Mi mandíbula se tensó, empecé a sentir una negra indignación en su nombre.

—¿Y qué paso?

—Lo mandamos a la mierda, obviamente.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Eres toda una dama, Sophie.

Ella sonrió con arrogancia:

—Lo sé. —Su expresión se suavizó—. Desde ese día, nunca más supe de él. No sé si está vivo o muerto y, honestamente… es mejor así. —La observé en silencio. Sophie era una mujer fuerte y, ahora, estaba actuando como una hermana mayor cuidando del menor—. Porque tengo la suerte de tener a Owen y a Alex.

Su tono era firme. Seguro. Ella no tenía dudas de su familia. De su amor incondicional.

Una maldita triqueta tatuada en la piel.

Tomé la tarjeta negra de la mesa y la giré entre mis dedos.

—Si uso esto, ¿me van a controlar las compras?

Sophie rodó los ojos:

—Por supuesto que no, esa tarjeta es exclusiva de los hermanos Northman-Carter Jones Baezas. Puedes comprar el mundo entero, y nadie va a levantar una ceja.

Algo en mi se estremeció, me dio… alegría que incluyera mi apellido, el apellido de mi madre. Que me incluyera como uno de los suyos. Y solo por eso…

—Entonces… gracias.

Sonrió, levantándose del sofá y caminando hacia la puerta.

—Ah, lo olvidaba. Lo segundo, es saber si tenemos que preocuparnos porque hayas dado una vuelta a Nueva York, de ahí a Maine, y después a Canadá en menos de veinticuatro horas.

¡Mierda!

—¿Cómo sabes eso, Sophie?

Su risa fue diabólica.

Empezaba a entender a esta familia y, para mi tranquilidad, yo encajaba a la perfección.

Estiró la mano y señaló mi brazo.

¡Mierda, otra vez!

Había olvidado por completo el GPS que me instalaron en Dite por "seguridad". En cuanto se fuera, lo iba a retirar.

Su risa interrumpió mis planes.

—Ah, puedo escuchar tus pensamientos tan claramente, Ben. No, no te lo quites, a menos que quieras que la Guardia Nacional entre por tu puerta en menos de tres minutos. La seguridad de todos nosotros está en manos de Zibo. Créeme, ese chip ya corre por tu torrente sanguíneo.

¿Por qué?

¿Por qué los Carter no eran como la familia de Henry o de Leo donde, aunque sus hijos desaparecieran por años, nadie levantaba la voz?

—Pero también tiene sus ventajas —declaró, desviándose hacia la encimera y dándole un trago al café que, seguramente, era para mí.

Tenía que cambiar mis modales, ni siquiera le había ofrecido un vaso de agua.

—Como por ejemplo… si llegas a… no sé, cometer un pequeñito crimencito… —hizo una pausa dramática antes de continuar—. Nunca, y te aseguro, *nunca*, te podrían condenar. Ese chip te exoneraría.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo funciona eso?

Sophie sonrió con absoluta satisfacción.

—Para que eso suceda, solo necesitas mandarnos un pequeño mensajito. Uno chiquito. Uno como los que mandas en el chat y decir: *ey, necesito desaparecer por las siguientes cuarenta y ocho horas*. Y listo, de repente aparecerías en Dite. O en Chicago, visitándome, o donde tú mandes. Solo necesitas un mensajito chiquito.

Me quedé en silencio.

Su discurso fue muy revelador.

Para empezar, los hermanos NCJ —como les decía la prensa— no eran tan inocentes como parecían.

Y lo segundo, lo más importante: Sophie me estaba diciendo que ellos cubrirían mis espaldas, en cualquier caso.

Que solo tenía que confiar en ellos.

Asentí, porque si ellos confiaban en mí, lo menos que podía hacer era ser recíproco.

Satisfecha consigo misma, se dirigió nuevamente a la puerta.

—Por cierto… deberías poner un poco de arte en estas paredes.

—¿Cómo qué?

—No sé, algo de color… Tal vez una triqueta.

Le lancé una revista, porque no tenía cojines, antes de que pudiera cerrar la puerta tras ella, pero su risa resonó por todo el pasillo.

Y, por alguna jodida razón, me hizo sonreír a mí también.

Me habían insistido constantemente en agregar la triqueta de la familia a mi lista de tatuajes. Diario. Desde que ingresé al chat familiar, era una “sugerencia” tras otra. Viri incluso había concertado una cita con el mejor tatuador de la ciudad, según ella.

Pero me había estado negando.

No porque no quisiera. Sino porque un tatuaje es algo personal, algo de por vida. Algo que solo yo debía decidir.

Capítulo 34: El Château de Silling

Se alzaba imponente frente a nosotros, pero no en la misma majestuosidad que en las fotografías. Aún no.

La piedra oscura del edificio principal seguía tan imponente como mostraban las fotografías, sus ventanales altos reflejaban la luz del día con un brillo espectral. El camino que nos traía hasta la entrada principal se abría paso entre jardines que, aunque aún no recuperaban su antigua perfección, ya mostraban signos de vida. Se notaba que alguien había empezado a trabajar en ellos eliminando maleza, restaurando la simetría en los setos, devolviendo orden al caos.

Pero el interior…

El interior era otra historia.

Tan pronto cruzamos la entrada, una oleada de polvo y antigüedad nos envolvió. El aroma de madera vieja y piedra húmeda impregnaban el aire, mezclado con el leve rastro de pintura fresca y barniz.

—Joder… —murmuró Henry, sacudiendo una mano frente a su rostro para disipar el polvo —. Esto necesita más que una capa de pintura.

—Tranquilo, princesa, ya están trabajando en ello —bromeó Leo, avanzando con pasos seguros sobre el suelo cubierto por una lona de protección.

Los ecos de nuestras pisadas resonaban en el amplio vestíbulo, donde la estructura original aún se mantenía en pie, pero el desgaste era evidente. Las enormes lámparas de araña estaban cubiertas por lonas protectoras, los frescos del techo apenas se distinguían entre la suciedad acumulada, y el suelo de mármol, aunque sólido, tenía varias grietas que necesitaban atención inmediata.

—Dime que al menos los cimientos están bien —dijo Kass, observando una de las columnas con el ceño fruncido.

—Lo están —respondí con seguridad, deslizando la mano por la barandilla de la imponente escalera de doble altura—. No estamos invirtiendo en arquitectos mediocres.

Como para confirmar mis palabras, una mujer menuda, pero de postura firme, apareció desde uno de los pasillos laterales. Su casco de seguridad y los planos enrollados bajo el brazo indicaban que no estaba allí de adorno.

El que tuviera unos ojos ámbar bellísimos era un plus.

—Por fin se dignan a aparecer —dijo Amy Duncan con una sonrisa que solo aumentó su belleza—. Me preguntaba si pensaban dejarme sola en esta monstruosidad.

Sonreí, cruzando los brazos. Uno de mis puntos fuertes, según algunos.

Era un par de años mayor que nosotros… tal vez no solo un par. Pero era guapísima y hablaba español. Nos entendíamos a la perfección.

O eso creí.

Porque Amy solo sonrió con diversión, como si mi intento de seducción le pareciera adorablemente patético.

Lo mejor de todo fue que no solo fui yo. Todos los Bastardos sacaron el pecho, cuadraron los hombros y activaron el modo “macho alfa en acción”.

Incluso Henry, que siempre tenía algo inteligente que decir, parecía haber olvidado cómo funcionaba el habla.

Volteé a ver a Mack, y mi reina se rió, negando con la cabeza.

Sí, definitivamente, no llamamos la atención de la mujer.

—Si algo he aprendido, señorita Duncan, es que lo bueno toma tiempo —contesté en tono formal, tratando de recuperar un poco de dignidad.

Amy soltó una risa y negó con la cabeza.

—Bueno, entonces espero que tengan mucha paciencia, porque esto va a tomar bastante tiempo.

Y con eso, nos mandó a la jodida zona de "decoración de fondo" sin ningún esfuerzo.

Impresionante.

Nos guió a través de los pasillos, señalando los puntos críticos: las paredes con humedad, los techos que necesitaban restauración completa, los cimientos que, aunque sólidos, requerían refuerzos en ciertas zonas.

—Si queremos que esto sea la obra maestra que están imaginando, necesitamos meses de trabajo —explicó mientras recorríamos una de las futuras suites privadas—. Pero los arquitectos de HDJD son los mejores. Va a quedar mejor que nuevo.

Asentí, viendo el futuro.

—Quiero lo mejor para *El Reinado*.

Amy sonrió con satisfacción.

—Lo tendrás.

El grupo continuó explorando, algunos con expresiones de asombro, otros con escepticismo. Pero una cosa era segura: el Château de Silling estaba despertando.

Y pronto, sería más que una ruina en restauración.

Sería un imperio.

***

La construcción avanzaba muchísimo más rápido de lo que Amy había proyectado.

Al parecer, el generoso bono que prometí si terminaban antes del plazo había funcionado mejor que cualquier cronograma bien estructurado. De repente, los arquitectos eran más eficientes, los obreros tenían una energía inagotable y hasta los permisos que, usualmente tardaban meses, aparecieron como por arte de magia.

Lo importante era que *El Reinado* tomaba forma.

Y mi oficina…

Mi oficina ya era una maldita obra de arte.

Los arquitectos lograron exactamente lo que quería: un espacio imponente, moderno, con líneas limpias y materiales de lujo, sin perder la esencia de la construcción original del Château.

Majestuoso y dominante, como debía ser.

Las paredes eran de vidrio templado oscuro, con persianas automáticas que podía cerrar cuando necesitara privacidad. El enorme escritorio negro de mármol, con vetas doradas, ocupaba el centro del espacio, con una silla de piel que se adaptaba perfectamente a mi cuerpo.

En un lado, había un bar de diseño minimalista, con whisky de primera calidad y una

cafetera italiana que Mack, seguramente, intentaría robar en algún momento. La iluminación estaba estratégicamente distribuida, con lámparas colgantes que daban una sensación de elegancia y, al mismo tiempo, de poder.

Era el tipo de oficina en la que Owen Carter aprobaría una jodida transacción multimillonaria sin pestañear.

Y era completamente mía.

Me recargué en el respaldo de mi silla, admirando el lugar, disfrutando la vista desde los ventanales que daban hacia los terrenos del castillo.

Y entonces, sin siquiera tocar la puerta, Mackenzie entró.

Como si esta oficina fuera suya.

Como si no hubiera cientos de hombres y mujeres en este castillo que *literalmente* necesitaban mi aprobación para cada maldito detalle.

Puso un enorme rollo de planos sobre mi escritorio, con la confianza de alguien que ni siquiera se molesta en preguntar si puede interrumpir.

Ladeé la cabeza, observándola con calma, con esa sonrisa de medio lado que ya sabía que la ponía de los nervios.

—¿Voy a tener que ponerte un horario de visitas, Conn?

Ella se inclinó sobre mi escritorio, apoyando las palmas sobre el mármol y sonriendo con esa maldita seguridad que me jodía el cerebro.

—No. Pero si quieres, puedo dejarte una tarjeta de citas para la próxima.

Mis ojos bajaron directo a su delicioso escote.

—¿Vendría con un servicio especial?

Mack se rió, pero no negó nada.

—Concéntrate, Baezas. Esto es importante.

Tomé el rollo de planos con calma, sin dejar de mirarla.

—Lo que yo considero importante y lo que tú consideras importante, suelen ser cosas muy distintas.

—Créeme, esto va a gustarte.

Solté un suspiro exagerado y desenrollé los planos.

—Sorpréndeme, Conn.

Y por la forma en que su sonrisa se ensanchó, supe que lo haría.

Se inclinó sobre la mesa, señalando un punto en los planos.

—Si movemos las luces en el teatro, la atmósfera cambia completamente.

Asentí, pero no estaba mirando los planos. Estaba mirando su mano. La forma en que sus dedos rozaban el papel, la piel de su muñeca expuesta, la manera en que su respiración se aceleraba levemente cada vez que estaba cerca de mí.

Cuando se dio cuenta, el aire tranquilo de la oficina cambió.

Se electrificó.

—Ben…

No era una súplica. Tampoco una advertencia. Era un recordatorio de que no deberíamos estar haciendo esto.

Según ella, por supuesto.

Levanté la mirada, esperando que mi voz no me traicionara.

—Dame un beso.

Lo pensó un largo momento, como si tratara de recordar por qué no debía hacerlo.

Desafortunadamente, sí recordó.

—No. Si empezamos, no paramos.

—Muy bien, entonces un piquito.

Ah, mi Reina era dura de convencer, pero el deseo que sentía por mí era tan fuerte como el que yo sentía por ella.

Así que, dudosa, pero rendida, se acercó a mí, dándome un muy ruidoso piquito.

Fantástico.

Solo que...

—Dímelo otra vez —murmuré.

Mack frunció el ceño.

—¿Decirte qué?

Me acerqué un poco más a ella, a su aliento cálido, al aroma de su cuerpo.

—Que no quieres estar conmigo.

Cerró los ojos un segundo, con evidente frustración. Porque no podía decirlo. Porque sería la mentira más grande de su vida.

Capítulo 35: ¿En quién confías?

—No, hijo, ese no es mi campo. Tienes que hablar con Alex, no conmigo.

Era la primera vez que le llamaba para pedirle ayuda, y me estaba diciendo que no.

Lo más raro era que se estaba riendo.

—Si necesitas fotografías o hablar de mujeres, soy tu hombre. Pero para cuestiones de negocios, Alex o Kaira. Esos dos levantaron Grupo Carter de las cenizas donde lo tenía el tipo ese.

El "tipo ese" era su padre, pero se negaba a decir su nombre.

—No quisiera quitarle el tiempo. Sé que está ocupado y…

—Espera.

El pitido de la llamada en espera interrumpió mi frase.

Meses atrás, esto me habría parecido de lo más grosero y, sin mucho miramiento, habría colgado. Pero ahora los conocía un poco más. Sabía que su vida iba a cien kilómetros por hora.

Así que, en lugar de sentirme ofendido, me quedé ahí… escuchando *Love* de *The Beatles* mientras mi padre se desocupaba.

Qué jodida ironía.

El siguiente pitido me sobresaltó.

—¿Qué es esa mierda de que no me quieres llamar porque voy a estar muy ocupado? —La voz de Alex entró con una dureza que me tomó por sorpresa—. Yo nunca estoy ocupado para mis hijos.

Mierda.

No voy a mentir. La forma en que lo dijo, hizo estragos en mí. Para empezar, nunca en mi vida una figura paterna me había regañado. Y, para finalizar, jamás me habían llamado la atención con tanto jodido amor en el trasfondo.

Porque sí, su voz era dura, autoritaria, pero había algo en su tono… algo que decía que yo era importante para él.

Tuve que tragar aire antes de hablar.

—No quería molestar, esto de El Reinado… es mucho más grande de lo que imaginé. Es emocionante, pero siento que el mundo está sobre mis hombros y… no quiero fallar.

Antes de que pudiera contestar, exhale con fuerza, pasé una mano por mi rostro, y me deje ir:

—Alex, no voy a mentir, esta mierda me está abrumando. La construcción y la administración de *El Reinado* son un monstruo que no deja de crecer. Todos los días hay decisiones que tomar: desde la selección de materiales y acabados, hasta la seguridad, la logística y la administración del personal. Aunque Mack y Henry están lidiando con lo legal, aun así, todo termina en mis manos. Las reuniones con arquitectos, los permisos, el control de gastos, la distribución de las áreas… Y ni hablemos de los imprevistos, porque cada día aparece un problema nuevo. —Me dejé caer contra el respaldo de mi silla, observando con terror la interminable montaña de papeles que amenazaba con devorar mi escritorio—. Necesito saber

cómo manejar todo esto sin que me joda la cabeza. ¿Cómo delego sin perder el control? ¿Cómo carajo manejo algo tan grande sin volverme loco?

Hubo un silencio del otro lado.

Uno pesado.

Luego, escuché el sonido de líquido y un trago largo.

—¿Por qué crees que Kaira y yo siempre trabajamos juntos? —preguntó finalmente Alex—. No porque no podamos manejarlo solos, sino porque sabemos que gobernar es una carga que no se lleva en soledad.

Cerré los ojos un segundo, dejando que sus palabras se asentaran.

—Y es realmente sencillo, Ben… ¿en quién confías? ¿En quién te puedes recargar cuando el mundo se te viene encima? ¿En qué te podemos ayudar? —preguntó con la misma firmeza de antes, pero esta vez sin el tono de regaño.

Esta vez, con algo que se sentía como familia.

¿En quién confío?

¿En quién me puedo recargar cuando el mundo se te viene encima?

Fácil.

***

El eco de nuestros pasos resonaba en el gran salón en construcción, el que pronto sería el corazón de *El Reinado*. El aire estaba cargado de polvo, pintura fresca y promesas de poder. Me lo imaginaba perfectamente en mi cabeza: mármol negro, luces cálidas estratégicamente ubicadas, una mesa imponente en el centro. Lo más importante: un lugar donde nadie nos rechazara, donde pudiéramos ser libres de disfrutar sin prejuicios. Un lugar para existir sin miedo.

Simplemente, ser.

Pero, por ahora, éramos solo nosotros cuatro y el rugido de las herramientas de construcción en el fondo.

Me recargué en la única mesa decente del lugar y miré a los tres que serían los jodidos pilares de este imperio.

—Quiero invitarlos a reinar conmigo.

Mackenzie arqueó una ceja, cruzándose de brazos.

—Eso suena ridículamente dramático.

Henry sonrió con suficiencia.

—Es Benji, Mack. Por supuesto que es dramático.

Kassie rodó los ojos, pero una sonrisa traviesa delataba que disfrutaba la energía de la conversación.

Últimamente, todos estaban de mejor humor, no tan a la defensiva. Increíble, cómo un hogar, puede transformar a once bastardos. Todos ya habían tomado una habitación en la parte superior. Solo faltaban Regina, que iba y venía de Portugal, y Lucien, que andaba en una de sus escapadas y nadie sabía dónde estaba.

—Ignorando a los idiotas— continué—, dramático o no, esto es lo que necesitamos. Cuatro mentes tomando las decisiones finales. Nadie por encima. Nadie con más poder dentro de *El Reinado*. Yo sé que, cuando hablé con ustedes, dije que las decisiones solo las iba a tomar yo, y

esta es una de esas decisiones.

—¡Lo sabía! —aulló Henry—. ¡No me podías dejar atrás!

Con todo el dramatismo de un niño al que acaban de dar permiso para salir a jugar, me dio un abrazo rápido, acompañándolo de dos buenas palmadas en la espalda que casi me sacan el aire.

—Muy bien, ahora dime, ¿de qué estoy a cargo? —preguntó con una sonrisa de satisfacción, frotándose las manos como si ya estuviera planeando cómo joderle la vida a alguien.

Levanté la mano y señalé a Mackenzie.

— Mack tiene un don para la administración, una mente estratégica que ve más allá de los números y las operaciones. No solo maneja recursos, controla el caos, anticipa problemas antes de que siquiera existan. Ese talento, es la diferencia entre un negocio exitoso y un imperio indestructible.

Mack sonrió con esa expresión suya que mezclaba arrogancia y diversión.

—¿Eso significa que puedo cortar cabezas si es necesario?

—Con discreción —le advertí—, aunque sé que disfrutas hacerlo en público.

Ella soltó una carcajada y asintió, claramente satisfecha con su título.

—Kassie —la miré, y ella sonrió incluso antes de que hablara—, creo que serías perfecta diseñando espacios y creando escenas para quienes buscan una experiencia más emocional y profunda. Sabemos que la sensualidad más… íntima, es tu mejor arma.

Kass se inclinó ligeramente hacia adelante, como si quisiera empezar ya.

—Que el placer real no esté en el orgasmo, sino en el camino hasta llegar a él.

—Exactamente.

Se mordió el labio con satisfacción, con esa sensualidad que a veces escondía, pero que yo sabía que era profunda y oscura. Kass era perfecta para el trabajo.

—Voy a necesitar un gran presupuesto.

—Dentro de lo razonable.

—Ja. Claro.

—Henry —continué, girándome hacia él—, tú eres el que se encarga del papeleo y de que todo parezca legal. No importa lo que hagamos, tu trabajo es asegurarte de que, en papel, todo esté en orden. Has estado haciendo un gran trabajo, pero oficialmente, ese es tu departamento.

Henry chasqueó los dedos.

—Me gusta. Me da licencia para joder a los que se pasen de listos.

—Mientras no nos metas en una jodida guerra con el gobierno, haz lo que quieras.

Él hizo un gesto como de sellar su boca y lanzar la llave. Lo cual significaba que probablemente haría exactamente lo contrario.

Finalmente, inhalé profundamente y solté la última carta sobre la mesa.

—Y yo… soy el heredero. Yo me voy a encargar de vigilarlos a ustedes tres… mientras me rascó la panza y armó mi harén.

Hubo un segundo de silencio, antes de que los tres se echaran a reír.

—Dios, Ben, qué humilde —se burló Mack, con los ojos brillando de diversión—. Llevas tres minutos con los Carter, y ya tienes su ego.

—Lo pusieron a practicar en el espejo todas las mañanas. —Henry intentó sonar serio, pero no lo logró.

Kassie se tuvo que secar una lágrima de risa.

—No, en serio, eso sonó tan ridículamente erótico que casi me da calor.

Los ignoré y continué un poco más en serio:

—Cada uno de nosotros debe ser un pilar de este lugar. Juntos, representamos *El Reinado*. Nadie por encima, nadie por debajo. Tal como lo hemos hecho hasta ahora.

El tono de la conversación cambió. Ahora, los tres me miraban con la seriedad que esto requería.

Porque esto era más que un negocio.

Mackenzie era mi reina.

No solo en el sentido simbólico — aunque el título le quedaba como una maldita corona—. Ella veía más allá del presente, anticipaba movimientos con precisión quirúrgica. Calculadora cuando debía, despiadada cuando era necesario. Pero, sobre todo, era la única que jamás temió desafiarme.

Sin ella, no habría equilibrio. Solo caos.

Henry fue el arquitecto de todo esto.

Desde el momento en que mencionó *El Reinado*, supo que estaba construyendo algo más grande que un simple club. Entendía la importancia de jugar con las reglas, incluso si nos encargábamos de torcerlas a nuestro favor. Y si alguien intentaba jodernos en los tribunales, sabía que él sería el primero en cortarlos de raíz.

Kassie era la columna vertebral.

No importaba qué tan jodidos estuviéramos, Kassie siempre estaba ahí, asegurándose de que ninguno cayera del todo. Su instinto para saber qué necesitábamos—ya fuera una advertencia, una mirada de reproche o una botella de whisky—la hacía imprescindible.

Y yo… para bien o para mal, era el heredero.

El rostro que debía inspirar respeto y miedo a partes iguales. No porque fuera el más fuerte o el más inteligente, sino porque era el que no podía permitirse fallar.

Juntos, debíamos ser una cúpula de poder.

Como siempre lo cantábamos en el internado: juntos, los Bastardos éramos imparables.

Capítulo 36: Sus roles

Cuando Ben me dijo que iba a gobernar junto a él, lo dijo en serio.

Todavía olía a pintura fresca y polvo, un recordatorio de que *El Reinado* estaba en construcción, pero su esencia ya vibraba en las paredes.

No necesitábamos que todo estuviera terminado para sentirlo. El poder ya se sentía en el aire, en la manera en que el eco de nuestros pasos resonaba sobre el suelo de mármol aún sin pulir.

Ben caminaba a mi lado, con esa presencia suya que hacía que la gente se enderezara sin darse cuenta. No teníamos que discutirlo más. Las piezas estaban en su lugar.

Basto una noche, pero que noche.

***

Cuatro botellas de whisky y un cenicero roto después, seguíamos aquí, encerrados en el despacho, discutiendo a gritos, interrumpiéndonos, peleando como los testarudos Bastardos que éramos.

—¡No puedes poner a Lucien a cargo de la administración! —bramé, golpeando la mesa con la palma abierta—. Es un desastre con los números.

—Pero entiende el ambiente, sabe cómo manejar a la gente —insistió Kass, cruzándose de brazos—. No todo es Excel y presupuestos, Mack.

—Entonces ponlo con Vera —intervino Henry, ya con la corbata floja y el vaso medio vacío —. Ella maneja perfecto los restaurantes, y Lucien tiene ojo para la atmósfera.

Me pasé una mano por la cara, tratando de no perder la paciencia. Llevábamos horas en esto y apenas habíamos decidido dos malditos puestos.

—Miren, necesitamos cerrar esto ya —gruñí, recargándome en la silla—. Regina con las finanzas, Leo en recursos humanos y relaciones públicas, Amir en seguridad. Eso ya está claro.

—¿Y Eve? —preguntó Kass, mirándome con esos ojos que siempre sabían dónde meter presión. Y como la mamá gallina que era.

—Supervisión del bienestar de los miembros y del personal. Es la única que tiene un poco de corazón y cabeza fría para eso.

Todos asintieron, aceptando la decisión.

—Y con eso, ¿quién nos falta?

Nos miramos entre todos, repasando mentalmente las piezas que habíamos armado.

Henry fue el primero en sonreír.

—Todos encajan.

Kassie soltó un bufido, pero había algo parecido al alivio en su expresión.

—No puedo creer que logramos organizarnos sin matarnos.

Ben se estiró, rodando el cuello con cansancio.

Miré el escritorio, lleno de papeles con anotaciones, vasos vacíos y un par de marcas de golpes por las discusiones más acaloradas.

Sí, nos tomó toda la maldita noche, pero las piezas estaban en su lugar.

Nosotros cuatro éramos la Cúpula.

Los Bastardos, la Nobleza.

Y con esto, El Reinado por fin tenía su estructura.

Solté una risa baja, sintiendo por primera vez en semanas que algo grande estaba empezando.

—Más nos vale que esto funcione —murmuré, sirviéndome la última copa de la noche—, porque ya no hay vuelta atrás.

***

Y El Reinado estaba listo para volverse imparable.

La estructura finalmente estaba en su lugar. Después de horas de discusión, peleas y negociaciones, cada pieza había encontrado su sitio. No fue fácil, pero *El Reinado* no era un lugar común, y nosotros tampoco éramos personas que dejaban nada al azar.

Vera se haría cargo de la administración y del departamento encargado de crear las salas privadas. Cada una con un concepto distinto, desde habitaciones de dominación y sumisión hasta escenarios más teatrales. Su perfeccionismo garantizaría que cada detalle fuera impecable, que cada experiencia fuera única y exclusiva. Nadie entendía el arte del placer, como mi hermana.

Lucien trabajaría a su lado, asegurándose de que la atmósfera del lugar fuera perfecta. Controlaría la música, la iluminación, los aromas, el ritmo de la noche. Todo lo que hiciera que *El Reinado* se sintiera como un mundo aparte, él lo diseñaría con precisión. Su talento para capturar el deseo en el aire era innegable.

Regina se encargaría de las finanzas, de los números, de que cada centavo que entrara y saliera estuviera calculado. Pero su papel no se limitaba a eso. También sería la mente detrás de los juegos y eventos eróticos, diseñando desafíos que elevaran la adrenalina y empujaran los límites de quienes cruzaban nuestras puertas. Siempre y cuando la convenciéramos de cambiar de residencia, algo de lo que Kass, ya se estaba haciendo cargo.

Leo sería el filtro entre nosotros y el personal. Manejaría recursos humanos y, más importante aún, las relaciones públicas. Se aseguraría de que la imagen de *El Reinado* fuera intachable para el mundo exterior y de que cada experiencia personalizada cumpliera con las expectativas más altas. Ese carácter suyo tan… amigable. Era un arma que no todos teníamos.

Amir tendría a su cargo la seguridad y el control. Sabía manejar el peligro, identificar amenazas antes de que se convirtieran en problemas. En un lugar donde el deseo y el poder se entrelazaban, necesitábamos a alguien con su frialdad para mantener el orden sin comprometer la exclusividad. No íbamos a cometer el mismo error que cometió Kurt, Amir no lo iba a permitir.

Eve se encargaría del bienestar de los miembros y del personal. Su trabajo no era fácil, porque significaba estar al tanto de cada detalle, de cada límite cruzado o tensión mal manejada. Sabía leer a la gente, sabía cuándo alguien estaba al borde de perderse en la oscuridad y cuándo había que intervenir. Eve y su ojo clínico, era perfecto para ese puesto.

Felicia se encargaría de encontrar nuevos miembros. No cualquier persona podía pertenecer a *El Reinado*, y ella lo sabía mejor que nadie. Su trabajo consistiría en identificar a aquellos que encajaran con nuestra filosofía, gente como ella, como nosotros… almas que entendieran que el

placer y el poder no tenían que estar limitados por las reglas del mundo exterior. Su instinto innato para detectar el hambre, la curiosidad, la osadía en una mirada, ella era simplemente perfecta en ese cargo.

Al final, todos estuvieron felices de sus cargos. Cada uno de nosotros tenía un rol claro, una responsabilidad que nos aseguraría el control total de *El Reinado*.

Y, lo mejor de todo, era que nadie mejor que los Bastardos para hacer dinero, darle un hogar a la oscuridad y convertirlo en un imperio aparentemente legal.

Capítulo 37: Era deseo

Por alguna extraña razón, el aroma a pintura fresca, a cemento y a madera recién cortada, me excitó. Los obreros iban y venían, cargando materiales, colocando detalles, transformando este monstruo de concreto en lo que pronto sería nuestro reino.

Estaba apoyada contra una de las barandillas de la escalinata, observando la escena con una media sonrisa.

Y también, siendo observada.

Uno de los arquitectos a cargo de la renovación, Daniel, no había dejado de mirarme desde que bajé de mi habitación. Alto, cabello castaño despeinado de forma perfecta, con la camisa blanca arremangada y la piel ligeramente cubierta de polvo. Tenía esa vibra de hombre seguro de sí mismo, el tipo que sabía lo que hacía con las manos… y con el cuerpo.

Se veía interesante.

Ben estaba en el otro extremo del área, revisando planos con Henry, aparentemente demasiado ocupado para notarme.

Decidí que era el momento perfecto para entretenerme.

Deslicé mis dedos por el borde de mi taza, con un aire despreocupado, mientras mi otra mano se deslizaba lentamente por mi cuello, empujando algunos mechones de cabello hacia un lado. Una invitación silenciosa que Daniel no tardo en atrapar. Sus ojos me recorrieron sin disimulo.

Adoraba esa sensación de poder.

Me mordí el labio, fingiendo estar concentrada en la vista de la obra, pero mis movimientos eran deliberadamente lentos, estudiados. Sabía perfectamente lo que hacía. Sabía exactamente el tipo de reacción que estaba provocando en él.

El calor de su mirada se sentía en mi piel y, cuando finalmente giré el rostro para encontrarme con sus ojos, no pude evitar sonreír.

Interesante, sí.

Dio un paso hacia mí, con la confianza de un hombre que creía que tenía una oportunidad.

Lástima que no tenía ni una pizca.

Antes de que pudiera abrir la boca, antes de que la conversación tomara el rumbo que ya había diseñado, la presencia de Ben llenó toda la jodida escalinata.

No lo vi acercarse. Solo lo *sentí, ya* cuando estaba a mi lado, cuando su calor envolvió mi costado, mi espalda, todo mi cuerpo.

Su energía me asfixiaba de la forma más exquisita.

No me tocó. No necesitaba hacerlo.

Su voz fue baja y letal. Muy como su padre… Uff, necesitaba borrar esas imágenes de mi cabeza.

—¿Te estás divirtiendo, reina?

Mi sonrisa se mantuvo en su lugar, pero mi cuerpo se convirtió en un volcán a punto de estallar.

Daniel se aclaró la garganta incómodo, sin tener idea de la jodida tormenta en la que se acababa de meter.

—Mackenzie solo estaba viendo los avances de la remodelación —dijo, con un intento de profesionalismo que me habría parecido encantador, si no estuviera demasiado ocupada sintiendo el latido feroz de mis entrañas.

Ben no le respondió. Ni siquiera lo miró. Toda su atención estaba en mí.

—¿Eso estabas haciendo, Mack? ¿Viendo la remodelación?

Jugué con el borde de mi taza, fingiendo desinterés, aunque sabía que el juego ya no estaba bajo mi control.

—¿Y qué más podría haber estado haciendo?

Ben soltó una risa baja, una que hizo que mi piel se erizara.

—Eres una niña muy traviesa, Conn... —susurró en mi oído.

Oscuro y peligroso, ese era mi Ben.

Daniel se sintió lo suficientemente incómodo como para dar un paso atrás.

—Voy a… revisar unos planos en la oficina.

Huyó con total descaro, muy sabio de su parte. Cuando Ben accionaba el modo sombra, lo mejor era huir.

Me giré lentamente para encontrarme con el tormentoso azul de sus ojos. Oscuros y peligrosos, como él. Su mandíbula tensa, su postura relajada de una forma que solo significaba una cosa: estaba jodidamente excitado.

Me incliné un poco, desafiándolo con la sonrisa más inocente que pude conjurar.

—¿Qué pasa, Ben? ¿Te molesta algo?

Su mirada descendió por mi cuerpo, lenta, posesivamente.

—Tú dime, Mack. ¿Quieres jugar?

Joder.

Mi aliento se atascó en mi garganta, pero mantuve mi sonrisa en su sitio.

—Siempre.

Ben inclinó la cabeza, sus dedos rozando apenas mi muñeca. Un toque ligero, sutil, pero lleno de una jodida amenaza que, esperaba, cumpliera.

—¿Aquí? —preguntó, lanzando una mirada rápida a los trabajadores que iban y venían ajenos a lo que estaba sucediendo.

—No. Aquí no.

Ahora solo lo necesitaba a él.

Ya teníamos semanas trabajando hombro a hombro y, Dios, adoraba su hombro. Pero no había intentado acercarse. Ni yo tampoco.

Era como si hubiéramos entrado en otra de esas malditas pausas que tanto daño le habían hecho a nuestra relación.

Bueno, daño y no.

Porque, gracias a ellas, tuvimos la oportunidad de crecer como personas, de vivir experiencias que nos llevaron a ser quienes éramos hoy.

Pero también fueron pausas en las que escondimos el dolor y la culpa de algo que, seguramente, no había sido culpa de nadie.

Tomé su mano y me dirigí a las escaleras.

El edificio, antes de que la mafia tomara el control, había sido un gran hotel de los años veinte.

Lo descubrió uno de los arquitectos cuando encontraron un pasillo secreto entre las

habitaciones. Al parecer, por ahí transportaban contrabando de todo tipo.

Los Bastardos vimos la oportunidad y no la dejamos pasar. Cada uno tomó una de esas habitaciones conectadas y, ahora, lo estaba llevando a la suya.

Sin pausas.

Sin excusas.

Algo que me pareció increíble. Fue como si, de alguna manera, el edificio mismo me hubiera dado permiso de ser.

Llegamos a la habitación para encontrarnos con las luces cálidas iluminando el espacio con un resplandor dorado, reflejándose en los detalles de mármol negro y cuero oscuro. El aroma a pintura fresca y madera aún flotaba en el aire, pero la esencia del lugar ya estaba allí. Lujuria. Poder. Libertad.

Había mucho que celebrar. En otro momento. En este, lo único que importaba era Ben.

Los enormes ventanales mostraban la silueta de un faro a los lejos y, frente a nosotros, un espejo de cuerpo completo.

—Mírate, Mack.

Aunque su voz era baja, aterciopelada, la orden venia envuelta en promesas.

El reflejo mostraba mis pupilas dilatadas, mis labios entreabiertos, mi pecho subir y bajar por la respiración irregular que delataba la anticipación hirviendo bajo mi piel. Pero esta vez, no era miedo. No era un escudo.

Era deseo, puro y crudo, sin barreras.

Ben, detrás de mí, su enorme cuerpo sólido como una peligrosa sombra. En mi caso, de protección. Para quien se atreviera a tocarme sin su autorización, letal.

Su calor me envolvía, su presencia se sentía en cada centímetro de mi piel. Sus manos recorrían lentamente mi cintura, sus largos dedos trazando líneas invisibles que enviaban escalofríos a lo largo de mi espalda.

—Recuerdo perfectamente cuando usabas esto para mantenerme a raya —murmuró, deslizando sus labios sobre mi cuello, sin besarme del todo, solo provocando—. Pero esta vez… —Mis ojos se encontraron con los suyos en el reflejo del espejo—. Esta vez, quiero que lo hagas porque quieres que te vea.

No era una pregunta. No era algo que pudiera negar. Ya que era, completamente cierto.

La Mackenzie de antes habría usado este escenario para burlarse de él, para demostrar que podía tener el control sin necesidad de ceder nada. Pero la Mackenzie de ahora…

Quería que me viera. Toda. Sin barreras. Sin temores. Sin miedos.

Su mano descendió lentamente, levantando mi vestido y separando la tela de mi ropa interior con un movimiento experto, sus dedos rozaron justo donde mi cuerpo latía con una necesidad cruda.

Un jadeo escapó de mis labios cuando su toque se hizo más firme.

—Dime qué sientes.

Observé mi reflejo, la manera en que mi cuerpo se arqueaba hacia él de forma instintiva, mi piel erizada por su tacto.

—Placer —susurré.

Ben sonrió contra mi cuello, como si hubiera estado esperando esa respuesta durante toda su jodida vida.

—¿Y qué más?

Mi respiración tembló cuando su otra mano subió hasta mi garganta, no para sujetarme, sino para recordarme que estaba ahí. Que él estaba ahí.

Sosteniéndome.

Poseyéndome.

—Confianza —susurré, sintiendo cómo esa palabra se clavaba en mi pecho como una verdad innegable.

Lo sabía. Siempre lo supe. Sabía que, si me entregaba por completo, si lo dejaba marcarme, si dejaba de pelear, él nunca me rompería.

Pero el miedo es un monstruo cruel. Un enemigo silencioso que se aferra a la piel, que susurra en la oscuridad, que me ha mantenido a salvo y prisionera a la vez. Vencerlo me estaba tomando años. Y, para mi desconsuelo, tal vez nunca lo iba a vencer por completo.

Pero el amor que sentía por este hombre…

Era tan fuerte como él.

Tan inquebrantable como su reino.

Mis caderas se movieron contra su mano, buscando más, buscando todo. Ben gruñó y, con un solo movimiento, me giró para enfrentarlo.

—Dímelo, Mack —la orden fue un gruñido desesperado.

Su enorme mano sujetó con fuerza mi rostro. En contraste, su pulgar rozaba mi labio inferior con una suavidad casi reverente.

Eso era Ben para mí.

La oscuridad y la luz.

La intensidad cruda del deseo, el hambre incontrolable de la necesidad, la brutalidad y la ternura entrelazadas en la forma en que me tocaba, en la forma en que me miraba.

Su mirada, tan intensa que me sentí devorada, consumida, adorada y poseída al mismo tiempo.

Mierda.

Era un maldito lujo ser amada por él.

Y esta vez, no me escondí.

—Eres mío.

Su sonrisa fue peligrosa, oscura:

—Siempre lo he sido.

Y cuando sus labios finalmente tomaron los míos, no hubo más juegos. No hubo más barreras. Solo él y yo, enredados en un deseo que, por fin, nos pertenecía a ambos.

Capítulo 38: No quiero perder más tiempo

El penthouse de Owen Carter era tan impresionante como intimidante. Con una vista panorámica de Chicago que se desplegaba a través de los ventanales de piso a techo, con luces titilando en la distancia, un reflejo del hombre que lo usaba: sofisticado, meticuloso, desafiante.

Sabía que era un fotógrafo reconocido.

Había visto sus obras, admirado de lejos las críticas que elogiaban su capacidad para capturar la esencia humana en blanco y negro.

Hasta hace poco, me negaba a prestarle demasiada atención. Porque venía de él. Ahora… ahora quería empaparme de él.

El espacio estaba lleno de equipos de última generación, pero cada una de sus fotografías era pura nostalgia, carente de color, congelada en el tiempo.

Historias dichas a través del arte.

Había miles de fotografías, pero las imágenes de Kaira y Alex dominaban el lugar. También había de sus hijos, sí, pero las de Kaira y Alex… eran infinitas.

Me detuve frente a una en particular. Y ¡Wow! Era un revoltijo de miembros de los cuerpos de Kaira y Alex entrelazados en una posición increíblemente íntima.

—¿No te dan celos? —pregunté sin pensar.

Owen se giró para admirar la fotografía como si fuera su primera vez observándola, como si realmente estuviera analizando la pregunta después de tantos años con ellos.

—No. —Su tono fue neutral, pero había algo más en su mirada—. Ellos, para mí, son mi pareja. Son uno solo. Mi refugio. Mi hogar. Ojalá pudieras entenderlo...

Y lo hacía.

Más de lo que él imaginaba. Porque era lo que yo tenía con los Bastardos. Crecimos juntos, compartíamos todo; lo bueno, lo malo... el dolor, el amor.

Mi garganta se apretó, así que simplemente seguí caminando recorriendo las diversas habitaciones.

Lo que debía ser un dormitorio, era su sala de trofeos. Otra, su oficina. En realidad, el penthouse entero era su estudio.

Hasta que llegamos a la única habitación que realmente me impactó. Su cuarto oscuro. El lugar donde revelaba sus obras, donde creaba. El lugar donde me di cuenta de algo que no estaba preparado para descubrir. Porque ahí, en medio del desastre, entre negativos, luces rojas y químicos, había cientos de fotografías mías en Dite.

No lo vi. Nunca me di cuenta de que me estaba tomando fotos. Probablemente, si lo hubiera hecho, me habría negado en seco, pero el hecho de que lo hiciera, el hecho de que me observara a través de su lente sin que yo lo supiera…

Me estremeció el pecho.

Porque era como si realmente quisiera conocerme.

Como si realmente quisiera quererme.

Mi mirada se deslizó entre las imágenes hasta que una me robó el aliento.

Mack y yo, viendo el horizonte. Dos sombras enmarcadas por la luz del atardecer, sin ser conscientes de que alguien espiaba su momento. Era la foto más bella que había de los dos.

Y, por primera vez en mi vida, deseé tener algo más de lo que podía admitir.

Owen lo vio en mi expresión.

—Toma, es tuya.

No era una pregunta.

No era una oferta.

Era una declaración.

Puso la foto en mis manos, y yo la sostuve con la misma reverencia con la que un hombre sostiene algo sagrado.

—Sí, sí es mía.

No dijimos nada más.

No hacía falta.

Mi relación con Owen estaba creciendo.

Llamadas, mensajes diarios, cenas en su palacio, invitaciones a eventos familiares.

Al parecer, ya era un Carter.

Y lo más jodido de todo… Era que empezaba a sentir un espiral de orgullo, por serlo.

Llevábamos un minuto en silencio, un silencio que no era incómodo. Solo era… nuevo.

Finalmente, exhaló y se giró ligeramente hacia mí.

—¿Todo bien, Ben?

Mi primer instinto fue decirle que sí, que todo estaba bajo control. Pero ya no tenía sentido seguir con ese juego.

Solté el aire y asentí.

—Sí. Solo… estaba pensando en mi madre.

Owen no dijo nada. Solo esperó.

—En cómo perdí tanto tiempo con ella. En cómo, cuando me alejé para ir a los Marines, pensé que después habría tiempo para conocerla. Para estar juntos. Que siempre hay un después.

Me pasé una mano por la nuca, sintiendo la tensión acumulada en mis hombros.

—Y luego enfermó. Y el tiempo que creí que teníamos… desapareció.

Owen apretó la mandíbula, asintiendo lentamente.

—Lo sé —murmuró—. Yo también perdí tiempo que nunca podré recuperar.

Nos quedamos en silencio otro momento, cada uno atrapado con sus propios fantasmas.

Yo estaba cansado de los míos.

Cansado de posponer.

Cansado de asumir que siempre habría un "después".

Me aclaré la garganta y, antes de que pudiera pensar demasiado en ello, solté:

—No quiero que me pase lo mismo contigo.

Owen giró la cabeza, mirándome con esos ojos que ahora sabía que eran los míos también.

Tragué saliva y, con la voz más firme de lo que esperaba, dije:

—No quiero perder más tiempo, papá.

El aire pareció detenerse.

Owen se quedó completamente inmóvil.

Su agarre en la cámara que tenía en las manos se tensó por un momento, como si estuviera procesando cada letra, cada maldita sílaba.

Y luego, lentamente, dejó la cámara a un lado y se giró por completo hacia mí.

No dijo nada.

Solo puso una mano en mi hombro y, con lentitud, me acercó a él, a su pecho, a su abrazo. A todos esos momentos que nos arrebataron.

No necesitábamos más palabras.

No necesitábamos decir más.

Porque llegamos al acuerdo implícito de que, el tiempo, no nos iba a vencer esta vez.

Al final de ese día, una triqueta acompañaba a la vaca lechera de mi madre en mi brazo derecho.

Amar. Honrar. Proteger.

Yo podía hacer eso.

Yo era un Carter.

Capítulo 39: Sentí distinto

El consultorio tenía la iluminación cálida de siempre, ese tono ámbar que pretendía hacer sentir a la gente segura, acogida, como si el simple hecho de estar aquí no significara arrancarse la piel capa por capa.

Para mí, no funcionaba.

Años de terapia y todavía no podía decir que este espacio me hiciera sentir algo más que vulnerable.

Apreté los dedos contra la tela de mis jeans, sintiendo la presión en mis nudillos, el anillo en mi pulgar girando entre ellos como un tic nervioso.

Imelda, mi terapeuta —la única persona que me conocía más de lo que me conocía yo misma— tomó su libreta y cruzó una pierna sobre la otra. Su postura relajada, su mirada firme, como siempre. Como si no importara qué demonios le soltara, nada la iba a sacudir.

—Has estado más inquieta últimamente. ¿Es tu papá?

Imelda esperaba mi respuesta paciente, como si, de repente, no hubiera una tormenta ardiendo en mi interior.

Apoyé la cabeza en el respaldo del sillón y exhalé lentamente.

—No sé si inquieta es la palabra correcta.

Mi padre me había recibido en su oficina de Nueva York con la misma sonrisa condescendiente de siempre, con esa maldita superioridad que había cargado toda su vida, seguro de que aún tenía poder sobre mí.

"Hass lleva semanas desaparecido. Su familia entera salió del país como si supieran algo que los demás no. ¿Sabes algo de eso, Mackenzie?"

No era una pregunta.

Era una acusación disfrazada de advertencia.

Me observó con esa mirada de serpiente, esperando ver una fisura en mi expresión, una reacción que me delatara. Quería que me sintiera culpable, que dudara, que le diera, aunque fuera un resquicio de información.

Pero yo ya no era la niña que él podía manipular con culpa y miedo. Ya no, al parecer.

Supe que Ben hizo algo desde el momento que dijo que Hass desapareció. Que, seguramente, Amir estuvo involucrado, tal vez incluso todos los Bastardos. Pero no era mi problema. No era mi culpa. Y más importante aún: no iba a aceptar ni negar nada que los implicara.

Así que simplemente lo miré, con la frialdad con la que él me había mirado toda mi vida, y solté un:

"Cuidado, papá. En una de esas, desapareces tú también."

No esperé su reacción. No me importaba.

Me di la vuelta y lo borré de mi memoria con la misma facilidad con la que una brisa arrastra las cenizas.

Cerré los ojos en la oficina de Imelda, recordando lo increíblemente sencillo que fue.

Podé esa rama de mi árbol sin esfuerzo. Ni siquiera me astillé.

—No, no es mi papá —contesté esbozando una sonrisa pequeña.

Ella me conocía bien, así que cambió de tema:

—¿Cómo va el tema de Ben?

Mi pobre corazoncito se apretó.

—No es un tema.

—Lo es para ti.

Respiré hondo, negándome a contestar. Pero el silencio en la habitación se alargó, envolviéndome en su peso hasta que no tuve más opción que llenarlo.

—Va mal —admití, clavando la vista en la alfombra gris debajo de mí—. Porque, aunque estamos bien. Mi cabeza se niega a aceptar por completo que puede ir bien. Que existe la posibilidad de que no termina mal.

—¿De que no termine cómo?

Mis labios se apretaron, fue un trabajo titánico admitirlo:

—Con él abandonándome.

Las palabras salieron más crudas de lo que quería, como un nudo atascado en la garganta que de repente se rompía.

Imelda asintió, como si la respuesta no la sorprendiera.

—¿Y tú qué haces cuando sientes que alguien te va a dejar?

Mi mandíbula se tensó, a este ritmo, iba a terminar con una migraña tamaño mundo.

—O los dejo primero… o me aseguro de que nunca puedan alcanzarme.

—Lo cual explica por qué nunca has tenido una relación real.

—Siempre he tenido sexo.

—Tener sexo no es lo mismo que tener una relación —aclaró como si fuera la primera vez.

Respiré hondo, sintiendo mi pecho subir y bajar con ese cansancio que solo sentía cuando estaba aquí, cuando la jodida verdad se me pegaba a la piel como un tatuaje que nunca pedí.

—Siempre estás esperando que te abandonen —continuó ella—. Porque la primera persona que debía quedarse no lo hizo.

Mi madre.

La herida, vieja y oxidada, se abrió en mi pecho como si el tiempo no hubiera pasado.

—Ya lo superé.

—No. Aprendiste a disfrazarlo. A ser perfecta para que nadie más tuviera razones para irse. Pero de todos modos se fueron.

Mi respiración se atoró un segundo.

No quería hablar de esto. No quería abrir ese cajón lleno de mierda con olor a infancia y expectativas que nunca pude alcanzar.

—Mackenzie —su voz fue más suave esta vez, pero no menos firme—. ¿Qué pasa cuando te enfrentas a alguien que no se deja impresionar por tu perfección?

Supe a dónde quería llegar. Lo supe en el instante en que esa imagen irrumpió en mi cabeza.

Ojos azules.

Sonrisa torcida.

Un abdomen de ensueño.

Ben.

Él nunca veía mí versión pulida. Él siempre me veía desnuda, con cada jodida grieta en la piel, con cada sombra que intentaba esconder bajo el maquillaje y la actitud de frialdad.

Y por eso me aterrorizaba.

Porque él no me quería por lo que pretendía ser.

Me quería, a pesar de lo que era.

—Me alejo —dije en voz baja.

Ella asintió lentamente.

—Porque la intimidad real te asusta más que cualquier otra cosa.

Un escalofrío recorrió mi columna. Mi alma.

Crecí construyendo murallas, perfeccionándome hasta que nadie pudiera encontrar fallas en mí. Pero la verdad era que no importaba cuánto me esforzara, cuánto aparentara que tenía el control, una parte de mí siempre se sentía incompleta.

—Sin Vera, no sé quién soy —confesé en un susurro.

Imelda apoyó los codos en sus rodillas, mirándome con esa paciencia que a veces me desesperaba.

—Tienes miedo de ser tú sin ella.

Mis ojos se quedaron fijos en la alfombra, porque mirarla significaba aceptar que tenía razón.

Porque toda mi vida, *toda mi jodida vida*, había sido la gemela de Vera. La mayor. La hija que no era suficiente. La mujer que nunca fue del todo de nadie, porque ni siquiera sabía cómo ser de sí misma.

Imelda me dio espacio para procesarlo. No me apresuró, no llenó el silencio con frases reconfortantes que sabía que no necesitaba.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —Mi voz sonó rota.

—Dime.

Tragué saliva, sintiendo la quemazón en mi garganta:

—Que, después de todo, sigo esperando que Ben sea la excepción.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero parpadeé antes de dejar que cayeran. No lloraba. No frente a la gente.

—Porque lo amas.

Mi pecho dolió como si me hubieran golpeado.

—Porque lo amo tanto, que me duele aquí —enfaticé llevando mi mano al pecho.

Y eso, me aterrorizaba más que cualquier abandono.

Imelda me miró con calma, dejando que el peso de mis propias palabras se asentara en mi mente antes de hablar. Había aprendido a no apresurarme, a permitirme encontrar mi propio camino, a encontrar las respuestas que tanto evitaba.

—Mackenzie, escúchame bien. Has avanzado más de lo que crees. Antes, ni siquiera habrías dicho su nombre en esta sala, y ahora te atreves a decir en voz alta lo que sientes. Eso es un progreso real.

Fruncí los labios, sin saber si aceptar la afirmación o pelearla. La idea de que en verdad estuviera cambiando me asustaba casi tanto como no hacerlo.

—¿Y ahora qué? —pregunté, mi voz más baja de lo que pretendía.

Imelda se inclinó ligeramente hacia mí, sus ojos oscuros reflejando una certeza que yo aún no tenía.

—Ahora es tiempo de dar un paso de fe. Has construido murallas alrededor de ti por tanto tiempo que olvidaste cómo se siente confiar. Pero el amor no es certeza, Mackenzie. Nunca lo es. Es un salto al vacío con los ojos cerrados y el corazón abierto. Y creo que ya estás lista para saltar.

El silencio cayó entre nosotras, pesado, pero no incómodo. Algo dentro de mí se removió,

como un eco lejano de esperanza, algo que no había sentido en mucho tiempo.

Tal vez, solo tal vez, Imelda tenía razón.

Cuando salí del consultorio, el aire frío de la tarde me golpeó el rostro, pero no me incomodó. Al contrario, me alivió. Caminé con paso firme. Mi pecho, aún apretado por la conversación, pero con una sensación distinta, como si un nuevo camino se estuviera abriendo frente a mí.

Por primera vez en mucho tiempo, la posibilidad de intentarlo no se sintió como una sentencia de muerte.

Se sintió como una verdadera oportunidad.

Y, tal vez por esa misma esperanza, me permití recordar…

***

La cabaña de Leo era el maldito paraíso del caos.

Sin vecinos, sin reglas, sin límites, amándonos unos a los otros. El bosque alrededor se alzaba como un muro entre nosotros y el resto del mundo. La única carretera que conectaba con la civilización era un camino de tierra que solo nosotros conocíamos de memoria.

Era perfecto.

Nuestra última noche juntos. Nuestra última noche sin el peso de la vida adulta sobre nuestros hombros.

Las bebidas se desbordaban de los vasos.

El humo de hierba flotaba en el aire.

Cuerpos enredados en cada rincón, explorando el deseo sin miedo, sin consecuencias.

Nos habíamos prometido una noche inolvidable.

No sabíamos cuán, literal, sería esa promesa.

El beso con Marco no significó nada. Solo labios tocando los míos, así como lo habían hecho los de Amir no más de una hora antes. Como todos los besos que habíamos compartido entre nosotros durante años.

Porque así éramos.

Sin etiquetas.

Sin arrepentimientos.

Solo los Bastardos.

Pero Claudette, para variar, no lo vio así.

—Eres una perra, Mackenzie.

Su voz cortó la música, la risa, la despreocupación que hasta ese momento lo cubría todo.

Me encontró en la cocina; su copa a medio terminar, sus ojos centelleando entre enojo y alcohol.

Solo atiné a voltear los ojos:

—Claudette, no empieces.

—¿No empiece qué? ¿A decirte que eres una maldita roba-hombres?

Mi mandíbula se tensó.

No estaba de humor para esta mierda.

—Marco y yo solo estábamos jugando.

—¿Jugando? —soltó una risa mordaz—. ¡Es Mi Marco, Mack! ¡Sabes cuánto me gusta!

—Y tú sabes que él no es de nadie.

Esa verdad fue la gota que derramó su paciencia.

Claudette dejó su copa sobre la encimera con un golpe seco y dio un paso amenazante hacia mí.

—Te odio.

Lo dijo con una vehemencia que no esperaba.

Me quedé en silencio un segundo antes de suavizar el tono:

—Clau…

—¡Ya sabes que no me gusta que me llamen así! —bramó haciéndome enfadar más.

—Claudette, ¡estás borracha!

Sus labios temblaron, su mirada se volvió más intensa, más… rabiosa:

—Me largo de aquí.

Mis sentidos se alertaron.

—¡No!

—¡Sí!

—Claudette, ninguno está en estado de manejar o de ir a ningún lado, prométeme que no te vas a ir. —Desvió la mirada, su respiración se aceleró todavía más. Estaba muy tomada, todos lo estábamos, aun así, alcanzó a negar con la cabeza—. Claudette, dime que no te vas a ir.

Algo en mi voz le afectó, por un momento, su enojo pareció menguar.

Finalmente, con un suspiro pesado, asintió.

—No me voy a ir.

Y yo le creí.

Horas, copas y besos más tarde, Ben y yo estábamos medio desnudos en una de las la habitaciones. Como siempre. Sus labios, su cuerpo, su maldita existencia consumiéndome.

Cuando Ben y yo estábamos juntos, el mundo desaparecía. Los ruidos fuera de la habitación pasaban desapercibidos, los gritos, las risas, los golpes de cuerpos contra las paredes. Todo era normal.

Hasta que dejó de serlo.

Un motor rugió afuera, su estruendo se filtró a través de las paredes. Aun en mi nube de delicioso placer, mi cuerpo se tensó.

—¿Escuchaste eso?

Ben no respondió de inmediato. Su respiración era pesada, sus labios en mi cuello, su cuerpo entre mis piernas:

—Mack, ignóralo.

Pero no pude. Porque sabía que algo estaba mal.

Empujé su pecho suavemente y me levanté. El aire fresco golpeó mi piel mientras me ponía la camisa que encontré en el suelo.

Ben gruñó frustrado, pero me siguió. Cuando salimos al porche, todo se redujo a segundos.

El rechinar de llantas en la grava.

Las luces del auto de Marco interrumpiendo la oscuridad.

Y luego…

El impacto.

El sonido del metal deformándose contra el tronco de un árbol explotó en la noche como una bomba.

Seguido por un mortal silencio que se tragó todo.

Hasta que Felicia gritó.

—¡CLAUDETTE!

No sentí mis piernas cuando corrí.

Solo corrí.

El auto estaba hecho mierda. El parabrisas destrozado, el capó abollado, humo saliendo del motor. Ben llegó primero, con trabajo, abrió la puerta del conductor.

Supe, por su aterradora expresión, lo que iba a decir antes de que lo hiciera.

Marco estaba muerto.

Al otro lado, Amir, Henry y Leo sacaban a Claudette con mucha delicadeza. Sus piernas colgaban sin fuerza, su cabeza estaba inclinada de una manera extraña. Su sangre, ensuciaba la tierra.

Lucien y Kassie sostenían a Felicia, tratando de calmarla antes de que viera lo que nadie quería ver.

Yo sentí que mi cuerpo no respondía, pero lo hizo, porque estaba a lado de mi hermana. No sé si ella se acercó a mí o yo a ella. Pero nos teníamos de la mano con tanta fuerza que resultó doloroso.

Aunque no más doloroso que ver la ensangrentada figura de Claudette.

Quizás, las dos imaginando lo inimaginable.

Y luego, los preciosos ojos de Claudette se abrieron.

—Feli… —susurró quebradamente.

Felicia se debatió entre los brazos de los demás hasta que la dejaron acercarse.

Las manos de Claudette, antes tan fuertes, tan llenas de vida, ahora apenas podían sostener las de su hermana.

—No te preocupes… —tosió— estoy bien.

La última mentira que nos dijo.

El último suspiro que exhaló.

Vera apretó mi mano con una exaltación tan dolorosa, que supe que ella también había entendido.

Claudette, finalmente, cumplió su deseo y se unió a Marco.

Y ningún Bastardo volvería a ser el mismo.

***

El recuerdo de Marco y Claudette flotó en mi mente, pero esta vez, algo era diferente.

No sentí el mismo miedo sofocante.

No sentí ese pánico paralizante al abandono, ese vacío cruel que me había perseguido desde que Claudette prometió que no se iría… y luego se fue.

Esta vez, lo sentí distinto, porque yo seguía aquí. Porque Vera seguía aquí. Porque los Bastardos seguían aquí. Sobre todo, porque Ben estaba aquí.

Ben, que regresó del infierno.

Ben, que volvió por mí.

Inspiré hondo, dejando que la sensación me llenara. Por primera vez en mucho tiempo, el pasado no me ahogó.

El dolor no era una cadena.

Era simplemente una cicatriz.

Un recordatorio de que había sobrevivido.

De que podía seguir adelante.

Mi pecho se expandió con la certeza absoluta de lo que tenía que hacer. Ya no quería contenerme. Ya no quería protegerme del dolor cerrando mi corazón. Iba a dar el salto. Iba a hacerlo con los ojos cerrados y el corazón abierto. Porque eso era amar.

Y porque tenía la certeza de que, si caía, Ben siempre me iba a atrapar, antes de que mi cabello rozara el sucio suelo.

Capítulo 40: El Reinado Comienza

Mi parte favorita del Château era El Teatro.

Para mí, era el corazón de *El Reinado*.

Donde estaba el verdadero placer.

No era solo un escenario, era una experiencia. Un templo diseñado para la adoración, donde cada sombra, cada luz tenue, cada detalle de su arquitectura estaba pensado para elevar los sentidos al máximo.

Los cambios que habíamos hecho, definitivamente habían sido los correctos.

Ahora, el teatro se encontraba en la parte central del Château. El espacio combinaba lo clásico con lo moderno, evocando el lujo de los antiguos teatros europeos, pero con la funcionalidad de un club privado. Bóvedas altas, con frescos en el techo que representaban el placer en su forma más artística. Cortinas de terciopelo negro y rojo, cayendo como cascadas sobre los enormes ventanales que solo permitían la entrada de la luz cuando se deseaba. Iluminación estratégica, dirigida para resaltar la piel, las miradas, el deseo. Nada en este lugar estaba diseñado para ocultar. Butacas de cuero negro y rojo, dispuestas en diferentes niveles, permitiendo que cada invitado tuviera una vista privilegiada de lo que ocurría en el escenario.

El escenario estaba justo en el centro del teatro.

Como un trono elevado.

Una plataforma redonda con escalones cubiertos en terciopelo, donde la figura principal de cada evento era expuesta, admirada, venerada.

Un lugar para los valientes.

Para los que estaban listos para ser mirados, adorados, poseídos por las sombras y la luz en partes iguales.

Un delicioso escalofrío recorrió todo mi cuerpo con solo imaginarme ahí, en el centro.

Admirada desde los balcones privados, diseñados para aquellos que deseaban ver sin ser vistos, pero, lo realmente inquietante, era el Círculo de Ébano, una sección en la primera fila destinada para los miembros de mayor rango dentro del club.

Imaginarme observada desde ese círculo…

Mi cuerpo vibró. Mi piel reaccionó con un deseo tan visceral que me hizo contener el aliento.

El Reinado existía justo para eso: para ser libre con tu cuerpo, con tu mente, con tu deseo.

Con orgullo, reconocía que era una mujer inteligente, fuerte, decidida. Y, precisamente por eso, también podía reconocer mis fallas, mis temores. Y, el mayor de ellos, era que Ben me rechazara.

Eran las dos de la mañana. Por ahí dicen que, después de las dos, nunca se debe salir de la cama. Pero Ben me mando un texto y, por él, yo iba al infierno.

Un celular sonó a lo lejos. Busqué la fuente y me di cuenta de que provenía de una de las Cámaras del Placer, esas pequeñas habitaciones ocultas tras los cortinajes donde la privacidad y el deseo se fundían sin barreras. También escuché una maldición y, como por arte de magia, mi

sonrisa apareció.

Ben, por mucho, era mi fuente inagotable de alegría.

—¿Ben? —llamé sin verlo.

Esta noche era importante. Tal vez él también había venido a dar un último recorrido para verificar que todo estuviera en orden. Ya me dirigía en su búsqueda cuando su voz resonó, firme y absoluta.

—Para.

Las luces se encendieron, pero no de cualquier manera. No era una simple iluminación, era un juego perfectamente calculado para ocultar y revelar solo lo que Ben quería que se viera.

El escenario era una trampa.

Y en este momento, la única persona atrapada en ella… era yo.

Las cortinas de terciopelo negro se abrieron lentamente, como si el mismo aire las empujara con su presencia. Y entonces lo vi.

Ben emergió de una de las cámaras con la calma letal de un depredador que ya ha decidido quién es su próxima presa. Su camisa blanca estaba desabotonada en el cuello, las mangas remangadas con descuido, como si hubiera estado esperando demasiado.

A veces, la memoria juega trucos extraños. Puedes pasar años sin pensar en un instante en particular, pero de repente, sin previo aviso, aparece en tu mente con una claridad brutal, como si hubiera ocurrido ayer.

De repente, lo recordé.

Al niño regordete que, literalmente, me seguía a todos lados.

Los mismos ojos azules de siempre, pero en ese entonces, llenos de inocencia. Siempre ahí, siendo mi sombra, observándome con una fascinación que, aunque al principio me parecía divertida, terminó convirtiéndose en algo más.

Y luego, el momento.

Estábamos en un salón, esperando a uno de los maestros. El ruido nos envolvía, un caos de niños gritando, jugando, corriendo entre las filas de pupitres. Pero entre todo ese desorden, me buscó.

Ben se apartó del bullicio y fue hasta el fondo, donde yo estaba sentada. Se recargó en la pared con una pierna doblada, su postura relajada, pero atenta, como si su lugar estuviera ahí, conmigo, y en ningún otro sitio.

Se veía tan… seguro y, al mismo tiempo, inocente.

Tan distinto al hombre en el que se convirtió.

Y ahí, en medio del caos infantil, de las risas, los gritos y los juegos, supe que estaba jodida, porque fue en ese preciso momento, en el que me enamoré de él.

Ahora, sus ojos azules ya no tenían una pizca de inocencia. Ahora, eran sombras líquidas bajo la tenue iluminación, que se clavaron en los míos con una intensidad que me hizo olvida cómo respirar.

Maldición.

Mi piel se erizó, mi boca se secó, mi cuerpo entero se tensó. No porque no lo hubiera visto antes. Sino porque nunca lo había visto así.

Tan decidido.

Tan jodidamente seguro de lo que estaba a punto de hacer conmigo.

Mi mente gritó que retrocediera.

Mi cuerpo, traidor absoluto, se inclinó hacia él.

Detrás de Ben, el sonido de pasos sobre el mármol negro me erizó la piel. No estábamos

solos. Las luces se atenuaron un poco más, pero no lo suficiente para ocultar lo inevitable.

Uno a uno, como sombras que emergían de la oscuridad con un propósito claro, los Bastardos cruzaron el umbral y entraron al Círculo de Ébano.

Henry, con su sonrisa de cabrón, siempre al borde de una burla. Leo, con esa mirada que parecía comprenderlo todo antes de que siquiera ocurriera. Amir, el peligro encarnado, su mera presencia era una advertencia silenciosa. Lucien, con su calma impenetrable, su lealtad inscrita en cada paso. Y entonces, como si el aire se volviera más denso de golpe, Kurt Carter. El maldito heredero, el Carter legítimo, el hombre que había cedido su trono a Ben sin un ápice de resentimiento. El hombre que le había cedido El Reinado con la confianza de que lo convertiría en algo más grande de lo que nunca fue.

Mi corazón latió fuerte, no por miedo, sino por la certeza de lo que esto significaba.

No era una emboscada.

No era un juicio.

Era un acto de devoción.

Se acercó tanto a mí, que pude compartir el mismo aliento con él.

—Hola, Conn.

—Baezas…

Empecé a temblar de adentro hacia afuera.

—Sabes que siempre he estado enamorado de ti, ¿verdad, Mackenzie?

Asentí vigorosamente. Si de algo estaba segura, era precisamente de eso.

—Y que nunca, nunca te voy a dejar.

Mi asentimiento ya no fue tan decidido, aun así, asentí. Una vez.

—Dilo —ordenó despacio, muy cerca de mí. Muy cerca de mi agitada respiración.

—No me vas a dejar.

Esperó en silencio, con los ojos fijos en los míos, hasta que acepté:

—Nunca.

Satisfecho, me rodeó con pequeños pasos.

—¿Sabes cuánto disfruto que te admiren, Mack? Que vean lo que es mío.

No había sangre en mis venas, era lava recorriendo cada parte de mi cuerpo.

—¿De quién eres, Mack?

—Tuya.

La respuesta fue tan rápida, que casi se atropelló entre mis labios.

—Y como eres mía…

Una de sus manos recorrió mi espalda lentamente hasta llegar a mi trasero. Lo amasó un par de segundos antes de volver a subir, enredando sus largos dedos en mi cabello. Lo sujetó con fuerza, tanta, que el jadeo de placer que escapó de mi boca hizo eco por todo el teatro.

—Yo soy el único al que te puedes entregar.

No pude asentir por la firmeza con la que sostenía mi cabello, pero todo mi cuerpo gritó un gran *sí*.

—Dilo…

La orden fue baja, un susurro cerca de mi oído. Solo para nosotros dos.

Mi rendición fue total. Completa. De pies a cabeza.

Con una seguridad que solo da el amor —por ti, por la otra persona— acepté lo que siempre fue un hecho:

—Tú eres el único que me puede entregar, comprar, prestar si eso es lo que quieres… Tú eres mío y yo soy toda tuya.

—Mackenzie...

Mi nombre en sus labios no era un llamado, era una sentencia. Una orden silenciosa que me hizo arquear más la espalda.

Este era su plan.

No el Château.

No la inauguración.

Yo.

Exhibirme ante ellos.

Romperme para reconstruirme a su lado.

Deslizó los dedos por mi mejilla, su toque cálido en contraste con la fría realidad de la situación.

—No voy a abrir las puertas sin ti como mi reina.

Sus palabras eran un susurro que electrifico todo mi cuerpo, pero no eran solo para mí. También eran para ellos, para los Bastardos, para Kurt, para todos los presentes que, seguramente, nos observaban entre las tinieblas.

—Este es tu momento, Mack.

Mi respiración se aceleró todavía más de lo que ya estaba. Él lo sabía. Lo sabía desde el principio. Desde la primera vez que descubrió lo que realmente me excitaba.

Lo que yo nunca había tenido el valor de decir en voz alta.

Ser observada. Ser deseada. Ser venerada.

Pero el miedo… El miedo siempre estuvo ahí. Y él lo estaba erradicando de la única manera en la que sabía hacerlo.

No con palabras.

No con promesas.

Con hechos.

Su mano descendió por mi cuello, por mi clavícula, sus dedos deslizándose por los finos tirantes de la tela que aún cubría mi cuerpo. No había rastro de vacilación, de duda, solo poder absoluto.

Un poder que me pertenecía tanto como a él.

Ben tomó mi mentón, obligándome a mirarlo cuando se inclinó hacia mi oído.

—Aquí nadie te va a rechazar, Mack. —Mi pulso se detuvo—. Aquí nadie te va a mirar con juicio. —Sus labios rozaron mi oreja, enviando un escalofrío por mi espalda—. Porque esta noche, solo hay una regla. —Mi piel se erizó. Su voz fue un decreto—. Inclinarse ante su Reina.

El aire en la sala se volvió eléctrico. Mis senos, mi vientre, mi cuerpo entero ardían. Mis cimas, dolorosamente duras, saludaban a la audiencia.

Mis ojos saltaron hacia los Bastardos. Henry. Leo. Amir. Lucien. Cada uno de ellos con miradas tan intensas que sentí el ardor recorrerme la piel. Y luego, Kurt. El único otro hombre en esta sala con derecho sobre este reino.

Y fue él quien se movió primero.

Él que inclinó ligeramente la cabeza. Un jodido Carter, haciendo una reverencia ante mí. No como un acto de sumisión. Sino como un acto de devoción. Los Bastardos lo siguieron. Uno a uno. Sin dudas. Sin reservas. Y cuando Ben se inclinó frente a mí, mi garganta se cerró.

Porque esto no era un juego.

No era una sesión de placer pasajera.

No era una fantasía efímera.

Era su promesa.

Su jodida promesa de que yo nunca tendría que esconderme de nuevo.

Ben tomó mi mano y la llevó a su boca, su aliento cálido contra mi piel.

—Eres mía, Mackenzie Conn.

Mis labios se separaron, mi pecho subiendo y bajando en un intento de procesar lo que estaba ocurriendo. Porque esto no era solo excitación. Era emoción. Era el jodido peso del deseo y el amor fusionándose en un solo momento. El Reinado había nacido, pero yo estaba siendo coronada primero.

Y por primera vez…

No tuve miedo de dejarme ver.

Me subió a la mesa con un solo movimiento, el camisón de seda deslizándose como un susurro por mis piernas, abandonándome en el instante en que sus manos decidieron que ya no lo necesitaba.

Con una de sus enormes palmas, Ben subió la tela, deslizándola con lentitud, con la paciencia cruel de quien sabe que el control le pertenece. Más y más. Hasta que no tuve más remedio que levantar los brazos y permitir que me despojara por completo, dejándome desnuda ante seis pares de ojos hambrientos.

Hombres que conocía. Hombres con los que, seguramente, conviviría el resto de mi vida. Pero esta vez, en lugar de ocultar mi deseo, simplemente me dejé ir.

Me recargué en la mesa, dejando que mi cabello colgara por una orilla, sintiendo la frescura del mármol contra mi piel desnuda mientras Ben, con una mirada de adoración y reclamo, me despojaba de la última prenda que cubría mi cuerpo.

Desnuda. Expuesta.

Con el único hombre al que le pertenecía.

Nunca me había sentido tan excitada.

Y nunca me había sentido tan segura.

—Miren la curva de su seno… —murmuró Ben, recorriendo con un dedo largo y firme el camino desde mi clavícula hasta la cima endurecida de mi pecho.

Se relamió los labios cuando empezó a dibujar pequeños círculos alrededor de ella, lento, como si me estuviera esculpiendo con cada caricia.

—Siempre ha tenido los senos grandes y pesados. ¿Verdad, cariño?

Su pregunta me tomó por sorpresa.

Mi pecho subía y bajaba en jadeos irregulares, mi piel ardiendo bajo su toque.

El aroma de mi excitación ya impregnaba el teatro.

A este paso, iba a llenar el Château entero.

—Contesta, Mack —me amonestó con voz grave, al mismo tiempo que pellizcaba la cima con la presión justa para hacerme jadear.

Mi espalda se arqueó, despegándome por completo de la mesa.

—¿Siempre ha sido así de receptiva? —preguntó alguien.

No distinguí la voz. El torrente de sangre en mis oídos no me lo permitió.

—Siempre —aseguró Ben, atormentando más fuerte la cima antes de dedicarle la misma atención a la otra, alternando tres apretones constantes que me arrancaron un gemido entrecortado.

El interior de mis piernas estaba empapado de excitación. La palpitación en la coronación de mi vientre era tan intensa que dolía.

—Abre las piernas, cariño. Déjales ver lo que es mío.

No dudé. Mis muslos se separaron con obediencia absoluta, dejándome completamente

expuesta a sus miradas.

Cerré los ojos.

No de vergüenza.

Sino porque la excitación era tan grande que mi cuerpo empezaba a perder el control.

—Su coño es precioso.

La admiración en la voz me hizo más valiente. Doblé ligeramente las rodillas y me abrí aún más, en una invitación silenciosa.

—Precioso y delicioso —murmuró Ben, sus dedos trazando caminos ardientes por mis senos antes de deslizarse con provocadora lentitud por mi abdomen.

—¿Verdad, Mack?

Era imposible contestar.

Pero me sacó de mi nube con un buen manotazo sobre mis labios húmedos y abiertos.

Un latigazo de placer me recorrió de la cabeza a los pies.

Mi grito se perdió en su boca cuando su lengua invadió la mía sin piedad, reclamándome, arrastrándome aún más profundo en su control.

—Contesta, cariño. Es de mala educación ignorar una pregunta.

—S-sí… —jadeé de inmediato.

—¿Sí es delicioso o sí ya vas a contestar?

Sus malditas preguntas me estaban volviendo loca.

Su mano abandonó mi seno y comenzó a recorrerme. Cada curva, cada línea, cada rincón de mi piel. Mi talle. Mi cadera. Mis piernas. Hasta que llegó a mi rodilla y subió de nuevo, esta vez por la parte interna del muslo, con caricias deliberadas que me hacían aferrarme a la mesa.

—Ben… —la tortura me estaba matando.

—¿Quieres que te bese aquí, cariño?

Dos de sus dedos recorrieron mi hendidura húmeda, lenta y tentadoramente.

Mi cuerpo intentó succionarlos, pero el muy bastardo se negó.

—¿O aquí?

Hizo pequeños círculos justo donde más sensible estaba, con la presión suficiente para hacerme levantarme de la mesa en un espasmo de placer.

—¡Ben!

Abrí los ojos y me vi rodeada de cuerpos conocidos, pero al mismo tiempo desconocidos.

El deseo en sus miradas, el ambiente cargado de lujuria… todo era irreal y exquisito a la vez.

Mi cuerpo cayó de nuevo sobre la mesa, derrotado, entregado por completo.

—Puedo sentir el calor de su cuerpo —declaró Amir, acercándose aún más.

No solo yo estaba excitada.

Así como él, yo podía sentir la excitación de los seis.

—No me contestaste, Mack. ¿Dónde quieres que te bese?

—Donde quieras —jadeé, sin fuerzas.

—¿Yo… o ellos?

Oh, gran, gran pregunta.

Giré la cabeza en su dirección y me encontré con sus preciosos ojos azules.

Pero esta vez no había tormenta en ellos.

No había dudas o temores.

Solo amor y sinceridad.

—Como tú quieras… —susurré, perdida en él.

Ben sonrió, pero negó con la cabeza.

—No, Mack. Tú eres la reina. Tú decides.

Lo miré directo a los ojos.

Y con la misma seguridad con la que él me hablaba, ordené:

—Ellos pueden verme, tocarme, besarme… pero solo tú puedes entrar en mí.

Su sonrisa se ensanchó.

Sincera.

Libre.

Devastadoramente satisfecha.

—Lo que mi reina ordene.

Me vi rodeada por tanta testosterona, tanto deseo crudo, que no supe dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Una boca succionó una cima, atrapándola con hambre, devorándola con una presión deliciosa.

Otra le dio mordiscos al otro seno, recorriendo la piel con lengua y dientes, alternando caricias y castigos.

Una tercera descendió, lenta, tortuosa, recorriendo mi coño, de arriba abajo, de abajo arriba, con movimientos precisos que me hicieron tirar la cabeza hacia atrás y soltar un grito entrecortado.

Alguien tomó mi pierna y la cubrió de besos. Mordiscos suaves que ardían, que despertaban cada terminación nerviosa hasta llegar a mis dedos, donde su boca los succionó con una sensualidad pecaminosa.

Sin tregua.

Sin descanso.

Sin piedad.

—Ben… ¡Ben! —grité su nombre más de una vez.

El muy bastardo acariciaba mi cabello con tanto cariño. Con tanta calma. Con tanto maldito control. Contrastaba brutalmente con el caos de placer que me estaba recorriendo.

—Ben… te necesito…

Mi sollozo hizo magia.

Los cuerpos se apartaron, abriéndole paso como si fuera un verdadero rey.

Y lo era.

Se posicionó entre mis piernas, sus manos se aferraron a mis pantorrillas con fuerza y, de un solo movimiento, me jaló hacia él.

Un jadeo ahogado escapó de mis labios cuando su dureza se acomodó exactamente donde la quería.

Me miró. Me sostuvo. Me reclamó.

La mesa estaba hecha a su medida, porque de un sólido empuje, entró en mí.

Las nubes se despejaron.

Las estrellas brillaron.

El cielo se abrió.

Y yo me rompí en un placer exquisito, un orgasmo que me sacudió desde la punta de los dedos hasta lo más profundo de mi ser.

No hubo pausa.

No hubo respiro.

Solo él.

Sólo nosotros.
Y así, con su cuerpo fundido en el mío,

EL REINADO COMENZÓ.

Mi Reina Bella,

Si has llegado hasta aquí, primero quiero decirte MIL GRACIAS. Gracias por darle una oportunidad a esta historia, por sumergirte en sus páginas y por acompañarme en este viaje. Nada me hace más feliz que compartir estas emociones contigo. Si esta historia te hizo suspirar, reír, llorar, incluso enojar, me encantaría que me lo cuentes.

Dejar una reseña en Amazon y Goodreads, aunque sea con una sola palabra, hace una gran diferencia para mí. Como autora independiente, siempre voy a necesitar de tu apoyo para que más lectoras puedan descubrir mis libros. Si puedes dejarme tu review aquí, te lo agradeceré infinitamente:

Amazon

Goodreads Gracias por ser parte de esta aventura, por cada mensaje, por cada recomendación y por estar aquí.

Te mando besototes.
Nos leemos en la siguiente historia...
Con todo cariño,
Julia Romero.

¿La historia de Vera o de Henry?

¿Cuál te gustaría leer?
Déjamelo saber en mis redes sociales o por email.

Mientras llega la siguiente historia, te recomiendo:

TRÍLOGA EL JUEGO | Owen & Kaira & Alex
SOPHIE | Bruno & Sophie & Luca
VIRI | Yaco & Viri & Gordón
KURT | Belize

MIS HOMBRES | Amy & Austin

ATRAPADA | Nicole & Olivier
CONQUISTADA | Chris & Alan

SOBERBIA | Inés & Karl

ENTRE SOMBRAS | Dy & Mikel

ENTRE AMIGAS

MÁS

Sobre Mí

Para mí, todo empieza con un sueño. Literalmente. #SueñosEnPalabras A veces es un nombre, un aroma o una sensación… y de ahí, de la nada, nace un mundo entero. Escribir es un viaje intenso: lloro, río y definitivamente me sonrojo con mis propias escenas. Y justo ese es mi objetivo: que mientras leas mis libros, te olvides del mundo entero y simplemente sientas.

Dato curioso: Puedo estar escribiendo escenas súper eróticas o matando algún personaje, pero antes de cada sesión, siempre rezo. Papá Dios me bendijo con una imaginación privilegiada, hay que honrarlo.

Ah, y siempre escribo con música. Si la escena es intensa, mi playlist también. Puedo saltar de rock en español a Bach sin previo aviso. En estos momentos estoy escuchando a U2, trabajando en El Reinado.

Pronto les presentaré:

SUSURROS DE FUEGO – Serie El Reinado
CADENAS DE PODER – Serie El Reinado

Besos, mi Reina.
Gracias por leerme.
Julia Romero
Autora mexicano-estadounidense
De Sueños En Palabras
www.juliaromeroauthor.com